

Lisa
Suñé

Loca aventura hacia sus labios



LOCA AVENTURA
HACIA SUS LABIOS

Lisa Suñé



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)
[@megustaleercompasion](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Se puede matar todo menos la nostalgia del reino, la llevamos en el color de los ojos, en cada amor, en todo lo que profundamente atormenta y desata y engaña.

JULIO CORTÁZAR

Del café a la locura

Llevaba en paro seis meses cuando recibí la llamada de mi amiga Coral, la misma que no solía estar disponible cuando tenía proyectos entre manos. Era modista y se encargaba del vestuario de películas a nivel nacional. Así que debía de tratarse de algo importante.

—Dime que sigues en paro —me soltó nada más descolgar el teléfono.

—Sí.

—¡Perfecto! —Yo no opinaba lo mismo—. Tengo un trabajo para ti.

—Te escucho.

—En el set necesitan a un asistente que domine el inglés y como conozco a un pez gordo le he comentado que tenía a la candidata perfecta.

—¡Genial!

—Tina, ven volando a las oficinas. Te envió la ubicación por WhatsApp. Claro está que no puedes compartirla con nadie, es confidencial.

—Vale.

—Vas a flipar cuando veas a los actores de la película. Es una superproducción y... ¡Tú ven y ya verás!

Estaba eufórica. No era capaz de dar dos pasos hacia el baño, estaba bloqueada. El zumbido del wasap de Coral me ayudó a salir del estado de shock en el que me encontraba.

Me metí en la ducha y me aseo lo más rápido que pude; no tenía tiempo que perder.

Cogí del armario un top negro de encaje, una camisa blanca de gasa con topitos negros y mis vaqueros preferidos: unos *boyfriend* rasgados en las rodillas y doblados a la altura de los tobillos. Eché mano de mis Vans de piel marrones y me recogí parte del pelo, aún mojado, hacia atrás.

Metí las llaves de casa en el bolso y con la otra mano agarré el casco. Decidí llevar también el otro por si Coral quería que la acercara a su casa después. Subida ya en la Vespa, consulté la situación de las oficinas: en la mismísima Diagonal.

Tardé veinte minutos en llegar. Una vez allí, di mi nombre en recepción y tuve que esperar casi diez minutos a que alguien viniera a buscarme: era el jefazo de los asistentes de actores, por lo que pude leer en el cartelito que colgaba de su cuello.

Se presentó y, por su acento, supe que era americano. Apenas me dejó tiempo para explicarle

mi currículum, bastante si se quedó con mi nombre. No dejaba de hablar, ni cuando entramos en el ascensor.

—Necesitamos tu ayuda. Acabamos de tener una baja repentina y debemos cubrirla; no damos abasto. Ya sabes, las estrellas necesitan ser el centro de atención —me informó en inglés a toda velocidad.

—Entiendo —respondí en su idioma.

—Nos irá bien tener a alguien autóctono, por si alguno tiene curiosidad por conocer la zona. Ante todo, ve con pies de plomo y no te olvides de repetirles lo maravillosos que son, nunca es suficiente. —Hablaba sin parar—. Si necesitan hablar con el director, deberás hacer de intérprete. El contrato lo tiene la productora, ve a leerlo y firmalo. Cuando termines, búscame y te presento al equipo.

Las puertas del ascensor se abrieron y vi a un montón de gente corretear por una oficina modernista. Yo me limité a seguir a Norman, que así se llamaba el que, supuse, me daría las órdenes. Me indicó que entrara en un despacho donde una chica rodeada de un montón de papeles me invitó a sentarme.

Me facilitó el contrato provisional y empezó a explicármelo de carrerilla, pero sin dejarse ningún detalle.

El horario era horrible, pero el sueldo merecía mucho la pena. Ya estaba pensando en amortizar parte de la hipoteca e irme una semana de vacaciones. Lo malo es que tendría que estar casi tres meses dedicada por completo al rodaje: bueno, más bien a ser el perrito faldero de los actores.

Acepté y firmé sin pestañear. Por aquellas fechas ya había perdido la esperanza de encontrar un trabajo antes de que llegara el verano. Había trabajado mucho tiempo traduciendo novelas para una editorial, pero la crisis les había golpeado y se habían visto obligados a vender el sello a una más grande. Prescindieron de gran parte de la plantilla. Después de aquello, sobrevivía con lo que cobraba de paro y con lo que sacaba haciendo traducciones para autores independientes. Cualquier trabajo era bienvenido, y aquel me iba como anillo al dedo.

La chica me dio un sobre con la copia del contrato y me pidió el número de cuenta y las titulaciones. Quedé en enviárselo todo por correo electrónico. Añadió que, una vez que estuviera el contrato definitivo, me lo enviarían al set de rodaje.

Por último, me hizo una foto con una cámara conectada al ordenador y no tardó ni cinco minutos en sacar una tarjeta con mi nombre. Era mi pase para el set.

—Intenta no perderlo. Es muy importante que lo lleves siempre visible; sin él no podrás entrar a los sets de rodaje.

Asentí con la cabeza.

—Ya lo puedo decir de manera oficial: Bienvenida a esta loca aventura.

Salí del despacho colocándome el pase y busqué a Norman. Había muchísima gente y era

imposible verlo desde mi escaso metro y medio de estatura.

Avancé con mis pasitos pequeños por toda la oficina, abriéndome camino entre la multitud. Hasta que... ¡PUM! Me choqué contra algo y una taza de café caliente se derramó por toda mi blusa.

Levanté la cabeza para mirar con quién me había tropezado y... no podía creerlo.

No podía ser cierto.

Era...

¡Era el mismísimo Jason Graves!

El corazón me iba a mil por hora, no sabía cómo reaccionar. Era uno de mis actores favoritos y estaba justo delante de mí... y su café me había empapado por completo.

—Lo siento, de verdad, no te había visto —pronunció con esa voz que tanto había escuchado. Me había visto todas sus pelis en versión original. No sé por qué, recordé una escena en la que salía prácticamente desnudo. Me puse cardíaca.

—Pe-pe-perdón... es culpa mía.

—¡No! Iba muy rápido y no estaba mirando por dónde iba. Deja que te ayude.

Me agarró con una suavidad pasmosa, su contacto me puso todavía más nerviosa y me bloqueé. No podía hacer otra cosa que dejarme llevar.

Lo seguí hasta una de las puertas que había al final de la sala; eran los baños. Cerró con pestillo y empezó a darme papel para que me secara. Abrió su mochila y sacó una camiseta enorme de color gris oscuro.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Últimamente estoy un poco disperso.

—No pasa nada —contesté nerviosa.

Se quedó allí plantado mirándome; yo debía quitarme la blusa para poder limpiar aquel estropicio, pero no quería ser descortés y decirle que me dejara sola.

—Oh, cierto, necesitas intimidad —exclamó abriendo como platos unos ojos que en persona eran todavía más bonitos—. ¡Qué desastre...!

Volvió a abrir la puerta, salió y al fin me quedé sola. Me miré al espejo, estaba hecha un cuadro, pero con una sonrisa inquebrantable en la cara.

Abrí el grifo, me quité la blusa y empecé a limpiarla como pude. Después me sequé y cogí la camiseta; olía a lo que supuse que olían los ángeles. Me estaba poniendo una camiseta del mismísimo Jason Graves, no podía creerlo.

Escurrí la blusa y la doblé. La envolví con un poco de papel y la metí en el bolso. Me atusé el pelo y volví a coger aire.

—Jason Graves me ha derramado el café por encima, me ha encerrado en el baño y me ha dejado su camiseta. Tranquila, Tina, respira... —repetía sin parar, mirándome al espejo.

Cuando me sentí preparada, me puse de nuevo el pase y abrí la puerta del baño. Y allí estaba él,

de nuevo.

—Por favor, dame la blusa, se la daré a un asistente para que la lleve a una tintorería. Lo siento muchísimo.

—Tranquilo, yo misma la lavaré.

—Suelo estar un poco nervioso al inicio de un rodaje y desde que he firmado este proyecto lo estoy el doble.

No pude contestarle porque entonces alguien nos convocó a todos en la enorme sala. Algunas de aquellas caras las conocía de verlas en la gran pantalla.

Un organizador comenzó a hablar y nos comunicó que al día siguiente empezaríamos a trabajar como locos. Nombró los diferentes equipos y señaló a dónde tenía que dirigirse cada uno.

A mí me tocó ir a otra sala enorme, donde me reencontré con Norman.

—¿Por qué te has cambiado la blusa? ¡Ibas monísima!

—Ya... he tenido un pequeño accidente —informé sin entrar en detalles, aunque tampoco le importaba lo más mínimo.

A los asistentes nos dieron una carpeta que contenía las hojas de ruta, el planteamiento diario y las exigencias de cada actor. Entre ellas se encontraba la de Jason, cuyo primer requisito era que no lo agobiaran. Perfecto.

CO-JO-NU-DO.

Pues eso haría. Lo evitaría e intentaría no volver a tropezarme con él; aunque en realidad había sido él quien había chocado conmigo, yo apenas me había movido.

Los actores que reconocí en la reunión no tardaron en marcharse; él también, pero no sin antes mirarme y guiñarme un ojo. El estómago me dio vueltas.

Estuvieron cerca de tres horas explicándonos qué teníamos que hacer. Necesitaba un café.

Tenía que contarle aquello a Coral, se estaría riendo de mí durante mucho tiempo. En cuanto terminó la reunión, le envié una nota de audio a mi amiga y fui a buscar cafeína.

El primer día de rodaje estaba de los nervios. Nada más verme, Norman me informó de que los primeros días estaría con él para ver el ritmo con el que se gestionaba todo aquello y, sobre todo, la manera en la que me tenía que dirigir a los actores, casi como si fueran dioses.

Había actores nacionales e internacionales y la diferencia en el trato era tremenda. Pero yo no estaba allí para hacer una crítica sobre eso; iba a hacer mi trabajo y cobrar por ello. Nada más.

Tenía algo que no me pertenecía y en algún momento tenía que escaparme para devolverlo. Durante el descanso para el almuerzo, localicé a Jason a lo lejos hablando con Norman y aproveché para entrar en el barracón que hacía la función de camerino y dejarle la camiseta bien doblada encima de una cómoda. Cogí un bloc de notas y un rotulador y le dibujé una carita

sonriente. Podría haberse comportado como un cretino conmigo y no lo hizo, reconoció su culpa y no se comportó como la típica estrellita de Hollywood.

Salí escopeteada de allí y fui a tomar un café y un sándwich, lo necesitaba.

Cada uno cogía lo que quería y se lo tomaba en cualquier parte del set; yo busqué a Coral y comimos juntas.

—Pues nena, tiene una percha increíble. Lástima que vaya en plan poeta bohemio enamorado. Y vaya culo...

—¡Calla! —dije—. Le he dejado la camiseta en el camerino.

—¿Y por qué no se la has dado a él directamente? Como asistente de actores, lo tienes en bandeja.

—No quiere que lo molesten, y eso va a misa.

—Actores... Más estirados y no nacen.

—Tendrías que haberle visto la cara ayer. Y encima me encerró con él en el baño.

—¡Buf! Lo que habría hecho yo en tu situación... Me habría arrancado la blusa y le habría plantado todo el pechamen en la cara.

—¡Coral! ¡Necesitaría un taburete para poder hacer algo así! Además, tampoco tengo tu delantera.

—Solo te digo lo que habría hecho yo. Tú podrías haberte enganchado a él y haberlo rodeado con tus piernas mientras le metías toda la lengua.

—Lo tuyo no es normal...

Todos volvimos a nuestros puestos. Me fijé en que Jason le daba unas indicaciones a Norman y este no dejaba de mirarme. Me reuní con él para que me dijera qué más debía hacer y me llevé una sorpresa.

—El señor Graves quiere conocer la ciudad esta tarde. Sus tomas terminan en dos horas y querría que tú le enseñaras un poco Barcelona. Recuerda: haz que se sienta como en casa e intenta no meterte en lugares complicados. Habrá escoltas, pero es mejor que no tengan que intervenir, créeme.

Me tembló todo el cuerpo. El nudo que tenía en la garganta crecía a medida que se acercaba el momento de irme con él por Barcelona. ¿A dónde lo iba a llevar? ¿A los típicos sitios abarrotados de turistas? No, no era una buena opción. ¿Qué narices iba a hacer? Dejaría que él eligiera. A ver qué le apetecía.

Lo esperé en la puerta de su camerino, pero me pidió que pasara y no desobedecí. Entré decidida y vi que estaba preparando una mochila.

—¿Qué necesita, señor Graves?

Sus ojos azules dejaron de mirar a la mochila para mirarme a mí y me puse tensa. Era más guapo en persona que en la pantalla.

—Lláname por mi nombre, por favor... Sé que me queda poco para los cuarenta, pero sigo teniendo espíritu joven.

—De acuerdo. ¿Necesitas algo? ¿Quieres ir a algún sitio en concreto?

—Primero, creo que te lo debo, me gustaría tomar un café. Quiero pasear por la ciudad, ser uno más y, si puede ser, convertirme en una persona normal.

—Supongo que quieres evitar zonas turísticas —sugerí provocando en él un leve asentimiento de cabeza.

Acabó de cerrar su mochila; estaba listo para el paseo.

Como bien me indicó Norman, nos seguían dos agentes de seguridad que, a decir verdad, disimulaban bastante bien. No iban con traje ni nada por el estilo, así que pasaban desapercibidos. Yo, de todas maneras, estaba totalmente cohibida. No sabía cómo iniciar una conversación con él, ¿de qué podía hablar? Entonces me acordé de las reglas de Norman y de los narcisistas que solían ser los actores de la talla de Jason.

—Es un placer tenerte en nuestra ciudad rodando una película. Que un actor tan reconocido y premiado haya aceptado un proyecto de un director nacional es algo increíble.

—Gracias.

—Casi todas tus películas suelen ser bastante oscuras, *thrillers* o ciencia ficción. Vaya cambio de registro...

—Sí.

—He seguido muy de cerca tu carrera, te admiro mucho.

—¿En serio? ¡Me halagas! Pensaba que después de haberte tirado un café por encima me tenías por un gilipollas que no mira por dónde va.

—¡No! Un gilipollas me habría echado la culpa a mí y ni se habría molestado en ayudarme. Gracias por dejarme la camiseta.

El corazón me latía con fuerza. Estaba a solas con él. Y no era consciente de ello. Hacía pocos días que había vuelto a ver una de sus películas y me parecía imposible estar paseando por la Diagonal con él.

—Gracias a ti. No hacía falta que me la devolvieras. Y disculpa de nuevo por derramarte el café, me sentiría mejor invitándote a uno.

Entramos en una cafetería y pedí dos cafés enormes con leche de soja; me sorprendió ver que teníamos el mismo gusto. Pagué yo, lógicamente, no iba a dejar que lo hiciera él, aunque me costó muchísimo convencerlo.

Nos sentamos en un par de butacas y empecé a preguntarle sobre la vida en Hollywood; tenía mucha curiosidad.

—No va conmigo el tipo de vida que supone ser actor, me gusta pasar desapercibido y escuchar más que hablar. Gracias a tu pase sé que te llamas Martina, ¿me equivoco?

—Todos me llaman Tina, menos mi madre.

—Bonito. Muy bonito. ¿Y cómo has acabado siendo asistente de actores?

—Pues... ha sido todo muy rápido. Es la primera vez que hago esto.

—Lo sé. Se nota. ¿A qué te dedicabas antes?

Noté cómo la sangre me subía de golpe a la cabeza y me ponía colorada en pocos segundos.
¿Tan novata parecía?

—Traducía novelas para una editorial.

—Así que te gusta la literatura.

—Me encanta. Desde pequeña siempre he hablado en inglés con mi padre y mi madre me inculcó el gusto por la lectura.

—¿De dónde es tu padre?

—De Culross, un pueblo muy cercano a Edimburgo. Él y mi madre se conocieron aquí; él estaba haciendo el doctorado y mi madre era bibliotecaria. Surgió el amor y...

—Apareciste tú.

—Exacto. No he conocido a otra pareja que se quiera más que ellos.

—Entonces... ¿crees en el amor?

—Claro. «Hay amores tan bellos que justifican todas las locuras que hacen cometer» —recité a Plutarco.

—«Como si no fuera suficiente su desgracia, se enamoró.»

—Oscar Wilde. Interesante... —Pensé una contestación—. «Toda noche, por larga y sombría que parezca, tiene su amanecer.»

Se quedó pensativo y mirándome fijamente. Me preguntó de quién era la cita.

—William Shakespeare.

—El caballo ganador en la historia de la literatura.

—Bueno, hay mucha más vida en la literatura.

—Cierto. Entonces, ¿estudiaste literatura?

—Sí, me especialicé en literatura inglesa. Después hice un máster de traducción.

—Yo también me licencié en literatura inglesa.

—¿Sí? No lo sabía.

—Bueno, hace poco que terminé. Empecé en su momento, pero no podía compaginarlo todo. Hace dos años me tomé un descanso y decidí retomarlo. Pero prefiero que hables tú —dijo con una sonrisa.

No podía creer que estuviera compartiendo tiempo con él. Pensaba que sería el típico actor que se lo tenía muy creído y que solo sabría hablar de sí mismo. Por lo que pude ver aquella tarde, estaba muy equivocada.

Después del café, le propuse ir a ver una exposición de arte en el CaixaForum. Pensé que la

mejor manera de llegar hasta allí era pedir un taxi, pero no sé qué me llevó a proponerle que fuéramos en mi Vespa.

Le encantó la idea. Aunque a los de seguridad les iba a complicar la vida.

A medida que fue pasando la tarde, me fui acostumbrando a su compañía y me olvidé de quién era él para el mundo. Era un chico que admiraba el arte y que, para mi sorpresa, compartía opiniones conmigo, detalle que me resultó gracioso.

Casi a la hora de cenar, decidimos tomar algo rápido por ahí; el único requisito fue que lo llevara a un sitio en el que sirvieran comida vegetariana, y a aquellas alturas no había problema para encontrar un lugar así en Barcelona. La oleada del veganismo había aterrizado de golpe en nuestra ciudad y, de un día para otro, habían aparecido centenares de establecimientos con alternativas en el menú, así que fue sencillo.

Durante la cena no pude evitar preguntarle algo:

—¿Sueles hacer mucho esto?

—¿El qué?

—Irte con alguien del set sin conocerlo de nada.

—Bueno... La verdad es que no, pero supongo que haberte derramado un café el primer día me obligó a, como mínimo, invitarte a uno. Yo no sabía que formabas parte del equipo y... no sé, me transmites tranquilidad.

—Vaya, gracias —contesté con una sonrisa.

—Sabes... Esto no se lo he dicho nunca a nadie, pero me estoy planteando mucho mi futuro. Estoy cansado, tengo una edad y la sensación de que he perdido el tiempo.

Aquella confesión me dejó helada. Dejé que siguiera hablando.

—Estoy a punto de cumplir cuarenta años y me siento vacío. El único sitio en el que me siento bien es con mi familia, con mis sobrinos.

—La vida del cine tiene fama de ser dura.

—Es dura si no compartes el tipo de vida. Es dura si te metes de lleno en cada personaje y dejas que sus problemas se cuelen en tu día a día. No sé hacerlo de otra manera, dejo que el personaje me posea mientras dura el rodaje; incluso necesito un tiempo después para desprenderme de él.

—Pues debo confesar que se nota ese trabajo en cada una de tus películas.

—Gracias —contestó con una sonrisa de medio lado.

La conversación dio un giro drástico, noté que él no quería hablar sobre aquello. Prefería hablar de la ciudad, de literatura o... de mí. Tenía razón cuando me dijo que le gustaba escuchar, prácticamente fue lo único que hizo desde que nos fuimos del set.

Cuando acabamos la cena, le pregunté si quería irse a descansar. Su respuesta fue algo confusa.

—Estoy cansado, sí, pero, por otra parte, no quiero que se acabe el día. Lo he pasado muy bien.

Busqué en el móvil dónde se encontraba el hotel en el que se hospedaban los actores y lo llevé hasta allí. Cuando nos despedimos, me dio un abrazo.

—Gracias por todo —me susurró al oído.

Se me erizó todo el vello del cuerpo.

Aquella naturalidad, humanidad y acercamiento me sorprendían. Jason me demostró que no solo era un grandísimo actor, también era una persona interesante con muchas ganas de vivir. Quería descubrir cosas más allá del mundo del cine y, confesión inesperada, formar una familia.

Lo que soñé aquella noche no era apto para todos los públicos. Llevaba demasiado tiempo sin acostarme con nadie y me estaba pasando factura. Menuda fantasía se había montado mi subconsciente.

Al volver a casa hablé con Coral y le conté parte de nuestra tarde. Estaba alucinada y no paraba de decirme lo que ella habría hecho con él; pero yo era muy cagada para esas cosas. Coral me aseguraba que, con aquella actitud, yo no volvería a catar a nadie.

Y tenía razón. Pero no era lo mismo ligarse a un tío en una discoteca, o en un bar, que a un prestigioso y oscarizado actor de Hollywood. ¡Si todas sus exnovias medían medio metro más que yo y solían posar en lencería sexy! Yo era una tía diminuta y sin curvas que, cuando se arreglaba, podía llegar a ser mona, pero nunca al nivel de un ángel de Victoria's Secret.

La mañana siguiente me acicalé un poco más de lo normal, pero sin excederme; no me gustaba parecer una puerta.

Cuando llegué al set, Norman me llamó y me comentó que el señor Graves había pedido que fuera su asistente de confianza, así que mi trabajo debía centrarse en él y en ayudarle a preparar el personaje con el director.

Me acordé del sueño que había tenido; creo que me puse roja como un tomate.

Fui directa a donde estaban Jason y el director; intentaban llegar a un acuerdo sobre una frase del guion. Me saludaron y Jason me pasó su guion y me indicó lo que le gustaría mejorar, y yo, con mucho tacto, se lo expliqué al director en castellano.

—Ni hablar.

La negociación fue dura, pero el consejo que le estaba dando Jason era bueno. Logré que el director fuera un poco flexible y mientras rodaban la escena me mantuve detrás de las cámaras.

La peli, bajo mi punto de vista, estaba inspirada en el estilo de Woody Allen. Jason tenía que sumergirse en la piel de un poeta bohemio enamorado que escribía sus versos siempre en el mismo lugar. No le pegaba en absoluto, pero el cabrón se metía en el papel tan bien que lograba convencer. Es que incluso vestido de bohemio estaba tremendo...

¡Joder! Debía parar con aquello. Estaba muy salida y no podía dejar que me afectara. Pero el

día me puso a prueba. Jason me pidió que le ayudara a estudiar algunas frases de su guion en su camerino mientras las chicas de vestuario le iban probando diferentes atuendos para la película. Verle casi desnudo gran parte de la mañana no me ayudó en absoluto a sobrellevar el sofoco.

Menos mal que para la hora de comer pude escaparme y reunirme con Coral.

—Deberías recurrir al cachivache que te regalé por tu cumpleaños. Créeme, funciona.

—Joder, está tan bueno...

—Ya, pero es una estrellita y nosotras no entramos en su ecuación sexual, reina.

—Sí, toda la razón. En fin, creo que tendré que acercarme al súper a por pilas...

—¡Esa es la actitud!

Volví al camerino para ayudar a Jason. Esa vez estábamos solos, cada uno en una punta de la estancia.

No había tenido oportunidad de ver el guion al completo hasta aquel día. Sus intervenciones en la película eran muy breves, algo raro comparado con lo que solía hacer, pero yo no era nadie para opinar sobre su trabajo. Aun así, me atreví a insinuarlo.

—Son pocas escenas.

—Sí, cuando me mandaron el guion pensé que necesitaba un proyecto que me dejara respirar un poco. Me espera un año duro y necesitaba una pausa.

—¿Entonces esto es una pausa? Pero estás trabajando.

—Sí, si quiero lograr mi objetivo, no puedo parar de trabajar.

Nos sonreímos y ahí nos quedamos, como dos tontos, mirándonos el uno al otro. Yo lo miraba con devoción y él... supongo que de forma condescendiente.

—Oye... ayer me lo pasé muy bien. Hacía tiempo que no tenía conversaciones tan interesantes.

—¡Gracias! Supongo que juego con ventaja por haber estudiado la misma carrera que tú, sé qué temas tengo que tratar.

—Son mis vacaciones y me alegro de haber venido a esta ciudad. Normalmente estoy solo y... bueno, este sitio es distinto en todos los aspectos.

No sabía qué decir, así que dejé que hablara.

—¿Sabes de algún sitio donde poder tomar una copa sin que nadie te reconozca? Me queda solo una escena hoy y después me apetece dar una vuelta.

Me quedé pensativa y busqué en mi cabeza un lugar donde tomar una copa de vino con tranquilidad. Aunque lo último no lo tenía tan claro. Nuestra salida anterior había ido bastante bien en ese aspecto, pero algunas personas lo habían parado para hacerse un par de fotos, así que era una tarea complicada.

Le comenté que ya tenía un sitio pensado, uno en el que destacaba más el buen vino que la

tranquilidad. Por la zona en la que se encontraba el local, no sería imposible conseguir el anonimato.

Jason rodó durante dos horas más. Comimos cada uno por nuestra cuenta en la zona de descanso. Al terminar el trabajo, como habíamos quedado, fui a buscarle a su camerino.

Llamé a la puerta, pero no me contestó. Volví a intentarlo, con el mismo resultado. Giré el pomo y la puerta se abrió, justo en el momento en el que él salía del baño empapado y con la toalla enrollada en la cadera.

Me puse cardíaca.

—¡Perdón! Tendría que haber esperado fuera...

—Tranquila, Tina. Me cambio en un minuto y nos vamos —dijo mientras me guiñaba el ojo.

No era el típico actor que se machacaba en el gimnasio a diario, solo cuando un papel lo requería, pero era corpulento y... joder, yo estaba muy necesitada.

Sin pedirme siquiera que saliera del camerino se vistió. Yo me quedé allí, petrificada, como una escultura, viendo cómo se ponía la ropa de espaldas a mí. Vaya culo...

—¿Nos vamos? —soltó mientras se peinaba con los dedos.

Reaccioné. Salimos del camerino y fuimos hacia la Vespa. Llevarlo detrás de mí en la moto no facilitaba las cosas.

Conduje por las calles de Barcelona hasta llegar a la zona del Born. Había un local donde servían un vino espectacular. Coral y yo nos movíamos mucho por allí con el resto de los amigos, así que conocía los mejores sitios para tomar una copa. Por suerte, era lo bastante pronto como para poder coger sitio y lo bastante tarde como para poder tomarse solo una copa sin estar mal visto.

Cuando entramos le pregunté a Jason qué tipo de vino quería tomar y me dijo que escogiera yo misma. Se dejaba llevar. Pedí dos copas de tinto que no tardaron en servirnos junto con algo de picar.

—Un sitio muy peculiar —me dijo.

—Sí, es de mis preferidos de esta zona. Tiene lo moderno del Born, pero con el toque antiguo y tradicional justo.

Desde que había aceptado aquella locura de trabajo, y a medida que pasaba más horas con Jason, me había surgido una gran duda. El día anterior había dejado caer que la vida de estrella de Hollywood no encajaba con él. Yo tenía una pregunta rondando en mi cabeza desde hacía unas horas.

—Jason, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, adelante —afirmó con una sonrisa ladeada.

—¿Esta vida te hace feliz?

Su mirada se clavó en mis ojos. Se le había congelado la sonrisa y se podía percibir cómo los

pensamientos corrían de un lado a otro dentro su cabeza.

—Difícil pregunta —escupió a la vez que cogía la copa de vino y le daba un buen sorbo—. Mi vida sí. Las circunstancias que impiden que la viva a mi manera, no.

Entre nosotros se hizo un silencio que, en un primer momento, sentí incómodo; pero su sonrisa logró deshacer esa sensación. Dio otro trago al vino y cogió aire.

—Soy feliz cuando estoy con mi familia, de vacaciones, creando proyectos desde el otro lado de la cámara, tomando un vino delicioso en buena compañía... Eso sí me completa.

Sentí mis mejillas tornarse rojas como el tomate picado que nos habían servido.

—Entonces... ¿este oficio no te ha dado nada bueno?

—Sí, sí que me lo ha dado. Si no fuera por este trabajo, no podría tener todo aquello que me hace feliz. Pero desde hace un año noto que han cambiado muchas cosas. Supongo que será la crisis de los cuarenta...

—¡Pero si te quedan dos años y medio para cumplirlos! ¡Estás estupendamente bien!

Se me quedó mirando con los ojos abiertos de par en par, sorprendido por mi respuesta tan natural. Había reaccionado como si fuera un amigo de toda la vida, sin olvidar el detalle de que sabía a la perfección su fecha de nacimiento, la edad que tenía y... bueno, todas esas cosas que una admiradora sabe de su amor platónico.

—¿Cuánto sabes de mí? Nunca me acostumbro a estas cosas.

—Te confieso que he sido una gran admiradora tuya desde los inicios de tu carrera.

—Me halaga.

Lo noté incómodo. El único filtro de prudencia que tenía había desaparecido, el alcohol se había encargado de neutralizarlo. La había cagado hasta el fondo.

Cambió el tema de conversación. Me preguntó sobre mi antiguo trabajo, qué libros había traducido, si deseaba volver a trabajar de ello.

—De hecho, sigo traduciendo libros por mi cuenta. Pero es muy complicado. Un autor independiente que tiene que pagar una traducción de su bolsillo busca el precio más barato. Son cuatro los autores que prefieren una buena traducción.

—¿Y fuera de España?

—Tengo fe en que en algún momento volveré a tener lo que tenía antes. Tengo una hipoteca y, si soy sincera, no quiero irme de Barcelona.

—Todos tenemos sueños, pero a veces tenemos que perseguirlos lejos de nuestro hogar. Eso es buscar la felicidad. ¿Eres feliz con tu situación actual?

El karma. En ese momento era yo la que se veía sometida a la pregunta que había incomodado a Jason.

No supe qué responder. Tenía razón en que era una pregunta complicada. Mis padres estaban

cerca de mí. Tenía un piso pequeño que, gracias a mi trabajo en la editorial, podía pagar en pequeñas cuotas. Tenía una amiga que era como una hermana.

Pero estaba sola. No compartía mi vida con nadie. Y aunque era de las que defendía a capa y espada que uno no debía medir su felicidad en función de si tenía o no pareja, sí que sentía que mi soledad estaba de más. Siempre me había caracterizado por ser una chica introvertida, con su cabeza enterrada en algún libro y evitando las reuniones sociales, pero que anhelaba con fuerza el amor.

—Vaya, parece que tienes que pensarlo mucho. Eso me demuestra que no te lo has planteado.

—Pues no, la verdad. Me gusta mi vida, pero a veces me siento más sola de lo que me gustaría.

—Sé lo que sientes.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse, intercambiando esta vez una llamada de socorro.

—Un vacío que en ocasiones agradeces, pero que pesa cuando vuelves a casa y quieres expresarte sin palabras, porque no puedes —se sinceró.

Sus palabras eran tiernas y sabias. Palpaba en sus labios, esos que me parecían carnosos y tan apetecibles, que era un hombre de cultura y que había devorado historias. Se notaba que había adquirido el arte de expresarse con belleza gracias a los clásicos de la literatura.

O tal vez era yo que lo veía así. Me estaba llevando una sorpresa al ir conociendo poco a poco al hombre que había tras la estrella; me estaba gustando demasiado. En mi cabeza se alojaba una idea fantasiosa, una en la que él venía en busca de mis labios para comernos a besos y en la que, como bien había dicho, nos expresábamos sin palabras.

Tina, basta.

Apuramos la copa de vino y decidimos dar un paseo antes de volver a por la moto. Le apetecía pasear un poco por la playa, aunque no era la mejor zona para hacerlo. La Barceloneta se había convertido en un barrio de apartamentos turísticos, donde el alcohol y las drogas manchaban sus preciosas calles. Así que dimos un rodeo, evitando aquel barrio que en su momento había sido precioso, para tocar el agua del mar.

En aquel momento noté mucho más la presencia del par de guardaespaldas que nos habían seguido todo el rato. Apenas había gente en la playa a aquellas horas.

—Me encantaría vivir cerca del mar. Despertarme con el oleaje y, a poder ser, darme la vuelta y seguir durmiendo. Desayunar tranquilo e ir a darme un chapuzón después. Joder, necesito vacaciones.

Su voz mostraba abatimiento y yo no sabía cómo actuar.

—Todo el mundo cree que vivimos por todo lo alto, que nuestra vida es de ensueño y que podemos tener todo lo que queramos. Pero es una falacia. Tener esta vida te impide vivir tranquilo. No debes hacer nada que pueda comprometer tu carrera, pues no es solo la tuya, sino la de todos los que te rodean. Renuncias a gente que quieres, tienes que escoger.

Puse mi mano derecha sobre su hombro y... me abrazó. Me sentí abrumada y lo único que fui capaz de hacer fue corresponder a su impulso. Sin embargo, yo estaba manteniendo una lucha interior por contener los míos propios. Él los exteriorizaba mientras yo los metía uno a uno en la caja de Pandora.

Regresé a casa hecha polvo. Abrí la nevera y vi que mi padre había vuelto a dejar un par de recipientes con comida. Desde que se había jubilado lo único que hacía era cocinar; yo estaba hambrienta, pero no de comida precisamente.

Me sentía ardiente y mi cuerpo necesitaba desfogarse un poco. Recordé lo que me había dicho Coral y decidí seguir su consejo. Abrí el cajón de la mesita y cogí el regalo tan valioso que me había hecho mi querida amiga. Fui al baño y abrí el grifo de la ducha. Me desnudé y cuando el agua empezó a salir caliente, me puse debajo del chorro con el juguete que aliviaría mi fiebre.

Acaricié todo mi cuerpo y estimulé mi sexo para que el vibrador entrara con suavidad. Mi cuerpo empezó a bailar como respuesta al estímulo que me transmitía el aparato. Era consciente de que el orgasmo no tardaría en llegar, conocía mi cuerpo lo suficiente como para saber satisfacerme a mí misma, pero empezaba a necesitar otro tipo de estímulos. Unos más externos e independientes que, al pensar en ellos, dificultaban mi llegada al clímax.

Me concentré para correrme, pero sabía que solo era una solución temporal. Aquella sensación de fervor extra era provocada por algo que también conocía muy bien: mi menstruación.

Al día siguiente me levanté con un dolor persistente en el abdomen; la regla quería hacer acto de presencia, pero una pastilla evitaría que me arrastrara por el set de rodaje.

Llegué puntual. Los actores todavía no habían llegado, a excepción de Jason, que llevaba desde las cinco de la mañana allí para hacer una secuencia concreta.

Yo no me encontraba bien. Me tomé un café para intentar despejarme, pero me sentó fatal. Norman me miraba fijamente, con preocupación, pero siguió como si nada. Me daba órdenes que no era capaz de retener mientras caminábamos hacia la zona de camerinos. Un sudor frío me recorrió la columna y una telilla gris me nubló la vista, emborronando la coronilla de Norman.

Iba a caerme.

Intenté avisar a mi jefe.

Pero la oscuridad llegó antes.

Desperté en una cama. Mi visión era todavía borrosa y apenas podía ver con claridad quién me rodeaba.

—Niña, ya estás aquí —oí a Norman.

—Traed agua fresca, por favor, dejad que corra el aire —dijo la voz de Jason.

—Nos has dado un susto terrible. ¿Cómo se te ocurre no avisarme de esto?

—Iba a hacerlo... —susurré.

—Necesitas comer algo, ahora vuelvo —informó Jason.

Empecé a recobrar mis sentidos poco a poco. Norman me dio un vaso con agua fría y Jason regresó con un sándwich del catering.

—Gracias —dije con la boca pequeña, avergonzada por lo que había ocurrido.

—Debes comer, empieza a hacer calor y el cuerpo puede jugarnos malas pasadas.

El busca de Norman empezó a sonar y tuvo que irse; nos quedamos solos. Me sentía abrumada, no solo por lo que acababa de ocurrir, también por su confesión de anoche. Me enderecé un poco y le di un bocado al sándwich vegetal que había traído.

—¿Mejor? —preguntó mientras se sentaba a mi lado en la cama.

—Sí. He desayunado, pero es que suelo desmayarme con facilidad cuando estoy algo floja.

—Tranquila, a mi hermana le pasaba lo mismo. Oye...

Hubo una pausa. Nos dio tiempo a mirarnos, a desviar la mirada avergonzados, cada uno por sus motivos, a coger aire y a pensar la palabra exacta con la que íbamos a romper ese silencio.

—Ayer me vine un poco abajo, no suele pasarme. Debo controlar mis emociones, apenas te conozco y... no quiero verme comprometido.

No entendía a qué se refería. Contesté con una simple mueca.

—Me gustaría que lo que te dije ayer quedara entre tú y yo. Me transmites mucha paz y bajé la guardia.

—Tranquilo, sé guardar secretos.

—¿Incluso si estos pudieran pagar tu hipoteca? La prensa puede llegar a ser muy tentadora...

Estaba poniendo en duda mi lealtad y mi código ético empezaba a verse tiroteado por sus insinuaciones.

—Tengo unos principios inquebrantables, además de escrúpulos, y jamás usaría los secretos de alguien para beneficiarme. Nunca he pisoteado a nadie para mi provecho; no te lo haría a ti ni a nadie.

Me levanté de la cama, quería irme de allí. Estaba un poco molesta y necesitaba perderlo de vista.

—Tina, ¿a dónde vas? —preguntó.

Salí del camerino sin responder. Necesitaba aire fresco. Fui a un rincón fresquito del set de rodaje y conté hasta diez mientras me terminaba el sándwich. Justo al finalizar la cuenta Norman me encontró. A los diez minutos ya le estaba ayudando a recibir al resto de los actores.

No supe nada más de Jason en todo el día.

Por la noche, calenté una de las fiambreras que había dejado mi padre en la nevera. Comí en

silencio en la pequeña mesa del salón mientras echaba un ojo a las redes sociales. Vi las trescientas historias que Coral había subido a Instagram y me morí de envidia viendo la última que había colgado: Bruno la esperaba en casa con una copa de vino.

No me malinterpretéis, era envidia sana. Me alegraba por ella, pero yo también deseaba un Bruno en mi vida, o alguien parecido. Siempre bromeaba con él para que me presentara a un hermano suyo. Lástima que fuera hijo único.

Decidí irme a dormir y no pensar en nada. Ni en el trabajo, ni en el amor, ni en lo frío que estaba el lado derecho del colchón, ni en la última noche que me acosté con un tío. Ni en Jason.

No era nadie, no podía importarme tanto un tío solo porque era una estrella de Hollywood, pero... pero por lo poco que había conocido, era mucho más.

Tina, basta. ¡A dormir!

Los días se me pasaban volando. Me concentré en mi trabajo y en las órdenes de Norman. Cada vez que me cruzaba con Jason me ponía nerviosa, pero mantenía la distancia todo lo que podía.

Era complicado evitarlo, ya que mi trabajo consistía en facilitarle su movimiento y comunicación en el set.

El viernes estalló la Tercera Guerra Mundial. Jason tenía un humor de perros y el director siempre estaba así, con lo que se desencadenó una batalla entre ellos. Norman me pidió que fuera a mediar.

No tenía ningunas ganas de ir a ver a Jason, pero no me quedaba alternativa. Llamé a la puerta de su camerino.

—No quiero que me molesten —gruñó.

—Jason, soy Tina. ¿Puedo entrar?

Se hizo un silencio. No contestó, pero al minuto el pestillo se descorrió y la puerta quedó un poco entornada.

Abrí y me lo encontré sentado en una silla con las manos en las sienes.

—¿Qué pasa? ¿Puedo ayudarte en algo?

—No —contestó brusco.

Se había encerrado en su mundo. Llegó a darme lástima e incluso sentí la necesidad de ayudarlo.

—Oye... —Me acuclillé a su lado—. No te di las gracias por lo del otro día, fui un poco brusca.

—No me debes nada, era lo mínimo que podía hacer.

Seguía cabezón.

—¿Quieres que te traiga un café?

—No eres mi sirvienta.

Empezaba a desquiciarme, pero no tanto como para irme de allí dando un portazo.

—Vale. Estás cabreado, no has querido hablar con nadie. Pero a mí me has abierto la puerta y eso será porque me quieres decir algo, ¿no?

Se me quedó mirando de manera que podía ver sus ojos azules apagados. Lo noté cansado, su tristeza incluso empezaba a contagiarme.

Intenté consolarlo de un millón de formas, pero no hubo manera. Si lo que quería era estar solo, ¿por qué me había abierto la puerta? Decidí marcharme, no tenía nada que hacer.

Fui hacia la puerta, él se levantó de golpe y la cerró. Se dio la vuelta y me envolvió entre sus brazos. Correspondí a su abrazo.

No sé cuánto duró, para mí demasiado. Estaba abrazando a alguien que sentía un dolor tremendo y no sabía cómo gestionarlo. Nuestra unión era muy intensa y cada vez iba ganando más en complicidad. Mis manos acariciaban su espalda y aquello pareció calmarlo, no como a mí.

—Gracias —me susurró.

Temblé enterita. Mantener nuestro abrazo y que, para colmo, me susurrara al oído, me hacía más mal que bien. Me daban ganas de arrancarle la camiseta, empotrarlo contra la pared de aquella barraca hecha camerino y comérmelo entero a besos. No habría dejado nada. Nos lo montaríamos allí mismo, con toda esa gente esperando fuera. Nuestras manos librarían una batalla por ver quién desnudaba antes a quién, él me levantaría del suelo y me subiría a la mesa, besando cada rincón desnudo de mi cuerpo. Se pondría entre mis piernas y...

—Tina... —susurró de nuevo.

Y mi cabeza, que se estaba inventando una película que sería un éxito brutal entre mis sábanas, perdió el control. Creí que nos estábamos poniendo ambos un poco tiernos y...

—Me estás ahogando... —dijo.

Lo solté de golpe. Me di cuenta de lo mucho que había divagado.

Me miró con una leve sonrisa en la cara.

—Gracias, de verdad. Conocerme ha sido algo nuevo, no cambies nunca y...

—Jason, me estás asustando, ¿qué sucede?

—Que no tendría que haber venido aquí.

Tuve la sensación de que iba a marcharse. Necesitaba evitarlo a toda costa, quería seguir viéndolo, aunque fuera egoísta por mi parte.

—Explícame qué te pasa; te escucharé y no te juzgaré, de verdad.

—No, es muy largo.

Entonces me senté en el pequeño sofá y, con toda la naturalidad, crucé las piernas, me quedé mirándolo y le dije:

—Trabajo hasta muy tarde, me viene de perlas estar aquí sentada charlando con alguien

interesante en lugar de ir arriba y abajo sirviendo cafés a gente que, aunque no me lo tiren por encima, están deseando hacerlo.

Conseguí arrancarle una sonrisa.

Se sentó a mi lado. Yo no tenía esperanzas de que dijera nada, pero cogió aire para hablar.

—No tendría que haber aceptado este proyecto. Estoy cansado, hace apenas un mes me deshice de un personaje traumatizado: un padre que pierde a su familia y que debe resignarse, pero... ¿Cómo te sentirías en realidad si te sucediera? ¿Y cómo puedo sentirlo yo así si ni siquiera tengo familia?

Aquello era más serio de lo que me pensaba; iba a ser cierto lo de que estaba en plena crisis de los cuarenta...

—También influye la última relación que tuve —continuó—, aunque haga demasiado tiempo como para que siga doliendo. Sí, llegamos a querernos, pero la fama pesaba más que el amor. Lo detesto.

Seguí escuchando, no quería interrumpirlo.

—No es que odie la fama en sí, sé que va con mi trabajo, pero todo lo que se forma alrededor de ella me repugna. ¿Qué necesidad hay de saber con quién estoy, a dónde me voy de vacaciones, dónde vivo...? No sé...

Nos quedamos en silencio. Yo iba a decir algo, pero él se adelantó.

—Y ahora este papel de poeta bohemio que recita versos a su enamorada, que le ha dado calabazas y que no volverá con él. ¿Cómo hago creíble este personaje cuando no creo en absoluto en el amor? Me está costando más de lo normal este trabajo.

—Que hayas tenido malas experiencias no quiere decir que no exista. El amor tiene muchas formas, da igual a quién vaya dirigido, siempre existe. Tú amas lo que haces y eso ya es amor, ¿no crees?

—¿De dónde has salido tú?

—¿Quieres que te lo explique detalladamente o te haces una idea de cómo es un parto?

Le saqué otra sonrisa. Después de esa confesión decidimos coger el guion y revisar sus intervenciones. Entendía lo que me decía, pero debía sacar adelante ese personaje. Había hecho papeles mucho más elaborados, no me explicaba por qué le costaba tanto hacer este.

—Porque soy yo el que se tiene que meter en los papeles, no dejar que ellos se metan en mí y me destrocen.

Bebimos agua y continuamos trabajando. Le ayudaría en todo lo que pudiera. Cuando creí que ya estaba preparado para continuar, le dije que iría a hablar con el director. Pero antes de salir tuve que decirle lo que pensaba.

—Si me permites un consejo, si siempre te mueves en el mismo círculo, te arriesgas a encontrarte siempre con las mismas piedras.

Le guiñé un ojo y salí en busca del director.

De camino me pregunté a mí misma por qué iba en su nombre, pero ya era tarde. Ya me había embarcado en esa tarea. Además, Norman me había ordenado mediar entre ellos dos, así que me sentía obligada a hacerlo.

Aquel director se creía alguien solo por estar dirigiendo una película. Yo pensaba en mantener la calma, pues el trabajo me venía muy bien para pagar facturas, pero una corriente de mala hostia empezaba a subirme por el estómago.

No dejaba de despotricar contra Jason, diciendo que no estaba a la altura, que estaba sobrevalorado y que se arrepentía de haber luchado tanto por tenerlo en su película. Le comenté que Jason era consciente y que estaba poniendo mucho de su parte, pero un problema personal le impedía concentrarse.

Se quedó pensativo y me propuso darle tres días libres para descansar y que se pusiera las pilas. Me pareció buena idea.

Volví al camerino de Jason y le transmití la sugerencia del director.

—¿Y tres días serán la solución?

—Jason, creo que te puede ir bien para descansar, trabajar en el personaje...

—Ese no es el problema, Tina. —Me agité cuando pronunció mi nombre—. No voy a conseguir que este personaje se enamore en solo tres días.

Y no sé si fue el agotamiento por la discusión o mi espontaneidad, pero exploté.

—¡Joder! ¡Qué difíciles sois! —exclamé en castellano—. Nunca estáis conformes y odiáis escuchar sugerencias del otro. ¡Vaya par de egos! ¡No se os puede decir nada porque si no os enfadáis! No has sido capaz ni de dirigirme la palabra en todos estos días, después de poner en duda mi honestidad. Os creéis con derecho de hacer lo que os venga en gana.

Jason se quedó quieto en medio del camerino, sorprendido con mi reacción. No sabía si quedarme allí o marcharme, estaba jugando con fuego al reaccionar de aquella manera, pero es que me habían puesto a prueba y había estallado.

Nos quedamos los dos inmóviles, sosteniéndonos las miradas sin saber quién debía decir la primera palabra. Podía ver a través de sus ojos azules y me asusté.

Salí corriendo de allí y me enganché a la espalda de Norman hasta finalizar la jornada.

La había liado mucho. Le había gritado a un prestigioso actor de cine y en mi cabeza solo podía representar las diferentes formas en las que se gestionaría mi despido.

Cené un simple sándwich después de ducharme. No quise hablar con nadie aquella noche, aunque tampoco eran horas para hacer una llamada.

Estaba tirada en el sofá tapada con una fina manta cuando me pareció oír unos nudillos

golpeando la puerta. Miré por la mirilla y vi una botella de vino. ¿Quién narices se presentaba en la puerta de mi casa a medianoche con una botella de vino?

—¿Quién es? —pregunté.

—Chocho, abre la puerta —dijo Coral.

No tardé ni un instante en hacerlo. Entró como un torbellino, dejó la botella de vino en la encimera, lanzó la chaqueta sobre la diminuta mesa del comedor y cogió dos copas del armario. En menos que canta un gallo estaba sentada en el sofá bebiendo vino.

—¿Qué narices ha pasado hoy? —preguntó.

—No me apetece hablar del tema...

—Tina...

—He perdido los nervios.

Le expliqué todo lo que había sucedido. La discusión de Jason con el director, la manera en la que me habían metido en medio y las pataletas de cada uno. No omití la manera en la que yo le había gritado a Jason, una de las estrellas de la película y, probablemente, el responsable de que mi trabajo en el set finalizara.

—Tina, peores cosas han pasado. Límitate a evitarlo todo lo posible y ya está.

—Es que no puedo. Desde el incidente del café no he dejado de verlo, y me ha tocado ser su recadera. Es... no sé. Tenía una imagen de él equivocada, pero he tenido la oportunidad de conocer una faceta oculta: sus preocupaciones, su frustración...

—Es su movida, no te compliques la vida —sentenció antes de dar un sorbo que vació la copa—. Todos son iguales, que no te engañe. Haz tu trabajo y punto; te darán un buen dinero y se acabará. Si lo haces bien, puede que sigan contando contigo para futuras películas.

—Ya, pero yo no quiero dedicarme a esto, Coral. Casi todo el trabajo consiste en cumplir los caprichos de actores que te miran por encima del hombro, pero Jason...

—Tina, cariño, amor, cielo... Jason es un capullo más que se lo tiene muy creído. Y, por lo que he oído, está en apuros. Y, repito, es su problema, no el tuyo. Tú tienes que preocuparte de hacer bien tu trabajo y de poder pagar el piso, no lo olvides.

—¿Has venido solo para advertirme o se debe a algo más? —Me estaba cansando de hablar de mí.

Había dado en el clavo. Algo le pasaba a Coral.

—No sé ni cómo soltarlo...

—Directo, sin rodeos, como eres tú.

—Bruno me la está pegando.

—¡¿Qué?!

—Pues eso. He llegado a casa y no estaba. He encendido el portátil porque quería ver las

últimas fotos que nos hicimos en México y actualizar mi Instagram, como proyecto de *influencer* fallida que soy, y he visto una carpeta un poco rara. Inocente, la he abierto y...

—¿Y qué?

—Bruno follándose a una modelo a cuatro patas. Bruno grabando a otra modelo comiéndole la polla. Bruno tumbado en la cama con otras dos modelos en pelotas... y así como quince vídeos.

—Será cabronazo...

—¿Por qué? ¿Por qué me hace esto? ¿Merezco que me haga algo así? Después de todo este tiempo...

—Cariño, tú vales muchísimo, la culpa es suya.

—¡Y tanto que lo es! Y se la voy a devolver.

Me encantaba cómo se tomaba las cosas Coral. En su situación yo estaría hundida. Veía su dolor, pero su venganza era más palpable. Me aterraba su forma de actuar; cuando se enfadaba, era temible. Pero tenía motivos de sobra para hacer lo que quisiera hacer.

Creí que le iría bien pasar la noche en mi casa, para desfogarse y terminar una botella de vino que nos dejó fuera de combate y con una jaqueca importante cuando sonó el despertador.

Desayunamos con ibuprofeno y me arreglé a toda prisa para acercar a Coral a su casa antes de irme directa al set de rodaje. Esperaba el finiquito nada más llegar. Y creí no estar equivocada cuando vi a Norman esperándome con cara de desquiciado.

—¡Tina! Es urgente.

Me puse histérica. Lo seguí hasta la zona de descanso del personal, me sirvió un café y se me quedó mirando.

—Tenemos un problema, y gordo —comentó—. Jason está a punto de abandonar el proyecto y creo que tenemos que hacer algo. Ayer fui a verlo al hotel y estaba decidido a hacer las maletas y volver a su casa. No podemos permitirlo. Está cerrado en banda y... después de lo de ayer, creo que eres la persona adecuada para hablar con él.

—¿Yo? Pero si...

—Tu labor es convencerlo de que se quede, de que luche por sacar adelante este proyecto y... Tina, estás haciendo un buen trabajo. No tienes experiencia como asistente, se ve a la legua, pero eso hace que seas distinta a los demás y que él se sienta más cómodo.

—No creo que sea la persona idónea; tampoco creo que él quiera verme después de lo de ayer.

—Tenemos que intentarlo. Ya sabes dónde se hospeda, suite número dos. Vete ya, no hay tiempo que perder.

Y obedecí. No tenía nada que perder, pero me aterraba volver a verlo después de lo que le había dicho el día anterior. Cogí de nuevo la moto y en quince minutos estaba entrando en la recepción del hotel. Como bien intuí, no me dejarían pasearme a mis anchas por allí. Me pidieron

que me identificara y, después de enseñar mi pase y de una llamada telefónica a la productora, me dejaron subir. Primera fase de tres superada.

Subí a la planta donde se encontraban las suites. Segunda fase: entrar en la habitación. Los vigilantes de seguridad me impidieron el paso.

—Como si es el Papa de Roma. Si el señor Graves no quiere recibirla, no puede pasar. Además, no se encuentra en la habitación ahora mismo.

¿Se habría largado ya? ¿Llegaba tarde? Si fuera así, los vigilantes ya no estarían en la puerta, sería absurdo controlar una habitación vacía. ¿A dónde podría haber ido? Estaba claro que seguía en el hotel, pero en otro lugar.

Al subir me había fijado en que había gimnasio, piscina y terraza. Decidí probar suerte en el gimnasio.

Acerté.

Me vio en la puerta y suspiró. Estaba corriendo en la cinta, totalmente empapado y... joder, estaba muy bueno.

Fue disminuyendo la intensidad poco a poco, se bajó de la máquina de correr, cogió la toalla y se secó la cara con ella. Vino hacia mí y se me plantó delante.

—¿Te ha enviado Norman? —preguntó.

—Me envía todo el equipo.

—Pues siento decirte que vienes para nada.

Empezó a caminar hacia el ascensor, pulsó el botón y esperó delante de él, dejándome allí tirada como una colilla. Lo seguí.

—Oye... lamento lo de ayer —confesé.

No pronunció palabra. Su rostro seguía serio y cuando se abrieron las puertas del ascensor, entró sin más.

Decidí seguir intentándolo.

—Mira, es cierto que me envía Norman. Yo pensaba que hoy tendría mi finiquito nada más llegar al set, por mi comportamiento. Ayer perdí los nervios y...

—Tienes razón —soltó—. Por eso no puedo continuar aquí.

—Joder —solté en castellano.

—Esa palabra la oigo mucho últimamente: joder —pronunció con aquel acento que me ponía a mil—. Estoy jodido y no puedo hacer mi trabajo estando así.

Llegamos a la planta de las suites y él avanzó hacia su habitación; los vigilantes le dejaron pasar y antes de cerrar la puerta se giró y me miró.

—«El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos» —recité a Shakespeare.

Conseguí que me dejara entrar.

—Voy a darme una ducha, enseguida salgo.

Me quedé de pie, observando la enorme habitación de hotel. Era más grande que mi piso. El salón, decorado de forma sobria y elegante. La cama, con las sábanas revueltas por alguien que no había dormido de manera plácida, y un balcón que enseñaba todo el encanto de la ciudad. Salí y contemplé la urbe. Tan marina, luminosa y ruidosa.

Miré mi móvil; tenía tres mensajes de Norman. Le escribí para que se quedara tranquilo: «Estoy hablando con él. Necesito tiempo. Te prometo que lo intentaré».

No tardé en recibir respuesta: «Haz lo que sea necesario. Si lo logras, te deberé una».

—¿Hablando con Norman? —Jason apareció en la terraza.

Llevaba unos simples vaqueros y una camiseta de algodón blanca. En la mano, una cartera de piel que abrió para liarse un cigarrillo. Se sentó.

—Sí, pero no le he dicho nada. Le he pedido que me deje respirar un poco.

—Me voy a Nueva York —soltó antes de encender el cigarro—. No hay nada que discutir.

—Jason, creo que es un error...

—El error fue aceptar este proyecto justo en este momento. No lo entiendes.

—No lo entiendo, claro que no. Y tú no entiendes que quedarías muy mal con el equipo.

—Eso no me preocupa.

—¿Y ya está? ¿Te rindes? Pensaba que serías un hombre fuerte, tenaz y profesional. Se me ha caído un mito.

Le di donde más le dolía. No sabía si ir de mal rollo funcionaría, pero estaba siendo totalmente sincera con él.

—Tina... no estoy en mi mejor momento.

—Lo sé. Pero todavía no has hecho las maletas; si realmente quisieras largarte, ya lo habrías hecho. Algo te dice que no debes irte.

Me miró fijamente. Había dado en el clavo.

—Te lo voy a volver a preguntar: ¿de dónde has salido?

—Y te respondo lo mismo: ¿te lo explico detalladamente?

Sonrió. Al fin...

—Oye... ¿desde cuándo fumas?

—Fumo muy poco. Es algo que no he podido dejar del todo; me recuerda que puedo ser una persona normal.

—Eso es una chorrada —contesté sentándome enfrente de él.

Me volvió a mirar sorprendido.

—Perdón. No tengo filtro cuando hablo.

—Y eso es algo que me gusta.

Se enderezó en la silla y apoyó los brazos en la mesa que, hasta ese momento, ponía distancia

entre nosotros.

—Hagamos un trato —propuso—. Olvídate de quién soy, quiero que me trates como a uno más de tus amigos, que seas sincera, que me digas lo que piensas.

—¿Entonces he logrado convencerte de que continúes en la película?

—Todavía no.

—Ese todavía me da esperanzas de que puedo lograrlo.

—¿Tienes hambre? Yo estoy famélico.

—Un poco.

Sonrió de medio lado y llamó a recepción para pedir un *brunch* vegetariano. Yo no me moví; me limité a observarlo hablar por teléfono mientras seguía fumando apoyado en la baranda de la terraza. Su barba castaña bien recortada y su pelo mojado peinado con los dedos hacia atrás. Tenerlo delante en aquel momento era un sueño que jamás hubiera creído posible.

Cuando colgó volvió a sentarse en frente de mí.

—¿Has dejado alguna vez una película así, tan repentinamente?

—No. Ya te he dicho antes que no estoy en mi mejor momento.

—Entiendo que no soy nadie, pero si puedo ayudarte en algo, lo haré.

—Gracias, Tina, pero no creo que puedas ayudarme en mi situación. Es complicado.

—Si no sé el origen del problema, está claro que me será imposible intentarlo siquiera. ¿Qué te pasó, Jason?

—Eres lista, así que una parte ya la sabes.

—Sí, pero qué te pasó para que te encuentres en un momento tan crítico en tu carrera. Sé que lidias con la fama desde pequeño, toda tu familia es del gremio.

—Me asusta que sepas tanto de mí.

—Te dije que sigo tu trabajo, siempre te he admirado.

—¿A alguien que no es capaz de meterse en un papel relativamente sencillo?

—Tú mismo lo has dicho antes, estás pasando un bache, pero sabrás esquivarlo.

Llamaron a la puerta y Jason fue a dar indicaciones de que dejaran la comida en la terraza; se estaba bastante bien y parecía que íbamos a estar allí un buen rato.

La comida se adueñó de nuestra atención.

—Me encanta el restaurante de este hotel. Por eso no me he ido todavía, quería disfrutar un poco más de este placer.

—Y sigues empeñado en abandonar. ¿Por qué?

—Porque no lo soporto más. No puedo hacer creíble un personaje cuando lo que siento es lo opuesto. Estoy muy dolido.

—Te escucho, creo que debes sacarlo.

—No quiero hablar de ello.

—¿Es por Amanda Ross? —le mencioné a la última chica con la que sabía que había estado.

Según la prensa, la relación duró justo un año. La fama de aquella modelo subió como la espuma y Jason, sin embargo, se quedó con un palmo de narices cuando ella huyó despavorida.

Acerté. Se frotó los ojos, como si mi conversación le diera jaqueca. Tenía la sensación de que me había convertido en su pesadilla, pero ahí seguía.

—¿Qué sabes sobre el tema?

—Lo que ha salido en la prensa. Estuvisteis cerca de un año y, de golpe y porrazo, se acabó.

—Eso no es mentira. ¿Qué más?

—Es evidente que su carrera despegó gracias a que se le relacionara contigo.

—Eso tampoco es mentira, pero hay algo que la prensa no sabe y es el motivo de la ruptura. Creí que sería la definitiva, estaba muy a gusto con ella y me tenía loco. Le pedí que formáramos una familia y... ella no estaba dispuesta a renunciar a su carrera tan pronto. He dejado de creer en el amor, en hacer todo lo posible por la persona que amas, en poder compaginar esta loca vida con una familia.

—Vaya...

—¿Has estado enamorada alguna vez?

—Creo que no, pero porque tampoco le he prestado atención. Según Coral, mi mejor amiga, soy una cagada para lanzarme o para flirtear. Y tiene razón. Pero la verdad es que me da miedo sufrir, porque el amor más puro siempre arrastra notas de dolor.

Se quedó sin palabras. Se limitó a mirarme con atención. Noté que le había gustado lo que dije.

—Jason, el amor existe. Y no podemos obligarlo a que venga cuando nosotros queramos. Si algo estoy aprendiendo es que no podemos forzar las oportunidades, pero tampoco hay que dormirse y esperar a que lleguen. Hay que esforzarse día a día, pero sin obsesionarse.

Seguía mirándome, concentrado en mis palabras, y estaba irresistible. Me atraía mucho, pero debía controlar mi verborrea.

—Tina, no deberías ser una simple asistente.

—Es que no soy asistente, yo también estoy pasando por un bache. El mío es laboral, pero sé que llegará mi oportunidad.

—¿Y cómo lo haces para no desesperarte? ¿Cómo hago creíble a un personaje que vive enamorado? ¿De quién voy a enamorarme?

Me levanté de la silla y me asomé al balcón. Entonces lo tuve claro.

—Te he mentado. Sí que me he enamorado.

Él hizo lo mismo y se puso a mi lado.

—¿Ves todo esto? ¿Ves esta ciudad? Me tiene enamorada. Haría cualquier cosa por no abandonarla jamás. Mi padre cayó rendido a sus calles y lo ha considerado su hogar desde que

puso un pie aquí. Se enamoró de su mar, de su encanto y de una de sus mujeres. El amor tiene diferentes formas.

—Pero ese amor lo tengo muy lejos ahora mismo. —Se giró hacia mí.

Me estaba cansando de hablar tanto. Debía vencer mis miedos, necesitaba hacerlo: me giré hacia él, lo cogí de la camiseta y lo acerqué a mi cara. Saqué lo mejor de mí en aquel beso. Él no lo rechazó.

Para mi desgracia, eso solo pasó en mi cabeza. No era el día para superar mis temores, y mucho menos con él.

—Yo también adoro mi ciudad.

Asentí. En aquel momento seguía un poco trastocada por la mala pasada que me había jugado el subconsciente. No era capaz de hablar ni de moverme.

—Tina, gracias —soltó de golpe.

—¿Por qué? ¿He logrado convencerte?

—No. Pero gracias por escucharme.

—¿Cómo eres tan cabezota?

De nuevo mi reacción le cogió por sorpresa. Me pidió que lo tratara con sinceridad y eso iba a hacer a partir de ese momento. Yo me quedaría sin trabajo, pero me iría con la cabeza bien alta.

—Ya conoces uno de mis muchos defectos.

—¿Qué opina tu agente?

—Que estoy loco, que estoy perdiendo el norte.

—Vamos, resumiendo, que no quiere que abandones el proyecto. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que esta decisión afectará a tu carrera.

La expresión de su cara parecía decir «y a ti quién te ha pedido tu opinión».

—Lo sé, soy tu peor pesadilla —solté decidida.

Le arranqué una carcajada. Seguimos hablando un rato más sobre su situación, pero vi que no tenía nada que hacer. Estaba perdiendo el tiempo.

—Creo que lo mejor será que me marche y te deje hacer la maleta. Supongo que tu avión saldrá en breve. Ha sido un placer conocerte, Jason. Jamás me imaginé que conocería a uno de mis actores preferidos y... A pesar de que me llevo un recuerdo amargo por tu abandono, me alegro de que hayas paseado por nuestras calles y de que te lleves una buena impresión de los que vivimos aquí.

Nos dimos un abrazo amistoso y mi cabeza volvió a jugarme una mala pasada.

—Gracias, Tina. Sin duda eres la asistente más rara que he conocido, pero una de las personas más auténticas con las que me he topado.

Y me marché. Ya no podía hacer más.

No tenía valor para volver al set ni para llamar a Norman. Me aterraban las consecuencias de

no haber logrado mi objetivo. Me subí a la moto y conduje hacia la playa. Hacía algo de frío, pero me gustaba caminar por la orilla para despejar mis emociones. El agua salada en mis pies despejaba mi mente.

A la hora y media decidí irme a casa y acabar el día ordenando mis cosas, poniendo lavadoras y visitando a mis padres; solo tenía que subir dos plantas en el edificio.

—Hola, *sweetie* —saludó mi padre—. ¡Has vuelto pronto hoy del trabajo! Llegas a tiempo de probar mi nueva receta.

Le sonreí, pero mi frustración era evidente. Mis padres podían leerme sin tener que decir nada.

Le expliqué todo lo que había vivido aquellas semanas y el abandono de Jason.

—No es culpa tuya. Ese tipo de gente vive a otro ritmo y no les cuesta en absoluto dejar tirado a un equipo entero.

—Ya, pero... él parecía distinto —dije mientras probaba el estofado de verduras; estaba divino—. Joder, papá, esto está tremendo.

Sonrió, era su peculiar forma de darme las gracias. Le pregunté si iban a ir a visitar a la abuela durante el puente de San Juan y me comentó que era muy probable, todo dependía de que mi madre tuviera días libres. A mi madre le quedaba poco para jubilarse y estaba claro que pasarían largas temporadas con la abuela en Culross. Se merecían un descanso.

Volví a mi piso. Tendí la ropa y metí en la secadora las toallas y las sábanas. Recogí los platos y consulté el móvil, que había dejado cargando.

Tenía dos llamadas y un mensaje de Norman: «Tómate el día libre. Mañana tienes que ir a las oficinas a las ocho, gracias por todo».

Ya estaba. Mi trabajo en el set había terminado. Los problemas se me acumulaban.

Coral apareció sobre las seis de la tarde como el torbellino que era.

—No puedo más.

—Coral, no sé qué quieres conseguir vengándote. ¡Déjalo y ya está!

—No, quiero que admita el engaño, pero no tengo ni tiempo ni fuerzas para idear un plan. No te haces a la idea de lo que es dormir con él, recordando todos los vídeos y fotos que he visto...

—Oye... ¿quieres que nos vayamos por ahí? Me han dado el día libre.

No tardamos nada en estar tomando una cerveza por el barrio. Tenía que explicarle todo lo que había vivido en el trabajo, pero ella estaba enfrascada en su tema y no quería cortarla.

—Estoy oxidada. Se me ha olvidado cómo se liga.

—¡Ja! Yo nunca supe cómo se hace —dije con una carcajada.

—El día que folles se van a alinear los planetas, nena.

—Pues ve tomando nota, porque, como sigas así, te pasará lo mismo.

Empezamos a reírnos a carcajadas; éramos unas idiotas. Coral estaba de toma pan y moja y el camarero empezó a ligar con ella.

Caña a caña, nos pusimos finas de cerveza, y su efecto fue el que mi amiga buscaba. Coqueteó con el camarero. En la última ronda, él le dejó un posavasos con su número de teléfono.

—Vaya culo, nena...

—La verdad es que está para comérselo —confesé—. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Totalmente. Ahora solo me queda convencerlo e idear un plan.

—No quiero ser más tu cómplice. No creo en las venganzas, solo traen más problemas.

—Eso es porque nunca te han engañado. Y espero que no lo hagan jamás.

Nos quedamos en silencio. Tenía razón, nunca me habían puesto los cuernos, pero porque nunca había tenido una relación.

—Oye... lo siento —lamentó—. No paro de hablar de mí.

—No, tranquila. En el fondo lo necesito.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy fuera. Mañana firmaré el finiquito.

—¿Qué me dices? ¿Cómo ha sido?

—¡Puf! Jason abandona el proyecto, me he excedido con mi comportamiento y no he alcanzado el objetivo que me habían pedido. Estoy bien.

—Joder... me sabe fatal haberte metido en todo eso.

—¡No! Te lo agradezco, me irá bien la poca pasta que vayan a darme. Con un poco de suerte, podré ir a visitar a mi abuela unos días.

Entonces la conversación se tornó triste. No podía seguir esperando mi oportunidad laboral, debía perseguirla. Me había conformado con esperar a que el trabajo ideal llegara y empezaba a no poder permitírmelo. Tal vez debía aceptar la dichosa oferta de dar clases en una academia de inglés para adultos. Exenta de motivación y ambición.

—Creo que aceptaré la oferta que me hicieron en la academia.

—Tina...

Coral sabía qué suponía aquella decisión: rendición. Tendría que trabajar en algo que pagara mis facturas mientras lograba mi objetivo.

Cada una se fue a su casa. Ya empezaríamos a trabajar en nuestros objetivos al día siguiente.

Aquella noche fue peor que la anterior. Volví a tener un sueño húmedo, pero esta vez me desperté superexcitada. Estaba fatal. Notaba cómo mi sexo palpitaba y se humedecía. Me desperté tres horas antes de que sonara el despertador y no conseguí volver a dormir. Decidí ducharme y arreglarme como nunca antes lo había hecho para ir a la oficina. Por lo menos, me despediría de forma deslumbrante.

Blusa blanca, vaqueros rotos y desgastados y botines de ante marrón. Melena suelta con

destellos dorados, maquillaje suave y mi perfume preferido. Parecía otra.

Desayuné con una calma impuesta y salí temprano de casa para llegar puntual. Aparqué la Vespa y fui a por un café. Me quedaba media hora para enfrentarme a la firma del finiquito.

No alargué aquello mucho más. Entré en el edificio, enseñé mi pase y me dirigí sin vacilar a la planta de la productora. Una vez allí, enseñé de nuevo mi identificación y me indicaron la sala de reuniones a la que debía dirigirme.

No esperaba encontrarme aquella escena: todos los asistentes estaban reunidos en la misma sala. Faltaba Norman.

Mi corazón iba a mil por hora. ¿El proyecto se había ido a la mierda? ¿Nos iban a echar a todos?

Había un rumor grave en la sala; tenía la sensación de que nadie sabía qué estábamos haciendo allí, pero Norman no tardó en hacer acto de presencia.

—Niños, os hemos reunido para organizar el plan de trabajo.

La tensión que tenía en el estómago se liberó. Resultó que la película iba viento en popa. Norman había formado grupos para cubrir mejor a los actores, pero yo no estaba en el plan.

Cuando terminó la reunión me pidió que me quedara. Estaba acojonada.

—Tina, no sé lo que habrás hecho, no quiero saberlo, pero sigue haciéndolo —soltó—. Jason me llamó ayer para decirme que seguía en el proyecto.

—¿Qué?

—Te está esperando en su habitación de hotel para poner a punto su personaje. Me pidió que fueras tú la que lo hiciera, me dijo que eras sincera y que no te andabas con rodeos, justo lo que necesita.

—Joder, Norman... Me lo podrías haber dicho ayer en el mensaje. Pensaba que me iba a la calle.

—Quería que te cagaras un poco —argumentó gracioso—. No pierdas el tiempo, no le hagas esperar.

Me fui de allí volando y en cuestión de veinte minutos estaba aparcando la moto en la puerta del hotel. Entré como el día anterior, pero con el camino aprendido. Me pidieron identificación y enseñé el pase. En esa ocasión, no me pidieron más explicaciones.

El ascensor se abrió y allí estaba Jason, después de una sesión en el gimnasio. Entré como si no lo conociera de nada, pero en cuanto las puertas se cerraron no pude callarme.

—¿Os estáis quedando conmigo?

—Un poco —contestó con una sonrisa.

—¿Os hacéis una idea de cómo lo he pasado hasta hoy? He pensado un millón de formas en las que iban a notificarme el despido.

Se empezó a reír como un auténtico idiota, como si mis preocupaciones le importaran una

mierda. Lo miré desafiante y dejó de reírse de golpe.

—Lo siento, Tina —balbuceó—. No era mi intención.

Era mi momento para hacerlo sufrir. Iba a ser implacable.

Lo seguí hasta la habitación y me indicó que había una copia del guion en la mesa para mí. Él se fue a la ducha. Cuando salió solo llevaba la toalla enrollada en la cintura y... madre mía; mi coraza de maldad se rompió. No estaba en condiciones de hacerme la dura, pero debía sacar fuerzas de donde pudiera.

Cogió ropa del armario y volvió a meterse en el baño. Yo solo pensaba que el día que se alinearan los planetas, mataría a polvos a mi acompañante.

Se reunió conmigo en el sofá de la suite, ya vestido y con su guion en la mano. El muy cretino olía endemoniadamente bien y en mi cabeza volaba la fantasía erótica que, cada noche, me acechaba para hacerme sufrir. Miraba de reojo su frondosa barba castaña, su nariz perfectamente perfilada y su rebelde melena mojada peinada hacia atrás. De seguir así, iba a necesitar ayuda psicológica; y no iba a ganar para bragas si permanecía tan cerca de él.

—Me he tomado la libertad de pedir algo para comer.

—Vale —respondí seca, sin mostrar interés alguno mientras ojeaba el guion.

Había frases que me chirriaban y pude entender su desacuerdo constante con el director.

—Página cincuenta, en esa escena quedaría mejor algo como... «que me perdone el tiempo... por querer detenerlo cuando te miro».

Y me quedé mirando cómo recitaba la frase. No lo hacía nada mal, pero le faltaba algo de emoción, de credibilidad.

Empezamos a revisar todas sus escenas y corregimos un poco las frases intentando sacarles más partido. Nos estábamos tomando la libertad de modificar el trabajo del director, pero era necesario.

Después de comer, pasamos de las correcciones a la interpretación. Estábamos en la terraza, yo sentada con los pies encima de la mesa y él dando vueltas mientras versaba sus frases. Era bueno, muy bueno, pero le faltaba algo. Le faltaba creérselo. Llevábamos horas así y la desesperación iba haciendo acto de presencia.

—Jason, ¿hay algo que quieras con locura ahora mismo?

—Joder...

—Le falta algo. No acabo de creerme el personaje.

—Son casi las ocho de la tarde y no veo la luz. No sé cómo meterme en este personaje —confesó desesperado, y en esa reacción vi algo.

—Eso es... desamor. Desesperación.

—«Porque te tengo y no —recitó—. Porque te pienso. Porque la noche está de ojos abiertos. Porque la noche pasa y digo amor. Porque has venido a recoger tu imagen y eres mejor que todas

tus imágenes. —Se estaba dejando llevar. Eso era lo que tenía que hacer. Lo estaba bordando y yo... me estaba perdiendo en sus versos—. Porque eres linda desde el pie hasta el alma. Porque eres buena desde el alma a mí. Porque te escondes dulce en el orgullo. Pequeña y dulce corazón coraza.»

¡Lo tenía! Joder, y yo me estaba enamorando como una imbécil. Quería morirme en ese mismo instante, algo en mi interior iba a explotar en cualquier momento. ¿Os acordáis de los atrapacaros de la película *Alien: el octavo pasajero*? Pues en ese momento yo tenía el mismo instinto: quería lanzarme a su cara y convertirlo en anfitrión. Menos mal que siguió recitando e impidió que mi loca cabeza siguiera en el mundo de la ciencia ficción.

—«Porque eres mía —continuó mientras se acercaba a mí como si fuera la destinataria de esos versos. Yo ya estaba derretida—. Porque no eres mía. Porque te miro y muero y peor que muero si no te miro amor, si no te miro. Porque tú siempre existes donde quiera, pero existes mejor donde te quiero. Porque tu boca es sangre y tienes frío. Tengo que amarte, amor, tengo que amarte. Aunque esta herida duela como dos, aunque te busque y no te encuentre y aunque la noche pase y yo te tenga y no.»

Empecé a llorar. Estaba abrumada. Su recital me había dejado fuera de combate, la coraza había desaparecido. Me había propuesto sacar lo mejor de él, llevarlo al límite para desesperarlo. Y lo había conseguido.

—Hey... —Se acercó a mí y me pasó un brazo por los hombros—. No era mi intención hacerte llorar.

—Ya, pues que sepas que, si sigues en esa línea, bordas el papel.

—Vaya, gracias —dijo sin apartarse de mí—. Pero deja de llorar, por favor, parece que te haya hecho algo malo.

Y no le faltaba razón, me había clavado una flecha en todo el corazón. Nunca me habían recitado algo tan bonito; aunque no iba dirigido a mí, se había creado un clima tan... mágico.

—Tina... —susurró cerca de mí al ver que no dejaba de llorar.

Y no pude más. Mis emociones estaban a flor de piel y yo estaba perdida en un mar de contradicciones. Tenía su cara tan cerca de la mía que necesitaba expresarle lo que me había hecho sentir con aquellos versos. Lo besé. Y esa vez no era mi imaginación.

Era real.

Me aparté sollozando y me di cuenta de que me había extralimitado.

—Lo... lo siento —dije mientras me apartaba de él y me levantaba dispuesta a marcharme de allí.

Él se quedó allí plantado, viendo cómo cogía mi mochila y el casco.

Justo cuando abrí la puerta, apareció a mi lado y la cerró de golpe. Me cogió de la cintura, me atrajo hacia él y...

Volvíamos a besarnos. Llevé mis manos a su cuello y él me aferró más a su cuerpo.

Madre mía... Su lengua era aterciopelada y se arremolinaba contra la mía en una danza que había olvidado. O yo llevaba demasiado tiempo sin besar a nadie o Jason lo hacía muy bien. Ambas opciones eran válidas.

Me agarró con más fuerza y me apoyó contra la puerta. Estaba empotrándome contra ella para dar un paso más en aquella unión. Yo ya estaba como una maldita moto. Deslizó sus grandes manos por el interior de mi blusa y noté cómo me agarraba de la cintura. Sus manos tocando mi piel, que estaba ardiendo bajo su magia. Fue levantando poco a poco el trozo de tela que estorbaba entre nosotros hasta que me lo quitó. Nos miramos y no pude evitar mojarme los labios con la lengua; vi cómo su mirada se desviaba hacia mi boca para volver al ataque.

Esta vez fui yo la que metió las manos por dentro de su camiseta, me encantaba su cuerpo. Era ancho, fuerte, sin estar marcado en extremo. Le quité la camiseta sin miramientos. Nuestro beso subió de intensidad, él me alzó del suelo y yo coloqué mis piernas alrededor de su cintura. Empezó a caminar hasta la cama, me tiró boca arriba y no tardó en ponerse encima de mí. Seguimos besándonos y cada vez nos desnudábamos con más ansia.

Sus labios descendieron hasta mi cuello. Creía estar en el cielo. Le tenía entre mis piernas y aproveché la postura para aferrarlo más a mí. Nuestros sexos empezaron a frotarse a través de los vaqueros y pude notar su creciente erección al igual que notaba mi coño humedecerse. Una de sus manos se coló por mi espalda y, con habilidad, desabrochó mi sujetador. Lo lanzó a la otra punta de la habitación y empezó a besarme los pechos.

Me deshice de los botines con los pies y fui directa a su bragueta. Necesitaba follar cuanto antes; estaba ansiosa.

Lo agarré con los brazos y, con mucha fuerza, lo tumbé en la cama. Me puse encima de él y noté la dureza de su entrepierna. Lo despojé de los vaqueros y... menudo bulto.

Enloquecí. La lujuria se apoderó de mí y decidí dejarme llevar. Debía vivir el momento, como si no fuera a tener la oportunidad de volver a hacer lo que estaba a punto de hacer.

Me acerqué de nuevo a sus labios para besarlos, pero dejándole claro que en ese momento mandaba yo. Le cogí las manos y se las puse encima de la cabeza. Fui deslizándome mi lengua por su cuello, sus pectorales, su abdomen, su ombligo... Colé un dedo entre la goma del bóxer y su piel y lo deslicé, dejando al descubierto su erección. Besé sus piernas, la base de su pene y sus testículos.

Gimió.

Entonces empecé a lamerlo y ya no pude parar. La loca que me había poseído sabía muy bien lo que se hacía y estaba lo suficientemente excitada como para saber que quedaba mucha noche para saciar su apetito. Aunque no se conformaría con poco. Le iba a demostrar que estaba hambrienta.

Succioné, mamá, me la comí toda. Lo tenía a mi merced. Con una mano masajeaba sus

testículos, que se endurecían más con cada chupada.

—Tina... vas a hacer que me corra...

Y no paré, a pesar de su advertencia. Su respiración cada vez era más agitada y su semen no tardó en salir. Me lo tragué sin pestañear.

Se quedó boca arriba, recuperando el aliento, y luego vino a por mí. Me deslizó hacia sus brazos y me desnudó con delicadeza. Contemplaba cada centímetro de mi piel y lo besaba. Me alegré de haber decidido aquella mañana ponerme el mejor conjunto de ropa interior que tenía en el armario. La imagen de ese hombre deslizándose mi mejor tanga entre mis piernas sería imborrable. Introdujo un dedo en mi interior y empezó a moverlo con suavidad. Mercurio, la Tierra, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno ya estaban alineados. Ahora solo faltaba que Venus y Marte se pusieran de acuerdo para establecer contacto, y me temía que no tardarían mucho.

Hizo lo mismo que yo minutos antes, besarme, deslizar la lengua hasta mi vientre, por el interior de los muslos y... por mi clítoris. Sentí un estallido en mi interior que hacía mucho no experimentaba.

Yo no era alguien que practicara sexo constantemente, pero el día que lo hacía, no podía parar. Sabía lo que tenía que hacer. Aunque con él estaba quebrantando alguna que otra norma innegociable.

Jason me estaba matando. Su dedo seguía entrando y saliendo de mi vagina y su lengua dibujaba círculos por mi clítoris; si eso no era el cielo... Llevaba demasiado tiempo contenida, sin tener un contacto externo que me hiciera temblar, pero no me correría con tanta facilidad. Aunque lo estaba deseando.

Estuvo un buen rato degustándose hasta que se puso entre mis piernas y me susurró algo en el oído.

—Te follaría tan fuerte...

—Hazlo —gimoteé.

—Me vas a matar, pero no tengo preservativos —susurró.

Me empecé a reír. ¿En serio no tenía condones? Menos mal que siempre he sido una mujer precavida y llevaba unos pocos en mi mochila. Una nunca sabe cuándo puede tener una oportunidad así.

Me levanté y cogí la cajita metalizada donde los guardaba. Me esperaba con una sonrisa y me hice la coqueta. Caminé muy despacio hacia él, mientras me acariciaba los pechos e iba sacando un preservativo. Lo cogí con los dientes y me tumbé encima de él.

—Soy una chica previsora —contesté con otro susurro.

—Ya veo...

Y nos volvimos a besar con ganas. Esta vez no había nada que nos frenara y yo me moría de

ganas de tenerlo dentro de mí, aunque fuera con condón. Necesitaba echar un polvo en condiciones. Correrme como hacía tiempo no lo hacía.

Me agarró de la cintura y se tumbó sobre mí, cogió el preservativo, lo abrió y se lo colocó casi sin que me diera cuenta. Entonces se dispuso a penetrarme y... me derretí.

Subí mis piernas para rodearlo, acercarlo más a mí, aumentar la intensidad de nuestro juego y levitar hacia un mundo nuevo. Jason aceleró el ritmo y nuestros jadeos se acompañaron, iba a perder la cabeza con la fricción, pero no lo suficiente como para correrme. No todavía.

Entonces volví a tomar el control. Me levanté para ponerme a horcajadas sobre él, sentados en la cama. Penetración, roce, nuestros cuerpos totalmente unidos, sin dejar de besarnos... así sí. Así sí que podía tener un orgasmo y no tardé en sentir sus primeros avisos de llegada.

—Joder... —mascullé.

—Sí... Eres deliciosa, Tina.

Me ponía muy cachonda que pronunciara mi nombre con su acento.

—Bésame, Tina...

Y lo hice. Todos los factores de nuestro acto no tardaron en dar resultado. El orgasmo me azotó tan fuerte que apenas pude controlar mis gemidos ahogados. Pero no dejé de moverme en ningún momento, ni cuando me corrí. Seguíamos sentados en una posición en la que el contacto era total y no quería despegarme.

—Si no dejas de moverte, lo haré yo en breve.

Y una sonrisa traviesa apareció en mi cara. Aceleré un poco más el ritmo y nos dimos un beso hambriento.

Gimió de tal manera que no podía creermelo que aquello terminara así. No podía consentirlo.

Se separó de mí para tomar aire y quitarse el preservativo, que estaba lleno. Fue al baño y regresó en pocos minutos. Se había refrescado un poco y se tumbó a mi lado para recuperar el aliento.

Yo volví a atacar. Me puse de nuevo encima de él y lo besé por el cuello, esperando una señal por su parte para que parara o continuara.

Y llegó su respuesta: empezó a recorrer con una mano mi espalda. No era un rechazo, aunque sí intentaba pedirme calma. Yo era lo último que quería.

Entendía que necesitaba tiempo para que su cuerpo funcionara de nuevo, pero podía divertirme un rato. Le cogí la barbilla con una mano y le obligué a besarme con ganas; él se mostraba dispuesto, pero con cautela. Empecé a moverme con gestos seductores encima de él y enseguida noté cómo su pene empezaba a recobrar su firmeza.

Bajé hasta él y lo lamí. Quería más.

—Vas a acabar conmigo.

—Es lo que me he propuesto —contesté seductora.

Y lo activé. Es como si le hubiera dado al interruptor de desconectar el cerebro y dejar la lujuria a rienda suelta.

Empezamos a follar como locos: yo encima, luego él. A cuatro patas, yo tumbada en el borde de la cama con las piernas en sus hombros, en la ducha... Nos comimos de todas las formas posibles. Estaba convencida de que aquel encuentro no se repetiría; entre él y yo no podría haber nada romántico ni duradero, así que jugué todas mis cartas, lo di todo.

Cuando me sentí saciada, Jason se quedó traspuesto en la cama y yo atacé una cesta de fruta que había en la mesa. La sesión de sexo nos había hecho saltarnos la cena y tenía un hambre atroz. Cogí mi móvil y vi que eran casi las cuatro de la mañana. Se nos había ido la olla por completo.

No sabía si dejarle allí e irme a mi casa o quedarme.

Entonces la antigua Tina apareció. Madre mía, había dejado exhausto a Jason Graves. Tenía que contárselo a Coral y, por la hora que era, decidí enviarle un wasap: «Se han alineado los planetas».

Miré a la cama y vi que él me estaba observando. Me entró el pánico.

—¿Qué haces aún despierta? Ven.

Ahí tenía la respuesta, quería que me quedara.

Me tumbé a su lado y me tapó con el edredón. Pasó su brazo por detrás de mí y nos acurrucamos. Apagó la luz y a los pocos segundos noté cómo su respiración cambiaba. Se había quedado dormido.

Yo no tuve tanta suerte, no podía dejar de recordar todo lo que habíamos hecho. Me moría de vergüenza, pero también me sentía tonta por pensar así. Al final, concilié el sueño entre contradicciones.

La luz del balcón entraba sin impedimento por toda la habitación. Cuando me desperté, Jason estaba abrazado a mí, aún en un sueño profundo.

El despertador de mi móvil fue el responsable de que yo abriera los ojos antes, pero lo había apagado rápido para no despertar a Jason. Se agitó un poco por mis bruscos movimientos, pero solo emitió un suspiro.

Debía irme a trabajar. O eso creía... No tenía ni idea de lo que tenía que hacer. Llamaría a Norman para preguntarle. Yo no podía seguir allí. Lo que había pasado aquella noche era una locura, o al menos así lo veía yo.

Decidí vestirme sigilosamente y largarme cuanto antes. Aproveché su inconsciencia para eludir una situación incómoda.

Cuando abrí la puerta de la habitación la vergüenza se apoderó otra vez de mí. Los vigilantes de seguridad seguían haciendo la ronda por el pasillo y yo estaba segura de que nos habían oído.

El trayecto en moto me dio una pizca de serenidad hasta llegar a mi piso. Para mi mala suerte, me topé con mi madre, que se marchaba a trabajar; obviamente me preguntó.

—Así que no has dormido hoy aquí, eh...

—Mmm, no.

—Necesitas un café ya, tienes una cara de sueño horrible. A tu padre no le importará hacerte uno; hoy ha hecho cruasanes caseros. Pero date una ducha primero y quítate la dosis de susto que llevas encima... ¿Todo bien?

¿Que si estaba bien? Yo estaba encantada, había tenido una noche de sexo con alguien al que jamás pensé tener entre las sábanas. Lo malo era que tenía que volver a verlo y sabía muy bien que entre nosotros no podría haber nada más. En definitiva, que me iba a traer dolores de cabeza y, sobre todo, problemas cardíacos.

Fui primero a mi piso y me di una ducha para deshacerme del olor al perfume de Jason. No me ayudaba en absoluto a enfrentarme al nuevo día sentir su aroma.

No tardé mucho en vestirme y subir corriendo a desayunar con mi padre. Necesitaba desahogarme un poco y tenía la suerte de que podía explicarles a mis padres todo lo que me pasaba, no me juzgaban.

En cuanto me abrió la puerta, me regaló una sonrisa; luego me preparó un café. Bendita jubilación.

—Me he encontrado a mamá cuando se iba a trabajar y me ha dicho que habías hecho cruasanes.

—Sí, has hecho bien viniendo. Están buenísimos. Y... ¿qué te pasa por la cabeza? Te oigo desde aquí.

—Esta noche... bueno. Ya te imaginarás que si me la he encontrado en el portal es porque no he pasado la noche aquí.

—Sí, lógico.

—Pero es que tengo la sensación de que no lo tendría que haber hecho.

—¿Por qué? Te considero una persona muy racional como para pensar eso después.

—Es alguien del trabajo.

—¿Y? No sé, hoy en día es todo distinto. Separáis mucho más que nosotros el sexo del trabajo.

—Ya, pero... Él es alguien muy importante y yo solo soy asistente.

—Vale, creo que ya me hago una idea. Te gusta y no quieres sufrir.

—Vas bien.

—¿Pero por qué tienes que sufrir? Disfruta el momento, *sweetie*. Obviamente tienes que pensar en el mañana, pero tampoco te obsesiones —dijo mientras sostenía una taza de café—. ¿Cómo es él?

—Es... mejor de lo que creía. Es de las pocas personas que han sabido mantener una

conversación de literatura decente, estamos en el mismo nivel. Es guapísimo, siempre lo he dicho, y, después de esta noche, todavía más. Pero está destrozado.

—¿De dónde es?

—De Nueva York. Así que solo ha sido una noche, no volverá a ocurrir, pero sé que me colgaré de él y no quiero sufrir.

—Te entiendo, pero me estás recordando a mí hace casi treinta años. Yo estaba enamorado de mi ciudad y... mírame. Llevo en esta desde que puse un pie en ella.

—¿Qué me estás intentando decir? Yo no quiero irme de aquí, ni en sueños. Además, estamos suponiendo que él está interesado en mí.

—*Sweetie*, ¿y no lo está?

Yo no lo sabía. No sabía qué opinaba él ni cómo iba a reaccionar conmigo después de aquella noche.

Mi padre siempre era muy optimista y conciliador, yo no tanto. Sabía que no sería fácil volver a verlo como antes y me aterraba que su actitud hacia mí hubiera cambiado a peor. No sé, me comía mucho la cabeza.

Volví a mi piso y decidí llamar a Norman. No sabía cuál era mi trabajo ahora que Jason le había cogido el punto al personaje.

—¿Cómo fue ayer? ¿Va interiorizando el personaje?

—Mmm... —No sabía qué decir, solo me acordaba de todas las posturas en las que habíamos hecho el amor.

—Nena, ¿se te ha comido la lengua el gato? ¿Lo lleva bien o no?

—Pues es que... —contesté rápida—. Según mi criterio, lo ha conseguido, sí.

—Pues ya conoces la respuesta. Ven volando al set de rodaje, estoy muy desbordado sin ti a mi lado.

Cuando Norman colgó, vi que Coral me había enviado un mensaje a las siete de la mañana: «¡Oh! ¿En serio? ¿Y qué? ¡Cuenta!».

«Te lo contaré pronto... Vas a flipar.»

Seguí arreglándome el pelo y vi en el móvil la foto de Coral. No podía esperar y me estaba llamando. Contesté.

—Tienes muchas cosas que explicarme desde ayer... ¿Quién es el chulazo que te ha dado caña esta noche? ¿O le has enseñado la bomba explosiva que eres? ¿Sigues teniendo trabajo?

—Sí, tengo trabajo.

—Entonces el chulazo debe de ser del curro.

—Ya te digo...

—Tina, ¿quién?

—Coral, te dejo, ahora no puedo hablar. Tengo que ir a trabajar.

Y le colgué. Fui mala, lo sé.

Confíe en que aquel día no me toparía con Jason, era su último día libre, así que podría moverme con tranquilidad.

Norman me estaba esperando y tenía una sonrisa enorme en su cara.

—Cielo, no tienes ni puñetera idea de ser asistente, pero haces magia. Gracias, de verdad. Que sepas que pienso hablar muy bien de ti e intentaré que te den un buen incentivo por el trabajo que estás haciendo. No digas ni una palabra, hay mucha gente envidiosa por aquí.

—Gracias, Norman. Yo solo intento hacer lo que me pides lo mejor posible.

Joder, ya te digo. Pero lo de follar con Jason no entraba en sus planes, o eso creo.

Me dio indicaciones de que la actriz protagonista quería repasar unas cuantas frases conmigo; visto que había conseguido convencer a Jason para que se quedara, creyó que era buena en mi trabajo. Pero se equivocaba. A las dos horas nos tomamos un descanso; yo quería salir de allí. Me di cuenta de que no era buena haciendo aquello, era buena solo con Jason. Por cómo era, por su facilidad para aceptar las críticas y... porque logramos conectar a nivel laboral. Bueno, vale, y en la cama también nos entendimos muy bien.

Por el rabillo del ojo, vi a Coral acercarse como un ciclón. Su cara era de pura curiosidad.

—Pedazo de puta, ¿cómo te atreves a dejarme así? ¿Quién es el chulazo que ha sufrido tu posesión sexual?

—¡Quieres bajar el tono de voz! Estás loca...

—Como no me digas de quién se trata, pienso vociferarlo a los cuatro vientos hasta que levante la mano el susodicho.

—Coral, discreción. Somos profesionales.

—¡Y un huevo! Dos profesionales se habrían esperado a terminar el proyecto para no tener problemas. Qué callado te lo tenías...

—Ya, bueno... es complicado.

—Es que no me imagino a quién te has podido tirar, no he visto a nadie que sea de tu agrado.

—¿No? ¿Seguro? Si usas un poco la cabeza te darás cuenta de que sí hay alguien.

Se quedó pensativa sin dejar de mirarme. Le costó lo suyo, pero se arriesgó.

—¿El vigilante de Jason? El otro día dijimos que estaba bastante bueno y como últimamente solo trabajas con él es posible que...

—Casi, pero no. Y sí, mi trabajo se ha centrado solo en una persona. Una persona, Coral.

¡Eureka!

Ya había dado con el nombre.

—Lo... que... —Estaba sin palabras—. Madre mía... —suspiró—. ¡Esto me lo tienes que explicar muy bien! ¿Cómo la tiene? ¡Joder! ¡Maldita zorra del averno! ¿Pero qué le hiciste?

—¡Yo solo estaba haciendo mi trabajo!

—Pues creo, bonita, que se te viene más encima... —me dijo mirando detrás de mí.

Jason acababa de llegar al set de rodaje. Me puse roja como un tomate. Quería esconderme en cualquier sitio.

—Me voy con la petarda, ¡no quiero que me vea!

Volví al camerino de la actriz que hacía de la amada de Jason en la película. No sé si era por mí o porque ella era una tiquismiquis, pero no coincidíamos en absoluto en cómo debía ser la entonación de sus escenas.

—No sé cómo una mujer podría derretirse solo porque un hombre le recite un poema. Obviamente, bordaré mi papel, pero es absurdo.

Para nada. No estaba de acuerdo con ella. Yo misma había caído rendida con el recital de Jason. Sabía que él no era el dueño de esos versos, pero sí del amor que puso al recitarlos.

—Entiendo... —dije en un intento de ser comprensiva.

—Creo que ya he tenido suficiente —me informó para que desapareciera de su vista.

Era lo último que quería. No quería salir y arriesgarme a encontrarme con Jason, pero tuve que hacerlo.

Lo vi a lo lejos hablando con Norman y, como supuse, este me llamó con un chasquido de dedos. No me quedó más remedio que acercarme.

El corazón se me iba a salir por la boca. Estaba nerviosa a un nivel que no era normal. Necesitaba salir de allí corriendo, esconderme debajo de una piedra si fuera posible.

—Querida, estaba hablando con Jason del gran trabajo que hiciste ayer.

—Sí. Eres increíble, Tina —confesó mirándome a los ojos.

Quería volatilizarme. Esos ojos azules, el recuerdo de su cuerpo desnudo, follando sin parar en la cama, en la ducha...

¡Basta! Estaba desbordada.

—Es... mi trabajo —murmuré.

—¿Necesitas algo, Jason?

—Bueno, creo que he abusado mucho de los servicios de Tina, así que mejor me marchó. Mañana me toca trabajar duro y necesito descansar un poco, no he dormido mucho.

Tierra trágame. ¿Servicios? ¿Dormir poco? ¡¿Servicios?! ¿En serio?... Acostarme con él no entraba en mi plan de trabajo, ¿en el suyo sí?

Antes de marcharse vi que la actriz a la que había ayudado se paró a hablar con él. La muy zorra se había puesto en plan seductora, se veía a leguas que le gustaba. Maldita...

—¡Eh! ¡Tina! ¡Al lío! —llamó Norman.

Me pasé todo el día cabreada.

Volví tarde a casa y no tenía ganas de nada. Me fui directa a la cama sin cenar. Estuve mirando Instagram un buen rato hasta que me llamó Coral.

—Lo he hecho, Tina.

—¿El qué?

—Esta tarde me he tirado al camarero macizo y le he dejado el vídeo a Bruno en el ordenador, en un sitio que pueda verlo bien cuando vuelva de su viaje a Berlín. ¿A quién se estará follando ahora?

—Joder, Coral, es liarla demasiado.

—Que le jodan. Hoy ya he preparado la maleta para irme a casa de mi madre; me piro de aquí mañana.

—Si necesitas algo solo tienes que pedírmelo.

—Sí, necesito que sigas tirándote a Jason. ¿Cómo coño lo has hecho?

—A ti te lo voy a explicar...

—¿Lo dejaste seco o qué? Dime que sí...

—Digamos que sí, que me volví loca.

—¡Toma ya! Que sepa cómo nos las gastamos las barcelonesas. Es que las matas callando, bonita.

—Ya sabes... Yo creo que eso es lo que asusta a los tíos. Me gusta llevar la voz cantante y cuando pillo a uno por banda pierdo el norte.

—Nena, el tío que no valore eso, mejor que se corte la polla.

—¡Qué bestia eres!

—¿Sabes algo de él?

—Se ha acercado esta mañana al set. Me ha agradecido mis *servicios*, le he sido de mucha ayuda para liberarse, nada más.

—Bueno, pero quédate con eso. Te has follado a Jason Graves, nena. No todas podemos decir lo mismo.

Ya, pero necesitaba volver a vivirlo y sabía que no habría una próxima vez.

Me despedí de Coral e intenté dormir un poco. No me costó conciliar el sueño; yo tampoco había dormido la noche anterior y no había tenido el día libre como Jason. Estaba molida, a pesar de que mi cabeza no dejaba de dar vueltas.

A la mañana siguiente retomé la rutina y fui directa al trabajo con el corazón agitado y la mente en la noche que pasé con Jason. Me tocaría verlo por el set de rodaje y no estaba preparada.

Cuando llegué, él ya estaba rodando una escena y Norman me pidió que fuera a supervisar. Me dijo que sería bueno que Jason me viera allí para recordarle el trabajo bien hecho. Menuda mierda...

Y allí estaba él, vestido como un bohemio; estaba irresistible. Camisa de lino beis, pantalones

marrones y unos zapatos de tela del mismo color; todo muy sencillo. Le tocaba interpretar uno de los versos más bonitos del guion; su mirada tenía que perderse fuera de cámara, pero se perdió en la mía. Me puse tensa. Muy tensa.

Me estaba recitando otra vez y volvía a ponerme como una moto. Aquello iba a acabar conmigo.

—¡Corten! —soltó el director—. ¡Joder! ¡Perfecto! Esto es lo que queríamos de ti.

Vi que Jason sonreía, pero sin dejar de mirarme por el rabillo del ojo. Se fue a su camerino y yo me limité a seguir trabajando con Norman.

Y así todo el día.

¿Por qué me sentía decepcionada? Tenía claro que lo de la otra noche había sido algo fortuito, que no debía hacerme ilusiones. Pero, inevitablemente, me las había hecho. Me había convencido de que lo tenía bajo control, pero me había estado engañando a mí misma.

Llegué a mi casa con mal cuerpo. Me di una ducha para despejarme y ni cené. Me tiré en el sofá y la llamada de Coral interrumpió mi momento de meditación o linchamiento personal.

—Ni me ha llamado. Sé que ha vuelto a casa, habrá encendido el ordenador para pasar las fotos que ha hecho en Berlín y lo habrá visto. Ni una triste llamada.

—Coral...

—He recogido todas mis cosas, de manera definitiva. Llamaré a la inmobiliaria para decirles que yo ya no voy a estar en el contrato de alquiler, que le hagan uno nuevo o que le jodan, así de claro.

—¿En serio no te ha dicho nada?

—Nada, solo un wasap para decir que había llegado al aeropuerto y que se iba para casa. Me ha preguntado qué quería para cenar y le he dicho que llegaría tarde, para darle largas. Ya no he vuelto a saber nada más. Y sé que lo ha visto.

—Nena, que le den. Que les den a todos, así de claro. Empieza una nueva etapa, pasa una temporada con tu madre y medita sobre qué es lo que vas a hacer. Ahorra, viaja... no sé, hoy no soy la mejor consejera del mundo.

—¿Nos vamos a Cuba en verano?

—Sabes que no puedo. Tengo que pagar la hipoteca y cuando acabe este trabajo debería ponerme a buscar a fondo; el paro ya no me llegará.

—Deberías darte un capricho de vez en cuando.

—Ya me lo di el otro día y lo estoy pagando caro.

—¿Hoy le has visto?

—Sí, y como si nada. Estuvimos follando casi toda la noche, pero hoy ha hecho como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Joder, él debe de estar acostumbrado a tirarse a tías que están

buenísimas y yo solo soy esto: una tía diminuta que le ha dado una buena noche de sexo y de la que no va a sacar nada más.

—No digas eso, la culpa no es tuya. Piensa en lo que te has llevado, no en lo que te podrías llevar.

Llamaron al timbre. A aquellas horas se me hacía raro; pensé que serían mis padres que necesitaban cualquier cosa. Me despedí de Coral y fui hasta la puerta.

Cuando abrí, me llevé una sorpresa. Era Jason.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Puedo pasar?

No se lo impedí. Sabía que mi vecino de al lado era un cotilla y que cada vez que alguien llamaba a mi puerta miraba para ver de quién se trataba. No me apetecía lo más mínimo que al día siguiente les dijera a mis padres que había tenido visita masculina. No porque no quisiera que lo supieran, sino porque no me gustaba que él fuera chismorreando.

Me entró la timidez. Mi piso era diminuto y me avergonzaba. Esperé a que me dijera algo en el mismo recibidor.

—Tina... yo... No suelo hacer estas cosas.

—¿El qué?

Se me quedó mirando y todo me pilló por sorpresa. Posó sus manos en mis caderas y pegó su cuerpo al mío. Su cara fue bajando hacia mis labios y... No lo pude frenar, yo también necesitaba hacerlo.

Empezamos a besarnos con hambre. Con unas ganas terribles. Yo llevaba pensando en sus labios, en su cuerpo y en su manera de follarme prácticamente desde la noche en que lo hicimos, pero lo que no sabía es que a él le pasaba lo mismo.

Me levantó del suelo y me llevó hasta la cama, que se veía desde el recibidor. Nos desnudamos con rapidez, sin dejar de besarnos y de acariciarnos. Besaba mis pezones de una manera mágica y recordé sensaciones olvidadas gracias a su lengua. Un cosquilleo permanente se alojó en mi estómago desde que nuestros cuerpos desnudos se tocaron.

Sobraban las palabras, solo había espacio para respiraciones agitadas y gemidos. Llevé una de mis manos a su pene y vi que estaba preparado. Yo ya llevaba cachonda todo el día, desde que lo había visto en el set recitando esos versos que habíamos ensayado.

Alargué mi mano hacia la mesita de noche y cogí un condón. No tardé en ponérselo y en notarlo dentro de mí. Teníamos prisa en sentirnos de aquella manera.

No nos hizo falta hablar, la otra noche habíamos aprendido todo lo necesario el uno del otro.

Jason empezó a embestirme, cada vez más rápido y más fuerte. Yo respondí con gemidos y pequeños agarres a su espalda. De aquella manera le hacía saber que quería más. Hicimos

realidad una idea que a los dos nos gustaba: hablar sin palabras, porque entre las sábanas no había sitio para las palabras, no nos hacían falta en absoluto.

El clímax no tardó en llegar. Me corrí con tanta placidez que lo arrastré a él minutos después.

Recuperamos el aliento sin apenas movernos. Nos mantuvimos en la misma posición: él dentro de mí y recostado encima. Yo con mis piernas envolviendo sus caderas y mis brazos rodeando su cuello. No quería moverme, quería quedarme eternamente en aquella posición.

—¿Qué me estás haciendo, Tina? —preguntó a la vez que se echaba a mi lado.

Se quitó el condón, le hizo un nudo y lo dejó dentro del envoltorio que recuperó de encima de la cama.

—Ni yo misma lo sé.

—Me estás dando lo que necesito. Has sabido dirigirme hacia un lugar que necesitaba — confesó antes de volver a rodearme con sus brazos.

Pero mis tripas estropearon el momento; tenía un hambre atroz.

Jason se echó a reír.

—¿Tienes hambre, *tiny* Tina?

Asentí con la cabeza. Se levantó de la cama, se puso los calzoncillos y la camiseta y salió de la habitación. Yo no podía quedarme allí tumbada; cogí el pijama y le seguí.

Se metió en la cocina y empezó a moverse con ligereza, a pesar de que no tenía ni idea de dónde estaban las cosas. Por lo que vi, no iba a complicarse; empezó a preparar un par de sándwiches con atún, olivas y un tomate que había en la nevera.

Yo no podía dejar de mirarlo.

Allí estaba él: preparando algo para cenar en mi cocina, con una confianza que ningún tío se había atrevido a tomarse hasta ese momento; ninguno había sido capaz siquiera de prepararme el desayuno al día siguiente. Solo querían sexo y ya, pero... ¿qué quería Jason de mí?

—Buen provecho —dijo dejando el plato con el sándwich delante de mí.

Yo me quedé sin palabras. Me limité a comer y a saciar el hambre que sentía en el estómago.

—Tienes un piso muy bonito.

—Gracias.

¿En serio íbamos a eludir hablar sobre lo que estaba pasando entre nosotros?

Nos limitamos a comer y a mirarnos de reojo de vez en cuando. Sonrisas de complicidad y una calma extraña.

Tenía a Jason Graves en mi piso. Habíamos vuelto a acostarnos, esta vez en mi cama. Me había preparado algo para cenar y todo aquello me sobrepasaba. Estaba confundida y con un principio de dolor agudo en el alma.

Vaticinaba que aquello me iba a doler más de lo que esperaba.

—Jason... —empecé a decir. Él me miró al instante, sabía de lo que le iba a hablar—, ¿qué se

supone que debo hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

—Es que, no sé, no suelo... Todo esto es nuevo para mí: el trabajo, relacionarme con estrellas de Hollywood, ir por las calles de Barcelona rodeada de tanta seguridad...; y lo que ha pasado entre nosotros. No estoy acostumbrada a...

—Tina, no te agobies —soltó sin dejarme terminar la frase—. Para mí también es algo nuevo y tampoco sé cuál es el siguiente paso. Simplemente me he dejado llevar.

—Yo también me he dejado llevar, pero...

—Quieres dejar las cosas claras —zanjó él por mí. Le contesté con un simple movimiento afirmativo de cabeza—. Mira, voy a proponerte algo; si no te parece bien, lo entenderé. Solo te pido que, en el caso de que no aceptes, todo lo que ha pasado quede entre nosotros.

—Te escucho.

—Necesito esto —dijo señalándome a mí y a mi casa—. Necesito ser una persona desconocida, que me traten como a alguien normal. Tener que ir siempre con pies de plomo con lo que hago y con lo que digo me agota. Estoy cansado, Tina. Contigo, la otra noche, me dejé llevar y hacía mucho tiempo, muchísimo, que no sentía eso. Me sentí libre, desinhibido, y me quedé con ganas de repetirlo una y otra vez. He encontrado una vía de escape y esa vía eres tú.

Me quedé petrificada. Podía llegar a entender lo que me estaba pidiendo, pero una alarma interior me decía que iba a sufrir. Estaba segura de que iba a pillarme mucho por él, incluso sabiendo que entre nosotros nunca habría nada.

—Vale, seamos claros —confirmé—.Quieres que sea una especie de válvula de escape. Sin compromisos y con fecha de caducidad.

—Algo así, supongo. Eres distinta, Tina. No sé, tienes algo que me inyecta calma, que me hace estar cómodo. Me recuerdas al hogar, contigo puedo ser yo mismo.

—Ya, pero es un juego peligroso. Lo que me estás pidiendo es que durante el día nos comportemos como si nada y por la noche juguemos a las casitas. Sé cómo soy y esto podría hacerme mucho daño. ¿Sabes por qué nunca he tenido pareja, Jason? —Me escuchaba a mí misma con atención—. Porque me da miedo sufrir. Me aterra conocer, flirtear y dejar entrar a cualquiera en mi casa.

—¿Entonces qué hago yo aquí?

—Por eso te digo que voy a sufrir. No sé si estoy dispuesta a aceptar lo que me estás pidiendo.

—Tina, te... Ahora mismo te necesito.

¿Debía dejarme llevar a pesar de que sabía que aquello me traería sufrimiento? Necesitaba tiempo para pensármelo y se lo dije.

Una de mis normas básicas era evitar el sufrimiento a toda costa. Y él me lo estaba sirviendo en bandeja de plata.

Nos despedimos por aquella noche; antes de irse, me agarró entre sus brazos para plantarme otro beso. Uno que no esperaba en absoluto y que me agitó el cuerpo entero, pero no solo de forma sexual.

—¿Por qué tengo la sensación de que te estoy perdiendo? —balbuceó.

—Porque has propuesto algo desmesurado a alguien a quien apenas conoces.

—Me vas a decir que no, lo sé. No me hagas sufrir de esta manera.

—Tú no has pensado en mi sufrimiento, no voy a pensar yo en el tuyo. Adiós, Jason.

Cerré la puerta. La soledad volvió a azotarme y los sucesos que habían tenido lugar las últimas dos horas golpeaban mi mente.

Fui a por el móvil y sin pensar en la hora llamé a Coral. Le expliqué todo lo que había pasado y la propuesta de Jason.

—Vive, Tina —me contestó después de contarle todo—. Aprovecha lo que estás viviendo, no te adelantes al futuro. Llegará, prepárate para él y ya. ¿Crees que es fácil para mí lo que estoy viviendo ahora? Solo se trata de seguir caminando hacia delante y de aprovechar todas las oportunidades y pequeños regalos que te da la vida.

—Sé que me hundiré.

—Ya lo estás. Vives hundida por un sufrimiento que aún no ha llegado, pero que ya te está ahogando. No todos los días viene un tío así a la puerta de tu casa a echarte un buen polvo y a pedirte que seas su compañía durante un tiempo. ¿Sabes qué es lo mejor, Tina? Que antes de que empiece la aventura, sabes que tiene un final.

Mi amiga tenía razón. Ella se había metido en una relación con el que se suponía que era el amor de su vida y la había engañado de la peor manera posible y ella había tenido la suficiente valentía de devolverle la jugada y seguir mirando hacia delante. En mis veintiocho años no había dejado entrar a nadie en mi vida; y tampoco tenía por qué hacerlo ahora, podía simplemente disfrutar de un trozo del camino.

Pero no se lo iba a poner fácil. Quería que sufriera un poco y que valorara lo que estaba dispuesta a hacer por él.

Mentiría si dijera que no me moría de vergüenza cuando nuestras miradas se cruzaron en el set al día siguiente.

Estuvo prácticamente todo el día ocupado, el director había decidido dar prioridad a sus escenas. Quería aprovechar aquella oleada de inspiración que tenía Jason para bordar su personaje. Aunque no tuvo un buen día, y yo me sentía un poco responsable por ello.

—Nena, Jason necesita ayuda, ve a su camerino.

—Norman... creo que esta vez no puedo hacerlo —dije con valentía.

—¿Qué? Es tu trabajo, cariño —respondió con hostilidad.

—Lo sé, pero el último día sentí que le estorbaba un poco.

Mentira. No estaba preparada para encerrarme a solas con él en su camerino. A pesar de los consejos que me habían dado mi padre y Coral de dejarme llevar, yo seguía un poco reticente. Anteponía mi seguridad frente a la aventura que me pedía Jason. Todavía me costaba creer lo que había pasado entre nosotros, pero no podía seguir engañándome a mí misma.

Sin duda, él estaba interesado en que tuviéramos algo, si no, no se habría presentado en mi casa, con el riesgo que eso suponía, a altas horas de la noche. Y... ¿Cómo había conseguido mi dirección? ¿Vino solo o...?

—Cariño, él mismo me lo ha pedido. No le hagas esperar.

Cogí aire y saqué fuerzas de donde pude. Miré hacia el barracón y, con una segunda bocanada de aire, me dirigí allí. No sabía qué iba a encontrarme. ¿Volvería a caer entre sus brazos? ¿Sería capaz de mantenerme firme? Debía decidirlo en pocos pasos.

Di tres toques en la puerta y enseguida me abrió. Aquella vez no contestó desde la lejanía; me estaba esperando y le notaba nervioso.

Lo tenía muy cerca y vi sus intenciones. Quería abrazarme, pero yo había tomado una decisión por el camino.

—No, Jason. No puedo, y menos aquí.

Me aparté y lo dejé cabizbajo. Se me rompió el alma, pero yo no era un juguete. No quería ser su vía de escape para luego yo tener que recomponerme cachito a cachito; no habría pegamento que volviera a poner las piezas en su sitio.

—Lo... entiendo —contestó con melancolía.

—He estado pensando mucho en lo de anoche y es muy arriesgado.

—Yo también lo he pensado mucho y sé que te he pedido demasiado. No fui sincero conmigo mismo, así que tampoco lo fui contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Te dije que todo esto también era nuevo para mí. Te mentiría si dijera que no me acojona lo mucho que te has metido en mi cabeza y la liberación que he sentido al estar contigo. Pero más me aterra no poder disfrutarlo.

—Jason, no... No puedo.

—Lo sé. Estoy acostumbrado a conformarme con el rechazo. Pero contigo me duele más. Siento una... una especie de conexión que no he sentido con nadie, puedo hablarte con claridad. Ves más allá de mis palabras.

Yo no sabía qué contestar. Me estaba mostrando a alguien roto, a alguien por el que sentir lástima. Aquello no me gustaba. Me dolía verlo así, pero no era mi culpa, eran sus problemas los

que lo tenían en aquel estado. Yo no tenía ninguna necesidad de meterme de lleno en sus movidas y sufrir por causas ajenas a mi persona.

Pero la conexión de la que él hablaba yo también la percibía y empezaba a sentir dolor por el simple hecho de rechazarla. Algo que siempre me había aterrado y que había evitado a toda costa empezaba a asomarse en mi vida. Los dos finales me harían daño y no había manera humana de evitarlo.

—Prométeme que lo haremos bien —le pedí a modo de aceptación—. Que seremos sinceros y que no nos haremos daño de forma gratuita.

—Te lo prometo.

Y su respuesta me supo a miel. Su aterciopelada voz se hizo hueco en mis oídos y se adentró hasta lo más hondo de mi alma.

Le dejé entrar, asumiendo que aquello terminaría y que sufriría por su marcha, pero nada más.

No pudimos contener las ganas de besarnos, de abrazarnos, de tocarnos... Sus besos sabían mejor que nunca, la manera en la que nos tocábamos era distinta. Tener las cosas claras cambió nuestra forma de comunicarnos.

Sus manos viajaban por dentro de mi camiseta en busca del contacto directo con mi piel. Nuestras lenguas jugueteaban en un beso interminable. Estábamos perdiendo la noción del tiempo, pero eso no importaba cuando estaba con él. Jason decía que me necesitaba, pero es que yo a él también.

—Aquí no... —le dije.

Se separó un poco de mí y comprendió que tenía razón.

—¿Cómo quieres gestionar esto? Entiendo que hay que llevarlo en secreto.

—Mientras esté rodando sería lo mejor. Aunque no me queda mucho tiempo.

¿Cómo? ¿Cuánto se suponía que iba a durar nuestra aventura?

—Calculo que me quedan dos semanas de trabajo.

¿Solo? ¿Dos semanas? Joder.

—Tina, que el rodaje termine no quiere decir que me vaya al día siguiente. Tengo pensado quedarme un poco más. Lo he estado hablando con mi asesora; cuando acepté este rodaje me dieron dos semanas de vacaciones. Mi idea era perderme por Noruega, pero apareciste tú y ahora no quiero irme de aquí.

—Pero te irás. Hay una fecha de vuelta.

—Sí —contestó. Noté que le dolía dar aquella respuesta, pero nos habíamos prometido sinceridad—. Tengo responsabilidades y nuevos proyectos. No puedo aplazarlos más.

—Ya. Bueno, eso nos da un mes.

—Sí.

Nos quedamos uno frente al otro. Teníamos un mes para disfrutar el uno del otro sin ningún

compromiso. Lo único que tenía que hacer era llevarlo en secreto, no enamorarme demasiado de él y no hacerme ilusiones.

Lo último no sabía si sería capaz de lograrlo, pero me había lanzado a la piscina. Ya no había vuelta atrás.

Estaba nerviosa, agitada, con ganas de empotrarlo contra la pared y de hacerle todas las locuras que se me pasaban por la cabeza. Tina Locura tomaba el mando y no podía controlarla. Lo hice. Hice lo que me pedía el cuerpo.

Lo conduje hasta ponerlo contra la pared y, agarrándolo por el cuello, lo acerqué hasta mis labios. Inicié un beso que estaba destinado a hacernos perder el control. Nuestras manos volvieron al terreno de juego, luchando por tocar la mayor parte posible de piel desnuda. Su sabor, su olor, la forma de su robusto cuerpo... me hipnotizaba.

Dos ligeros golpes en la puerta nos sacaron del trance. Nos miramos a los ojos con una mezcla de complicidad y vergüenza y empezamos a reírnos.

Jason contestó mientras se estiraba la ropa. El director lo necesitaba para repasar unas tomas que se habían realizado aquella mañana.

Antes de marcharse me plantó un beso único cargado de un deseo que pude saborear. Aquello me dejó claro que aquella noche nos volveríamos a ver. No sabía si en el hotel o en mi piso, pero debía prepararme.

Fue otro día de trabajo muy intenso y no volvimos a coincidir en su camerino.

Merendé con Coral y la vi desmoronada. Le inyecté todo el ánimo que pude, pero comprendí que yo nunca había pasado por lo que ella estaba viviendo. Nunca le había dado a nadie la oportunidad de hacerme daño, de igual manera que tampoco sabía lo que era sentir el amor de forma intensa. Me protegía constantemente con una armadura que me impedía enamorarme y un leve arrepentimiento se alojó en mi alma.

Tenía dos voces interiores que me decían cosas opuestas. Una me empujaba a dejarme llevar con Jason, a que viviera la experiencia a pesar del doloroso final y la otra, a que disfrutara, pero conteniendo emociones para que el desenlace no doliera tanto.

Coral solo apoyaba a mi voz alocada, diciéndome que sintiera, que viviera... que tal vez funcionaría. Pero yo ya sabía que no, que no había opción a que, agotado el tiempo, hubiera algo entre nosotros.

Después del rodaje, cuando ya no se requerían nuestros servicios, nos dieron permiso para irnos. Coral me esperó para que la acercara en la Vespa. Le prometí que la llevaría a casa de su madre y que tomaría algo con ellas. Sabía que me necesitaba a su lado.

Su madre preparó un pequeño aperitivo antes de la cena y, mientras charlábamos sobre todo lo

que había sucedido las últimas semanas, recibí un mensaje en mi móvil.

Era un número desconocido.

«Estoy en la puerta de tu casa. Hoy, justamente, está cerrada la puerta de la calle. ¿Quieres que nos veamos? J.»

Se me aceleró el pulso. Coral no tardó en preguntarme si estaba bien y yo les leí el mensaje que acababa de recibir. Su respuesta no se hizo esperar:

—Ya estás tardando en volar hacia tu casa.

—Me sabe mal, estáis preparando la cena para mí y...

—Vienes otro día, corazón —dijo Mercedes, la madre de Coral—. Aprovecha ahora, con nosotras tendrás más ocasiones.

Le envié un mensaje a Jason con un simple «sí» y puse rumbo a mi piso sin distracciones. Tardé solo cinco minutos en llegar. No veía ningún indicio de su presencia allí. Metí la mano en el bolso y busqué las llaves y entonces alguien me abordó por detrás.

—Ya pensaba que no íbamos a vernos hoy —dijo desde una distancia prudencial.

—Pero aquí estoy, ¿no?

Saqué las llaves y abrí con rapidez. Una vez dentro dejó salir toda la pasión que tenía acumulada. Me encantaba aquello, pero no era el mejor sitio; mis padres vivían también en aquella finca y no quería tener que dar más explicaciones de la cuenta.

Le pedí cautela. Me respondió que no podía contenerse más.

—¿Quieres que nos vayamos al hotel? Aunque te aseguro que esto es mucho más tranquilo y discreto.

Las puertas del ascensor se abrieron y, cuando este nos tragó, no hubo más palabras entre nosotros dos. Besos, caricias, su cuerpo contra el mío, algún gemido ahogado en nuestras bocas... Teníamos ganas mutuas de comernos.

Intentamos controlarnos mientras preparábamos algo de cenar, pero de vez en cuando nos robábamos algún beso o nos dábamos una muestra de cariño. Nos comportábamos como si fuéramos una pareja normal, como si él dejara de ser quien realmente era y yo no tuviera miedo a sufrir. Él me arrastraba a hacer cosas que no había hecho nunca, como preparar la cena con alguien. Nos metíamos mano mientras las verduras se pochaban en la sartén y las patatas hervían en un cazo.

—No puedo esperar, Tina, contigo no tengo paciencia.

Me levantó del suelo y me sentó en la encimera. Se colocó entre mis piernas y yo lo rodeé con ellas. Nuestras lenguas no paraban de jugar y yo ya estaba más que excitada.

No pudimos aguantar más. Me quitó los pantalones, las braguitas y, tras desabrocharse el pantalón y liberar su miembro, me penetró.

A lo loco, con desesperación. Ni siquiera nos acordamos del condón. El ansia era más fuerte

que el raciocinio.

—Me vuelves loco... —susurró en una de aquellas embestidas.

Le respondí con algo que sabía que lo haría enloquecer aún más.

—Córrete dentro de mí, Jason. Hagámoslo sin barreras.

—Pero...

En pocas palabras le dije que no tenía nada de lo que preocuparse, tomaba la píldora desde hacía años. Solo quedaba confiar en que ambos estuviéramos sanos. Por mi parte, lo tenía claro, pero su historial lo desconocía, aunque poco podía hacer ya en aquel momento.

Dejamos las palabras a un lado y él siguió embistiendo, impaciente. Me aferré más a él, sin dejar espacio entre nuestros sexos, haciendo que el roce fuera todavía más intenso. Pocos minutos después me estaba corriendo con gemidos ahogados en su cuello, no quería armar un escándalo.

Le repetí que me llenara, que se corriera dentro de mí y tampoco él tardó mucho en desparramar su semen en mi interior.

Fui al baño a asearme y volví vestida con ropa más cómoda. Él había tomado las riendas en la cocina, como si fuera la suya.

De repente, llamaron. ¿Quién sería a aquellas horas? ¿Esperaba él a alguien? Le pregunté a Jason qué debía hacer y él fue directo a su móvil.

—Quienquiera que sea, no ha entrado por la puerta de la calle —respondió.

Estaba claro, eran mis padres. Fui a la puerta y miré por la mirilla. Y ahí estaban los dos. Abrí lo justo y les pregunté qué necesitaban. Me traían un montón de táperes con comida, como siempre. Creían que yo no era capaz de alimentarme bien, me seguían cuidando como si no me hubiera marchado de casa.

—Viene un olor estupendo de la cocina... —detectó mi padre.

Y me puse nerviosa. Se dieron cuenta de que no estaba sola y entendieron que necesitaba intimidad, pero algo nos pilló por sorpresa a los tres.

—¡Hola! —soltó Jason tras de mí.

Mis padres se quedaron sin palabras. Nunca antes les había puesto en aquella situación. Es más, nunca antes habían conocido a ninguno de mis *amigos*.

Perdí el control de la situación. Jason se presentó, aunque, como era lógico, mis padres ya sabían quién era él. Antes de independizarme, las paredes de mi habitación lucían los pósteres de muchas de sus películas y, como era lógico, ellos habían visto algunas conmigo.

Fuimos todos hasta la cocina y donde minutos antes habíamos follado tenía a mis padres tomando una copa de vino que Jason les había ofrecido. No sabía cómo manejar aquella situación. Faltaba algo en el ambiente y decidí poner música. No era por ellos, sino por mí. Elegí *Overgrown*, de James Blake. Aquel disco me ayudaba a relajarme y además adoraba a aquel compositor británico.

Miré a la cocina desde el salón y no podía creerme lo que estaba viendo. Era surrealista. Mis padres tomando una copa de vino con una de las estrellas más reconocidas y aplaudidas de Hollywood. Mi amor platónico de adolescente para colmo. Aunque a esas alturas de platónico no tenía absolutamente nada, la encimera había sido testigo de ello.

Me obligué a mí misma a volver a la tierra, a dejar de imaginar lo que Jason y yo habíamos hecho un rato antes y a comportarme como una persona decente.

De vuelta en la cocina, intenté unirme a la conversación. Jason les estaba contando cómo nos habíamos conocido, incluyendo el episodio del café y mis visitas guiadas por la ciudad. Mientras lo explicaba me echaba miradas cómplices que me encendían. El corazón me iba muy deprisa y era incapaz de relajarme. Entonces, de los nervios pasé a la vergüenza en cuestión de segundos.

—Cariño, ¿cómo lo has hecho? —me preguntó mi madre en castellano—. ¿Se trata de brujería o algo? ¿Qué hechizo has usado para hacerlo real? Voy a tener que buscar un póster de Paul Newman y... —bromeó.

—Mamá... —le regañé—. Imagínate mi cara la primera vez que lo vi, no podía reaccionar. Y eso que el café no estaba frío precisamente...

Mi padre siguió hablando un poco más con él; hablaron de sus ciudades y de los lugares que más le habían gustado a Jason. Pero mi padre no quiso ser el centro de atención; era consciente de que habían interrumpido una cena de pareja y se disculpó con la elegancia que tanto le caracterizaba.

Cuando por fin se marcharon, no podía creerme lo que acababa de suceder.

—Eres igualita a tu madre —soltó de sopetón.

Se acercó a mí y me abrazó. Por primera vez, aquel gesto no pedía sexo a gritos, sino cariño. Me besó, un gesto simple que decía mucho.

—Gracias por todo, Tina.

Me sentí tan reconfortada por su calor y por su olor que no quería separarme, quería quedarme eternamente con él allí. Tenerlo día tras día al volver de trabajar, hacer la cena juntos con una copa de vino, intercambiando mimos. Podría acostumbrarme rápidamente.

Acabamos de hacer la cena: un *wok* de verduras como nunca antes había probado.

Me había metido en un juego peligroso, uno que me iba a hacer trizas.

Los días fueron pasando, para mi gusto, demasiado rápido. Durante el día, el trabajo nos absorbía tanto que apenas teníamos tiempo para pensar en nosotros, pero las noches... Las noches eran nuestras.

Ya fuera en su habitación de hotel o en mi piso, siempre dormíamos juntos. Nuestros encuentros

cada vez eran más confiados, intensos y sabios. Dejé que conociera cada rincón de mi cuerpo y de mi alma, algo que jamás había permitido.

Por la mañana, cada uno llegaba al set de rodaje por su cuenta, aunque alguna mirada se nos escapaba y, de vez en cuando, por insistencia de Jason, nos encontrábamos en su camerino.

Debía tener claro que aquello iba a acabar, y ya no quedaba tanto.

Dos semanas y media para ser exactos.

Estábamos en su habitación acabando de cenar y vi un manuscrito que no había visto antes entre el montón de papeles que solía tener en la mesa de la suite. Su título me llamó la atención.

Aproveché que él salió al balcón a fumarse un pitillo para ojearlo. Parecía muy interesante y desconocía a la autora. Me entró una curiosidad tremenda tras leer la sinopsis. Entonces la nostalgia me invadió: aquello era mi mundo, mi verdadera pasión. Lo que estaba haciendo desde hacía más de un mes no era mi vocación, aunque me reportaba un buen dinero.

La curiosidad mató al gato.

—Hey, eso es algo inédito —me dijo Jason con una sonrisa mientras me abrazaba.

—He visto el título y me ha llamado tanto la atención...

—Sí, la autora se lo dejó a mi compañero de la productora y él vio conveniente enviármelo para que le echara un vistazo.

—¿Es un guion o...?

—No, es una novela inédita que quieren adaptar al cine. Mis compañeros no lo ven claro, dicen que la autora es muy poco conocida y que, a pesar de que la historia está muy bien, se aleja del género al que estamos acostumbrados.

Lo miré con los ojos bien abiertos. Me moría por saber más sobre esa novela.

—¿Quieres leerlo? Yo solo lo he ojeadado, no he tenido tiempo.

Afirmé con un leve movimiento de cabeza. No pudo negarse. Era obvio que yo no podía decir nada sobre el proyecto, pero un secreto más ya no importaba.

—Aunque ahora yo te necesito más —confesó cogiendo el manuscrito de mis manos para dejarlo encima de la mesa y acercarme más a él—. No me canso de ti, Tina.

Empezó a besarme por el cuello. Posó sus manos en mi estrecha cintura y me aferró a él. Notaba su fuerte cuerpo contra el mío y percibí el ansia que tenía por ir a la cama.

Fuimos desnudándonos con una calma nerviosa, aunque eso suene imposible. Era la manera en la que nos tocábamos, con impaciencia, pero sin dejar de disfrutar. La mesura y la prisa libraban batallas cada vez que nuestros cuerpos se juntaban. Nos gustaba pausarnos, pero también rebobinarnos.

Separarme de Jason no iba a ser fácil, pero mi cuerpo podría soportar aquel mazazo después de todo lo que estaba disfrutando con él. No era consciente de lo maravilloso que podía llegar a ser

dejar entrar a alguien en tu vida, que descubriera con sus propias manos el tesoro mejor guardado de tu alma.

Me cogió y me llevó hasta la cama. Ya no sentía aquella vergüenza del principio al pensar que alguien como él me viera desnuda o al hacer cosas que no había hecho jamás. Él había derribado mis muros y se había adueñado de mis pensamientos y sensaciones. Todo lo que sentía junto a él le pertenecía, y esos recuerdos siempre olerían a él.

Metió un dedo en el elástico de mis braguitas y lo deslizó por mis piernas, degustando a continuación mi sexo y proporcionándome uno de los mejores orgasmos de mi vida minutos después. Me estaba volviendo adicta a él, pero ya pensaría más tarde cómo superar el síndrome de abstinencia.

Aquella noche follamos despacio, cuidando el amor y el respeto que nos teníamos, y supe que aquello sería único y memorable.

Cuando salí del lavabo, Jason estaba completamente dormido. Sentía que desde que dormíamos juntos, descansaba como no lo había hecho en mucho tiempo. Vi el manuscrito encima de la mesa y decidí cogerlo. Me moría de ganas por conocer aquella historia y sumergirme en sus letras.

—*Tiny* Tina... —susurró.

Me pesaban los ojos, estaba agotada. Intenté abrirlos, pero era imposible; me había quedado hasta muy tarde leyendo aquella historia, me tenía enganchada por completo.

—Apenas has dormido, ¿verdad?

—Verdad —respondí.

—Son las siete de la mañana.

—¡Joder! ¡Mierda! —solté de sopetón levantándome de un brinco.

—Tina, tranquila, he hablado con Norman. Le he dicho que te he pedido que vinieras a primera hora a verme para una de las escenas finales de la película. Tienes tiempo para arreglarte; hoy llegaremos juntos al set.

De repente, me sentí diferente, temerosa. Me importaba lo que pudiera pensar la gente.

Me metí en la ducha y al salir Jason me esperaba para desayunar. No me había percatado de cuándo habían subido el desayuno, pero verlo allí sentado, esperándome con una sonrisa, no me ayudaba a asimilar el final que cada vez estaba más cerca.

Demasiado cerca como para renunciar a lo que teníamos. Debía empezar a hacerme a la idea; desde el principio sabía que aquello tenía un desenlace amargo. ¿Por qué tenía la mínima esperanza de que me propusiera que me fuera con él? ¿Por qué en mi cabeza se había alojado la idea de que me dijera que no podía vivir sin mí?

Claro que podría. Lo había hecho hasta ahora y yo solo era una simple válvula de escape. Pero

para mí él había sido la llave de mi caja de Pandora sentimental. Había removido todo mi interior y volver a poner orden en aquel desastre sería doloroso y complicado.

De perdidos al río.

Me senté delante de él y me serví un gran tazón de café.

—He visto que te has enganchado a la novela —dijo.

—Es brutal, llevo más de la mitad de la historia. Es una pasada. La protagonista es fuerte y débil a la vez y... hacía tiempo que no leía algo tan bueno.

—¿En serio? ¿Crees que valdría la pena hacer una adaptación?

Aquella pregunta se escapaba a mis conocimientos. Yo había dedicado casi toda mi carrera a traducir novelas del inglés al castellano y viceversa, pero nunca había decidido si algo era editable o no, aunque creía que no hacía falta ser un erudito para saber si algo era bueno o no. Solo había que leerlo.

—No entiendo de marketing ni de nada de eso, no sé si tendría una buena acogida. Lo que sí sé es que es una buena historia. Y, sinceramente, como mujer, creo que necesitamos que el mundo entero lea una historia así. Es tan cruda, tan realista y esperanzadora a la vez que te anima a unirte a la lucha feminista.

—Vaya, me has convencido. La leeré cuando la termines y si me hace sentir lo mismo que a ti, la defenderé a muerte.

Sus palabras me hicieron sentir valorada. Podía llegar a formar parte de una decisión cinematográfica. Se me había hinchado el ego, aunque de poco me iba a servir...

Acabamos de desayunar y pusimos rumbo al set, él en el coche de seguridad y yo en mi Vespa, que, cualquier día, me dejaría tirada en alguna calle de Barcelona. No era capaz de encenderla, tardé quince minutos en conseguir que el motor reaccionara. Entonces, sin más, me di cuenta de que había dejado de lado mis obligaciones. Apenas hablaba con Coral, solo cuando la veía en el set, a sabiendas de que estaba en el ojo del huracán de una ruptura. Tenía el piso hecho un desastre y la moto me pedía una revisión a gritos. Era una señal: estaba aparcando mi vida por un tío.

Pero es que no era un tío cualquiera. Me había enamorado hasta las trancas de alguien de quien ya vivía encandilada incluso antes de conocerlo. Había caído rendida a su manera de hablar, a sus conocimientos de literatura y a su vulnerabilidad.

Mi alarma interior empezaba a sonar a todo volumen. Todo lo que había evitado durante años se propagaba como un virus por mi cuerpo y temía que acabara conmigo.

Llegué al set y vi a Coral llorando en un rincón. Fui directa, sin pensar en Norman siquiera. La abracé e intenté consolarla. Poco después, cuando se recompuso, fue capaz de explicarme el motivo de su disgusto.

—Ya está con otra, Tina.

—Joder...

—¿Con quién he convivido todo este tiempo? El Bruno que yo conocía no me habría hecho algo así.

No sabía qué debía decirle, porque no comprendía lo que se sentía al estar en esa situación, pero odiaba verla así. Coral no se merecía pasar por eso.

—Oye, tengamos una noche de chicas, como las que hacíamos antes. Botella de vino, una pizza grasienta y a cagarnos en los gilipollas que nos han hecho daño.

Esbozó una leve sonrisa y me respondió con algo inesperado y que también me hizo daño.

—Tina, disfruta ahora del tiempo que tenéis juntos. Tendremos muchas noches por delante cuando todo esto acabe.

Se me alojó un nudo en la garganta que me avisaba de que aquella maldita sensación había venido para quedarse.

El final estaba cerca.

Aquella noche le dije a Jason que necesitaba poner un poco de orden en mi vida. Aproveché que salí un poco antes del set para recoger el piso, llamar al mecánico para llevar la moto el sábado por la mañana y mentalizarme a ritmo de The National de que la vida siempre tenía una tonalidad triste y desoladora, pero que eso no era malo.

Cuando hube terminado, me sentía mejor conmigo misma, pero por otra parte tenía la sensación de haber malgastado una noche con él. ¿Debía paralizarlo todo para aprovechar lo que teníamos o debía comenzar a poner distancia entre nosotros?

Decidí subir a casa de mis padres, necesitaba consejo. Desde que se habían pasado por casa el día que conocieron a Jason, apenas había tenido una conversación decente con ellos.

Como ya me temía, me obligaron a quedarme a cenar. Mi madre me sometió a un interrogatorio en la cocina.

—Solo es algo temporal; él se irá pronto a su ciudad y, como acordamos, cada uno retomará su vida donde la dejó —le confesé a mi madre.

—¿Entonces qué te preocupa? Creo que en estos temas siempre has sido muy cauta, cielo.

—Sí, pero... creo que he perdido el control.

—Me lo temía. Se lo dije a tu padre cuando supe quién era él, le dije que no era una situación normal. Martina, no quiero que sufras y debo decirte que me aterra en lo que andas metida.

—Lo sé, me he dejado llevar por las circunstancias, por quién es y... pero es que ya no es solo eso, mamá. He conocido a alguien con el que siempre había soñado, y no por su nombre y esas historias. Tenemos demasiadas cosas en común y solo con mirarnos sabemos qué es lo que necesita el otro.

—Mira, yo solo puedo aconsejarte por lo que yo he vivido, por mi experiencia. Cuando conocí

a tu padre, perdí el control, nos enamoramos y pensábamos que nos separaríamos, que él volvería a Escocia, y yo no podía irme con él. Al final, era tan fuerte lo que sentíamos ambos que hicimos lo posible por estar juntos. Lo que vino a continuación, ya lo conoces.

»No quiero decir que sea la misma historia, pero vívela, cielo. Tal vez merezca la pena o tal vez no, quizá solo sea algo temporal. Tu padre y yo siempre estaremos aquí para apoyarte en todo lo que necesites, sea bueno o malo.

Las palabras de mi madre me dieron la calma que necesitaba. Cenamos charlando distendidamente, en paz, una paz que necesitaba.

De vuelta en mi piso saqué el manuscrito que me había dejado Jason. Necesitaba acabar esa historia antes de dormir.

El despertador sonó demasiado pronto y me costó una barbaridad levantarme. Apenas había dormido por culpa de la lectura y ya sabía que iba a ser un día duro.

Llegué allí como siempre, pero al ver la cara de Jason noté que algo no iba bien. Supuse que habría vuelto a discutir con el director, pero cuando les vi juntos supe que no se trataba de eso. El trabajo de Jason en la película estaba casi terminado y solo le quedaba una de las escenas finales de la película por rodar, en la que conseguía el beso de su enamorada. Esperaba no tener que verlo; no quería ver en primera persona cómo se besaba con otra.

—Niña, Jason te reclama en su camerino. Quiero decirte que hoy es un día importante, se rueda su última escena y apenas nos quedan tres días de rodaje. Has hecho un buen trabajo.

Me puse nerviosa, a pesar del halago. Fui a paso ligero hasta donde me habían reclamado y llamé a la puerta.

Jason abrió al instante y me hizo entrar sin mediar palabra, ni siquiera nos tocamos.

—¿Qué pasa?

—Hoy es mi último día en el set.

—Sí, lo sé. El viernes será el mío y, no sé, tendré que volver a buscar trabajo.

—No sé cómo decirte esto...

—¿El qué?

Me temía lo peor.

—Suéltalo, Jason —supliqué—. Sea lo que sea.

—Te dije que estaría un tiempo por aquí después del rodaje, pero... el domingo debo volver a Nueva York.

Me rompí. Sabía que aquello, tarde o temprano, terminaría, pero me había prometido que nos quedaban dos semanas por delante.

—Pero...

—Sí, lo sé, es muy repentino, pero no he podido negarme. Créeme, necesitaba ese tiempo de descanso más que nadie, pero esta mierda es así...

Quería salir de allí, quería irme lejos y llorar. No quería hacer frente al final tan pronto.

No podía articular palabra, ni siquiera mirarlo a la cara. Se acercó a mí, puso sus manos en mis brazos e intentó aferrarme a él, pero yo no se lo permití.

—Tina, no me hagas esto... ahora no. Sabíamos que llegaría el día, lo hablamos.

—Lo sé, lo sé... Pero hay cosas que, aunque intentes asimilar, deseas que nunca lleguen. Las alejas de tus pensamientos para poder vivir el presente. Y esto me duele.

—A mí también me duele, pero no puedo hacer nada por cambiarlo. Lo único que puedo hacer es intentar que vivamos estos dos días como queríamos vivir esas dos semanas. Sé que te estoy pidiendo mucho, pero lo necesito. Te necesito estos últimos días más que nunca.

Me dejé abrazar. Me aferré a su cuerpo. Yo también necesitaba su calor, su olor, su contacto... Empecé a llorar entre sus brazos.

—*Tiny* Tina... Has revolucionado mi vida —susurró—. Me has vuelto loco, me has empujado a vivir algo que creía perdido, no derrames lágrimas por algo que todavía no ha terminado.

Pero terminaría. Ya había una fecha marcada en el calendario.

Se separó de mí, me miró a los ojos y juntó sus labios con los míos. Nos besamos con ternura, pero también con melancolía.

—Necesito que estés conmigo estos días, ¿lo harás?

Me quedé muda ante su pregunta. Tenía claro que quería estar con él todo el tiempo que nos quedaba, pero debía cumplir con mis obligaciones en el rodaje.

—Nunca antes había hecho algo así, incluso juzgué en más de una ocasión a otros compañeros por hacerlo, pero voy a ser egoísta esta vez —confesó—. Le diré a Norman que te necesito hasta el último día para organizar mi vuelta. Aunque tampoco es ninguna mentira...

—¿Puedo pedirte algo? —le pregunté. Me contestó con un simple gesto de cabeza y disparé mi propuesta—. Sé que es solo una escena, que estás totalmente acostumbrado a hacerlo y que no supone nada para ti, pero yo no puedo soportar la idea de ver cómo besas a otra. Es una tontería y este ataque de celos no tiene sentido, pero...

Me calló con un beso de aquellos labios que, hasta el domingo, todavía podría saborear.

—Vete a casa, señorita Dunn —susurró de una forma tan sexual que me encendí—. Hablaré con Norman y le diré que te he pedido que me hagas unos recados para preparar mi vuelta.

Y así fue. Jason me sugirió que me organizara porque aquella noche nos íbamos fuera. Teníamos tres días por delante que quería disfrutar conmigo.

Los dos solos.

Monté en la moto y decidí dejarla ya en el taller. Luego, fui a casa e hice la maleta con cosas que creía que necesitaría según las indicaciones de Jason.

Estaba alucinada. Me iba de fin de semana y, además, cobraría por ello. No podía creérmelo. Tampoco iba a negarme, no quería desperdiciar ni un minuto del poco tiempo que nos quedaba.

Cuando tuve todo listo, llamé al centro de belleza al que solía ir. Pregunté si tenían un hueco para mí, necesitaba una puesta a punto urgente; teníamos confianza, así que me dijeron que me atenderían en menos de diez minutos.

Al salir, vi que tenía un mensaje de Jason; me decía la hora a la que pasaría a recogerme. Solo faltaba una hora y media.

Me di una ducha rápida; solo faltaban cinco minutos para su llegada y me di cuenta de que estaba nerviosa. Tenía unas ganas tremendas de estar con él, de pasar esos días a su lado y disfrutar hasta el último minuto.

Mi móvil emitió un pitido: «Estamos abajo. Coche plateado en doble fila. No tardes. J».

Cogí la pequeña maleta, salí por la puerta y cerré con llave. Paralicé mi vida para tomarme un respiro, una tregua que necesitaba más de lo que creía.

Vi el coche y supuse que Jason estaría en la parte de atrás. Como bien me había informado, era un coche plateado, pero, como casi siempre, lo conducía un chófer. El hombre salió y cogió mi maleta para guardarla. En cuanto abrí la puerta, lo primero que vi fue la sonrisa de Jason.

Me dejé arrastrar por sus brazos, sus labios y sus caricias. Parecíamos hambrientos el uno del otro, como si hubiéramos estado una eternidad sin vernos, aunque solo habían pasado unas horas.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Hay una pequeña casa a menos de una hora de aquí. Es una masía antigua de alguien que conocí hace muchos años. La suele tener siempre vacía.

El conductor no tardó en poner rumbo a nuestro destino y nosotros no podíamos dejar de besarnos.

Tenía la certeza de que jamás me cansaría de su forma de besarme. Sus caricias eran mágicas y me transportaban a otro lugar; él era el paraíso. El edén que, de haber tenido una mínima posibilidad, nunca abandonaría.

—¿Cómo ha ido el fin de rodaje?

—Bien, pero estaba deseando acabar.

No quería preguntar sobre su última escena, no quería saber nada. Y él, solo por cómo yo lo miraba, entendió que no quería hablar sobre el beso con su compañera.

—Anoche terminé el manuscrito.

—¿En serio? ¿Y qué te ha parecido?

—Es brutal. El final es... Tienes que leerlo, de verdad.

—Te dije que lo haría después de ti.

—Lo tengo en la maleta. Y, en serio, hacía tiempo que no leía algo tan intenso. La manera en la que la protagonista va afrontando todos los problemas que le van surgiendo, ese crecimiento y esa

serenidad que saca de las desgracias que la golpean es, sin duda, espectacular. Sé que llevo tiempo alejada del mundo editorial, pero solo hay que ver cómo está el mercado; esta historia tiene mucho gancho.

Vi cómo me miraba y me quedé sin palabras. Sus ojos del color del cielo me hablaban y estaban deseosos de mí. Me emborraché de sentimientos hacia él, una bebida de la que ambos estábamos abusando. La degustábamos a sabiendas de que nos iba a doler.

—¿Te he dicho que me encantas? —soltó—. Eres muy pasional, Tina. No entiendo por qué no encuentras tu sitio en el mundo editorial, tienes olfato.

—Aquí no funcionan las cosas como en tu país. También debo confesar que me he acobardado. El terreno editorial ha tomado un camino que no me gusta, se le da más prioridad a las ventas que a la calidad. Llegó un momento en el que las obras que tenía que traducir carecían de sentido y me dolía. Me sentía frustrada con mi trabajo, como un robot que traducía obras planas.

—Te estás centrando solo en el mundo editorial, ¿por qué no intentas explorar otros campos?

—Bueno, con este trabajo ya he dado un paso, pero es como si hubiera perdido el norte, no tengo motivación por nada y...

—Tina —interrumpió—. Eres una apasionada de las buenas historias, no he conocido a mucha gente que adore la literatura como lo haces tú.

—Creo que podría decir lo mismo de ti, Jason.

Nos quedamos en silencio dentro del coche, como si aquellas palabras nos hubieran concienciado del juego peligroso que habíamos iniciado. Estábamos jugando con el amor sin querer sentirlo. Algo imposible.

Llegamos a una casa rodeada de vegetación, sin vecinos cerca. El atardecer iluminaba una masía con encanto, empedrada y con pequeñas ventanas que no dejaban ver el interior. Justo delante de la puerta principal había un estanque de agua repleto de flores, el típico tanque de agua restaurado que me dio una pista de lo que me encontraría dentro: una mezcla de arquitectura rústica y elementos modernos.

El chófer nos indicó que había dejado nuestras maletas en la habitación principal. También nos informó de que había un coche a nuestra disposición por si queríamos visitar algún pueblo de los alrededores.

Algo me decía que íbamos a salir muy poco...

Entramos en la casa; yo no podía dejar de admirar mi alrededor. El recibidor era muy pequeño, pero daba paso a un salón que conectaba con todas las estancias de la planta baja: la cocina, las escaleras que llevaban a la planta superior, una puerta cerrada y otra sala de estar repleta de

estanterías con libros en la que había una chimenea. Una pena que el clima no fuera más frío; sería una maravilla leer con el fuego encendido.

—Sígueme, le echaremos un vistazo a la casa.

Vimos primero la cocina, aunque me dijo que no teníamos que preocuparnos por nada, pues su amigo se había encargado de que nos prepararan la comida los días que estuviéramos allí. Era una cocina enorme, con una isla en medio en la que no me importaría cocinar cada día. Una fuente de fruta resplandecía en medio de aquella encimera y no pude evitar coger una manzana.

—Espero que no te importe no comer carne estos días; ya sabes... no me gusta mucho.

—Tranquilo, creo que me voy a empachar de carne... —dije en un susurro ininteligible.

—¿Cómo? —preguntó inocente.

—Nada, nada, que no hay problema. Ya sabes que como igual que un pajarillo.

Entonces me rodeó con sus brazos y me subió a la encimera del islote de la cocina.

—Pues yo siempre estoy hambriento... —insinuó mientras metía las manos por dentro de mi blusa y mordisqueaba mi cuello.

Lo rodeé con las piernas y lo aferré más a mí. Acercó su boca hasta la manzana que yo sostenía y le dio un mordisco. Me puse tan caliente que me quedé atontada.

—¿Seguimos? —sugirió masticando el bocado que me había robado.

Se alejó de mí y, al ver que yo no lo seguía, se dio la vuelta y me guiñó un ojo. Reaccioné al instante.

Fuimos a la planta de arriba para ver las habitaciones, entre ellas, la nuestra. Tenía el cuarto de baño integrado; era una pasada. Había una bañera enorme y justo al lado una ducha que invitaba a cometer locuras.

—Me he reservado lo mejor para el final —me dijo cogiéndome de la mano y llevándome abajo de nuevo.

Sacó una llave del bolsillo y abrió la misteriosa puerta cerrada que había en el salón principal.

Ante nosotros apareció una inmensa piscina. Me quedé maravillada. Dejé la manzana encima de una hamaca de mimbre y caminé hasta el borde del agua para comprobar la temperatura.

—Este sitio es precioso —confirmé.

—Sí, mi colega siempre me decía lo mismo cuando me hablaba de este lugar; la tranquilidad que transmite y el aire puro que se respira.

—Pero esto... —dije señalando a la piscina—. Esto es una maravilla.

Entonces la Tina salvaje se despertó. Me levanté y fui caminando despacio hacia él, quitándome la chaqueta de algodón y tirándola al suelo. En aquel lugar hacía calor, pero en mi interior todavía más.

Le quité la camiseta despacio, sin dejar de besarlo. Nuestros besos eran lentos y apasionados; mi lado salvaje era consciente de que teníamos todo el fin de semana para disfrutarnos. Me

despojó de la camiseta y llevó sus labios hacia mis pechos. Yo fui directa a su bragueta y le desabroché el botón; quería meter mi mano dentro de sus calzoncillos para rodear sus testículos y masajearlos.

—Joder... —susurró.

Lo tenía justo donde yo quería. Fui guiándolo hacia la piscina poco a poco, con las intenciones muy claras y las ganas de jugar activadas. Solo tenía que empujarlo y apartarme rápido de él, pero la realidad no tuvo nada que ver con las expectativas.

Justo en el momento de empujarlo al agua y zafarme de él, me agarró por el brazo y caímos los dos.

Cuando salimos a la superficie, no tardamos en acercarnos, pero esta vez más gamberros que al principio. Nos empezamos a besar y nos quitamos la ropa, que nos arrastraba hacia el fondo.

Estar desnudo en una piscina era una experiencia fascinante.

Comencé a nadar a lo largo de la piscina y él me siguió, como si fuera su presa. Yo me hundí, pero cuando me alcanzó, me llevó de nuevo arriba y no desaprovechó el momento para volver a besarme y apretarme contra él. Entonces, noté su pene y perdí el control. Me encajé en su cuerpo y, con poco esfuerzo, le obligué a que me penetrara.

Jason me llevó hasta un rincón de la piscina y me encajonó entre él y la pared. Nuestros movimientos eran cada vez más rápidos y excitantes. La libertad que producía el bañarse desnudos y el hacer el amor en el agua era impagable.

Sus gemidos, que normalmente solían ser tímidos, cobraron otra tonalidad. Aquello me puso más cachonda todavía. Oírle gemir sin pudor, sin temor a que alguien nos pudiera oír, me adelantó el orgasmo.

—Me corro, Jason... Me corro —gemí.

No creía que fuera capaz de tener un orgasmo en una piscina, no sabía que fuera tan intenso, pero me arrepentía de no haberlo experimentado antes.

—Yo no voy a tardar, *tiny*...

Nuestros movimientos se acompañaron, al igual que nuestros suspiros y gemidos.

—No pares, no pares nunca... —susurré mientras hundía mis manos en su pelo castaño y me dejaba llevar por el inminente orgasmo.

Noté cada latido en mi interior de una forma nueva. El contraste de temperaturas hacía más excitante el encuentro. El placer fue tal que no recordaba haber gemido así en mi vida.

Y cuando Jason se corrió en mi interior, sentí todavía más. Yo mientras lo abracé y entre nosotros surgió algo nuevo. Ya no había vuelta atrás, la complicidad era demasiado fuerte y difícil de esconder.

—Joder, Tina... Esto va a ser difícil de superar —me susurró con su pene todavía dentro de mí.

—Lo sé.

Antes de cenar decidimos descansar un rato en la sala de lectura. Yo estuve cotilleando las estanterías, donde Jason me enseñó la cantidad de novelas de Oscar Wilde que tenía su amigo. Ambos compartían gustos en cuanto a escritores. Yo me decidí a ojear una edición que no conocía de *Orgullo y prejuicio* y Jason empezó el manuscrito que tanto me había cautivado.

Cuando llevábamos un buen rato en silencio, Jason levantó la vista y me dijo:

—Tenías razón.

Yo le respondí con una sonrisa. Pero su manera de mirarme me decía tantas cosas... Me recitaba que quería besarme hasta quedarnos secos. Me contaba que quería enseñarme el mundo entero y vivir millones de aventuras. Pero me temía que era yo la que quería que sus ojos me transmitieran tales sensaciones. Él tenía muy claro desde el principio que lo nuestro era un pasatiempo, una aventura de diversión y desconexión.

Debía hacerme a la idea.

Y rápido.

Llegó la hora de cenar y fuimos juntos a la cocina para ver qué había en la nevera. Escogimos un envase de cristal que contenía lasaña de verduras; tenía una pinta deliciosa.

Yo encendí el horno mientras Jason colocaba las dos raciones en una bandeja. Yo le miraba de reojo, me encantaba verlo en aquella tesitura, tan cotidiano, tan despreocupado, tan... humano. Nunca me había parado a pensar en que la gente del celuloide también tenía una vida y hacía cosas corrientes. Y por lo que había podido ver, Jason era alguien que anhelaba esa normalidad.

Mientras se calentaba la cena, él fue a por una botella de vino y yo puse la mesa. Intenté alcanzar dos copas del armario de la cocina, pero estaban demasiado altas. Miré a mi alrededor para ver si había algún taburete o algo a lo que me pudiera subir.

—*Tiny Tina*, me encantas... —dijo Jason estirando el brazo y cogiendo las copas.

—Gracias, pero me las habría arreglado.

—No lo dudo —respondió con una sonrisa.

En la cocina había un altavoz que se podía conectar al móvil y decidí poner algo de música. Tenía una lista en Spotify de música indie que era perfecta para veladas tranquilas. La primera canción que sonó me rompió por dentro: *Getting Even*, de White Lies. Era una canción que nos describía perfectamente: un amor que se marchaba, una pareja que tenía claro que estaba jugando al amor y que después solo quedaba ser uno mismo y mirar hacia delante. Nos tocaba olvidar.

—Me encanta este grupo. ¿Conoces a Editors, Interpol, The National...? Seguro que también te gustan —preguntó.

¿Por qué tenía que decirme esas cosas? Era perfecto. Era la persona idónea para mí. Lo teníamos todo en común. Amábamos la literatura, nos gustaba el mismo tipo de música... pero

había algo que nos separaba, y era la manera de ver el amor. Él me había dejado claro desde el principio que no creía en ese concepto, a pesar de haberse dejado llevar las últimas semanas.

Nos sentamos uno frente al otro y empezamos a degustar la lasaña, que estaba deliciosa. Pero yo estaba nerviosa, quería hablar de sentimientos y del dolor que ya estaba empezando a experimentar.

—Hablaré con el equipo, creo que merece la pena invertir en este proyecto —me dijo en un intento de iniciar una conversación.

Yo continué comiendo en silencio, no me apetecía hablar de cosas banales, me moría por decirle lo mucho que iba a sufrir tras su marcha, pero era consciente de que si hablaba de ello, iba a estropear los días que nos quedaban por delante.

—Tina, ¿qué sucede? ¿Estás bien?

Solo negué con la cabeza. Era evidente que no lo estaba. La conversación que tanto me empeñaba en evitar iba a tener lugar.

—Gracias por esto, Tina —soltó de repente—. Entiendo que hemos vivido estas semanas muy intensamente y que te he pedido demasiado...

—No lo he hecho solo por ti. Yo también lo necesitaba, aunque me destroce por dentro.

—Tina... no quiero oírte decir eso.

—Ya, yo tampoco, pero no puedo evitar pensar en ello.

—No quiero irme sabiendo que estás mal, no quiero sentirme responsable de ello. Ambos sabíamos que esto tenía un final, tenemos vidas totalmente distintas y...

Pero si él me lo pidiera, sería capaz de cometer locuras. Sería capaz de dejarlo todo y buscarme la vida al otro lado del charco.

—Lo nuestro era algo temporal. Sabíamos a lo que estábamos jugando, ¿no?

—Claro —mentí—. Pero no soy de piedra, Jason. Sabía que era una aventura, pero ha sido inevitable fantasear con algo más. Creo que he traducido demasiadas novelas románticas...

—Mentiría si te dijera que yo no he sentido nada; me has vuelto loco y has despertado en mí cosas que creía que ya no sentiría. Pero no puedo darte lo que necesitas. Tú te mereces mucho, Tina.

No. Yo solo lo quería a él. Me bastaba con eso, pero estaba claro que yo no entraba en su ecuación.

—Quiero que sepas la verdad —dijo de repente—. Mi relación con Amanda me destrozó, ya lo sabes, y todavía no ha pasado el tiempo suficiente para que me olvide de lo que viví. Con ella logré relajarme y sentir que podía llegar a tener una vida familiar, esa que tanto deseo.

—Lo entiendo, pero mi situación es muy distinta a la tuya.

—Lo sé y una parte de mí quiere quedarse, porque tengo la certeza de que lo que tanto quiero está más cerca aquí, pero tengo que volver... —murmuró.

Entonces me di cuenta de que no me había dicho el motivo de su repentina vuelta. ¿Por qué tenía que suspender sus vacaciones e irse corriendo a Nueva York?

—Mi padre lleva un tiempo enfermo —confesó con la voz rota—. Hace dos días lo ingresaron en el hospital con una de sus crisis pulmonares y, aunque creen que saldrá de esta, no nos aseguran una buena recuperación. No puedo quedarme aquí, por si pasa lo peor.

—Lo lamento, Jason —farfullé.

—Mi hermana y mi madre se han volcado de lleno con él, pero yo también debo estar allí. Mi hermana me necesita para hacer relevos en el hospital; ella tiene a los niños. Fue ella quien me pidió que fuera y no puedo decirle que no.

—Y es totalmente comprensible —le dije cogiéndole la mano.

Él me la apretó. Era tanto lo que sentía con aquel simple gesto, que fui consciente de que no debía preocuparme más. Debía vivir aquello, aunque tuviera un final.

—¿Quieres ver a mis sobrinos? Son lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¡Por supuesto!

Me levanté del asiento para ponerme a su lado. Sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y me enseñó unas fotos. Eran guapísimos. El niño se parecía bastante a él.

La faceta familiar de Jason me derretía. Entendía el motivo de su marcha. Además, él también había decidido quedarse unos días conmigo y con eso, aun sin usar las palabras, me estaba diciendo mucho.

—¿Sería mucho pedir que nos hiciéramos una foto? —propuse—. Aún no he podido hacerme una con mi actor preferido.

Se me quedó mirando, me dio un beso en la punta de la nariz y, sin discutir, disparó una foto con su móvil. Se nos veía bien.

—Tranquilo, solo la colgaré en mi habitación y cuando venga alguien a casa, diré que tuve la oportunidad de verte cuando viniste a Barcelona. Todavía puedo permitirme pagar la hipoteca —bromeé.

—Yo también la pondré en casa.

¿Por qué me engañaba a mí misma de aquella manera? No iba a colgar aquella foto en ningún sitio. No sería capaz de verla todos los días sin sufrir.

—Si fuera otra persona, si estuviéramos en otro lugar... —añadió.

En el altavoz empezó a sonar *Ill Ray (The King)*, de Kasabian, y me vine arriba. Aquella canción me daba ganas de saltar y de cometer locuras. Llegó en el momento perfecto para no escuchar cómo acababa su frase; sabía lo que iba a decir y prefería no oírlo.

Me levanté y empecé a bailar, cogiéndolo de las manos para que me siguiera. Jason empezó a reír y se unió a mí. Empezamos a hacer el idiota al ritmo de la canción.

Después de lo que me había contado, decidí que debía hacerle disfrutar los pocos días que

teníamos por delante.

Seguimos saltando por toda la cocina, cantando a pleno pulmón; me encantó darme cuenta de que se sabía la letra a la perfección, como yo.

Nos lo estábamos pasando en grande. En aquel momento éramos dos almas libres ajenas las obligaciones del día a día, dos personas que, por necesidad, habían puesto en pausa su ajetreada vida.

La siguiente canción fue mucho más lenta: *Heavenfaced*, de The National. Jason me cogió y empezamos a bailar muy cerca el uno del otro. Mecimos nuestros cuerpos al ritmo de la voz de Matt Berninger, que nos invitaba a disfrutarnos sin reparos.

Apoyé mi cabeza en su pecho y él, a su vez, dejó descansar su barbilla en mi cabeza. No quería que se fuera nunca, que terminara aquel fin de semana. Debía decirle la verdad, que me había enamorado de él y que su marcha me destrozaba. ¿Cambiaría algo mi declaración?

No lo creía.

Me había explicado sus motivos y nada podría hacerle cambiar de opinión. Además, yo nunca sería tan egoísta; entendía que debía estar con su familia, me había regalado unos días, no podía exigir más, no era nadie para truncar sus decisiones.

Cuando la canción estaba a punto de terminar, me obligó a levantar la cabeza para mirarlo y nuestros labios se fueron aproximando. Fue una unión cargada de dosis de sexualidad, pero de toneladas de afecto.

Tras aquella sensación compartida, recogimos la mesa y, mientras él fregaba, yo preparé una taza de té para cada uno. Después volvimos a la sala de lectura para enterrarnos en las letras.

Me desperté en mitad de la noche. Todo estaba oscuro, pero por la puerta se intuía una luz que provenía de la planta baja. Miré el reloj, eran las cinco de la mañana. Jason no se había acostado, así que decidí ir en su busca.

Bajé descalza por la escalera y fui directa a la sala de lectura. Allí estaba él, tumbado en el sofá con las gafas puestas y el manuscrito descansando sobre su pecho. Se había quedado dormido mientras leía.

Mi corazón palpitaba por ese hombre.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

¿En serio no había ninguna posibilidad?

Me acuclillé a su lado y lo mecí con delicadeza para despertarlo y decirle que viniera a la cama. Abrió los ojos sobresaltado.

—Me he quedado dormido.

—Eso parece. Venga, ven a la cama.

Estaba traspuesto, así que lo ayudé a dejar el manuscrito y las gafas en la mesa de café. Le cogí la mano y lo dirigí hacia la habitación. Se quitó la camiseta y los pantalones para meterse en la cama y me abrazó hasta que caímos rendidos al sueño.

Cuando me desperté por la mañana, volvía a estar sola, pero esta vez me había dejado una nota: había salido a correr. Decidí tomarme un café y darme un baño de burbujas en la bañera de la habitación, que invitaba a relajarse.

Cuando me metí en el agua, la relajación me invadió, aquello sí que era vida. Cerré los ojos y me dejé llevar, pero la tranquilidad me duró poco.

—¡Vaya, vaya, tú sí que te lo montas bien! —dijo Jason entrando por la puerta del baño completamente empapado en sudor.

Se acercó hasta mí para darme un beso y yo intenté meterlo en la bañera, pero se negó.

—Deja que me dé una ducha primero, doy mucho asco.

—Nunca me darías asco —contesté con tono seductor.

—Tranquila, fiero... —sugirió mientras se quitaba la ropa hasta quedarse desnudo por completo.

Cuando lo veía así, me encendía de golpe. Se metió en la ducha que, al estar tan cerca, me daba una visión completa de su cuerpo. Estaba muy cachonda y no pude evitar empezar a acariciarme.

Me enderecé en la bañera, sacando mis diminutos y rosados pechos del agua. Comencé a pellizcarme los pezones, acaparando su atención con mis movimientos.

—Eres una salvaje, *tiny* Tina —gruñó excitado mientras se enjabonaba.

Sonreí y con mucha picardía fui bajando la mano derecha hasta mi coño, acariciándolo con suavidad.

Entonces me convertí en espectadora de su creciente excitación. El agua de la ducha descendía por su cuerpo. Bajó su mano izquierda hasta su pene y comenzó a masturbarse, sin dejar de mirarme.

Me ponía mucho ver a un tío tocarse, y más a Jason. Estaba muy excitada, así que apoyé mi pierna derecha en la repisa de la bañera para abrirme más a mis propias caricias. Comencé a gemir, pero sin apartar mi mirada de la suya. Sabía lo que tenía que hacer para correrme y no dudé en usar mis armas.

—Me queda muy poco, Jason.

—Córrete, déjame verlo desde aquí.

Y lo hice. Vaya si lo hice... Gemí, mucho, exagerando un poco.

—Joder, Tina, no aguanto más —sentenció.

Salió de la ducha y se metió en la bañera de golpe. El agua rebosó poniéndolo todo perdido, pero no nos importó. Se colocó entre mis piernas y me penetró decidido. Estaba excitado e impaciente, enloquecido incluso. Me embestía con ganas y yo me agarraba a sus brazos como

podía. Él tomó todo el control que yo había perdido; tenía la sensación de que podía romperme con su fiereza, pero vaya manera de follar... Aquello me ponía todavía más caliente.

Sus movimientos de cadera cada vez eran más rápidos y sus gemidos más rasgados. A medida que su orgasmo iba llegando, aumentaba más mi sensación de descontrol.

Entonces salió de mí, se puso de rodillas y, cogiéndose otra vez la polla, comenzó a estimularse de nuevo hasta correrse encima de mí, manchándose con su semen parte de la cara y del pecho. Aquello sí que era cometer locuras, y solo acabábamos de empezar.

Me sumergí entera en la bañera y me limpié la cara; luego él me cogió y me llevó hasta la cama, donde me tiró con lujuria. Paseó sus manos por todo mi cuerpo hasta mis piernas, obligándome a separarlas delante de él.

Menudo cosquilleo sentí en cuanto empezó a pasar su lengua por todo mi sexo.

Aquello sí que era follar, de la forma más ruda y bestia que jamás había experimentado. Nos agarrábamos con fuerza, pero sin hacernos daño, solo lo justo para hacerlo intenso. Y adoraba sentirme así, frágil y fuerte a la vez.

Frágil cuando él tomaba el control y fuerte cuando yo lo amarraba y lo atraía hacia mí.

Aquella mañana nos hicimos aún más cómplices, pero el tiempo se nos acababa.

Había que disfrutar hasta el último día.

Apenas fuimos conscientes del paso de los días, pero la noche del sábado tomamos conciencia de que era nuestra última noche juntos.

Decidimos hacer algo especial.

Con lo poco que nos quedaba en la nevera decidimos hacer una barbacoa de verduras y yo me animé a hacer un postre. Había chocolate para fundir y un montón de manzanas, así que decidí bañar unos trozos y esparcir frutos secos por encima. Algo fácil y rápido para el tiempo que teníamos.

Nos dirigimos al porche donde estaba la barbacoa y encendimos el fuego. Pusimos unas velas alrededor de la mesa. Junio se aproximaba y el calor por la noche no era excesivo, pero el fuego de la barbacoa aumentaba unos grados la temperatura.

Sabía cuál iba a ser el tema de conversación durante la cena, pero yo no hacía más que evitarlo.

—Veo que la historia también te ha atrapado —comenté.

—Sí, y no dudes de que llegará lejos. Tengo muy claro que, en cuanto vuelva, nos pondremos a trabajar en su adaptación. Y todo gracias a ti.

—Yo solo la he leído; contigo habría tomado el mismo camino.

—No lo creo —anunció—. El equipo tenía sus reticencias por la poca fama de la escritora, ya

sabes, marketing y esas cosas... Si ve la luz, es porque es una historia buena, pero tú eres la responsable de que nos hayamos decantado por ella.

Me sentí abrumada y nerviosa. Sabía que en cualquier momento retomaría lo que minutos antes había intentado decirme.

—Tina... necesito decirte algo.

Y ahí estaba..., pero ahora la curiosidad me podía más que el miedo.

¿Iba a proponerme que me fuera con él?

—Lo que hemos vivido ha sido muy intenso, te lo dije el otro día. Mentiría si te dijera que no has despertado algo en mí, pero sé que no puedo darte lo que buscas. No quiero hacerte daño, es lo último que quiero. Tampoco quiero estropear lo que hemos construido estas semanas. Pero desde que nuestra aventura empezó, teníamos claro su final.

Solo asentí con la cabeza, no era capaz de articular palabra. Era el momento de que hablara él, ya que era el dueño de nuestro final.

—Lo último que quiero es verte sufrir y necesito saber qué debo hacer para que no sea así.

—Irte —solté de sopetón.

Lo dejé sin habla. Me miraba con ojos tristes, como si le hubiera sorprendido mi respuesta.

—Es inevitable que sufra, Jason. He conocido a alguien maravilloso, con el que he disfrutado cada segundo. Estas semanas hemos vivido de forma tan intensa que se ha hecho imposible no sentir o pensar en algo más. Así que, por mucho que me duela decirlo, la mejor manera de que no sufra es que te marches y que cerremos este capítulo.

—¿Es lo que realmente necesitas para no sufrir?

—¿Me propones algo mejor?

—No me hago a la idea de perderte del todo. Tal vez esté sonando egoísta... —Se quedó pensativo—. Sí, está sonando así. Yo también he conocido a alguien maravilloso. Tienes magia, Tina, y perderte no va a ser fácil.

—¿Entonces qué es lo que quieres, Jason? ¿Tenerme o no tenerme? Ambos sabemos que nuestras vidas son incompatibles, además de que el amor, según tú, no existe.

Mis palabras crearon un silencio demoledor. Pero era nuestra verdad. Teníamos un acuerdo y debíamos cumplirlo. Él no me veía en su futuro y yo no me veía dejándolo todo por él.

Si lo que me pedía era que no sufriera, lo mejor que me podía pasar era dejar de verlo, no saber nada de él y que cada uno hiciera su vida.

Y así se lo hice saber.

—Pues así será.

Aquella noche fue de las más tristes que nunca había tenido. Fue una noche de despedida en

toda regla. Nos fuimos a la cama con el corazón roto.

En aquella ocasión no follamos, hicimos el amor, sintiéndonos de verdad, demostrándonos que ambos estábamos rotos por lo que iba a ocurrir en pocas horas. Nos dijimos sin palabras lo mucho que nos íbamos a echar de menos.

Fue uno de los momentos más bonitos de toda nuestra aventura.

El último día

Fui la primera en abrir los ojos, a pesar de no querer hacerlo. Giré la cabeza y allí estaba él, ocupando un sitio en el que jamás volvería a estar.

El día anterior habíamos tenido la conversación clave, la que aclaró que lo nuestro solo había sido una aventura puntual, pasional y divertida, pero con fecha de caducidad.

Claro que había sentimientos, pero no lo suficientemente intensos como para alargar nuestra historia. Teníamos el final predefinido desde el principio. Nuestra historia no llegaba a novela, bastante si podía considerarse relato.

Bajé a la cocina para tomarme un café. No podía evitar sentirme triste. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. No quería que Jason me viera llorar; él debía irse y ocuparse de sus obligaciones, que no eran pocas.

Pero la primera lágrima abrió un camino que no pude dejar de recorrer.

—Eh... —murmuró mientras me rodeaba por la espalda—. No, no quiero verte llorar.

—Ni yo.

—Quiero que sepas que has sido un salvavidas, Tina. Me has salvado, me has sacado del fondo de un pozo desde el que no podía ver la luz. Así que no quiero que estés triste, sino que te sientas orgullosa de que en un momento de tu vida ayudaste a un pobre desgraciado como yo.

Debía dejar de llorar. Quería que me viera fuerte, que creyera que mi sufrimiento se pasaría en pocos días y que volvería a hacer mi vida de nuevo.

Tenía que interpretar el papel de mi vida y tenía a uno de los mejores actores delante de mí para ponerme a prueba. No podía fallar.

Me puse a preparar el desayuno para despejarme; en menos de dos horas venía el chófer a recogernos y no quería pasarlas llorando.

Tomamos café y fruta, reímos al recordar anécdotas del set de rodaje y no tardamos en recoger nuestras maletas.

Dimos un último paseo cogidos de la mano por aquella casa que nos había dado recuerdos inolvidables.

Ya dolía la despedida.

El coche apareció; nuestro final se aproximaba.

—¿Qué será de Tina a partir de ahora?

—Pues... supongo que vuelvo a estar en el paro. Y, en el caso de que se me complique mucho el

tema, aceptaré una oferta de trabajo que me hicieron hace tiempo. Me ofrecieron ser profesora de inglés para adultos; no es lo más motivador del mundo, pero podré pagar las facturas.

—Tina, tienes que creértelo. Tienes talento, lucha por conseguir tus sueños.

—Te prometo que lo haré. Voy a intentar meterme de nuevo en el mundo editorial.

—Eso es. Me encanta oírte decir eso.

—¿Y qué será de ti? ¿Me darás motivos para ir mucho al cine?

—Este año ya no. Ahora lo importante es que mi padre se recupere; y después me meteré de lleno en los futuros proyectos de la productora.

—Cúidalo mucho, Jason. Yo no puedo ni pensar en que les pase algo malo a mis padres.

—Lo haré, te lo prometo.

Esa fue nuestra última conversación decente. El camino de vuelta se nos pasó volando. Él actuó como si lo nuestro hubiera sido solo un juego que no conllevaba peligros, que sería fácil de olvidar. Tal vez para él sí lo fuera, ya que yo no era lo que buscaba, pero mi vida la había puesto patas arriba. Con Jason había experimentado el amor y tenía claro que me costaría una barbaridad seguir adelante.

Al menos, durante un tiempo.

—Tina, ¿si vengo a Barcelona, querrás que nos veamos?

—Mejor no. Hemos vivido algo muy bonito, pero que me deja una herida considerable que necesito curar. No quiero reabrirla.

Nos dimos un último beso de despedida y bajé del coche. Caminé hasta la acera y me quedé allí parada mirando al coche.

La ventanilla trasera se abrió un poco y Jason me regaló otra despedida, esta vez con la mano.

—Me has hecho quererte —dije cuando el coche desapareció tras la primera esquina.

En ese momento sí que lloré. Le iba a echar muchísimo de menos, no tenía ni puta idea de lo mucho que me iba a doler aquello. Lo peor de todo es que yo me había dejado llevar, así que no podía culparlo de nada, yo era la única responsable del sufrimiento que ahora me tocaba vivir.

Y también era cosa mía superarlo.

Dejar ir

La manera en que podría pasar página era rodeada de mi familia y de mis amigos.

Durante un tiempo Coral se instaló en mi piso para hacerme compañía. Dormíamos juntas y, cuando una lloraba, la otra consolaba. El vino era el bálsamo para nuestras peores heridas. El tónico del helado no funcionaba con nosotras; nosotras necesitábamos una copa de buen tinto y una buena tabla de queso manchego.

Me animé un poco al cobrar los honorarios por el trabajo realizado y despedirme de todo aquello. Otra vez en el paro, me planteé mucho la idea de dar clases para adultos. Era cierto que había recibido una cantidad importante, pero había usado la mitad para amortizar parte de la hipoteca y así estar un poco más desahogada a final de mes.

El sueldo que me ofrecían no era muy alto, pero me daría para vivir. Tenía que empezar a salir, sentirme realizada, buscar un trabajo que me motivara de verdad.

Empecé a traducir novelas que, con el tiempo libre que tenía, entregaba a los autores en un corto plazo de tiempo, ahorrando así algún dinero. Me había encerrado en casa a traducir sin parar. Era un trabajo que no me ayudaba en absoluto a olvidar a Jason, pues casi todas las novelas eran románticas y yo no tenía el cuerpo para historias de amor.

Pero era trabajo. Era la manera en la que trataba de consolarme. Intentaba, por todos los medios, que las tramas tan trilladas y perfectas que solían contener las novelas románticas no me hundieran todavía más. Sabía de sobra que el amor que se explicaba en la ficción no tenía nada que ver con la realidad, pero era inevitable soñar, pensar en que los príncipes azules existían y en que el amor que se profesaban los protagonistas era más fuerte que cualquier obstáculo que se les presentara.

Un viernes al mediodía, Coral me llamó con órdenes muy estrictas.

—Esta noche vamos a quemar la ciudad.

—¿Ahora somos antisistema?

—¡Calla, idiota! Vamos a salir por ahí, necesitamos volver al candelero.

—Tengo que traducir, bonita.

—¡Es viernes! Tengo ganas de mover el culo y de liarla. ¡Venga! Nos irá bien.

Tenía razón; necesitábamos salir por ahí y despejarnos.

Desde que Coral había vuelto a casa de su madre, yo me había encerrado en el piso a traducir como una loca y tenía la cabeza como un bombo.

Decidimos quedar tarde, ya que Coral tenía que trabajar y quería arreglarse un poco.

Yo aproveché para rebuscar algo decente en el armario. Habíamos quedado en tomar una copa e ir luego a la sala Sidecar, al sitio de siempre, donde ponían música rock e indie del momento para recordar viejos tiempos y rodearnos del bullicio más hípster de Barcelona. Así que debía vestirme como era debido: cogí una falda negra corta y ajustada, medias del mismo color y una camiseta de tirantes gris con detalles de encaje negro. Como la primavera ya estaba dejando paso al verano, decidí ponerme la chaqueta tejana oscura. Acompañé el modelito con unas zapatillas Converse negras.

Fui a buscar a Coral a casa de su madre. Estaba cañón.

—Nena, creo que me he pillado por ti.

—¡Se va a cagar la perra! Que se preparen los barbudos leñadores, que la cazadora, hoy, soy yo.

Me encantaba su actitud. Por dentro estaba hecha una auténtica mierda, pero un torbellino la sacudía de pies a cabeza.

Cogimos el metro hasta la parada del Liceu y fuimos directas al bar. Tomamos primero una caña en la terraza, haciendo tiempo hasta que se llenara el local.

Después de dos cervezas entramos y nos pedimos un chupito de Jägermeister.

—Esto hay que publicarlo, nena —me sugirió sacando el móvil.

Abrió Instagram, pusimos nuestras mejores caras, y, demostrando sus dotes de *influencer*, cogió el móvil con una mano y con la otra el chupito y empezó a recitar el brindis.

—¡Un brindis por lo que ayer dolió y hoy ya no importa!

Chocamos los vasos y nos los bebimos de golpe. El ardor era notable, pero era la señal de que sería una noche digna de recordar.

Fuimos directas a bailar a la sala de abajo y, como en los viejos tiempos, los temazos empezaron a sonar. El primero, *I Follow Rivers*, de Lykke Li, en versión electrónica; nos volvimos locas.

El ambiente de la pista nos engulló y comenzamos a movernos de forma libre. Nos olvidamos de las preocupaciones, de los tíos mentirosos, de los que solo querían una aventura, de los que entran en tu vida y salen como si nada...

Aquella noche fue nuestra.

Coral no dejaba de publicar historias de mí bailando en su Instagram. Yo pasaba del móvil, no quería cargar con él, solo quería bailar y olvidar, pasármelo bien.

—Estamos arrasando en Instagram, nena —me soltó con una carcajada—. ¿Para qué cojones queremos apuntarnos en aplicaciones de ligoteo teniendo esto?

—Yo paso —le respondí.

—Van todos más salidos... Ya me han preguntado dos tíos por ti.

—Qué bien te lo pasas. Anda, deja eso y vamos a pedir otra cerveza.

No tardaron en atendernos en la barra; la sala empezaba a abarrotarse de verdad.

La música no dejaba de sonar y nosotras seguíamos bailando, subiendo historias y riéndonos como hacía tiempo.

Nos movíamos al ritmo de la música, sin preocuparnos de quién nos rodeaba, aunque pronto se hicieron notar.

Unos chicos bastante guapos empezaron a seguirnos el rollo, pero a mí me daba pereza entablar conversación, aunque Coral ya lo hacía por mí. La tía tenía un desparpajo brutal para el flirteo; no entendía cómo narices podía haber estado tanto tiempo en una relación con el arte que tenía.

No me quedó más remedio que hablar con uno de ellos. Le pregunté cómo se llamaba.

—Eder.

—¿Cómo? —pregunté de nuevo.

—E-d-e-r. Soy vasco.

Se notaba que era bastante tímido. Yo no tenía muchas ganas de hablar y él parecía parco en palabras.

Coral no dejaba de hablar con el otro chico, pero entonces la música obró un milagro: *My Sharona* versionada por Royal Blood empezó a zumbear a todo volumen. Y fue entonces cuando el tal Eder me agarró de una mano y empezó a bailar conmigo.

Menos mal que parecía tímido...

Debo admitir que me sorprendió mucho aquel chico. Incluso fue capaz de arrancarme una sonrisa mientras sonaba la canción. Una canción que, aunque me estaba distrayendo, me recordaba a Jason. Habíamos tomado caminos distintos que nos habían separado.

Pero todavía quedaba atracción, y siempre quedaría.

Me aterraba dejarme llevar otra vez. No quería volver a sentir ese vacío que te invade cuando alguien a quien quieres se marcha, sin ningún tipo de esperanza dibujada en el futuro.

No quería aquello.

Entonces Coral, como si me hubiera leído el pensamiento, me sugirió ir al baño.

—¡Son una monería! —argumentó de camino.

—Qué pereza...

—Te vas a hacer vieja antes de tiempo. Nena, si tú quieres, hoy se alinean los planetas. Y déjame sugerirte que lo necesitas.

—Necesito tomar otro chupito.

Y eso hicimos al salir del lavabo. Eder y su amigo se reunieron con nosotras y dejamos que la música y el alcohol hicieran el resto.

Me desperté con un dolor de cabeza considerable. Tenía la boca pastosa y me dolían los pies de tanto bailar.

Miré a mi derecha y allí estaba. Era Eder, en pelotas en mi cama. ¿Qué narices había hecho?! Madre mía...

Los remordimientos empezaron a brotar en mi cabeza. Me levanté rápidamente, me vestí con lo primero que pillé del suelo y salí de allí. Cerré la puerta tras de mí, pero es que ¡era mi piso! No tenía escapatoria. Debía esperar a que él se marchara de allí.

Me sentía fatal, como si hubiera cometido un error, como si la idea de acostarme con otro fuera una deslealtad.

Pero... ¿a qué? Y, lo más importante, ¿a quién? Yo no estaba engañando a nadie, ¿por qué tenía esa maldita sensación en el pecho?

Tenía unas ganas tremendas de llorar. Ya hacía tres meses que se había acabado lo mío con Jason. Él no debía aparecer ya en mi memoria y mucho menos interferir en mis decisiones.

Pero lo peor estaba por venir. Coral me envió por WhatsApp una captura de pantalla con la gente que había visto sus historias en Instagram. Entre los nombres aparecía uno que me sonaba mucho, demasiado incluso. No podía ser...

Corrí a coger mi móvil, abrí la aplicación y busqué el nombre. Jason se había abierto una cuenta en Instagram, era oficial. El muy cabrón había estado mirando todas las historias que Coral había publicado.

—Tía, no se ha perdido ni una.

—Joder... ¿Y cómo narices ha llegado a ver tus historias?

—Pues nena, como proyecto de *influencer* que soy, lo tengo todo público. Y déjame decirte que ayer gané unos cuantos seguidores.

—Tengo a Eder durmiendo en mi cama.

—Yo acabo de salir a hurtadillas del piso de Nico. Vaya polvo, Tina...

—Pues afortunada tú, yo casi no me acuerdo, pero sé que no fue nada espectacular. Nada que ver con...

—Nena, es el momento. Está claro que a Jason le interesa ver cómo va tu vida. ¿Y si...?

—No. Dejamos claro que no había posibilidad de nada; él tiene su vida, yo la mía...

—Ya, y por eso pierde el tiempo buscándote por Instagram; si hasta se ha creado una cuenta.

—Lo último que leí por ahí es que había vuelto con la tal Amanda Ross, la mujer de su vida. Ya sabes cómo lo pasé cuando me enteré.

—Pero lo viste en internet. ¿Pierdes algo por intentarlo?

—Mucho.

Coral dio por terminada la conversación. Empezaba a tirar la toalla conmigo en ese tema.

Fui a preparar café y minutos después apareció Eder.

—¿Café? —pregunté.

—Sí, gracias.

Le serví una taza, pero el ambiente era incómodo. Apenas era consciente de lo que habíamos hecho por la noche, pero tenía claro que nos habíamos acostado y que no había sido el mejor polvo de mi vida. No había sentido nada. Lo único que me había provocado era un remordimiento extraño después.

—Oye... —murmuró captando mi atención—. En una semana vuelvo a Bilbao y me gustaría volver a verte.

Aquello me pilló por sorpresa.

—Me pareces una tía muy interesante.

—Ya...

—No, en serio. No te estoy pidiendo repetir lo de anoche, que, siendo sincero, fue un desastre.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Pensaba que diría que había sido cojonudo, que él había estado pletórico y que era un auténtico machote.

—Suelo venir mucho a Barcelona por trabajo y el tiempo que estoy por aquí me gusta salir, ir al cine y esas cosas. ¿Te apuntas?

No podía contestar, no sabía qué decirle. Una parte de mí decía que sí, pero otra se negaba con rotundidad.

Intercambiamos números de teléfono y nos seguimos en Instagram; el tiempo decidiría nuestro camino.

No sabría decir cuánto tiempo estuve cotilleando la cuenta de Instagram de Jason. Por suerte, podía ver todas sus historias en las cuentas de sus fans. Él, sin embargo, no podía hacer lo mismo.

Un día vi una foto reciente suya, sonreí unos segundos y anduve con un vacío en el pecho el resto del día. Se había cortado el pelo y llevaba la barba más rasurada; estaba distinto.

Aquel día decidí arreglarme un poco más. Aproveché que había quedado con Eder para ir al teatro durante una de sus escapadas a Barcelona. Desde el día que había estado en mi casa habíamos seguido hablando por WhatsApp y quedamos en que podríamos vernos para tomar unas cervezas. Pero entre nosotros, al menos por un tiempo, no podía haber nada. Yo seguía teniendo remordimientos y me sentía mal por flirtear con otros.

Debía arreglar aquello.

Mientras esperaba a mi nuevo amigo en la terraza de un bar decidí hacerme un selfi «filosófico», como decía Coral. Acompañé la publicación con unos versos de Shakespeare: «He aprendido que no puedo exigir el amor de nadie. Yo solo puedo dar buenas razones para ser querido... y tener paciencia para que la vida haga el resto. Shakespeare».

A pesar de mis reticencias, con el tiempo me di cuenta de que una parte de amar era dejar ir. Eder era el responsable de que fuera dando pasos hacia delante. Le había explicado que acababa de salir de una aventura amorosa un poco complicada.

—Te aseguro que soy alguien muy paciente, Martina —me susurró en cuanto llegó a la mesa.

Nos saludamos con dos besos y pedimos un par de cervezas.

—Lástima que esa publicación no vaya para mí.

—Eder...

—Lo sé, lo sé. No se merece tu amor.

—Es complicado. ¿Quiénes somos para juzgar si alguien lo merece o no?

—Pero no está aquí, te ha dejado escapar. Ha salido de tu vida. Por lo que me has explicado, lo nuestro tenía un final, pónselo ya; no lo alargues.

Miré la pantalla del móvil y no podía creer lo que estaba viendo.

Jason Graves le había dado a me gusta en mi publicación. Podía parecer una chorrada, pero para mí no lo era. No hacía ni cinco minutos que la había colgado; además, estaba claro que me seguía, si no, no habría podido verla. Tenía que estar buscándome en el momento que subí la foto.

Sonaba un poco histérica, ¿no?

Un sudor frío me invadió por completo.

—¿Estás bien?

Intenté recomponerme, pero pasé parte de la tarde inquieta.

La herida que tenía no se había convertido siquiera en cicatriz, sino que se había hecho más profunda. Yo misma me boicoteaba buscándolo, viendo fotos tuyas e intentando saber de él.

Necesitaba sacarlo de mi cabeza, pero es que me negaba a hacerlo. No quería abandonar nuestro recuerdo.

¿Existía una posibilidad? ¿Debía intentarlo?

Lo consulté con Eder.

—Si lo quieres, no pierdes nada por intentarlo. Eres orgullosa, eh...

—¿Tú crees?

—Y tanto. ¿No te acuerdas de lo que me costó convencerte para ir a tomar una cerveza la primera vez? Eres muy cabezota.

Dejé que pasara la tarde. Fuimos al teatro y cenamos algo al salir. Después, cada uno se fue a su casa.

En el metro no pude evitar abrir Instagram e ir directa a su perfil.

Tenía otra sorpresa.

Había publicado algo, una foto muy parecida a la mía, de perfil, que supuse que sería de algún reportaje reciente, ya que tenía el mismo aspecto que en sus últimas apariciones. Sí, seguía buscándole por internet, era mi enfermedad.

Su pie de foto era un claro mensaje para mí: «Si por besarte tuviera que ir después al infierno, lo haría. Así después podré presumir a los demonios de haber estado en el paraíso sin nunca entrar. Shakespeare».

No le di a me gusta. No me daba la gana. Primero busqué en internet información sobre su relación con Amanda, pero no obtuve ninguna respuesta que me aclarara nada.

Preferí contraatacar e ir directa al grano.

Busqué una foto mía en la nube y, cuando encontré una que me gustaba, le añadí el veneno en forma de verso: «No hay hombre más cobarde que aquel que enamora a una mujer para no amarla. Wilde».

¡Zasca!

A ver si ahora tenía el valor de darle a me gusta en la foto.

Entendí que no recibiría la señal hasta pasados unos minutos, o al menos eso creía, así que me obligué a no mirar el móvil hasta llegar a casa.

Y una vez allí, me propuse no mirarlo hasta meterme en la cama. No obtuve lo que buscaba, así que supuse que todo había sido una casualidad y que le había hecho gracia mi mención a Shakespeare.

Me di la vuelta en la cama y el sueño acabó conmigo.

Pasaron dos semanas desde aquella publicación, ya no esperaba respuesta... hasta el día en el que empecé a trabajar en la escuela de adultos como profesora de inglés.

Estaba en el descanso de la tarde cuando recibí un me gusta de Jason en mi última publicación, a la que había bautizado con el nombre de «zasca inútil». Minutos después él publicaba una foto suya tomándose una taza de café con el siguiente mensaje: «La única persona que necesitas en tu vida es aquella que te demuestre que te necesita en la suya. Wilde».

Vale. Estupendo.

¿Y ahora qué?

¿Se suponía que eso era una respuesta?

¿Qué quería decir con aquello?

De perdidos, al río. Ya no podía más. Decidí comenzar a seguirlo. Si quería jugar, íbamos a hacerlo bien.

No tardó en seguirme a mí también. ¿Cuál se suponía que era el siguiente paso?

¿Escribirle?

¿Debía hacerlo?

¿Cómo estaría su padre?

Al cuerno, iba a preguntarle por él.

Apreté el botón de mensaje y comencé a escribir. Le puse de todo, que lo echaba de menos, que lo quería con locura, que lo necesitaba y que cometería millones de locuras por él.

Una lástima que no fuera capaz de enviárselo y lo borrara.

Volví al trabajo y me centré en los alumnos. La verdad es que era divertido, ya que algunos se atrevían incluso a tirarme la caña. Pero yo no estaba por la labor.

Cuando llegué a casa preparé otra publicación bomba. Calculé que en Nueva York serían las cuatro de la tarde, así que no estaba durmiendo.

Me hice un selfi de lo más melancólico con el siguiente mensaje: «Se te hizo fácil olvidarme, reemplazar las horas y los recuerdos, reinventar caricias en otros labios. Se te hizo fácil. Pero ya me acostumbré a esto de no hablarte, a no esperarte, a no insistir. Te olvido de a poco, pero a veces suelo ser tan frágil como el llanto y te extraño. Gabriel García Márquez».

Su me gusta no tardó en llegar, pero su siguiente publicación tardó tres días.

La dinámica del juego la teníamos bien aprendida, así que el clima melancólico se repetía. Su respuesta me hizo pedazos: «Dile que sí, aunque te estés muriendo de miedo, aunque después te arrepientas, porque de todos modos te vas a arrepentir toda la vida si le contestas que no. Gabriel García Márquez».

Coral nos empezó a seguir a ambos, incluso se mofaba del juego que habíamos comenzado. Me decía que era una tonta por no decirle nada, pero es que él tampoco había dado el paso de hablarme. Había sido él quien se había marchado dejándome claro que entre nosotros solo había habido diversión. Sexo sin compromiso que se convirtió en un capítulo muy doloroso.

Para la siguiente publicación decidí utilizar una cita de Cortázar; sería mi última baza en este juego. Me dolía demasiado todo aquello. «Que no fuiste el amor de mi vida, ni de mis días, ni de mi momento. Pero que te quise, y que te quiero, aunque estemos destinados a no ser. Cortázar».

No volví a saber nada en dos semanas y ya habían pasado casi cinco meses desde que lo había visto marcharse. Recordaba con claridad la manera en la que me había dicho adiós desde la ventanilla del coche, pero nuestro juego en redes sociales me había dejado claro que aquel no podía ser nuestro adiós definitivo.

El siguiente mensaje fue justo lo que necesitaba para inyectarme valor: «Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos. Cortázar».

Mi corazón dijo basta; aquella vez sí que le escribí un mensaje, pero no como el que había borrado semanas atrás. Aquello empezaba a ser enfermizo. Le escribí una cita de Benedetti: «Y si vas a salir de mi vida, solo te pido una cosa: Una vez que te hayas ido y veas que estoy bien, no te atrevas a volver».

Miré el reloj y calculé la hora que sería allí; todavía era temprano, podía ver el mensaje, así que esperaba obtener una respuesta a lo largo del día.

No llegó hasta las ocho de la tarde, justo en el momento en el que los alumnos entraban en

clase. Leí lo que me había escrito: «Somos una casualidad llena de intención».

Iba a matarme y no podía contestarle hasta que acabara la jornada.

No di pie con bola durante toda la clase. Estaba distraída, con la cabeza en Nueva York, imaginándome qué estaría haciendo Jason. ¿Iba en serio lo que me estaba diciendo en ese mensaje?

Iba a descubrirlo.

De camino a casa dejé a los autores ilustres de lado y tomé la palabra. Ya estaba bien de jugar, necesitaba respuestas: «Hola, Jason. No puedo continuar con este juego, me hace más daño del que te imaginas. Has ganado tú. Espero que tu padre esté bien. Un saludo».

Los puntos suspensivos aparecieron en la ventana del chat; estaba escribiendo. Noté cómo me temblaba el pulso. No podía dejar de mirar la pantalla. Recibí su mensaje: «Tina... Lo siento. No era mi intención hacerte daño. Mi padre vuelve a estar ingresado. Estoy en el hospital haciendo guardia y esta noche iré a casa de mi hermana para dormir con los enanos. Un abrazo, Tina».

Me quedé pensativa un rato. Estábamos teniendo la primera conversación después de casi seis meses.

Volví a abrir la conversación en Instagram y comencé a escribir: «Lamento oír que tu padre vuelve a estar ingresado. Te envío toneladas de energía positiva para él y el resto de tu familia. Te correspondo al abrazo, Jason».

Cobarde. Era una cobarde.

Le habría escrito que me moría por abrazarlo, que lo apoyaría en todo el proceso de recuperación de su padre... Joder, era muy difícil reabrir una herida que todavía estaba carnosas y sangrante.

Pero es que no me tocaba a mí declararme y derretirme ante él. Él conocía de sobra mis sentimientos antes de irse. Ya le había dicho que su marcha me iba a hacer daño, que me había sido imposible no sentir nada por él. Así que no era yo la que tenía que dar el paso.

Decidí irme a la cama a leer un rato, evadirme de todo. Pero el sonido de una notificación en el móvil me obligó a ir corriendo a ver de qué se trataba.

Era otro mensaje de Jason y lo sentí roto: «Espero que funcionen, *tiny* Tina. Estoy muy asustado. Cada crisis agrava la anterior y me temo lo peor. ¿Tú cómo estás? ¿La familia bien?».

No tardé en contestarle: «Están muy bien. Andan planificando un viaje para celebrar la jubilación de mi madre y se plantean pasar largas temporadas en Culross, con mi abuela. No te pongas negativo, todo irá bien y pronto lo tendréis de vuelta en casa».

«Me alegra mucho lo que leo. Pero ¿y tú? ¿Tú cómo estás?»

¿Le decía la verdad o intentaba evadir la pregunta?

«Bien. Estoy dando clases de inglés a adultos y no está tan mal. Me da para pagar las facturas.»

«Eso es bueno. Quiero que sepas que la productora ha dado luz verde al proyecto; adaptaremos

la historia que leíste.»

«¡Qué bueno! Me encanta saber que he aportado un granito de arena a un proyecto cinematográfico.»

«Tú has sido la culpable de que se haga posible. Así que gran parte del mérito es tuyo. Es más, le hablé de ti a la autora, le encantaría conocerte y, palabras textuales, darte un morreo por facilitarle el camino.»

«¡Joder! No estoy yo para emociones fuertes...»

Los puntos suspensivos desaparecieron. Me quedé atontada mirando la pantalla, esperando una respuesta.

Pero no llegó.

Pasaron los días y la distancia que nos separaba se hizo notable. Yo seguía alerta, informándome sobre sus proyectos o leyendo cotilleos sobre su vida y entonces, un día, saltó la bomba: los medios decían que su relación con Amanda Ross había terminado; me alegré. No estaba bien, pero me alegré.

No podía remediarlo.

El remordimiento me había invadido cuando me había levantado con Eder a mi lado, me empujaba a sentirme mal. Era como si yo no quisiera ponerle fin a la loca aventura que me había llevado a enamorarme de él, a que el amor me calara hasta los huesos arrasándome por dentro. Me sentía como si mi novio me hubiera engañado, pero no era verdad. Mi corazón intentaba convencerme de que lo nuestro no había terminado; debía hacerme a la idea de que no había nada entre nosotros y ya iba con seis meses de retraso.

Ese mismo día tuve más noticias que no me ayudarían a curar mi mal de amores.

Era un correo electrónico de Jason.

Fecha: 26 de noviembre, 18.48 h

De: Jason Graves

<jgraves@eightproductions.com>

Para: Martina Dunn <tinadunn7@gmail.com>

Asunto: Proyecto *Sombras enemigas*

Hola, Tina.

El proyecto *Sombras enemigas*, la historia que leíste y que aconsejaste para su producción cinematográfica, se pondrá en marcha en breve.

Te informo porque tengo una propuesta que creo que puede ser buena para tu carrera: necesitamos a alguien que trabaje en la

adaptación de la novela y hemos decidido que, por tu olfato y tu talento, seas tú la responsable de llevarlo a cabo. Pensamos que eres la candidata perfecta para trabajar codo con codo con la autora.

Adjunto el contrato de trabajo; échale un ojo y no dudes en preguntarme cualquier duda.

Un cordial saludo,
Jason Graves
Productor asociado en Eight Productions

¿Me estaba vacilando?

¿Era cierto lo que acababa de leer?

Jason me estaba volviendo loca, en todos los sentidos. Me estaba ofreciendo trabajo, era una locura. Todo era surrealista.

Su frialdad me aterrorizaba. Parecía otra persona, una con la que no había vivido una tórrida aventura. ¿Cómo podía comportarse así? Ojalá yo tuviera esa entereza, esa capacidad de ponerme una máscara de frialdad y olvidarme de los sentimientos que tenía hacia él.

Debía tomar una decisión, pero necesitaba meditarlo. Ante aquella situación, podía tomar dos caminos: uno era dar carpetazo a todo aquello y alejarme todo lo posible y la otra, lanzarme a un proyecto que me entusiasmaba, pero que conllevaba grandes riesgos.

¿Qué era lo correcto?

No me vi con fuerzas para responderle; llamé a Coral y le dije que me esperara en mi casa y que llevara una botella de vino.

Trajo un vino delicioso que se impregnó de su historia con Nico.

—¿Quién me lo iba a decir! Nena... ¡Qué brazos! ¡Qué manera de empotrar...!

—Joder, Coral, ¡no hables de esas cosas delante de una hambrienta!

—Hambrienta porque quieres, Nico me ha dicho que tienes a Eder comiendo de tu mano.

—Mantenemos una cordial amistad. Nos hacemos compañía el tiempo que está aquí y ya está.

—¿Y qué tiene que ver eso? Cualquiera diría que no has practicado sexo sin amor.

—Coral... no puedo. No todavía.

—Vale, entonces es *él* el responsable de que nos acabemos esta botella de vino, ¿no?

—Me ha ofrecido trabajo.

Mi amiga levantó la cabeza de golpe, sorprendida. Iba a darle un sorbo a la copa, pero la noticia la interrumpió.

—¡Estás de broma! —soltó.

Negué con la cabeza y ella me pidió más detalles. Le expliqué lo poco que sabía y le leí el contrato.

Las condiciones eran estratosféricas: un sueldo que ni de coña ganaría en España, dietas y alojamiento incluidos. La productora también se hacía cargo de los billetes de avión y de los trámites de visado. La verdad es que si no fuera por Jason, no dudaría en aceptar.

—No sé qué haría en tu lugar —se sinceró Coral—. Entiendo que es complicado, que volver a verlo te va a hacer daño, pero, joder, es una oportunidad increíble. ¿Y si...?

—No, creo que lo mejor es que me quede aquí, seguir mi vida y...

No pude continuar. Estaba claro que no me gustaba mi vida en ese momento, pero tampoco quería lanzarme al fuego y quemarme otra vez.

—Tengo que pensarlo —dije en alto.

Mi amiga estuvo el resto de la noche convenciéndome de que debía aceptar la oferta. Con lo que iba a ganar podría quitarme de encima gran parte de la hipoteca. Y además, el proyecto podía abrirme las puertas del cine nacional. ¿Qué perdía por intentarlo?

Pues mucho.

Perdería mi cordura.

Si me iba, no volvería a ser la misma.

Pero, qué narices, era una oportunidad cojonuda, una oportunidad para mi estancada carrera. Lo era, pero no quería estar cerca de él. No, si no podía tenerlo. No, si debía verlo, hablar con él, pero no podía besarlo. Dolía demasiado y lo peor era que el tiempo no era suficiente para olvidarlo.

No pude contestarle.

No todavía.

Al día siguiente recibí otro correo con las instrucciones necesarias para realizar una videoconferencia.

Ni corta ni perezosa, lo borré.

Ni pestañeé.

Pero lloré.

Mucho.

Durante las clases me mantuve serena, pero al llegar a casa me derrumbé. Necesitaba extirparlo de una vez por todas de mi vida. Desintoxicarme de su recuerdo y deshacerme de su insistencia, no quería sufrir más.

El móvil vibró con una notificación; era un mensaje de Instagram: «Tina, dale una oportunidad a

este proyecto. Dime qué es lo que te hace rechazar la oferta e intentaré ponerle remedio».

Él. Su mera presencia y que fuera él el intermediario era lo único que me hacía negarme a aceptar el trabajo. Contesté temblorosa: «No puedo hacerlo. Te agradezco la oportunidad, de verdad, pero no puedo. Tengo obligaciones aquí. Gracias».

Los puntos suspensivos desaparecieron y nuestra conversación terminó ahí.

Estaba otra vez en el mismo punto.

Pero la situación dio un giro drástico cuando recibí un nuevo correo de otro miembro de la productora explicándome todo punto por punto. Concertamos una hora para hablar.

Aquella mujer me transmitió muy buen rollo y fui incapaz de negarme. Me explicó el contrato y mis dudas quedaron resueltas al momento. Lo único que le pedí fue un poco de tiempo para pensármelo; me dijo que me daba una semana.

Necesitaba hablarlo con mis padres. Aquella noche decidí cenar con ellos y explicarles la situación. Todo: el juego que me había traído con Jason y el dolor que eso me producía.

—Pues díselo claro, cielo —sugirió mi madre—. Dile claramente que no quieres que interfiera en tu carrera y que quieres que te deje claro que te han escogido por méritos propios y no por el capricho de un niño aburrido.

Mi madre no veía con buenos ojos a Jason por todo lo que había pasado. Era lógico. Había sido testigo de mi sufrimiento y no quería seguir viéndome así. Era más reticente que mi padre a que aceptara la oferta.

—Pues yo creo que te puede ir bien, pero tu madre tiene razón, déjale claro que no eres un juguete. Me da miedo que sea una estrategia para aprovecharse de ti. No dudo de que tienes talento, pero sospecho que puede haber malas intenciones.

Ahora estaba más confusa todavía. Solo tenía claro que mi negativa a trabajar al otro lado del charco tenía nombre y apellidos y era el único motivo para salir corriendo.

¿Le hacía caso a mi madre y le dejaba las cosas claras antes de aceptar la oferta? O, por el contrario, ¿debía seguir con mi vida y rechazar tal oportunidad? No habría otra ocasión como aquella.

Al llegar a casa me armé de valor.

Abrí Instagram y le escribí el mensaje que debería haberle enviado desde el principio:

Hola, Jason.

Debería haberte dicho esto desde el principio y no darte cuerda.

Te pedí que te alejaras de mí, que así sería mucho más fácil olvidarte. Yo, por mi parte, hice lo que tenía que hacer. Tú no has cumplido y, tonta de mí, me he dejado llevar.

Eres tú lo que me hace rechazar tal oportunidad. No puedo verte y hacer como si nada, no puedo, después de todo lo que hemos vivido y sentido. Lo siento.

Ojalá fuera más sencillo. Un saludo.

Calculé las horas de diferencia que había entre su ciudad y la mía; era una buena hora para él.
Pero no me contestó. No aquella noche. Ni al día siguiente.
No fue hasta dos días después que obtuve respuesta:

Perdona que no te haya respondido antes, pero no he podido. Vuelvo a estar en el hospital.
Si el problema soy yo, me apartaré del proyecto, porque creo que te mereces ese puesto más que nadie.
Lo siento. He sido un egoísta.
Esta vez cumpliré mi palabra y me mantendré al margen si es lo que necesitas.
Un abrazo,

JASON

Me sentí realmente mal. Era una tonta que lo necesitaba más de lo que quería creer.
Pero mi decisión estaba tomada desde mucho antes de enviarle el mensaje.
Me iba a Nueva York.

Nueva York

El 10 de diciembre de 2018 aterricé en el aeropuerto JFK.

No había pensado en todas las cosas que tenía que dejar listas antes de coger ese avión, pero tuve la suerte de contar con el apoyo de mis padres. Pensé que todo sería más sencillo, ya que la productora se encargaba de tramitar la mayoría de los papeles, pero las instituciones no ponían las cosas fáciles.

Mis padres me aconsejaron que alquilara mi piso, pero me negué. Con lo que iba a cobrar podía asumir ese gasto. La verdad es que me daba pena marcharme una temporada. Los de la productora me habían dicho que serían unos tres meses de trabajo, tiempo en el que yo debía encargarme de convertir la novela en guion, así que era absurdo alquilarlo.

En cuanto pisé tierra norteamericana mi estómago empezó a centellear. No había probado bocado en el avión. Cuando salí por la puerta de llegadas, vi a un hombre con un cartel con mi apellido. Sabía los pasos que me esperaban aquel día, lo tenían todo dispuesto.

Fuera hacía un frío de mil demonios. Venía preparada, me había informado de la vida y del clima de Nueva York, pero experimentarlo no era lo mismo.

Por suerte, en el coche hacía calor. Dentro encontré una carpeta con las indicaciones del apartamento y los lugares cercanos que merecía la pena visitar y una caja que contenía un teléfono móvil para poder comunicarme con mis compañeros. Tenía el día libre para descansar. Estaba deseando darme una ducha y dormir.

Lo primero que hice fue avisar a mis padres y a Coral de que había llegado.

Aunque estaba deseosa de pillar la cama y no levantarme hasta sentirme mejor, me notaba inquieta y algo me decía que esa sensación no iba a desaparecer. El motivo era saber que Jason y yo estábamos en la misma ciudad y que, como él mismo me había dejado claro, haría lo posible por no molestarme.

Yo quería que lo hiciera; era capaz de no dormir con tal de tenerlo entre mis sábanas...

¡Basta! No podía ser.

No ahora. Debía mantener la calma y evadirme con el trabajo. Jason no debía entrar en esos planes ni en ninguno. Lo nuestro, si se podía llamar así, había terminado aquel fin de semana de ensueño.

De camino al apartamento descubrí el ruido de la ciudad, el bullicio, las luces... Aquello no se parecía a Barcelona, ni muchísimo menos. Era mucho más grande y no estaba segura de poder

adaptarme en tan poco tiempo. Pero aquello podía suponer un salto en mi carrera. Podría con ello, debía lanzarme a la aventura.

El apartamento estaba en Brooklyn; tardamos casi cuarenta minutos en llegar por culpa del tráfico. Aproveché ese rato para ojear la guía que me habían facilitado desde la productora. La verdad es que se habían esforzado para que me sintiera entre algodones y yo lo agradecía.

El apartamento era una pasada. No era grande, era un estudio. Todo estaba en el mismo espacio: la cocina, el salón, la habitación..., pero se respiraba un ambiente limpio y estaba decorado con muy buen gusto.

Hice unas fotos para enviárselas a Coral y a mi madre. Era temprano en Nueva York, así que en Barcelona ya era mediodía. No tardé en recibir respuestas... y en darme cuenta de que ya las echaba de menos. Iba a ser duro...

El primer trayecto en coche me había estresado y supuse que esa sensación aumentaría con el paso de los días. Había leído en internet experiencias de gente que había vivido en aquella ciudad y la gran mayoría coincidían en que la urbe no dormía.

Nueva York no descansaba, pero yo necesitaba hacerlo, y pronto. Me refresqué en la enorme bañera y me metí en la cama.

Caí rendida.

Y llegó el primer día de trabajo, la primera toma de contacto con los que iban a ser mis compañeros durante mi estancia allí.

Los nervios corrían por todo mi cuerpo y estaba acojonada. No dejaba de repetirme que yo era fuerte, que podía hacerlo..., pero en el fondo era una simple traductora de novelas y no tenía muchas nociones de cómo hacer un guion; por mucho que me hubieran asegurado que tendría profesionales a mi lado, la idea de que pudieran pensar que era una enchufada asomaba de vez en cuando a mis pensamientos.

Mentiría si dijera que no pensaba que mi presencia allí se debía a la recomendación de Jason y que este solo lo había hecho para volver a atraparme. Pero su rechazo a continuar en el proyecto determinó que, en el fondo, confiaba en mi profesionalidad y que si me había propuesto para el trabajo era porque creía de verdad en mí y no porque quisiera meterme en su cama, ¿no?

Las oficinas se encontraban justo después del puente de Brooklyn, donde te topabas de lleno con el bullicio de Nueva York: sus altos edificios, coches a montones y gente dirigiéndose al trabajo a toda velocidad. En la guía me indicaban la distancia entre el apartamento y las oficinas: treinta y cuatro minutos andando; algún día, cuando no hiciera tanto frío, podría ir andando.

El primer día pusieron a mi disposición un chófer que me llevó a las oficinas. Habría un

recibimiento y una primera toma de contacto con el equipo. Querían que nos conociéramos y, a partir de ahí, que nos pusiéramos a trabajar cuanto antes.

Mi nuevo lugar de trabajo se situaba en Pearl Street, en pleno centro de Nueva York. El edificio era enorme y, según mis notas, debía dirigirme a la planta veinticinco. Se suponía que no tenía pérdida, pero... mi sentido de la orientación era nefasto. No sé si fue la cantidad de gente entrando y saliendo, los ascensores abarrotados, los nervios por el momento o el pavor de encontrarme de nuevo con Jason que, una vez en la planta, no di con las oficinas.

Di vueltas y vueltas; la hora de la primera reunión se acercaba y yo todavía no estaba allí. Entonces me di cuenta de que me había equivocado de piso. Estaba una planta más arriba.

Fui corriendo hacia las escaleras y solo rezaba por que no se repitiera lo vivido con Jason la primera vez que nos vimos; aunque, muy en el fondo, me encantaría. Deseaba que lo nuestro volviera a empezar, tomar otro tipo de decisiones y no dejarme llevar tan fácilmente. Si hubiera sido consciente de lo difícil que se me iba a hacer su marcha, me habría negado a aquella aventura.

Pero no podía viajar en el tiempo, así que debía apechugar con las decisiones que había tomado. Decisiones que, por otro lado, me habían llevado a aceptar un proyecto que podía traerme nuevas oportunidades.

Llegué a la reunión dos minutos antes de la hora establecida. Por los pelos...

Me quedé sin habla al conocer a Lisa Knox, la autora de la historia que se iba a adaptar al cine. Era increíble, una belleza joven que desprendía seguridad a raudales: pelo rojizo, largo y muy bien moldeado, ojos verdes, con curvas...

Al verme me dio un abrazo. Me pilló desprevenida.

—Jason me dijo que escogieron mi historia gracias a ti. Muchas gracias —me dijo después de estrujarme.

—Yo leí el manuscrito y me cautivó; luego solo di mi opinión como profesional del mundo editorial. Es una historia muy buena, así que las gracias debería dártelas yo; hacía tiempo que una novela no me atrapaba tanto.

Después de aquel recibimiento, conocimos al resto del equipo. En total seríamos cuatro, pero en esa primera reunión se encontraban también la directora de la película y dos productores.

De Jason, ni rastro. Bien.

Hablamos de plazos, de ideas generales y de localizaciones. Todo acompañado de café y bollos que amenizaban la conversación.

Antes de finalizar la reunión, Olivia Simons, la directora, hizo una pregunta que me incomodó muchísimo.

—¿Alguien sabe el motivo por el que Jason ha decidido apartarse del proyecto? Él fue el que me pidió que participara y pensé que él estaría al frente de todo esto.

—Ha sido por motivos familiares. Su padre sigue ingresado y creen que ya no saldrá del hospital.

—Vaya, no me comentó nada —añadió Olivia—. Lo llamaré para darle ánimos.

Aquello me dejó un poco tocada. Me sentía mal por no haberle dado mi apoyo, pero era mejor así. Debía mantener la distancia por muchas ganas que tuviera de decirle cuánto lamentaba lo de su padre. Solo imaginarme al mío en aquella situación me aterraba.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, Lisa me llamó.

—¿Te apetece ir a tomar algo y así podemos conocernos mejor? Jason me ha hablado maravillas de ti.

Vaya... Su nombre no iba a dejar de aparecer. A fin de cuentas, él era el artífice de aquel proyecto.

Acepté su invitación y la seguí calle abajo hasta un restaurante llamado Dig Inn, donde pedimos unas infusiones y unos chips de boniato para compartir. Estaba de moda eso de cuidarse, tenía mucho que aprender de ellos en cuestión de alimentación. Uno de mis propósitos para el siguiente año era cuidarme más, no saltarme comidas y no conformarme con juntar una loncha de embutido con pan. No era forma de alimentarse.

—¿Y a qué te dedicas, Tina? —preguntó Lisa.

—En España traducía novelas para una importante editorial. Estaba intentando hacerme hueco en el departamento de nuevos proyectos, pero tuvieron que prescindir de personal y... bueno, tuve que cambiar mis planes.

—Sí, el mundo editorial ha cambiado. Yo había desistido hasta que decidí autopublicar y, casualidades de la vida, alguien de la productora leyó mi novela y llegó hasta uno de los productores. Pero fuiste tú la que hizo magia.

—Yo solo lo leí y dije que era una buena historia. Se lo comenté a...

—Sí, Jason me dijo que te quedaste muy impresionada, que te lo leíste en apenas dos días. No sabía qué decirle cuando me lo contó.

—¿Fue él quien contactó contigo para informarte de todo el proyecto?

—Sí, por eso también me da mucha pena que no pueda participar en él. Pero entiendo que no está pasando por un buen momento y que lo más importante es su familia.

Asentí con una leve sonrisa. Necesitaba dejar de hablar de él. Era capaz de cometer alguna locura de la que podría arrepentirme después.

Intenté desviar el tema de forma sutil. Le pregunté a Lisa cuándo había empezado a escribir, qué la había llevado a contar una historia tan desgarradora y con tanta fuerza, si se había inspirado en alguien para crear a su protagonista, tan luchadora. A medida que la iba conociendo, me daba cuenta de que íbamos a encajar muy bien.

Me dio muy buena sensación.

Sobre las seis de la tarde, decidí volver al apartamento. Podía coger el metro o ir andando, pero como el clima acompañaba un poco, a pesar del frío, me decanté por conocer un poco la ciudad.

Subí al ferri, desde donde tomé un par de fotos del puente de Brooklyn.

Después, compré algo para llenar la nevera; me decidí por opciones más saludables.

Una vez en el piso, guardé la compra y me hice una infusión para relajarme en el sofá. Subí a Instagram una de las fotos que había hecho del puente. Le apliqué los filtros que mejor le quedaban y la acompañé de un mensaje: «El puente de las nuevas oportunidades».

Y caí. Busqué a Jason y miré si había publicado algo nuevo, pero llevaba tiempo sin actividad en redes sociales. Estaba preocupada, no podía evitarlo. Me envalentoné y le escribí: «Hola, Jason. Me he enterado de que tu padre vuelve a estar ingresado y que esta vez es peor. Lo lamento mucho, de verdad. Un fuerte abrazo, Tina».

Pero claro, no obtuve ninguna respuesta.

Ni ese día ni los siguientes.

Estaba cumpliendo con su palabra.

El 20 de diciembre había llegado y teníamos unos días festivos por delante. Yo estaba un poco desanimada porque, a pesar de haberlo intentado, Coral no había conseguido venir a pasar el fin de año conmigo, aunque sí me habló de un posible viaje en verano.

Necesitábamos un viaje juntas desde hacía tiempo. Yo no quise hacer planes, el guion me tenía totalmente atrapada y me sorprendí motivada, creativa y con ganas de trabajar sin parar. Hacía tiempo que no me encontraba así. Me sentía en deuda; se lo debía todo a él, pero me estaba desintoxicando. No pronunciaba su nombre e intentaba no pensar en él, pero no era sencillo estando en su ciudad. Era una prueba de fuego.

Lisa era brillante, con una luz propia que envidiaba. Era graciosa, con muchos recursos y muy inteligente. Cuando trabajábamos, yo intentaba exponerle mi opinión respetando su obra al máximo, no quería contaminarla con mis ideas, el texto era espectacular tal y como estaba; pero yo había sido contratada para aconsejarla y para adaptar sus ideas a las de los guionistas. Me sentía muy cómoda en el equipo, su acogida había sido brutal.

A medida que iban pasando los días, me movía con más seguridad por la ciudad y descubrí lugares que me encantaron, pero el ruido y el ajetreo me irritaban. Nunca me acostumbraría a aquello. Mi vida estaba en Barcelona, Nueva York era demasiado para mí.

Aquella tarde Lisa y yo decidimos ir a tomar algo después de trabajar. Nuestra relación era más estrecha y las confianzas empezaron a hacerse hueco en nuestras conversaciones.

—No sé si me meto donde no me llaman —comentó mi nueva compañera—, pero... nunca

hablas de Jason ni participas en las conversaciones en las que se habla de él. ¿Va todo bien?

Me sonrojé de tal manera que pude notar la subida de temperatura en mi cara.

No quería hablar del tema, pero llevaba demasiado tiempo contenida. Echaba de menos a Coral, el poder desahogarme con total libertad y liberarme del estrés.

Pero no podía hacerlo. No podía explicarle a nadie lo que había vivido con él en Barcelona y lo mucho que sufría por cómo había terminado todo. Así que decidí salir del paso como pude.

—Trabajé con él en un rodaje en mi ciudad. Fui una de las asistentes de actores y me centré mucho en su trabajo. Fue difícil, mucho. Pero es un profesional enorme, aunque tuvimos nuestras diferencias.

—¿Sí? A mí siempre me ha parecido alguien con quien es fácil trabajar, a pesar de toda la farándula de Hollywood. Pero claro, no todos somos iguales...

Zanjé la conversación rápido y ella notó que no me gustaba hablar de él. Era lo bastante lista como para darse cuenta de que había algo más, sobre todo por lo roja que me puse ante su pregunta.

—¿Irás el viernes a la fiesta de la productora?

Aquella semana nos habían comunicado que el viernes por la noche harían un pequeño cóctel y, como era lógico, todos los miembros estábamos invitados. Yo había decidido no ir.

Lisa no dejó de insistirme en cuanto le comuniqué mi negativa. No solo era por miedo a encontrarme con Jason, también influía que no me encontraba cómoda en las multitudes. Además, no tenía nada que ponerme que estuviera a la altura de las estrellas que iban a asistir.

—No puedes estar hablando en serio, aquí nadie suele perderse la fiesta de Navidad de la empresa. Aquí es algo... obligatorio. ¿En tu país no se hacen?

—Sí, pero... yo no suelo ir a esas cosas.

—Pues siento decirte que ahora estás aquí y que necesito que vengas; no me dejes sola... — insistió.

Al final, no me quedó más remedio. Por lo visto, si no asistías, quedabas muy mal y yo era lo último que quería. Debía asumir que me encontraría con él y actuar con toda normalidad, como si no nos conociéramos más allá de lo profesional.

Lisa y yo estuvimos hablando sobre las costumbres de nuestros respectivos países, de las grandes diferencias que había y de sus ganas de visitar Barcelona. Entonces tuvo una idea.

—Oye, tenía pensado ir a mirar algo de ropa para el viernes por la noche. Mi armario siempre ha sido muy limitado y ahora que nos movemos en un entorno más sofisticado, no estaría mal hacerse con un par de trapos dignos del evento. ¿Qué te parece? ¿Te apuntas?

Me parecía una buena idea. Lisa conocía las mejores tiendas de la ciudad, donde se podía encontrar ropa de segunda mano a un precio muy asequible.

La seguí por las diferentes tiendas. Ella se compró un montón de cosas; yo me hice con una

falda de lentejuelas ajustada, una blusa negra y una americana larga del mismo color.

Después me llevó a una zapatería. Aluciné. Me habría comprado una infinidad de zapatos, pero elegí un par que encajaba con el estilo de lo que me había comprado.

Tras nuestra odisea y con su tarjeta de crédito echando humo, nos despedimos hasta el día siguiente. Le estaba cogiendo cariño a Lisa; aprendía de ella y me asombraba su manera de ser. Me había ayudado desde el primer día y tenía la sensación de que estaba haciendo una buena amiga.

El viernes hicimos jornada reducida. A las siete de la tarde debíamos estar en la sala de eventos, que estaba tres calles más abajo.

Debía admitir que estaba nerviosa. Mucho. Lisa me dijo que habría más de trescientas personas y aquello me agobiaba, pero también me aseguraba que pasaría desapercibida. No me conocía nadie, no era famosa ni tenía intención de serlo. Lo de ser el centro de atención no iba conmigo, así que me quedaría en un rinconcito y, a la mínima oportunidad, me iría a casa.

Mientras me arreglaba intentaba no pensar en lo que podía encontrarme. Una corriente de nerviosismo me azotaba de la cabeza a los pies cada vez que la posibilidad de volver a ver a Jason se me pasaba por la cabeza; era una sensación horrible. Necesitaba quitármela rápido; en unas horas vería qué pasaba.

Quedé con Lisa antes para ir juntas al evento. Se lo había pedido yo; no me atrevía a estar sola entre tanta gente desconocida. En cuanto la vi me quedé a cuadros. Estaba radiante: llevaba un vestido verde oscuro a juego con sus ojos, la melena rojiza bien moldeada y un maquillaje que no disimulaba sus pecas.

En definitiva, estaba buenísima.

Otra mujer se habría sentido mal junto a alguien tan impresionante, pero no era mi caso. Yo me alegraba de que fuera así; todo el mundo se fijaría en ella y no repararían en mí. Perfecto.

Entramos agarradas del brazo. El sitio se llamaba igual que la calle donde se encontraba: Maiden Lane. La decoración era impresionante: el verde y el púrpura eran los colores que vestían el gran salón y había un ventanal que daba a la calle principal. Los invitados que ya estaban allí iban muy elegantes; sentí que quizá no iba lo suficientemente arreglada para tal acontecimiento, pero no había vuelta atrás.

Olivia nos interceptó y se unió a nosotras, al igual que Tim y Georgie, nuestros compañeros en el desarrollo del guion. Me alegré de encontrarlos tan pronto, me ayudaban a distraerme y a no mirar hacia la puerta cada dos minutos.

Hablamos sobre la fiesta, sobre cuánto habría costado montar todo aquello; para mi sorpresa, Olivia se quejó del presupuesto:

—Para esto sí que hay dinero... Si nos hubieran dado la mitad de lo que cuesta este sarao, podríamos trabajar un poco más relajados.

—Bastante que tenemos proyecto, Olivia —contestó Lisa—. Me habría encantado que algún productor más hubiera confiado en él, pero nuestro ángel de la guarda hizo todo lo posible.

—Mira, por ahí viene... —anunció Georgie.

Dirigí mi mirada hacia la entrada y lo vi. Casi se me sale el corazón por la boca; quería salir corriendo e irme a mi refugio, sin mirar atrás, pero eso solo empeoraría las cosas y me obligaría a dar demasiadas explicaciones. No quería tener que mentir, así que lo mejor sería actuar como si nada.

Muchos de los invitados se acercaron a saludarlo en cuanto entró, así que estaba de suerte, cabía la posibilidad de que no nos hiciera ni caso.

Pero no.

Olivia reclamó su atención y con una sonrisa cómplice vino hacia nosotros.

Nuestras miradas se cruzaron. Mi respiración se agitó y empecé a sudar. Noté cómo me temblaban las manos y cómo mis piernas apenas podían sostener mi menudo cuerpo.

Estaba distinto respecto al último día que nos vimos: con el pelo más corto y con una barba de tres días que le hacía parecer más joven, pero que reflejaba un pronunciado cansancio. También lo vi más delgado. Pero lo que más me impactó fue la intensidad con la que nos miramos; sentía que ambos nos moríamos por darnos un abrazo y besarnos. Sus ojos se deslizaron hacia mis labios y supe que quería probarlos, o tal vez fueran imaginaciones mías...

Saludó a todos con la mano y, cuando me tocó el turno, hizo lo mismo que con los demás. Extendió su mano y yo se la estreché. La mirada que nos dedicamos mientras realizábamos aquel aséptico gesto me transmitió algo más que alegría por vernos. Sentí que todavía existía afecto y... deseo.

Dejé de apretar e intenté no darle importancia, pero, a diferencia de él, yo no podía. No podía olvidar lo que, durante unos segundos, nos habíamos dicho con los ojos. Y no estaba loca, o eso pensaba. Sin embargo, la indiferencia con la que actuó después me destrozó.

Siempre pensamos que lo opuesto al amor es el odio, pero, como bien escribió en su momento Elie Wiesel, lo opuesto es la indiferencia. Su apatía me demostraba que para él todo había terminado.

No quería estar allí. Mi alma estaba rota en mil pedazos, no podía continuar como si nada. Me quedaba claro que él sabía jugar, pero yo no sabía cómo gestionarlo. Me dolía demasiado el recuerdo de lo que habíamos vivido y aceptar que solo había quedado en eso, en una aventura que con el tiempo él olvidaría.

—Se te echa de menos en el proyecto —le comentó Olivia—. Pensaba que te tendríamos llevando el timón.

—Ya... Me habría gustado, pero ahora mismo no puedo. Necesito estar apartado un tiempo de todo y centrarme en lo que importa.

Su padre.

Yo me mantuve como una espectadora en la conversación. Para mi fortuna, no se alargó mucho, no paraban de reclamarlo. Volvimos a quedarnos los cinco, pero ellos seguían hablando de él.

Decidí ir al aseo para refrescarme e intentar olvidarme de su presencia y de nuestro contacto visual. Lisa me siguió, pero yo no la vi hasta que salí de uno de los cubículos. Allí estaba ella, lavándose las manos y mirándome por el espejo. No era tonta, empezábamos a conocernos bien la una a la otra.

—¿Estás bien? —preguntó.

Intenté disimular contestándole de forma afirmativa y de manera desenfadada. No coló.

—Oye, no quiero meterme donde no me llaman... pero hay algo que no me encaja.

Empecé a sudar.

—¿Qué ha pasado entre tú y Jason?

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—No sé. Cuando el proyecto fue tomando forma, él insistió muchísimo en que tú debías trabajar en la adaptación. Pensaba que os unía una relación de amistad de mucha confianza para que él insistiera tanto en tenerte en el equipo; sin embargo, ahora, cuando os habéis visto, no os habéis dicho nada. No sé, tu cara expresaba muchas cosas, pero me ha parecido que no querías verlo.

Joder, Lisa era demasiado lista. No podía mentirle, pero tampoco quería explicarle lo que habíamos vivido y mucho menos lo que sentía por él.

—Es complicado...

—Me lo imagino. No tienes por qué explicarme nada, solo te digo que si necesitas hablar con alguien o si hay algo que te hace sentir mal, cuenta conmigo, ¿vale?

Se acercó y me abrazó.

—Soy escritora, pero sé guardar infinidad de secretos.

Lo agradecí. Necesitaba sentir que tenía a alguien cerca, pero no la conocía lo suficiente como para explicarle lo que había entre Jason y yo, esa historia debía permanecer en secreto.

Volvíamos juntas con el resto del equipo e intenté pasar la noche lo mejor posible. Hablábamos, reíamos y bebíamos. Intenté no buscarlo entre la multitud, pero me era imposible. En una de esas búsquedas, nuestras miradas coincidieron de nuevo y sentí lo mismo de nuevo. Nuestros ojos mantuvieron el contacto un buen rato, diciéndose de todo sin palabras. Si no me equivocaba al interpretar sus señales, nos moríamos por saber el uno del otro, por tocarnos.

Se me escapó un suspiro y desvié la vista.

Había llegado la hora de irse a casa. No podía soportarlo más.

Le dije a Lisa que me cubriera, que me marchaba porque no me encontraba muy bien. No dudó

en ayudarme e incluso me acompañó a pedir un taxi.

—Oye, ¿seguro que estás bien? Si necesitas cualquier cosa solo tienes que llamarme.

—Gracias, Lisa.

Antes de subirme al coche nos dimos otro abrazo y nos despedimos hasta el lunes. Tenía pensado hibernar todo el fin de semana, encerrarme con el guion y avanzar todo lo posible.

El sábado hablé con mis padres y con Coral. A ella le expliqué todo lo que había pasado la noche anterior y me dio un consejo: pasar página.

Debía dejarlo marchar.

La conversación a través de una pantalla me hizo sentir nostalgia. La echaba de menos, muchísimo. Nuestras noches locas de los viernes, compartir una botella de vino entre confidencias y ponernos hasta el culo de queso.

—Creo que no he hecho bien viniendo aquí —confesé.

—Ni se te ocurra decir eso, Tina —replicó con voz autoritaria—. ¡Conoce a gente, haz carrera! Vale, estamos de acuerdo en que no te has quitado a Jason de la cabeza y en que su sombra, si se le puede llamar así, seguirá ahí, pero te ha dado una oportunidad única, así que aprovéchala. Hazte un hueco en el mundillo, demuestra quién eres y de dónde vienes, nena. Tú todavía no lo sabes, nunca has querido verlo, pero vales un huevo. Es hora de que te pongas las pilas y pises fuerte las calles de Nueva York. Para cuando vuelvas a Barcelona, te habrás comido un pedazo de la tierra.

Me eché a llorar, las dos lo hicimos. Yo tenía mis problemas y ella seguía con los suyos. Cierto era que Nico se había hecho un hueco en su vida y poco a poco iba superando su ruptura con Bruno, pero no era una herida fácil de curar.

Lo importante es que ella estaba mejor. Había recibido una oferta de una importante firma de moda que la había hecho valorarse más.

—¿Qué harás al final? ¿Aceptarás esa oferta de modista o no?

—Creo que negarme sería desperdiciar una buena oportunidad. Trabajaría cerca de Barcelona, con un sueldo fijo y con opciones a tener estabilidad; saltar de un contrato temporal a otro te limita mucho. Tengo ganas de tener un horario fijo, vacaciones y esas cosas...

—Creo que es lo mejor que puedes hacer.

—Pero es mucha presión. El mundo de la alta costura es muy elitista y...

—Coral, podemos lidiar con ello.

Estábamos las dos en un punto crucial de nuestra vida. Tanto su carrera profesional como la mía estaban en su momento más decisivo, debíamos pensar bien nuestra siguiente jugada.

Desde que terminó el instituto, Coral tenía claro que quería dedicarse al mundo de la costura;

siempre le había gustado la moda y tenía mucha mano para hacerse sus propias prendas. Al finalizar el grado superior, se metió de lleno en la carrera de diseño de moda y aprovechó todas las oportunidades laborales que se le pusieron por delante. Así fue como consiguió entrar en el mundo del cine. Ahora ella estaba saliendo de ese sector y yo, entrando.

Colgamos y puse mi lista favorita de Spotify. Los recuerdos empezaron a golpearme, todo me recordaba a él. Volví a encender el portátil para escribir todo lo que sentía en un documento en blanco.

No era la primera vez que escribía; lo hacía para liberarme, para intentar sacar de mis entrañas lo que el tiempo no era capaz de eliminar.

Pero el sonido del móvil me separó del ordenador. El nombre de Lisa apareció en la pantalla y no dudé en descolgar.

—¡Hey! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —contesté.

—Oye, ¿te hace salir esta tarde a tomar algo?

Acepté. A pesar de que mi estado de ánimo era deplorable, sabía que necesitaba despejarme y pasar un buen rato, y con Lisa estaba garantizado.

Quedamos sobre las siete. Me llevó a un pub llamado The Bitter End, como la canción de Placebo. Era el típico bar que sale en las películas o series americanas, con su toldo azul a la entrada y una decoración añeja. Había música en directo y de las paredes de ladrillo colgaban infinidad de fotografías y pósters de artistas emblemáticos.

Aquel sitio me recordaba mucho a los lugares que frecuentaba en mi ciudad.

Nos sentamos en una de las mesas y pedimos un par de cervezas. Lisa no me preguntó nada sobre lo ocurrido la noche anterior, pero sí me contó lo bien que se lo habían pasado después.

—Entonces Olivia, con ese coraje que tiene, le soltó a uno de los productores lo que piensa sobre el presupuesto y ha conseguido que nos lo amplíen, ¿te lo puedes creer?

—Es la caña.

—Sí, ella y Jason forman un buen tándem. Ambos se pusieron pesadísimos con que se necesitaba más apoyo económico. Y lo consiguieron.

Mi estómago dio un vuelco e intenté que no se reflejara en mi cara. Me moría de ganas de saber de qué habían hablado, cuánto tiempo había estado Jason con ellos y si había preguntado por mí. Pero alguien interrumpió nuestra conversación.

—¡Lisa! —la llamó un tío al que, sin darme cuenta, miré de arriba abajo.

Atlético, alto, pelo castaño bien peinado hacia atrás, barba bien cuidada y unos ojos azules profundos y oscuros.

—Ansel... ¿Qué haces por aquí? —preguntó Lisa sonrojada.

Noté por la manera en la que se saludaron que entre ellos dos había algo. Se dieron un abrazo

cargado de afecto y cariño y al separarse fui testigo de la carga emocional que había en sus miradas. Entonces me di cuenta de que el mundo está lleno de gente que intercambia miradas que lo dicen todo pero no hace nada.

¿Podía haber entre ellos una historia como la que yo había tenido con Jason?

Pondría la mano en el fuego por que habían tenido algo, pero su final no había sido como el nuestro.

—Siéntate con nosotros, Ansel —lo invitó Lisa.

Él me miró y sentí vergüenza. Era guapísimo. La cosa fue a peor cuando nos presentó y vi cómo se acercaba para darme un beso en la mejilla, algo que, rodeada de americanos, no esperaba en absoluto. Noté sus labios y su barba rasposa y me sentí un poco incómoda.

—Ansel Leclair, encantado —se presentó con un acento francés que lo delató.

Aquel hombre irradiaba sensualidad y pasión por todos los poros de su piel, su mirada era como una apisonadora. Era una de esas personas que poseen un aura que los hace atractivos aunque no lo pretendan y a las que no puedes evitar mirar. Así era el tal Ansel.

Le correspondí al saludo y Lisa empezó a hablar de él. Resultó que no estaba equivocada con lo que había percibido.

—Ansel vino a hacer un máster de escritura creativa y fuimos compañeros —explicaba Lisa—. Fue una experiencia única.

—Sí —confirmó él—. Estudié literatura en París y, aprovechando que mi padre vive aquí, decidí quedarme una temporada. Quería ver mundo y no encerrarme. ¿Y tú? Tampoco eres de aquí.

Explicué de dónde venía y qué me había llevado hasta Nueva York. Hablamos de nuestras ciudades, de nuestros estudios y... del amor.

Ellos se miraban, confirmando mis sospechas.

—Entre vosotros hubo algo, ¿no? —me aventuré a preguntar.

Lisa se puso roja y Ansel tomó la palabra.

—Sí, el año del máster fue intenso en todos los sentidos, ¿verdad, Lisa?

En la pregunta se podía adivinar lo bien que lo habían pasado juntos. También se intuía lo mucho que había significado para ella.

Empezaron a hablar sobre su relación, sus viajes y, de repente, los dos se callaron. Supuse que habían llegado a la parte en la que el amor se terminaba. O tal vez no; tal vez todavía quedara algo entre ellos dos. A él no lo conocía, pero a Lisa empezaba a entenderla y veía en el brillo de sus ojos que ella todavía sentía algo.

La conversación se volvió algo incómoda; yo aproveché una pequeña cicatriz que descubrí en la mejilla de Ansel y que le daba un toque de personalidad para desviar el tema.

—Era muy pequeño, un perro me arañó sin querer.

—¡Vaya!

—Me lo merecía, lo cabreé. El cirujano hizo una auténtica obra de arte; es una pequeña cicatriz en comparación con lo que podría haber sido.

—¿Sigues siendo tan gamberro? —preguntó Lisa.

—No, ahora estoy centrado en el negocio de mi padre.

—Es hijo de uno de los mayores estilistas del mundo.

—¿En serio? —Me acordé de Coral—. Tengo una amiga que va a empezar a trabajar en una importante casa de alta costura de Barcelona.

Había captado su atención y me estaba poniendo muy nerviosa. Empezó a preguntarme por mi amiga y por la firma que la había fichado.

—Ha tenido mucha suerte, de todas las que conozco en Barcelona, es la mejor. Estará muy cómoda. Su jefa es todo amor.

—Se lo diré. Antes hacía vestuario para proyectos cinematográficos, pero la inestabilidad laboral la ha llevado a plantearse esa oferta.

—Que no la rechace, es muy buena —me sugirió—. ¿Y tú? ¿Siempre te has dedicado a esto?

Su tono grave, su mirada y su acento cautivaban. Miré a Lisa y las dos supimos lo que pensaba la otra: era todo un irresistible galán francés.

Hablé de mi vida en Barcelona antes de conocer a Jason y tomé conciencia de lo mucho que había cambiado en pocos meses.

—Chicas, me encantaría quedarme un rato más, pero he quedado —nos comunicó—. El sábado que viene celebramos una fiesta por el treinta aniversario de la firma de moda de mi padre; estáis las dos invitadas.

—Gracias, Ansel —contestó Lisa—. Te aseguro que iremos, no pienso perderme ese fiestón por nada del mundo.

—Bien. Espero veros allí —se despidió.

Vaya hombre...

—Le gustas —soltó de sopetón Lisa.

—¿Qué dices!

—Créeme, lo conozco demasiado bien. No te ha quitado el ojo de encima en todo el rato. Cuando le gusta una mujer desprende esa magia francesa que tiene, que embruja. Sé que lo has notado, te has puesto nerviosa.

—No te voy a mentir, me ha impresionado. Pero ahora mismo no...

—Lo sé, ahora mismo no quieres saber nada de tíos —interrumpió—. Yo tampoco.

Le pregunté por su historia, la de verdad, la que se escondía detrás de la bonita relación que me habían contado.

—Fue el mejor amante que he tenido en mi vida. Me enamoré locamente de él, pero queríamos cosas distintas. Su vida estaba decidida antes de empezar a estudiar y la mía era un lienzo en

blanco. Yo era dueña de mi carrera y él sabía que tarde o temprano acabaría trabajando con su padre. Un nivel de vida por todo lo alto; yo... yo era una simple cría con una deuda universitaria y sueños sin cumplir.

—Pero el sueño se ha cumplido, ¿no?

—Sí, pero he perdido mucho por el camino. De haber sabido mi destino...

—Sigues enamorada de él —solté.

—Hasta las trancas —confesó levantando el botellín de cerveza e invitándome a brindar.

Chocamos nuestras bebidas y dimos un largo trago.

—La protagonista de la historia tiene mucho de mí.

—Los escritores siempre ponéis algo de vosotros en lo que narráis, es inevitable.

—El amor es jodido, mucho. Cuando decidimos dejarlo estuve hecha una mierda mucho tiempo; a día de hoy aún me sigue escociendo, pero él tiene su vida y yo la mía.

—Nunca es tarde...

—¿En realidad lo crees?

La verdad era que no. No era el momento para dar consejos esperanzadores sobre el amor, pero ¿qué podía decirle?

La noche se fue desanimando y decidimos irnos a casa. Tomé el bus y en menos de media hora llegué al apartamento.

Me puse el pijama y me senté en el sofá a cotillear en Instagram. Vi la última foto de Coral; se la veía sonriente junto al último equipo de vestuario de su última película. Le escribí un mensaje explicándole lo que me había dicho Ansel sobre la nueva firma para la que iba a trabajar y asegurándole que era la mejor decisión que podía haber tomado.

Hice un esfuerzo por no mirar el perfil de Jason, pero no pude evitar compartir una foto que me había hecho Lisa de improviso en la fiesta de la productora. Salía mirando hacia otra parte sobre un fondo de plantas.

El texto decía: «No me quieras como yo te quiero. Porque, aunque me gustaría, no te lo recomiendo. Quererte como yo te quiero duele, como un buen amor sabe doler, como duele el alma cuando ama en silencio, como duele una lágrima justo antes de nacer. No me quieras como yo te quiero, amor. Mejor quíereme de lejos, como tú bien sabes hacerlo. Mind of Brando».

Dejé el móvil en la pequeña mesa que había delante del sofá y desconecté.

Empecé a divagar y me avergoncé por cómo me había sentido ante la presencia de Ansel. Era un chico muy atractivo, pero su físico me recordaba a otra persona. Ambos eran altos y fuertes, con pelo castaño y bien peinado; Jason tenía más barba que Ansel, pero sus ojos también eran azules; el primero los tenía del color del cielo y el otro, como la profundidad del océano.

Yo me moría por volar por el cielo y no quería mentirme más. Quería estar con Jason otra vez, volverme loca recorriendo la ciudad en su busca y enterrarme entre sus brazos.

No soportaba más aquella situación. Necesitaba hablar con él para saber si lo nuestro había terminado de verdad. Recapacité. Él se mantenía al margen porque yo se lo había pedido en nuestro último intercambio de palabras; él quería seguir en contacto, pero, claro, no queríamos el mismo tipo de contacto.

Creí que lo que realmente necesitaba era un baño de burbujas para liberarme de la tensión. No había nada mejor que darse amor a una misma e irse a dormir después.

Ya bajo el edredón, volví a consultar el móvil para ver cómo iba mi publicación.

No había ni rastro de él.

La semana siguiente fue complicada. Los días de Nochebuena y Navidad los pasé pegada al portátil hablando con mis padres y con Coral. Eran mis primeras fiestas lejos de casa.

El resto de la semana estuve trabajando a destajo y fue gratificante ver el viernes cuánto habíamos avanzado en el guion. Tim y Georgie eran unas máquinas en su trabajo, sabían captar lo que queríamos reflejar en todo momento. Si seguíamos a aquel ritmo, cumpliríamos de sobra el plazo. Pero tampoco queríamos correr, había que sacarle el máximo partido a la historia de Lisa, no íbamos a hacer ninguna chapuza.

El sábado tenía el modelito preparado. Aquella semana había ido con Lisa a las mismas tiendas y me había comprado una falda cruzada color camel que me llegaba por debajo de las rodillas y una camisa negra. Me puse unos *stiletos* negros y me moldeé la melena. Aquella noche me arreglé más que la última vez. Además, estaba de mejor humor, no podía encontrarme con Jason.

Cuando Lisa y yo entramos, Ansel vino a recibirnos. Nos dio un beso a cada una, pero a mí con mucha más intensidad. Mi instinto me llevó a mirar a Lisa y vi que todo aquello la incomodaba.

Ansel nos presentó a un grupo de gente de lo más variopinta. Lisa ya conocía a muchos de ellos, ya que eran compañeros del máster que los había unido hacía unos años. Me metí de lleno en la conversación. Hablaban de literatura clásica, del mundo editorial y de todo lo que se estaba cocinando en la actualidad literaria. Elogiaban el trabajo de Lisa y le decían lo mucho que se alegraban de que una de sus novelas fuera a ser adaptada al cine.

Hablé sobre mi antigua profesión y sobre el motivo que me había llevado a su ciudad. Les fascinó. Uno de ellos trabajaba como *freelance* para una editorial española; me interesaba mucho juntarme con gente así, podría abrirme muchas puertas a mi regreso a casa. Llené mi pequeño bolso con sus tarjetas.

—¡Vaya! —exclamó Lisa de golpe—. No esperaba verte aquí, Jason.

Mi cuerpo empezó a hervir. Necesitaba salir de allí, no estaba preparada para enfrentarme a su presencia. Estaba tan mentalizada de que no iba a verlo que había bajado la guardia.

—Hola, chicas, yo tampoco esperaba veros —comentó clavando su mirada celestial en mí.

Extendió su mano hacia Lisa para saludarla; yo me quedé inmóvil. Debía reaccionar, no podía quedarme allí parada como una pánfila.

Lo saludé de manera rápida para ver si así se marchaba pronto, pero se quedó allí parado hablando con Lisa y yo no podía soportarlo más.

Cogí el abrigo y salí a tomar el aire al balcón. Quería respirar el aire gélido de la noche. La ciudad que no dormía seguía agitada a nuestros pies, continuando con su frenético ritmo, sin intención de parar por mí.

Tenía que irme si no quería cometer ninguna locura. Era en esos momentos cuando las dudas por aceptar aquel proyecto me acechaban. No había sido una buena idea, yo sola me había metido en la boca del lobo y aquellas eran las consecuencias. Ahora no me quedaba más remedio que lidiar con ello.

—¿Estás bien? —me preguntó Ansel con su sensual acento.

—Me ha dado un bajón de tensión... —mentí.

—¿Necesitas que te traiga algo?

—No, solo necesitaba un poco de aire.

—Te ves hermosa con esta luz —soltó a la vez que se acercaba más y me colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Un terremoto interno sacudió todo mi cuerpo. En otro momento de mi vida que un hombre como Ansel tuviera esos gestos conmigo habría sido suficiente para llevármelo a la cama.

Pero no era el momento. Mi cuerpo solo respondía ante una persona que no volvería a tocarme jamás. Además, Lisa seguía enamorada de Ansel y me sentiría como una auténtica zorra si hiciera algo con él.

—Oye... —dije apartándome de él—, no creo que sea lo correcto.

—No, no lo es. Estoy jugando sucio, te lo confieso.

Me quedé sorprendida por su sinceridad. Le dejé hablar.

—La única manera de que Lisa vuelva conmigo son los celos; la conozco demasiado bien.

—¿La sigues queriendo?

—Como el primer día. Pero ella se resiste. Han sido muchas las ocasiones en las que he intentado volver con ella, pero no quiere verlo.

—Ansel, está loca por ti.

—Lo sé —admitió acercándose mucho más, como si fuera a darme un beso—. Sé que nos están mirando, sígueme la corriente.

—No —contesté—. De esta forma no se consigue nada. Si realmente la quieres, díselo.

—No es tan fácil, ponte en mi lugar.

—Créeme, sé lo que se siente y yo perdería su confianza si me usas en tu juego. No quiero perderla.

Me aparté de él y fui directa hacia donde estaba Lisa, que no nos había quitado el ojo de encima.

—Ansel te espera en el balcón, no pierdas la oportunidad —le dije sin tapujos.

Se me quedó mirando sorprendida y obedeció. Después de aquello yo ya no pintaba nada allí y me sentía rota. Jason no se había movido del círculo de Lisa y yo no podía continuar a su lado. Me despedí y fui directa a la salida.

Apreté el botón del ascensor y deseé con todas mis fuerzas que llegara rápido.

—Tina... —me llamó.

Me giré sobre mis talones y allí estaba él. Y yo. Solos frente a las puertas del ascensor. Todo el mundo estaba pasándose bien y nosotros, sin embargo, parados uno delante del otro, mirándonos a los ojos y sin decir nada.

Nos habíamos convertido en dos desconocidos que no habían olvidado el amor que habían sentido, pero que lo retenían en lo más profundo de su corazón.

El timbre del ascensor sonó a la vez que se abrían las puertas detrás de mí. Era la señal para marcharme antes de romperme delante de él. No quería que me viera derramando ni una lágrima y mis ojos empezaban a encharcarse. Me di la vuelta y dejé que el ascensor me engullera, pulsé el botón que me llevaría a la salida sin dejar de mirarlo y las puertas se cerraron entre nosotros.

De nuevo separados.

Me desperté hecha un desastre. Me dolían la cabeza y los ojos de tanto llorar. Si aquello era sufrir por amor, esperaba que acabara pronto. No podía seguir de aquella manera, pero ¿cómo podía superarlo si cada vez que lo veía mi mundo se desmoronaba?

¿Qué debía hacer si amaba a quien no podía tener?

¿Existía algún antídoto para aquello?

Recogí mi pelo en un moño y ni me quité el pijama. No pensaba salir en todo el día del apartamento. Me convencí a mí misma de que tenía trabajo por hacer.

Preparé una cafetera y una tostada de mantequilla y desayuné en la pequeña mesa de al lado de la cocina. La tenía repleta de cosas; aparté todo menos el ordenador.

Cogí mi móvil, entré en Instagram y al momento me arrepentí: lo primero que apareció en la pantalla fue una publicación de Jason que me removió de pies a cabeza. Salía él bebiendo una taza de café y debajo había escrito: «Qué hacer cuando lo que se quiere y lo que debes hacer no es lo mismo. Cortázar».

Él. Café. Nuestro primer encuentro. Cortázar... Una de las muchas mariposas que estaban muriendo de desamor en mi estómago, alzó el vuelo.

Decidí darle a me gusta en su foto, incluso me atreví a hacer un comentario: «Todos tenemos

dos elecciones: estar llenos de miedo o llenos de amor. Einstein».

Habíamos reiniciado el juego que yo misma había pedido zanjar desesperadamente. ¿Sentía él el mismo dolor que yo? ¿Realmente sentía algo por mí? ¿O era yo la única que no sabía gestionar sus emociones? ¿Por qué me buscaba de aquella forma?

Un mensaje interrumpió mi dilema. Era Lisa: «He vivido la mejor noche de mi vida. Eres mi ángel, en serio. En breve recibirás un regalo. L».

Me alegré por ella, pero más me alegré cuando vi lo que me había enviado por correo electrónico: una entrada para ver a James Blake en directo. Quería comérmela a besos, era uno de mis sueños.

Le escribí diciéndole que era un regalo desmesurado, pero me respondió que ella también quería ir y que yo era la persona perfecta para acompañarla. Entonces acepté a cambio de invitarla a cenar para devolverle el favor.

Ella no lo rechazó.

Al día siguiente tocaba trabajar, pero al ser el último día del año, decidimos irnos pronto. Pasé el día con Lisa y, más tarde, Ansel se unió a nosotras. Íbamos a celebrar fin de año en Times Square y me hacía muchísima ilusión. Ansel nos dijo que tenía entradas para una fiesta privada donde no perdería detalle de la famosa *ball drop*. Aquel día el bullicio era insoportable, incluso recomendaban no desplazarse si no era necesario. Lo mejor que podía pasarte si querías vivir fin de año sin perderte el espectáculo de la ciudad era ir a una fiesta privada. Una suerte que Ansel nos invitara.

Me alegró ver cómo de un día para otro habían decidido unir sus vidas y me atreví a preguntar sobre ello.

—Vamos despacio —explicó Lisa—. Solo estamos pasando un buen rato y recordando viejos tiempos...

—¿Ahora se le llama así? —respondí casi con una carcajada.

—Calla... Estoy destrozada.

Nos empezamos a reír y no podíamos parar. Todo aquello me recordó a Coral; solo de pensar que no podía estar conmigo aquellos días, viviendo la despedida del año en una de las ciudades más famosas del mundo, me entristeció.

Me agarré a la copa de vino e intenté seguir con la conversación, pero la tristeza me invadió de tal forma que me fue imposible deshacerme de ella.

—Echas de menos a tu familia, ¿verdad? —preguntó Lisa.

Le contesté con un simple asentimiento de cabeza y me abrazó.

—Que sepas que has ganado una amiga. Cualquier cosa que necesites solo tienes que pedirla, ¿vale?

Dejé atrás la nostalgia y disfrutamos juntas de una noche memorable en la que cantamos a coro

la cuenta atrás para despedir el año.

Un año que había empezado plano, sin nada digno de recordar, pero que había acabado de manera muy distinta: lejos de mi hogar, de mi familia y amigos, con un trabajo que jamás había imaginado, con un amor que disfruté y que también padecí. Aquel nuevo año debía ser distinto.

Mis propósitos estaban claros: quería ser más decidida, disfrutar cada momento y acabar con los silencios. Decir lo que pensaba y asumir las consecuencias. Una parte de amar bien era dejar ir. Ese era mi nuevo ejercicio.

Aquella noche, sin lugar a dudas, fue de las mejores en aquella enérgica ciudad.

Ready to Start [1]

Llegó el cuatro de enero y yo estaba de los nervios. Apenas quedaban unas horas para que diera comienzo el concierto de James Blake. Lisa me había advertido de que llegaría justa de tiempo, incluso algo tarde.

Me pidió que entrara sin ella, ya nos veríamos allí. La pista estaba repleta de gente. Un acomodador me acompañó a mi asiento y vi las dos sillas vacías. El escenario se veía sin problema, así que estaríamos tranquilas.

Le envié un mensaje para indicarle que iba a empezar y ella no tardó en contestar: «Tranquila, tú disfruta. En nada nos vemos».

Estaba claro que Lisa no iba a llegar a tiempo, así que me distraje con el móvil hasta que las luces se apagaron. La gente comenzó a rugir y yo me centré en el escenario. El concierto empezó, yo tenía el vello de punta.

Llevaba escuchando su música desde sus inicios y me había ayudado a superar momentos complicados, así que estar allí sola no me parecía descabellado.

Su presencia en el escenario, sentado frente al piano, me tenía hipnotizada. No fui consciente de que Lisa había llegado hasta que terminó la primera canción. Me volví para saludarla y... de repente me topé con unos ojos azules celestiales.

Maldita Lisa... me había hecho una encerrona.

—Hola —saludó sin dejar de mirarme.

Le respondí con una leve sonrisa.

Me moría de ganas de preguntarle si a él también lo había engañado o si era cómplice de aquel encuentro, pero James Blake no nos dio tregua para hablar y siguió haciendo magia con la música.

Por un momento, un silencio sepulcral se hizo en el recinto. Solo una luz enfocaba al piano cuando los primeros acordes de *Limit to Your Love* retumbaron por todos los recovecos del Terminal 5 de Nueva York. Pude sentir cómo la música entraba en mi cuerpo, haciéndome flotar. Todo empezó a fluir: su brazo recostado en mi asiento, su cuerpo cada vez más cerca del mío, su aroma de nuevo, su calor, ese que tanto echaba de menos.

Las notas rebotaban por todo el recinto creando algo entre nosotros que solo una palabra podía describir: magia. No sabía si era una alucinación o si estaba sucediendo de verdad, pero Jason tenía sus labios en mi cuello, dejándome un reguero de besos que me provocaban un hormigueo por todo el cuerpo.

Volví a sentirle y era un regalo que me costaría caro, algo que ya supe en cuanto me encontré con sus ojos aquella noche.

Su mano derecha buscó la mía, para estrecharla. Cada vez estábamos más pegados el uno al otro, como si el tiempo que nos había separado no hubiera existido. Un viaje al pasado en el que yo no veía cómo se marchaba a miles de kilómetros de distancia en aquel coche y en el que decidíamos continuar con aquella aventura.

Entonces subió su boca hasta mi oreja y lo dijo:

—Elijo estar lleno de amor.

Si el amor fuera una droga, en aquel momento habría sufrido una sobredosis.

Me giré hacia él, me moría por besarlo, por comérmelo a besos, por darle todos los que no había podido darle en todo aquel tiempo. Pero él apoyó su frente en la mía y supe que no era el momento ni el lugar para dar rienda suelta a la salvaje que llevaba dentro.

Disfrutamos del concierto deshaciéndonos en caricias el uno con el otro. Me sentía en una nube, pero el tiempo era algo que jamás descansaba.

El concierto acabó y sin soltarme la mano me llevó hasta su coche sin perder tiempo. Entendía que no quería pasar mucho rato expuesto para que no lo pararan ni le pidieran fotos.

Pero en cuanto entramos en el coche, nos lanzamos el uno contra el otro. Aprovechamos la intimidad que otorgaba la oscuridad de la calle para besarnos con ansia. Tenía su lengua jugando con la mía y no podía creer que estuviera adentrándome en la locura de nuevo.

—Te he echado mucho de menos, Tina —me confesó mientras aprovechaba para tomar aire—. Muchísimo.

Y yo a él. Pero nuestro amor no era sencillo, nuestra manera de ver la vida era tan opuesta que ya nos habíamos hecho daño una vez. No estaba pensando con claridad, solo me estaba dejando llevar.

Me rodeó con sus brazos y le correspondí.

Yo no había conocido otro amor, no había amado a nadie antes y no sabía si sería el último. Lo amaba desde lo más profundo de mi ser y no podía contenerlo.

No en aquel momento.

Aparcó el coche dentro de una finca enorme, en el barrio de TriBeCa, donde vivían infinidad de famosos.

Subimos a su apartamento y me quedé alucinada. Solo su salón era dos veces mi piso de Barcelona, por no hablar de mi reducido apartamento de Brooklyn. La decoración era espectacular.

—Madre mía... —murmuré.

—Bienvenida —dijo quitándose la chaqueta para dejarla en el recibidor.

Se acercó para ayudarme con el abrigo. Al fondo de la sala vi una mesa preparada para dos; entonces supe que él y Lisa lo habían planeado todo.

—¿Vino?

—Por supuesto —contesté.

Yo no podía dejar de mirar todo lo que me rodeaba, aquello me venía muy grande.

Jason volvió con las copas y no pude evitarlo.

—Lo teníais todo preparado.

—Sí. Tina, antes de nada, quiero pedirte perdón. He sido un idiota, un necio, un estúpido, un egoísta...

—No sé qué decir, la verdad. No me esperaba encontrarme hoy así y... Estoy un poco sobrepasada, no puedo dar una respuesta lógica.

Caminé hasta la mesa y vi que el vino era el mismo que habíamos bebido en Barcelona; quería derretirme.

—¿Quieres cenar algo? —preguntó.

Asentí con la cabeza y me acompañó hasta una de las sillas, como un auténtico caballero. Fue a la cocina y vi cómo sacaba una bandeja del horno y servía dos platos.

Supuse que serían verduras, y no fallé.

Puso uno de los platos delante de mí y se sentó enfrente.

Yo quería saber cómo habían organizado todo aquello. ¿De quién había sido la idea? ¿Le había dado Lisa el empujón que le faltaba o había tenido que arrastrarlo?

—Te diré la verdad: las entradas las compré cuando salieron, en un arrebato. Me aficioné a su música gracias a ti y no he podido dejar de escucharlo.

—Me alegro.

—En su momento creí que volveríamos a vernos y que todo sería más sencillo a pesar de nuestras responsabilidades.

—¿Compraste las entradas para que fuéramos juntos? ¿Y si yo no aceptaba el trabajo?

—Las compré mucho antes de que el proyecto tuviera luz verde. Pensé que podrías venir una semana a Nueva York, ver la ciudad y disfrutar del concierto.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Todo se complicó. Me pediste distancia, me dijiste que te dolía demasiado lo que habíamos vivido y yo apenas tenía tiempo con mi padre en el hospital.

Quise saber cómo estaba su padre. Le pregunté por él antes de seguir hablando del asunto. No estaba cómoda con aquella conversación. Jason me estaba demostrando que era más cobarde de lo que yo pensaba.

—Sigue ingresado. Lleva un mes y los médicos no creen que vuelva a casa. Está conectado a

una bombona de oxígeno y... no sé, prefiero no pensar en el mañana.

—Espero y deseo que se ponga bien.

—Gracias.

Los recuerdos de todo lo que habíamos pasado juntos se contaminaron con todo lo que había vivido después: el corazón roto, enterarme de que había vuelto con Amanda, el no decirnos la verdad... No pude controlar el arrebato de furia, el cuerpo empezó a pedirme cautela al recordar los malos momentos. Las lágrimas y la despedida.

—¿Las entradas las compraste antes de estar con Amanda o mientras estabas con ella?

Fui mordaz, pero es que necesitaba sacar toda aquella rabia. Teníamos que ser sinceros el uno con el otro, no quería que todo aquello nublara mi raciocinio y terminara haciéndome más daño.

¿En serio creía que preparándome una cena iba a olvidarlo todo?

Yo no era la típica chica que se entregaba a un tío por detalles caros o palabras bonitas, necesitaba hechos. Y hasta la fecha, eran muy pocos. Su cobardía y la mía se habían hecho notar en la manera en que habíamos gestionado nuestra comunicación.

No quería seguir de aquella manera.

—Tina...

—No. ¿Qué es lo que quieres, Jason? ¿Jugar conmigo? ¿Meterme en tu cama para calentarla solo cuando tú lo necesites?

—Sabes que eso no es así. Joder... sabes que no soy así.

—¿Ah no? ¿Y cómo eres, Jason? Hasta ahora solo he visto eso; alguien que quiere una aventura divertida. Sabías que me quedaba destrozada y, aun así, desapareciste.

—Lo dejamos claro. Dejamos claro que ese iba a ser nuestro final.

—Exacto. Pero me enamoré y lo sabes. Sabías que estaba mal y empezamos de nuevo un juego que me devolvió esperanzas, pero era un simple castillo de naipes. Luego, te pedí distancia, sí, pero si realmente sintieras lo que yo siento, habrías luchado por permanecer a mi lado.

—Eso es muy egoísta por tu parte.

—¿En serio? ¿Cuánto tardaste en meterte en la cama de tu ex? ¿Me llamas a mí egoísta? Joder, te entregué a ti, solo a ti, lo que nunca antes había ofrecido a nadie. Y ya sé que la culpa es solo mía.

—Te arrepientes.

—Muchísimo.

—Joder... —murmuró dejando el tenedor en la mesa para recostarse en la silla e intentar no perder los nervios.

Se pellizcó el puente de la nariz y tomó aire. Aquello no iba a terminar bien. Deberíamos acabar comiéndonos a besos como lo habíamos hecho en el coche. Deberíamos terminar

enrollados en la cama sintiéndonos el uno al otro, pero allí estábamos, discutiendo por primera vez.

Necesitaba dejar las cosas claras. Si realmente quería estar conmigo, debía saber qué era lo que yo quería y necesitaba: sinceridad y amor.

¿Me quería? Y si me quería, ¿por qué se rendía tan fácilmente?

—Para mí no ha sido fácil —confesó derrumbado—. Al volver de Barcelona, nada más poner un pie en esta ciudad, todo me alcanzó como un alud. Todo y todos. Tú me diste algo que nunca había vivido: paz y liberación.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Una sensación? ¿Unas vacaciones?

—No, relájate, déjame terminar. Tal vez no esté usando las palabras correctas. Pero «amor» es una palabra demasiado grande.

Mi corazón hizo el ruido de un cristal al romperse. Si «amor» era una palabra tan grande como para hablar de ella, yo no pintaba nada allí. Me enfurecí y perdí el control.

—No tengo nada más que hablar, Jason —solté con contundencia levantándome de la mesa—. A partir de ahora, entre tú y yo, solo hay una relación profesional.

—Tina, espera...

—No, no voy a aguantar ni un segundo más esto. ¿Quién te crees que eres para tratarme así?

—No me refería a eso.

—Se acabó.

Cogí el abrigo y el bolso y salí por la puerta. No le di ni tiempo a seguirme, aunque una llamada de teléfono tampoco se lo permitió.

¿Lo habría hecho si no?

¿Me estaba pidiendo que repitiéramos lo de Barcelona?

¿Cómo podía tratarme así sabiendo lo mucho que había sufrido?

Tal vez necesitaba aquello para dar carpetazo a nuestra historia. El Jason que había conocido en Barcelona no era el mismo de Nueva York y yo ya no iba a caer en la tentación.

Llegué a casa rota. El taxi me dejó en la puerta y nada más entrar al apartamento me desplomé sobre la cama.

Al día siguiente, cuando me desperté, estaba nevando; parecía que el clima se había sintonizado con mi estado de ánimo.

Me tomé un café mientras miraba por la ventana e intentaba llamar a Coral; la necesitaba. Quería explicarle todo lo que había pasado la noche anterior; había estado a punto de entregarme a Jason y de convertirme de nuevo en su juguete.

—Quiero volver, Coral.

—Nena, aguanta. Capullos como él hay en todos lados. Vale, sí, lo tienes demasiado cerca, pero solo te quedan dos meses. Paciencia.

Y tenía razón. Pero volver a besarlo, a tocarlo, que me llevara a su casa... Todo había sido una estrategia para que volviera a caer rendida a sus pies.

—Tina, tienes una fuerza de voluntad enorme. Yo me lo habría tirado, lo sabes.

—Eso me habría hecho sufrir más.

—Toda la razón, pero ya sabes que yo estoy muy loca.

—¿Qué tal con Nico?

—Nena, es una fiera. Bruno no era nadie comparado con él. Lo tiene todo, aunque empiezo a ver cosas que no me gustan, pero ¿quién es perfecto?

—El otro día me escribió Eder y me dijo que lo tenéis abandonado. Dice que sin mí os olvidáis de él.

—Él sí que vale la pena, Tina. Está colado por ti y te trataría como a una reina.

—Yo no quiero ser una reina. Quiero a alguien que me quiera, que me lleve la contraria, que no me dé todo lo que quiero sin rechistar...

—A ti te va la marcha, si lo sé yo. Cuando vuelvas, nos iremos de farra los cuatro; te echamos mucho de menos.

Yo a ellos también, más de lo que se lo demostraba.

Después de comer me metí de lleno en el guion. No había necesidad de trabajar el fin de semana, íbamos muy bien de tiempo, pero necesitaba distraerme un poco.

El trabajo se había convertido en el bálsamo perfecto para olvidarme de todo y de todos. El timbre de la puerta me interrumpió.

Me miré en el espejo y vi que estaba hecha un desastre; intenté arreglarme un poco el pelo y me puse una chaqueta de lana por encima del pijama. Tenía una pinta terrible.

Abrí la puerta. Jason estaba allí, con copos de nieve en sus hombros, con los ojos llenos de lágrimas y un aspecto peor que el mío. En cuanto me vio, me rodeó con sus brazos y se echó a llorar. Yo era incapaz de entender qué le había llevado hasta allí; apenas articulaba palabra, solo lloraba.

Sin deshacerme de su abrazo, cerré la puerta del apartamento e intenté preguntarle qué pasaba. Pocas palabras me hicieron falta para entenderlo.

Su padre había fallecido.

Lo abracé e intenté consolarlo. Él me apretaba fuerte contra su cuerpo, sin dejar de sollozar, y repetía sin cesar «Se ha ido».

No pude evitar ponerme en su lugar, saber que no volvería a ver a mi padre nunca más. Una

sensación terrible, lo peor que podría pasarme.

—Tranquilo —susurré.

Entonces me agarró todavía más fuerte y pensé que en cualquier momento me faltaría el aire.

—Me estás ahogando, Jason —murmuré.

Sus brazos aflojaron un poco, pero no lo suficiente como para deshacer el abrazo.

—No quiero perderte a ti también, te necesito —soltó entre sollozos—. He sido un capullo todo este tiempo, pero es que no sé cómo hacer las cosas.

—No es el momento de hablar de eso.

Lo acompañé hasta el sofá. Dejó su abrigo en el respaldo y se sentó encogido. Me dolía verlo así y no sabía qué hacer ni qué decir. Nada haría que se sintiera mejor, era una situación complicada; de ser yo la que estuviera en su lugar, nada me consolaría.

Decidí poner la tetera. Me sentía un poco nerviosa con él allí, en un sitio tan reducido y sin poder esconderme de su presencia. Lo de la noche anterior no dejaba de golpearme en la cabeza: nos habíamos dicho cosas feas y no habíamos acabado bien, pero también habíamos vuelto a besarnos en un arrebato de necesidad. Me reprendí a mí misma por ello, por comportarme de aquella manera; no podía dejar que mis impulsos mandaran, debía usar la cabeza.

Puse la taza en la mesita, enfrente de él, pero apenas cambió su posición: seguía con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza enterrada en las manos. Me senté a su lado e intenté que se tomara la infusión. Conseguí que me hiciera caso.

—Lo siento mucho, Jason —lo consolé—. Me pongo en tu lugar y... yo estaría igual.

—La llamada que recibí anoche cuando te fuiste era del hospital. Tuvo otra crisis respiratoria, pero hasta que no llegamos todos, no se fue. Llevamos muchos meses en esta situación, preparándonos para esto, pero, joder, es más duro de lo que pensaba.

—Ya me imagino...

Coloqué mi mano izquierda en su espalda y lo acaricié a modo de consuelo. Al menos había dejado de llorar, tenía los ojos hinchados.

Nos tomamos las infusiones en silencio; lo veía tan cansado que le sugerí que se echara un rato a descansar. Me obedecía en todo, se le notaba que no tenía fuerzas ni para seguir hablando. En cuanto se tumbó en la cama, cayó en un profundo sueño. Lo tapé con una manta y me quedé observándolo un rato. Supe que no era el momento de tomar ninguna decisión sobre nosotros. Teníamos por delante un tiempo de duelo en el que, si me necesitaba, estaría con él.

Porque no podía engañarme más; si él me dijera que quería estar conmigo, me iría incluso al infierno. Pero eso lo decía mi corazón, mi cerebro solo procesaba sus fotos con Amanda después de nuestra aventura. Lo sentía como una traición, al igual que cuando yo me había acostado con Eder. Entendía que habíamos terminado y que cada uno había retomado su vida como había

podido, pero había sido un falso final, porque ambos queríamos seguir viéndonos, saber el uno del otro, aunque eso no fuera lo que habíamos acordado.

Ambos rompimos la promesa de olvidarnos.

Pero ¿quién puede desafiar a los sentimientos?

¿Quién puede engañarlos y convencerse de que lo que siente no es cierto?

Su móvil empezó a sonar. Sonaba bajito, pero no quería que Jason se despertara, así que lo cogí de su abrigo para silenciarlo. El nombre que aparecía en la pantalla me rompió el corazón: Amanda.

Decidí dejarlo silenciado, pero no pude evitar sentir rabia y celos.

Me daban ganas de echarlo de allí, de despertarlo y decirle que fuera a consolarse con ella. Yo no merecía que me tratara de aquella manera, no era su juguete ni su criada. No podía acudir a mí y utilizarme para su propio interés.

Entonces sonó el mío. Era Lisa.

Le cogí la llamada en el baño. Me informó de lo que había ocurrido y de que el lunes la productora se unía al luto por la muerte del padre de Jason. No le dije en ningún momento que estaba allí, pero ella me preguntó por lo que había pasado la noche anterior. Se lo expliqué todo y no supo qué decirme.

—No sé, Tina. He intentado hablar con él esta mañana para darle el pésame, pero ha sido imposible. Nadie sabe nada de él desde esta mañana.

—Está aquí, conmigo —me sinceré—. Pero creo que necesita estar tranquilo, está destrozado.

—¿Está ahí contigo? ¿Pero no dices que acabasteis fatal ayer?

—Y así fue, pero ha aparecido hace cosa de hora y media en mi casa y no he podido dejarlo fuera. Cuando se despierte, le diré que habéis llamado y que haga lo que tenga que hacer.

—¿Tú estás bien?

—¿Sinceramente? No. Te agradezco lo que hiciste, pero creo que tenemos muchos asuntos sin resolver. Lo nuestro no puede ser, pertenecemos a mundos distintos. Él tiene un nivel de vida alto y yo soy una superviviente. Él no cree en el amor y yo soy novata en eso.

—Te voy a dar el mismo consejo que le di a él en su momento: si no le dices lo que sientes, va a encontrar a otra persona que le dirá todo lo que quería oír de ti. No hagáis estupideces.

Qué fácil lo hacía Lisa. Pero yo no era como ella. Yo no podía hacer como si nada, no podía olvidar todo el tiempo que habíamos estado separados y las cosas que ambos habíamos hecho en ausencia del otro.

Me despedí de ella y salí del baño. Jason se había despertado y estaba sentado en la cama mirándome.

—¿Cómo estás? —pregunté por no estar callada.

Se levantó y vino directo a mí. Puso una de sus manos en mi cadera, la otra en mi cuello y me

aferró a él. Sus labios buscaron los míos y yo no los rechacé. Nos separamos un momento; él estaba dispuesto a besarme otra vez, pero yo no podía permitirlo.

—No puedo —le dije—. Creo que no es el momento.

—Te necesito, *tiny* Tina —susurró—. Necesito estar cerca de ti.

No pude responder. Yo también necesitaba estar cerca de él, pero no era tan sencillo. Teníamos muchos frentes abiertos y debíamos aclarar de qué manera quería tenerme a su lado. Si algo tenía claro, era que no iba a aceptar una nueva aventura sin garantías, no quería volver a ser un mero pasatiempo.

Pero no era el momento de tener esa conversación. No era justo para él.

—Te han estado llamando al móvil —le dije fríamente.

Fue a buscarlo y empezó a teclear sin parar. Debía admitirlo, estaba loca de celos. ¿Estaría contestándole a Amanda? ¿Qué le estaría escribiendo? Aquello era insoportable.

—El lunes es el funeral.

—Sí, me lo ha comentado Lisa.

—¿Has hablado con ella?

—Me ha llamado hace un momento, me ha dicho que la productora se une al luto. ¿Necesitas algo? —pregunté para cambiar de tema.

Negó con un ligero movimiento de cabeza y fue a sentarse.

No podía dejar de mirarlo, a pesar de que su presencia me alteraba y me intimidaba. Aquel lugar se había convertido en mi refugio en esa loca ciudad y tenerlo allí me dejaba desprotegida.

Miró a la diminuta mesa del estudio y luego me miró a mí.

—¿Estabas trabajando en el guion?

—Sí, me mantiene concentrada y me ayuda a no pensar.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, va bien. Llevamos buen ritmo.

—No, no me refiero al guion. ¿Cómo estás tú?

Era la primera vez que me lo preguntaba. Las veces que nos vimos no habíamos pasado del saludo; se me hizo extraño.

—Bueno, echo muchísimo de menos a mi familia, a mis amigos, mi casa, mis rutinas...

—Es normal.

—Es una sensación extraña. Siento que la ciudad en la que nací es la más bonita de todas, es pura nostalgia. Sé que puedo sonar exagerada y que son solo tres meses, pero me está pareciendo una eternidad. Echo de menos quedar con Coral, tomar una cerveza en el bar de siempre. Valoro más aquellas pequeñas cosas. El olor de la cocina de mi padre, la manera en la que me sigue tratando como a una niña pequeña...

—Siempre serás su niña. Yo también soy el pequeño; y lo eres para siempre.

—Y desde que vine tengo una sensación incómoda.

Necesitaba desahogarme. Añoraba nuestras conversaciones, la manera en la que nos escuchábamos y explicábamos nuestras inquietudes.

Él era el único que podía entender mis emociones, porque había vivido y compartido un tiempo conmigo en Barcelona. Jason conocía aquel efecto mejor que nadie. Su trabajo le obligaba a viajar continuamente, a tener que pasar largas temporadas lejos de su familia y de su hogar.

—Lo entiendo. Es no sentirte parte de este lugar, no tener un pasado aquí y enfrentarte a una nueva etapa. La sensación de soledad, eso, sobre todo. Supongo que es lo que te incomoda. Eres alguien que quiere a su gente cerca, tener ese apoyo constante para poder tomar decisiones. Crees ser alguien solitario, pero no es así. Me atrevo a decir que es la primera vez que te embarcas sola en algo y por eso se te está haciendo tan difícil. Yo ya me lo imaginé e intenté estar cerca, pero lo he hecho todo mal.

Sus palabras me demostraban que me conocía más de lo que yo quería creer y me di cuenta de que no entraba en sus planes que yo le pidiera distancia.

—Pensé que sería mucho más sencillo. Intenté retomar el contacto contigo porque una voz interior que me negaba a escuchar te llamaba a gritos. Te necesitaba y no quiero que me malinterpretes, lo de anoche...

—Jason —interrumpí—. Ahora no es el momento de hablar sobre esto.

—¿Y cuándo lo será? Las pocas veces que nos vemos solo nos distanciamos más, cuando lo que verdaderamente precisamos es estar juntos.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que quiero estar contigo. No solo tú sufriste cuando me marché. Lo que viví contigo fue único, conseguiste que me volviera a ilusionar y sentir que no había perdido el tiempo. Pero fui un idiota por no darme la vuelta aquel día, por subir al avión y volver a esta ciudad con la sensación de que había dejado una parte de mí en Barcelona.

Aquello me venía grande, pero tampoco comprendía su cambio de actitud y las palabras que estaba utilizando. El día anterior había sido un auténtico desastre.

—Anoche no escogí las palabras adecuadas. Eres mi paz y mi liberación, eso es cierto, pero no te quiero solo para un rato, Tina. Quiero todo de ti hasta la eternidad. Para mí, hablar de amor es algo grande, pero porque no hay palabras suficientes para expresarlo.

Se estaba confesando ante mí y yo no sabía cómo gestionarlo, así que decidí dejarlo hablar.

—Sé que hay algo que te molesta y quiero que sepas la verdad. Intenté volver con Amanda, es cierto, pero no fue como has leído en la prensa. No quiero justificarme, pero tenía demasiados frentes abiertos cuando volví: mi padre, la productora, mi agente... No dejaba de pensar en lo que había sentido estando contigo en Barcelona y en que, si pudiera retroceder en el tiempo, habría hecho las cosas de otra manera. Me sentía solo en mi propia ciudad y mi testarudez me convencía

de que lo nuestro solo había sido una aventura divertida y nada más, pero no era así. Aquella debilidad me llevó a darle una oportunidad a Amanda, pero fue un error y me di cuenta de lo que realmente sentía por ti. Necesitaba saber cómo estabas, hablar contigo, compartir pensamientos y... joder, sí, también deseo verte desnuda de nuevo, besarte, hacerte gemir y sentirte a mi lado todas las mañanas.

El corazón me iba a mil. Mi cuerpo entero palpitaba por todas las cosas que me estaba diciendo. ¿Qué debía hacer? ¿Mantenerme en mi posición y no arriesgarme a sufrir más? O, por el contrario, ¿entregarme a él y disipar el dolor que me hacía sentir nuestra distancia y vivir de lleno el amor?

Mi corazón tomó la decisión antes que mi cerebro.

Me lancé a sus brazos y empezamos a besarnos como locos. Nos comimos la boca con ansia y nos desnudamos con manos hábiles y desesperadas. Mandé todos los prejuicios a tomar viento y me llené de amor, como decía la cita de Einstein.

No cruzábamos palabra, solo intercambiábamos caricias y besos y era suficiente. Parecía no haber cambiado nada entre nosotros, a pesar del tiempo transcurrido. Había sido un pasatiempo divertido y peligroso, pero en ese momento sentíamos algo de verdad. Era la primera vez que estábamos juntos sin esconder nuestros sentimientos.

Sus manos acariciaban mi piel desnuda y mis labios no dejaban de saborear los suyos. Volvimos a encontrarnos, a pesar de las diferencias, de la distancia y del mal uso de las palabras que tanto daño nos habían hecho. Un pedazo de paraíso entre sábanas blancas con la nieve acechando la ciudad. Él era el calor que aliviaba el invierno, todo lo que echaba en falta en aquella aventura que había empezado sin meditar sus consecuencias y sus posibles finales.

Nuestra unión podía naufragar, aunque cada vez lo creía más improbable. Si era un error que hiciéramos el amor, ya me arrepentiría después de volver a sentirlo, aunque fuera una última vez.

Rodeó mi cintura con uno de sus brazos y, con fuerza, me colocó debajo de él. Se puso entre mis piernas y, aún sin penetrarme, lo sentí. Crucé mis piernas en su espalda, atrayéndolo más hacia mí. Apenas había espacio entre nuestros pechos y nuestras respiraciones se vieron obligadas a acompasarse.

Separamos nuestros labios para mirarnos a los ojos, volviendo a experimentar esa conexión que teníamos.

Me abrí más a él y con delicadeza me penetró. Ambos nos movíamos en un vaivén suave y acompasado, un baile donde los dos nos comprendíamos y coincidíamos en cada movimiento.

La cama se mecía con cada embestida, replicando con un chirrido a modo de súplica. La excitación nos emborrachó. Era tan grande el deseo contenido que perdimos el control. Cada vez nos movíamos más rápido, sentíamos el clímax más cerca y no queríamos retroceder, pero

tampoco queríamos acabar tan pronto. Intentamos mantener la calma para alargar nuestro amor, pero la desesperación y el tiempo jugaban en nuestra contra.

—No puedo aguantar más, Tina —gimió.

—No lo hagas —respondí.

Y no tardó ni un minuto en correrse, después de más de medio año separados.

Lo abracé y lo obligué a recostarse encima de mí, a no abandonarme tan pronto. No quería tenerlo lejos, no podía volver a permitirlo.

Yo también lo necesitaba.

—No te vayas nunca más —murmuró—. Contigo nada es lo mismo, has cambiado todo mi mundo.

Nos besamos, pero esa vez sentía una marabunta de emociones inexplicables. No quería volver a separarme de él ni para ir al baño, pero debía hacerlo.

Me fui a la ducha y él me siguió. Abrimos el grifo y cuando el agua estuvo caliente nos pusimos debajo del chorro, abrazados. Su semen se deslizaba por mis piernas por la fuerza de la gravedad, pero en ese momento solo me importaba él. Su respiración era más agitada de lo normal; separé mi cabeza y vi que estaba llorando de nuevo. Estaba destrozado por la pérdida y es que apenas habían pasado unas horas de la muerte de su padre.

Lo aferré más a mí e intenté tranquilizarlo, le susurré que todo iría bien, que estaría a su lado para lo que necesitara, que no me iría a ninguna parte...

Volvió a agarrarme fuerte, me levantó y me apoyó contra la fría pared de la ducha. Llevó sus labios hacia mi cuello y empezó a darme leves mordiscos que fueron descendiendo hasta mis pequeños pechos. El agua resbalaba por nuestros cuerpos. Sus brazos me sostenían con fuerza y yo me sentía segura.

No me dejaría caer.

Noté que su pene estaba rígido de nuevo pidiendo permiso para entrar una vez más. No se lo impedí, me moría de ganas por tenerlo dentro otra vez.

Follamos con ganas. A diferencia de nuestro anterior encuentro, ahora era yo la que no podía aguantar. Notaba las palpitaciones aproximarse a mi punto de placer y apenas podía contener los gemidos. Jason iba acelerando el ritmo, consciente de lo que estaba a punto de experimentar. El agua y el vapor estaban siendo el catalizador para mi orgasmo, pero lo que sin duda me lo producía era tenerlo a él acechando entre mis piernas.

—No dejemos de hacer esto nunca más —susurró en mi oído.

Y con un gemido incontrolable lo avisé de que había conseguido llegar al orgasmo. Su ritmo se volvió más tranquilo, pero no dejó de empotrarme.

Ninguno paró. Tocamos cada rincón de nuestros cuerpos para declarar que, después de todo, queríamos que aquello funcionara.

Lo intentaríamos.

Solo por la forma de tocarnos sabíamos que haríamos lo posible para no cagarla, para no separarnos de nuevo y para construir algo los dos juntos. Eran decisiones que me asustaban, pero que me animaban a lanzarme de cabeza a una segunda aventura con él.

Después de declararnos nuestro amor, nos enjabonamos el uno al otro. Luego preparamos una cafetera; queríamos seguir desconectados de la vida real.

Pero no era el momento.

Justo cuando estaba subiendo el café, Jason atendió una llamada. Era su hermana; lo reclamaba y, por lo poco que pude oír, le reprochaba su ausencia.

Le serví el café y me senté a su lado.

—Tengo que ir a casa de mi hermana.

—Lo sé.

El simple hecho de separarnos nos aterraba; él estaba absorto en sus pensamientos mientras yo intentaba mantener la calma. Era él el que debía decidir qué hacer.

—Ven conmigo —soltó de sopetón.

Aquello me pilló por sorpresa. Sus intenciones eran buenas, pero era demasiado pronto para mí. Unas horas antes pensaba que lo nuestro no podía ser, que nunca nada sería igual a lo que habíamos vivido en Barcelona. Tenía que asimilarlo y, siendo racionales, debíamos ir con calma. Pensé con claridad, con la poca lucidez que me quedaba después de todo lo que habíamos hecho.

—Creo que no es lo mejor, Jason —respondí—. Es demasiado pronto y... aquí todo el mundo te conoce; no quiero verme en una situación incómoda. No sé si es egoísta lo que estoy diciendo, pero creo que es precipitado conocer a tu familia ahora. Yo tampoco quiero que te marches, pero tienes una responsabilidad, ya has desaparecido demasiado tiempo. Te estaré esperando aquí.

Mi respuesta le hizo entrar en razón. Aunque no quisiéramos salir, teníamos que cumplir con nuestras obligaciones. Era ley de vida. Sería maravilloso vivir eternamente entre sábanas, no separarse ni un segundo, pero eso no era posible en la vida real.

Queramos o no, siempre nos vemos obligados a despertar de los sueños. Si no nos atrevemos a hacerlos realidad, corremos el riesgo de no volver a tenerlos.

Se tomó el café, cogió su abrigo y, justo cuando iba a salir, se acordó de algo.

—No tengo tu número de teléfono.

Me dio su móvil para que se lo grabara.

Guardó el teléfono en el bolsillo para abrazarme.

—No puedo irme...

—Solo será un rato. Te recuerdo que una vez nos dijimos adiós de verdad, con la idea de no vernos más. Ahora no es así. Ve, tu familia te está esperando.

Su marcha me devolvió a la soledad de aquellas cuatro paredes que, en las últimas horas,

habían visto hacerse realidad el sueño de tantas noches: volver a él.

El lunes era el funeral del padre de Jason. Solo fuimos unos cuantos en representación de la productora, él mismo nos lo había pedido; sería una ceremonia íntima y pequeña en la casa de su familia en los Hamptons.

A Lisa y a mí nos citaron en las oficinas para facilitarnos un transporte. Jason me había dicho que no tenía que preocuparme de nada. Desde el sábado no habíamos vuelto a vernos y no sabía si podría controlar las ganas de tocarlo, besarlo... Debía ser fuerte.

Había casi dos horas de trayecto y estaba segura de que Lisa iba a someterme a un interrogatorio del cual no tenía escapatoria. Sabía que era de fiar; Jason había confiado en ella para contarle nuestra historia, así que no podía esconderle nada más.

—Eres dura de pelar, eh —soltó.

—Digamos que no nos lo hemos puesto fácil ninguno de los dos.

—Lo sé. Os conozco desde hace poco, pero parecéis igual de cabezotas. El sexo debe de ser brutal...

—¡Lisa! ¡Ahora no!

—Perdona, es que... últimamente no hago otra cosa.

Lisa y Coral tenían el mismo espíritu. Me hacía gracia haber encontrado a una persona tan parecida a mi mejor amiga.

Le pedí que hablara ella, que me explicara cómo le iba con Ansel y si estaba escribiendo.

Prefería escuchar, yo estaba demasiado nerviosa y encogida. Iba a ver a la madre y a la hermana de Jason y eso acojonaba a cualquiera. Dejamos claro por teléfono que iba a presentarme como la guionista de la productora, pero a mí todo aquello se me hacía demasiado grande.

Estados Unidos es enorme en comparación con Barcelona; mis rutinas, mi estilo de vida, mi pequeño piso... No me acostumbraba a la manera de vivir de allí. No sabía si podría adaptarme al Jason de Nueva York y era algo que me preocupaba. Estaba claro que no podía seguir su ritmo y la idea me agobió más en cuanto bajé del coche y vi a toda la gente.

¿De verdad podíamos hacer que lo nuestro funcionara?

Se amontonaban las dudas y todo era producto del miedo. El temor a volver a sufrir, a perderlo de nuevo y regresar a mi casa peor que cuando me marché.

Era cierto que no había mucha gente. Lo último que me había explicado Jason era que sus padres, desde que estaban jubilados, llevaban una vida tranquila, al igual que su hermana. Se dedicaban a vivir la vida hasta que la enfermedad pulmonar de su padre interrumpió su segunda juventud.

Después del entierro fuimos a la casa. Nada más entrar, fuimos directas a darles el pésame.

Nuestras miradas se cruzaron, solo con ese gesto supimos lo mucho que nos necesitábamos. Las dudas que tenía alojadas en mi cabeza pasaron a un segundo plano, esa era su magia. Justo lo que necesitaba.

Lisa habló antes con ellos y, cuando me tocó a mí, Jason se adelantó:

—Ella es Martina —me presentó sin dejar de mirarme.

—Lamento muchísimo vuestra pérdida —contesté evitando la mirada de Jason.

—Gracias por todo, Martina —comentó su hermana con una mirada reveladora.

Sabían quién era; no sabía dónde meterme. Quería salir de allí corriendo, pero Jason lo evitó agarrándome del brazo.

Hizo todo lo que le pedí que no hiciera: mostrarme como algo más que una amiga.

—Me alegro de tenerte aquí —susurró en mi oído.

Nos separamos y me pareció que algunos invitados cuchicheaban. Fui a reunirme con Lisa.

—Estás roja, ¿te encuentras bien?

—No, estoy de los nervios.

—Eh, relájate —sugirió mi nueva amiga—. Respira. ¿Quieres que salgamos a tomar el aire?

Fuera nos azotó el frío de los Hamptons. Lo prefería a seguir allí dentro.

—¿Qué te sucede?

—Esto es demasiado.

—¿El qué?

—Él, esto, todo... —balbuceaba mientras señalaba a mi alrededor.

—Oye, haz el favor de calmarte —ordenó—. Mira, la vida es para los valientes. ¿Realmente lo quieres?

—Joder, pues claro que sí.

—Pues olvídate de esto y de todo —dijo imitando mis gestos—. Cuando conocí a Ansel yo ya tenía una deuda considerable con el banco, mientras que él, como bien has visto, tenía un altísimo nivel de vida.

—¿Y qué os separó?

—Lo mismo que a vosotros si sigues con esos miedos. Mírate, créete lo que estás haciendo y vívelo. No hagas la misma idiotez que hice yo.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Salir corriendo. Ansel es un galán, sabe cómo usar sus armas para conseguir lo que quiere y aquello me dolía mucho. Era muy celosa.

—¿Eras?

—He aprendido mucho con el paso de los años. Cuando acabé el máster lo intentamos, pero yo no tenía dinero para llevar su tren de vida y me negaba a ser su mantenida. A él no le importaba, me propuso tomarme la vida con más calma, que me quedara en casa escribiendo, el dinero no era

un problema. Pero para mí sí lo era. Mi deuda era solo mía y yo debía pagarla. Trabajaba en una editorial y apenas llegaba a final de mes, ahogada.

Parte de la angustia que me relataba la había percibido en su libro. La historia de una chica que lo pierde todo, que tiene que hacerse a sí misma y recoger todos los pedazos para encontrar una salida. Una historia en la que todas podíamos ser la protagonista en algún momento de nuestra vida, ya fuera por dinero, por enfermedad o por amor. Todos nos rompemos en algún momento pero siempre somos capaces de superarlo.

—No seas tonta. Disfruta de lo que podéis llegar a tener juntos. Vales mucho, Tina, puedes llegar lejos si te lo propones.

No pude hacer otra cosa que abrazarla. Ella era mi apoyo en aquella loca ciudad en la que me quedaban dos meses de trabajo.

Me obligué a mí misma a dejar de pensar en esas cosas, al menos en aquel momento. Debía hablar con Jason cuando todo pasara, aprovechar una tarde tranquila, relajados y con la mente clara. Pero esa conversación tardaría en llegar, al menos hasta que aquella montaña rusa llegara a su fin.

Entramos y aprovechamos para comer algo. De vez en cuando lo miraba de reojo; se le veía entero, demostrando fortaleza. Según me confesó por teléfono, solo se permitió derrumbarse conmigo. Otra vez era su salvavidas y deseaba con ganas el momento de ir a su casa, de estar juntos.

Lisa y yo seguimos charlando un rato más con compañeros de la productora hasta que ocurrió: Amanda Ross apareció por la puerta.

Era guapísima, alta, rubia y con unos ojos azules que quitaban el hipo. Una modelo en toda regla. Lo peor fue ver cómo abrazaba a Jason: aquello me rompió, haciendo que mis dudas crecieran con mucha más fuerza. Empecé a imaginármelos juntos y los celos me invadieron, me faltaba el aire.

Aquella vez salí sola. No quería saber nada durante un rato, necesitaba tranquilizarme, no tenía sentido que me pusiera de aquella manera. ¿O sí? ¿Era normal mi comportamiento? ¿Me estaba comportando como una loca?

Inspiré y espiré, me estaba mareando. Miré a un punto fijo del horizonte, intentando controlar de alguna manera todo lo malo que se había concentrado en mi pequeña cabeza en un momento.

—Te vas a congelar —dijo una voz detrás de mí.

Era su hermana. Su parecido físico era innegable; era preciosa.

—Molly, encantada de conocerte —añadió mientras se acercaba para saludarme con dos besos.

No fui descortés y la correspondí, pero estaba tan descolocada que preferí permanecer en silencio.

—Gracias por ayudar a Jason con esto. Nuestro padre lo era todo para él; en cuanto falleció,

desapareció. No cogía las llamadas y empezamos a preocuparnos. Nunca ha cometido locuras, siempre ha sido muy sensato y contenido, pero creo que últimamente se le ha ido un poco la cabeza —explicó esbozando una sonrisa—. Me alegra que seas su apoyo, de verdad. Soy de las que necesita un poco de locura para entender el mundo.

—«Hay que inyectarse cada día de fantasía para no morir de realidad» —contesté con una de mis citas preferidas de Bradbury.

—Ahora lo entiendo todo —confesó con una sonrisa más amplia que la anterior.

Posó una mano en mi hombro y me dijo algo que erizó todo el vello de mi cuerpo.

—Bienvenida a la familia, Tina.

Aquello sí que no me lo esperaba. Le respondí con un simple gracias antes de que reclamaran su atención en el interior de la sala.

Permanecí un rato más fuera, sola, justo lo que necesitaba. La paz duró poco.

—Eh, ¿qué haces aquí tan sola? ¿Estás bien?

Me giré para ver a Jason. Notaba el calor de la sala en su cuerpo. Incluso sabiendo que sus brazos habían abrazado a otra, no podía rechazarlo; era tan reconfortante tenerlo de vuelta que ni siquiera pensé en ella.

—No he podido soportar su presencia, necesitaba tomar el aire y pensar en otras cosas —confesé.

—Entre ella y yo no hay nada. Para mí solo existes tú. No quiero volver a echarte de menos pensando que nunca volverás a mi lado, duele demasiado. Ahora mismo eres lo único que me retiene con los pies en la tierra, eres mi ancla. Estoy deseando que todo esto termine de una vez.

—Ahora tienes que estar con tu familia, ya sabes que te estaré esperando.

—Vuelvo esta noche a casa. Necesito ir a mi piso y recuperar la normalidad. ¿Quieres que pase a recogerte?

Su proposición me pareció precipitada, pero me moría de ganas de volver a dormir con él después de tanto tiempo.

Quedamos en que me recogería sobre las ocho de la tarde. Me sentí egoísta por pensar en aquel instante en todas las cosas que podíamos llegar a hacer en la cama. Estábamos en el funeral de su padre y yo, sin embargo, pensaba en cosas que no venían al caso.

De vuelta en el salón, no se separó de mí hasta que el coche que nos había facilitado la productora llegó para recogernos.

Nos dijimos un hasta luego con una mirada cargada de tensión sexual que me encendió. Aquella noche iba a perder la cabeza de nuevo. Como la primera que habíamos pasado juntos, en la que habíamos hecho el amor como locos.

Me dejaron en la puerta del apartamento casi a las siete de la tarde.

Subí corriendo a darme una ducha, metí cuatro cosas imprescindibles de aseo en una bolsa y me puse el mejor conjunto de ropa interior que tenía. Miré mi reflejo en el espejo y, joder, a pesar de no tener un cuerpo perfecto, de no tener curvas ni un pecho grande, no lucía mal. Me sentí bien, supuse que gracias al efecto que causa un buen conjunto de lencería fina, que te hace sentir poderosa.

Pasadas las ocho recibí su llamada. Me dijo que estaba esperando en el coche, justo en la puerta. Bajé como un huracán, sin siquiera abrocharme el abrigo, dejando que el frío se colara por mi cuerpo. Menos mal que dentro del coche la temperatura era más agradable.

Nada más cerrar la puerta se abalanzó sobre mí y me besó con ganas.

—Llevo todo el día queriendo besarte como es debido —balbuceó después de que su beso me provocara uno de los mayores terremotos internos de mi vida.

Sonreí como una pánfila y no tardó en poner rumbo a su piso.

Aquella noche disfruté más de su invitación. Me acordé de nuestro encuentro del viernes pasado y me sentí un poco avergonzada, aunque los dos habíamos sido responsables de tal desastre por no gestionar bien nuestras emociones.

Ya en el ascensor no dudamos en comernos a besos. Nuestro contacto era salvaje y lleno de ansia. Me levantó y me empotró contra la pared. Nuestras lenguas jugaban y nuestras manos se abrían camino para encontrarse. Era tal el deseo que, en cuanto se abrieron las puertas y desembocamos en el recibidor de su apartamento, empezamos a desnudarnos.

No necesitábamos palabras para saber lo que teníamos que hacer el uno con el otro. Conmigo en volandas caminó hacia el salón y me tiró contra el sofá. Se puso encima de mí; la ropa volaba por encima de nuestros cuerpos, ambos necesitábamos sentir nuestra desnudez y aliviar la angustia de estar lejos.

No dudó en penetrarme y no pude evitar soltar un gruñido. Sentirle entrar tan fuerte me provocó una agitación por todo el cuerpo. Los dos volvíamos a encontrarnos en un océano agitado de placer que, de seguir así, no tardaríamos en apaciguar.

Él se mecía rápido entre mis piernas, sin descanso, llevándonos a ambos al orgasmo más intenso posible.

—No pares, Jason —gemí.

—No pienso hacerlo —gruñó.

Entonces lo noté. Empecé a apreciar las ráfagas de placer en mi bajo vientre; era una auténtica locura. Mis manos le apretaban más la espalda, indicándole que estaba cerca de correrme.

Solté el gemido más fuerte que jamás había emitido mi garganta.

Él saco su pene, lo agarró y lo colocó encima de mí para derramar todo su semen sobre mi abdomen.

—Creo que necesito ir al baño —dije entre risas.

Tendió su mano y me llevó hasta el aseo. El apartamento era de espacios amplios y se veían, al menos, cinco puertas; tras una de ellas estaba el baño. Aluciné con lo grande que era. La bañera y la ducha estaban juntas en un lado de la estancia. El espejo ocupaba casi toda la pared frontal. Todo estaba decorado en tonos grises y blancos.

Me recogí el pelo con una de las gomas que siempre tenía en mi muñeca. Jason empezó a llenar la bañera. El vapor pronto inundó la estancia. Él se metió dentro y me indicó que hiciera lo mismo. Me coloqué entre sus piernas y me recosté con la espalda en su pecho. Empezó a frotarme con la esponja y yo me dejé. Olía a coco y a vainilla. Me relajé tanto que casi me duermo.

—Te adoro, Tina —me susurró.

—Y yo te admiro, Jason —contesté.

Giré mi cabeza para darle un casto beso. Nos quedamos mirándonos el uno al otro y, justo en ese instante, tuve la necesidad de explicarle todo lo que se pasaba por mi cabeza. Lisa tenía razón, debía decirle lo que sentía por él para que no fuera otra la que lo hiciera por mí.

—Si hace cinco años me hubieran dicho que estaría metida en la bañera contigo, me habría reído a carcajadas.

—¿Por qué? ¿Tan terrible es? —soltó con sarcasmo.

—Que una chica como yo, de origen humilde...

—¿Me estás diciendo que no soy humilde? —interrumpió.

—Viendo tu nivel de vida...

—La humildad no va ligada a la pobreza, sino a la calidad humana de la persona.

¡Zas! Ese era el Jason que había conocido en Barcelona, del que me había enamorado. No supe qué contestarle, así que me limité a sonreír.

—¿Cómo estás? —le pregunté con mucha suavidad.

—Si estás aquí conmigo, mejor —confesó mientras me seguía acariciando con la esponja—. Cuando llegué aquí solo pensaba en cómo te verías leyendo un libro en el sofá, delante de la chimenea, en lo mucho que te fascinaría el teatro de Nueva York. Deseaba enseñarte mi ciudad y...

Se quedó pensativo.

—¿Y...? —continué.

—Y hacerte el amor por todos los rincones —me susurró—. En la cocina, en la cama, delante de la chimenea, en la bañera...

Entonces me di la vuelta para ponerme encima de él, con tanta brusquedad que el agua se salió un poco.

La bañera era lo suficientemente amplia. Su pene me rozaba y aquello empezaba a animarse. Él posó su cara entre mis pechos, donde con un simple movimiento de cabeza fue dejando un camino de besos.

Juntos de nuevo.

Cometiendo nuevas locuras.

El despertador sonó en la mesilla a las seis de la mañana. Jason lo apagó y se acercó a mí.

—Hora de despertarse, *tiny* —murmuró con voz ronca.

No quería abrir los ojos. Estaba demasiado cómoda y no quería volver a la rutina. Me encantaría que nos quedáramos allí, desnudos bajo el edredón y compartiendo calor corporal. No quería volver a la vida real.

—Mmm... es muy temprano —refunfuñé.

—Venga, dormilona, te prepararé el desayuno.

Me plantó un beso en la frente, se levantó de un salto, cogió unos pantalones del cajón y se fue directo a la cocina.

Yo no era capaz de levantarme. Aquello era celestial, la paz que me transmitía estar cerca de él era extraordinaria.

Pero el tiempo jugaba en mi contra y debía ponerme en marcha si no quería llegar tarde. Fui hasta el baño para asearme. Cuando acabé fui a la cocina, desde donde se podía ver la ciudad iluminada por las luces artificiales; el sol todavía permanecía dormido.

—¿Sigues tomando soja?

—Por supuesto —respondí sin dejar de mirar por la ventana.

Jason vino por detrás y posó su cabeza en mi hombro.

—Llevo toda mi vida en esta ciudad —comentó— y creo que todavía hay rincones que no he descubierto.

—Es enorme... Tengo la constante sensación de que se me queda grande.

—Eso es porque eres de tamaño reducido, pero aun con esas piernecitas podrías comértela entera, solo tienes que empezar a creer en ello.

—Echo de menos Barcelona.

—Yo también.

Su confesión me sorprendió. ¿Echaba de menos una ciudad que no era la suya?

Me confundía, pero a la vez me llenaba de esperanza. Para mí sería idílico volver a mi ciudad con él de la mano, pero algo me decía que no sería sencillo, que sería yo la que tendría que sacrificar mucho para que lo nuestro fuera posible. En el caso de que pudiera serlo.

Mientras tomábamos el café, le hice una pregunta que me rondaba desde el sábado pasado.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? ¿Qué se supone que somos?

—Muchas preguntas juntas, *tiny* —dijo agobiado—. Yo también me acabo de levantar.

—Lo sé...

—Te entiendo —soltó de sopetón—. Soy alguien al que le cuesta decir todo lo que piensa, ya te habrás dado cuenta; de hecho, lo has sufrido. No sé en qué punto estamos, ni qué somos. Pero lo que sí sé es que quiero estar contigo, sin miedos ni presiones. Que fluya...

—Entonces... ¿se supone que debemos ir poco a poco?

—Mmm... ¿Sí?

—Pues creo que anoche fuimos bastante rápido, ¿no crees? —sugerí con una sonrisa en la cara.

—Vale, sí, pero es que... es que me vuelves loco y es culpa tuya que pierda el control de mis impulsos —dijo riendo.

—¡Encima soy yo la responsable!

—Me provocas solo con tu presencia. ¿Cómo quieres que me controle teniéndote tan cerca?

—Pues tendrás que hacerlo —contesté—. Debo decirte algo, creo que es importante.

Obtuve toda su atención; dejó su tostada y me miró.

—Todo... esto —mencioné señalando con las manos a él y a su piso—, me aterra.

—Tina, no...

—Espera, déjame hablar —interrumpí—. Me apetece mucho estar contigo, sabes lo que hay y he decidido dejarme llevar, a pesar de no haber gestionado bien nuestras emociones meses atrás, pero me asusta tu mundo.

—Lo comprendo, pero...

—¡Calla! ¡Que estoy hablando yo, pesado! —le espeté con una sonrisa y alzando un poco la voz—. No estoy diciendo con ello que me niegue a estar contigo, pero sí te pido que me ayudes. No quiero esta vida, quiero la que tengo en mi ciudad; ahí está mi mundo.

Se hizo el silencio. Él me seguía mirando con esos ojos azules y yo me derretía. Se le veía bien, a pesar de la reciente pérdida y de todo lo que eso suponía.

Esperé su respuesta, pero él no decía nada. Levanté una ceja para recriminarle y entonces empezó a hablar.

—¿Ya? ¿Me dejas hablar? —ironizó con una sonrisa—. Qué carácter...

—Espabila, que me tengo que ir a la oficina —lo interrumpí.

—¿Eres consciente de lo mucho que me pone tu mal genio? —confesó mientras se acercaba para comerme a besos.

—¡Jason! ¡No tengo tiempo, debo irme en pocos minutos!

—Te acerco en coche, en diez minutos estás allí.

—¿Tú me has escuchado? Si nos ven juntos, empezarán a hablar y...

—Tina, lo harán de todas formas —contestó separándose—. Entiendo lo que me estás diciendo y no he pensado mucho en ello, la verdad. Pero no quiero que lo nuestro sea secreto, no te quiero solo entre cuatro paredes; aunque me pasaría todo el día haciéndote el amor, joder, eso suena

demasiado bien. Pero tú me das la vida. Quiero descubrirte rincones de la ciudad, ir al teatro contigo, pasear por Central Park, ir a ver un partido...

Me empecé a agobiar.

Sí, me estaba volviendo loca. Lo mismo me entregaba a él que minutos después pensaba en todas las consecuencias y me provocaban vértigo.

No quería una vida así. Además, no podía permitírmela. Y si algo tenía claro desde siempre, era que yo era alguien independiente, no quería engancharme a alguien con dinero y ser una mantenida.

—Debo irme, llegaré tarde.

Me levanté como un rayo, cogí el abrigo y el bolso y llamé al ascensor.

—Oye... no me hagas esto —pronunció Jason detrás de mí—. Lo entiendo, iremos despacio. Poco a poco... ¿vale?

Lo miré a los ojos y, sin poder evitarlo, le di un beso, uno de esos sin lengua, de los que están llenos de cariño y afecto. Uno interminable, pero que, por desgracia, tendría que esperar.

En el ascensor consulté en el móvil la distancia hasta las oficinas y el recorrido que tenía que hacer. Era media hora caminando; me sentaría bien, a pesar de que hacía un frío colosal.

Bajé por Greenwich Street a ritmo rápido, para entrar en calor. Las calles de la ciudad de Nueva York eran enormes, algo que ya sabía, pero de lo que no fui consciente hasta que empecé a recorrerlas a pie. Iba observando cómo la ciudad se empezaba a llenar de gente que, como yo, caminaba rápido para llegar a su puesto de trabajo.

A los quince minutos empecé a arrepentirme de haberme negado a la oferta de Jason de acercarme al trabajo.

Tomé Liberty Street; en diez minutos me recibiría el calor de la oficina. Solo pensaba en llegar, dejar el abrigo y prepararme otro café. Con un poco de suerte, sería la primera en llegar.

No me equivoqué.

Me senté en la silla que ocupaba hacía más de un mes. Dejé la taza de café en la mesa y saqué el portátil, el bloc de notas, el libro de Lisa y el móvil. Justo en ese momento sonó una notificación. Era un mensaje de Jason: «¿Cómo puedo inyectarme calma si no dejo de pensar en todo lo que podemos hacer? Voy a intentarlo, te lo prometo. Ya te estoy echando de menos. J».

En mi cara se dibujó una sonrisa enorme. Georgie entraba justo en ese momento por la puerta.

—Vaya, te veo contenta, Martina —saludó mientras dejaba todas sus cosas amontonadas en la mesa—. Voy a por un café, hoy he saltado de la cama, literalmente.

Le devolví una sonrisa y me puse a escribir: «Por tu culpa no voy a poder concentrarme. Yo también te echo de menos, pero nos veremos pronto, ¿verdad? T».

Los puntos suspensivos aparecieron al momento y permanecí a la espera. Georgie y Tim entraron en la sala charlando sobre lo que habían hecho el día anterior, pero no presté atención a

lo que hablaban, me interesaba más el mensaje de Jason: «No te vas a escapar tan fácilmente, no esta vez. Hoy tengo varias reuniones para nuevos proyectos, luego te llamo. Un beso. J».

Entonces entró Lisa como un torbellino en la pequeña sala, sosteniendo una caja de donuts y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Chicos, hoy estamos de celebración —soltó de sopetón—. ¡Soy finalista para ganar el premio a la mejor novela de ficción en los National Book Awards de este año!

Los tres nos pusimos a aplaudir y yo fui directa a abrazarla, asegurándome de dejar el móvil con la pantalla hacia abajo en la mesa.

Me alegraba mucho por ella y sabía lo mucho que significaba ese tipo de reconocimiento. El esfuerzo de Lisa estaba siendo recompensado; además, por lo que decía, sería una de las escritoras más jóvenes en ganar ese premio.

—De verdad, con ser finalista ya me conformo.

—¡Venga ya! Tienes que ganar —dijo Georgie.

—La editorial se está planteando vender la novela a otros países —comunicó.

—¡Eso es maravilloso! —la felicité—. Tu historia lo merece, ya sabes lo que pienso.

—Sí, y si no fuera por ti... Te debo muchísimo, Martina —confesó devolviéndome el abrazo.

—Tarde o temprano alguien habría visto el potencial que tiene tu obra, el mérito es tuyo, de verdad.

—Pero fuiste tú, así que les he dicho que conozco a alguien perfecto para traducirla al castellano y al catalán. Serías la persona idónea para hacerlo.

—Espera, espera... ¿Me estás diciendo que...?

—¿Que eres la próxima traductora de castellano y catalán de la editorial que publicó la novela? Sí, eso es lo que estoy diciendo.

—Pero... Lisa, yo ahora estoy con esto y...

—Frena, nena. Esto no va a ser de hoy para mañana. En breve se pondrán en contacto contigo y te dirán sus condiciones, tú debes poner las tuyas. Lo que sí te digo es que no conozco a nadie mejor para hacerlo; conoces la historia, la estás adaptando al cine y me encanta tu manera de trabajar. Eres la candidata perfecta y, para qué te voy a engañar, trabajar con ellos te daría la estabilidad que tanto deseas.

No sabía qué decir. Desde que había llegado a aquella ciudad me sentía pasajera de un tren a toda velocidad que, en cualquier momento, podía estrellarse. Todo aquello me sobrepasaba, todo ocurría muy rápido.

—¿Sabéis una cosa? —comentó Tim captando nuestra atención—. Cuando me propusieron trabajar en este proyecto, con este equipo, me llevé las manos a la cabeza: tener a la autora de la novela en el equipo siempre es arriesgado; además, dijeron que habría una persona que no había hecho nunca un guion, y encima recomendada por alguien importante de la productora. Me daba

pavor. Me mentalicé de que sería una pesadilla, pero no ha sido así; me alegro muchísimo de haberos conocido y de haber formado parte de este equipo inigualable.

Tras aquella confesión, no pudimos hacer otra cosa que darnos un abrazo grupal.

Las cosas empezaban a ser diferentes para mí en aquella ciudad. Comenzaba a sentirme parte de algo importante, a notar que podía llegar a tener un hueco allí y ganarme la vida lejos de casa.

¿Pero estaba preparada para afrontar nuevos retos?

Por supuesto que sí. Tenía un propósito y estaba dispuesta a conseguirlo.

Después de la noticia de Lisa y de la confesión tierna de Tim, nos pusimos manos a la obra. Trabajábamos en una de las partes más importantes de la historia: la protagonista se debatía entre la vida o la muerte, secuestrada y maniatada en un sótano, mentalizándose de que no saldría de allí.

Nos atascamos. Lisa y Tim tenían un punto de vista mucho más tétrico del que teníamos Georgie y yo, no nos poníamos de acuerdo. Unos nudillos tocaron en la puerta de cristal de la sala que ocupábamos.

Mi corazón dio un triple salto mortal.

—Hola, chicos, ¿interrumpo? —preguntó Jason.

—En absoluto. Estábamos atascados y creo que nos iría bien un descanso —comentó Tim.

—¿Os puedo ayudar en algo?

Sí, podía llevarme lejos de allí, enredarme entre su cuerpo y hacerme infinidad de locuras antes de llegar a la cama.

Frena, Martina. Contrólate.

Joder, estaba tan guapo... Y no me quitaba el ojo de encima.

—¿Eres más de escenas tétricas o de crear una atmósfera que confunda al público? —preguntó Lisa.

—Depende, es una pregunta muy general. Debería ponerme en situación —contestó tranquilo.

—Un sótano. La protagonista se encuentra maniatada y piensa que no saldrá de allí. ¿Creamos un ambiente tétrico o ponemos un rayo de esperanza? —Georgie lo puso en situación.

—Vale, ya me hago una idea en qué punto estáis. Después de todas las fatalidades que le ocurren, creo que sería bueno arrojar un poco de esperanza, ¿no creéis? —respondió mirándome solo a mí.

Era irresistible. Me daban ganas de agarrarlo por el cuello del jersey, encerrarlo en el baño y besarlo hasta desgastarlo, pero debía relajarme. No era el momento ni el lugar; lo nuestro tenía que ser discreto.

—Por cierto... Felicidades, Lisa. Me he enterado hace diez minutos de la nominación —dijo

desviando su mirada hacia Lisa.

Lisa se levantó eufórica y empezó a parlotear sin parar. Me reí y decidí ir a por un poco de agua. Al minuto apareció Jason; no había nadie cerca.

—Me pides calma, pero es que ahora te volvería a derramar el café por encima solo para llevarte al baño, cerrar la puerta y empotrarte contra la pared. —Relató toda la escena sin moverse de mi lado, susurrando y sin tocarme—. Sabes que voy a volverme loco si continuamos así, ¿verdad?

Lo mandé callar, pero solo conseguí que dijera más obscenidades para excitarme.

Por suerte, Tim entró para servirse un café e interrumpir nuestra indecente conversación. El cuerpo me pedía marcha, me había puesto como una moto solo con su presencia y él lo había empeorado con sus palabras.

Terminé el vaso de agua y le dije a Tim que iba un momento al baño. No sé por qué lo anuncié, fue de manera inconsciente.

Entré en el aseo y me lavé la cara con agua fría. Todo aquello me había puesto cardíaca. Pero entonces la puerta del baño se abrió y Jason entró y cerró con pestillo.

Se acercó, me acarició la cara y empezó a besarme con una intensidad brutal. Yo, a pesar de estar a escasos metros de mis compañeros y del rechazo que me producía que nos vieran juntos por las posibles consecuencias, le correspondí con las mismas ganas. Era tanto el tiempo que habíamos estado separados que teníamos la necesidad de recuperar los besos que no nos habíamos dado.

—Jason... esto no está bien —susurré.

—No tengo paciencia, no cuando se trata de ti.

Perdimos el control de la situación. Nuestras manos viajaban por todo nuestro cuerpo y no podíamos dejar de besarnos.

La locura era nuestro sello de identidad.

—Si no estoy contigo, me vengo abajo —confesó.

Entonces me abrazó. Una pérdida no se superaba en un par de días, aquello duraría mucho tiempo, toda la vida, pero ahora estaba demasiado reciente.

No había venido solo para que nos besáramos a escondidas en el baño; como ya me había dicho por la mañana, tenía que hablar de futuros proyectos.

—Estoy aquí, ¿vale? No me voy a ninguna parte, no hasta que acabe mi trabajo...

—No puedes irte, te necesito conmigo.

—Ya hablaremos sobre eso, pero no en el baño —dije arrancándole una sonrisa.

—Esta noche iré a buscarte al apartamento, ¿te parece bien?

Salió corriendo de allí y yo permanecí frente al espejo. Tenía una sonrisa estúpida alojada en mi cara y no podía borrarla.

Pero... ¿por qué debía hacerlo?

Tenía la sensación de que mi peor enemigo en el amor era yo misma. Bueno, ¿a quién quería engañar? Yo era la única que me ponía barreras. Pero había una cosa que sí tenía clara: no quería pertenecer al mundo que Jason detestaba y me preocupaba porque nosotros no podíamos controlar lo que el resto pudiera hacer y pensar. Lo mejor sería mantener la calma e ir con mucha precaución. No llevábamos ni un día juntos y ya estábamos encerrándonos en el baño de la productora para encontrarnos.

No teníamos remedio.

Me relajé un poco y volví a la sala donde con los demás seguían intentando darle sentido al poco trabajo que habíamos hecho. No fue nuestro mejor día, pero no siempre se podía ser productivo, ¿no?

Después de comer volví al apartamento y llamé a mis padres a través del ordenador. No pude evitar contarles que había vuelto con Jason.

—Hija... —empezó mi padre—. Eres adulta y dueña de tus decisiones, pero vas a volver a sufrir.

Primer mazazo.

—Martina, sé que siempre has sido reservada y que no has sido una niña de cometer locuras, pero este chico te está manipulando.

Segundo mazazo.

—Ya hemos hablado sobre lo que pasó, sobre cómo gestionamos nuestras emociones durante este tiempo y... joder, estoy demasiado enamorada.

—Es duro decirte esto, pero no dejes que el amor te ciegue. Entiendo que estás sola en otra ciudad, pero nosotros te estamos esperando aquí —me recordó mi madre.

Sabía que sus palabras contenían preocupación y miedo. Me habían visto sufrir y no querían volver a verme así. Yo tampoco. Sus inquietudes me hicieron perder un poco de confianza en mí misma.

Hablar con Coral me confundió todavía más.

—Pero ¿qué ha pasado en un fin de semana? Joder, Martina... ¡El sábado hablamos y «capullo» fue lo más suave que dijimos de él!

—Lo sé, lo sé... El sábado me dijo las palabras que esperaba oír el viernes.

—¿Qué te dijo?

—Quiere estar conmigo, Coral. Se derrumbó aquí mismo. Me quiere a su lado. Él también lo ha pasado mal y... joder, me hacéis dudar con lo que me decís.

—Que sea claro contigo, nena —me aconsejó mi amiga—. Solo puedo decirte que no sufras, pero también te digo que, si le quieres y es correspondido, no te detengas.

No pude dejar de llorar durante toda la conversación.

Cuando Jason vino a buscarme, seguía llorando.

—¿Qué pasa? —preguntó en un susurro.

Cerró la puerta con el pie y se centró en mí.

—He hablado con mi familia.

Una parte de mí quería volver a casa, pero otra quería vivir a su lado. El miedo a sufrir de nuevo reaparecía con más fuerza.

—Necesito explicarte algo, Jason.

Asintió con la cabeza, regalándome toda su atención.

—Mi familia está preocupada. Les he explicado esto y... Digamos que me han dicho que vaya con cuidado. Que no me ciegue ni haga locuras, que no es propio de mí.

—Y es lógico. Tus padres siempre se preocuparán por ti. Martina... he tomado la decisión de que quiero estar contigo. Es normal que después de este tiempo la gente que nos quiere nos advierta del peligro que supone retomar lo que nos hizo daño, pero piensa en qué fue lo que nos lastimó.

Lo escuchaba y pensaba muy bien en lo que me decía.

—Por mi parte, fue no darme cuenta de lo que realmente sentía, engañarme continuamente pensando que habías sido algo pasajero y que solo se trataba de un capricho. Una mentira que alargué demasiado y que tardé en admitir.

El corazón me iba a mil por hora.

Lo abracé.

—Oye... ¿Mañana tienes planes para comer? —preguntó.

Negué con la cabeza y dejé que hablara.

—¿Qué te parece si pasamos la tarde conociendo la ciudad?

Me encantaría, pero la gente me vería a su lado y cualquiera podría iniciar rumores e historias que yo quería evitar. No le contesté, pero mis ojos ya le advertían de lo que estaba pasando por mi cabeza.

—Tina, tarde o temprano se sabrá. No quiero esconderte, porque eso significa poder besarte solo en secreto, y no quiero eso. No quiero que la prensa nos influya, que les den. Tú eres mi salvación, ¿qué más da lo que digan? Lo que importa es lo que tengamos nosotros.

Tal vez llevaba razón, pero yo seguía reticente.

—¿Qué es lo que te asusta? —preguntó.

—¡Todo! —contesté sin pensar.

—*Tiny* —ronroneó mientras volvía a enredarme con sus brazos—. No quiero mantenerte encerrada en la torre del castillo; eso haría que me sintiera como el villano de la película.

—¿Y no quieres ser el malo de la película? ¿El que me mantenga en secreto para los demás solo para su gozo y disfrute?

Noté cómo empezaba a excitarse.

—¿No te gustaría tenerme encerrada en tu habitación, desnuda para ti a todas horas? —insinué poniéndome de puntillas para mordisquearle el cuello.

—Pequeña salvaje... —murmuró.

Llevé mis manos hacia su cinturón para desabrochárselo y sus manos se colaron por dentro de mi jersey.

Cada vez que nos juntábamos saltaban chispas entre nosotros. No nos quedó más remedio que saciar nuestro apetito, aplazando así una conversación para la que no estaba preparada.

Pensé que me habría librado, pero no. Retomó el tema mientras permanecíamos acurrucados en la cama.

—Quiero tenerte para mi único disfrute, pero no solo quiero esto —señaló la cama—. Entiendo que es algo nuevo para ti y debo admitirte que no es fácil, que en ocasiones pone tu vida patas arriba y te indigna lo que pueden llegar a decir, pero lo realmente importante es lo que quieres y deseas en tu vida. Y yo te quiero a ti, Tina. ¿Qué quieres tú?

—Quiero recuperar lo que teníamos en Barcelona...

—Y lo estamos haciendo, ¿no crees? Déjame ser yo quien te enseñe ahora los lugares más bonitos de esta ciudad.

No podía seguir imbatible. Deseaba hacerlo; pasear de su brazo por la ciudad, tomar vino, ir a Broadway... Pero no quería verme en ningún portal de internet y que los focos se centraran en mi persona.

—Me encantaría estar en otra situación, Tina. Sé que el hecho de estar conmigo supone un esfuerzo añadido por todo lo que me rodea, pero créeme cuando te digo que esto cambiará.

—¿A qué te refieres?

—Cada vez estoy más centrado en mi carrera como productor. Como ya te dije, estoy agotado, aunque todavía me quedan tres proyectos por delante. No va a ser fácil, pero es que no puedo estar lejos de ti.

Me aferré a su cuerpo. ¿Cómo podía resistirme a él con todo lo que me había confesado durante los dos últimos días? Quería estar en su vida y hacer todas las cosas que él había mencionado, pero eso tenía un precio. ¿Sería capaz de soportarlo? Entonces recordé mis propósitos de principios de año: tenía que ser más decidida, decir lo que pensaba y asumir las consecuencias. Si el pago por tenerlo a mi lado era meterme de lleno en la farándula, podría lidiar con ello. Si él permanecía a mi lado, lo superaría.

—¿A dónde me llevarás a comer mañana? —pregunté como si la conversación que tanto me preocupaba no hubiera tenido lugar.

Me respondió con una sonrisa que marcaba todas las líneas de expresión de su cara: en los

ojos, en la comisura de los labios, en la frente... Tenía la capacidad de parecer un crío, pero no lo era en absoluto.

Pensé en que nos llevábamos casi diez años, en lo distintas que eran nuestras vidas y en la distancia considerable que había entre nuestros hogares.

—¿En qué piensas? —preguntó sin dejar de mirarme.

—Nos llevamos casi diez años.

—¿Eso te preocupa? —dijo incorporándose un poco en la cama—. ¿Qué día naciste? Me parece vergonzoso no saberlo todavía.

—El 6 de febrero de 1990.

Se quedó pensativo, haciendo cálculos.

—¡Solo nos llevamos nueve años y un mes!

—Casi nada... —respondí irónica.

—¿Me estás llamando viejo?

Quise jugar un poco, ver su reacción ante mis ataques. Asentí con la cabeza y empecé a reírme; él empezó a hacerme cosquillas por debajo del edredón diciendo una y otra vez que a ver qué viejo era capaz de aguantarme el ritmo como él.

Y tenía razón. Estaba en muy buena forma y aunque no tenía muchos amantes con los que compararlo, me había demostrado que de viejo no tenía nada. Además, yo era de las que pensaba que uno podía ser siempre joven de espíritu.

—En serio... —continuó—. ¿Te preocupa?

—¡Claro que no!

Me acerqué a él y le di un beso suave en los labios. Era cierto que me daba igual nuestra diferencia de edad; para mí estar con él era un sueño y le quería muchísimo. El amor no tiene leyes, es un sentimiento que no se puede dominar, por mucho que queramos hacerlo.

La hora de cenar se aproximaba y decidimos cocinar algo rápido con las cuatro cosas que había en mi nevera. Me sermoneó por tenerla tan vacía y no alimentarme como era debido. Debía tomármelo en serio si quería empezar a cuidarme.

Le observé durante un rato desde la cama, viendo cómo se movía con soltura por aquel estudio diminuto de Brooklyn.

—Nunca habría dicho que fueras tan... ¿simple? —comenté.

—¿A qué te refieres?

Salí de la cama, cogí las bragas que estaban en la otra punta de la estancia y me puse la camiseta del pijama. Fui hasta él y, deslizando uno de mis dedos por la goma de sus calzoncillos, lo obligué a acercarse a mí.

—Que no eres el típico famosillo que se cree más que nadie. Y sí, en Barcelona ya lo vi, pero

después de ver tu apartamento y el tipo de vida que llevas... Me cuesta pensar que eres la misma persona.

—Pues soy el mismo, *tiny* —susurró antes de darme un beso en los labios.

En esos momentos en los que estaba tan a gusto, mi inseguridad me bombardeaba con preguntas: ¿cuánto duraría aquello? ¿Cuánto tardaría en cansarse de mí? ¿Podría seguirle el ritmo?

Pero me deshice de ellas, las metí en un cajón de mi cerebro e intenté disfrutar de nuestra segunda aventura, la que no tenía fecha final.

Aquella mañana, como la anterior, nos despertamos juntos, pero en mi escenario, en mi día a día, en mi rutina.

No tardó en marcharse, no sin antes darme un beso y recordarme que pasaría a recogerme por la oficina. Me esperaría en el vestíbulo.

Miré el tiempo en la televisión y, viendo las temperaturas mínimas y la posibilidad de que nevara, me abrigué bien. Me puse la bufanda más gorda que tenía y me enfundé el gorro de lana a juego y los guantes; con lo friolera que era, corría el riesgo de convertirme en un caminante blanco.

Al salir de casa noté más frío que de costumbre, así que decidí tomar la línea F del metro, que era la más cercana al apartamento. Daría más vuelta, pero era el recorrido que me mantendría menos rato en la calle.

Con el tiempo me había adaptado al metro, a sus veintiséis líneas, a sus diferentes bocas que te llevaban a destinos opuestos, sabía diferenciar a dónde se dirigía cada tren por el distintivo del convoy, ya que solían compartir andenes; al principio, era un auténtico caos, pero ya lo tenía controlado.

Me estaba haciendo a aquella ciudad y esperaba que ella se hiciera a mí.

Llegué a la oficina en veinte minutos, tiempo récord. Lo primero que hice fue tomarme un café con Tim, mientras esperábamos a que las otras dos se dignaran a llegar temprano un día.

—Te veo muy contenta, Martina —observó mi compañero.

—Vaya, gracias... Me estoy empezando a adaptar a esta loca ciudad.

—¡Me gusta oír eso! Aunque te entiendo perfectamente, Barcelona tiene un encanto único.

Se me escapó un suspiro. Uno de esos que avisan a tu interlocutor de que rezumas amor por todos los poros de tu piel.

—Joder, Martina, con ese suspiro me estás convenciendo de volver a Barcelona.

Ambos nos echamos a reír. Si él supiera quién era el responsable de mis suspiros, no se lo creería. Sabía que tarde o temprano todo el mundo se enteraría y era probable que muchos dijeran que me habían contratado a dedo. Empecé a agobiarme de nuevo. Porque esa era la realidad,

había ido recomendada por Jason, sin tener experiencia de ningún tipo, así que eso me convertía en una enchufada. No estaba ahí porque yo lo hubiera buscado, me habían colocado.

Mi sonrisa empezó a difuminarse para convertirse en un gesto más rígido. Por suerte Georgie apareció en el momento clave para evitar la pregunta de Tim.

Lisa apareció muy tarde, disculpándose continuamente y con una pinta terrible. Me tenía en vilo, algo había pasado y me moría de ganas por preguntarle si estaba bien, pero esperé al descanso y a estar solas para hacerlo.

—Primera discusión, ya tardaba en llegar.

—¿Qué os ha pasado? —pregunté preocupada.

—Pues que le han entrado las prisas de golpe y habíamos acordado ir despacio, disfrutar de la compañía del otro, pero sin invadir demasiado nuestras vidas.

—¿Cómo cojones se supone que se hace eso? —pregunté.

—¿El qué?

—Joder, el ir despacio, Lisa —contesté—. El amor siempre se nos va de las manos.

—Madre mía, estás hasta arriba de amor, ¿no? No tengo un buen día, de verdad —confesó—. Tal vez me he acostumbrado a tener mi espacio, a estar sola en mi piso, escribiendo y saliendo con mis amigos cuando quiero. Y que me haya propuesto irme a vivir con él no ayuda en absoluto.

—¿Qué me estás contando? Vale, sí, demasiado rápido.

—No hace ni un mes que nos vemos y ¿ya me está proponiendo irme a vivir con él? Estamos locos... ¿Qué será lo próximo? ¿Que nos casemos?

Ahí fue cuando descubrí uno de sus temores. La aterraba el compromiso, aunque fuera con el amor de su vida, con el chico que no había podido olvidar en años.

—¿Qué haces después? ¿Te hace ir a tomar algo por ahí? —me preguntó.

Mi cara contestó por sí sola. Era consciente de que Lisa me necesitaba, pero ya me había comprometido con Jason y tenía demasiadas ganas de estar con él sin ser entre cuatro paredes; pasear, charlar, comer juntos en cualquier antro de la ciudad y, en un universo paralelo, darnos la mano y besarnos sin miedo a que alguien nos hiciera una foto.

—Hablaré con él, debo poner calma a esta situación.

Nos quedamos mirándonos y empezamos a reírnos. Georgie y Tim entraron y volvimos al trabajo. No estaba siendo una buena semana y empezaba a pensar que nos habíamos estancado. O tal vez era yo que no tenía la cabeza en el trabajo. Maldito Jason, se había vuelto a apoderar de todos mis pensamientos.

A la una de la tarde recibí un mensaje suyo en el que me indicaba que llegaría un poco tarde, pero que le esperara en la puerta como habíamos acordado.

El muy canalla llevaba diez minutos de retraso. Estaba en el vestíbulo maldiciéndolo cuando alguien me abrazó por detrás. No pude evitar soltar un leve chillido.

—¡Joder! ¡Me has asustado! —exclamé dándole un pequeño golpe en el brazo.

Él no paraba de reírse de mí y yo le seguí. Entonces hizo algo que no esperaba: abrazarme.

—¿Vamos? —me dijo sacándome del trance al que él me había empujado.

Asentí y, agarrándome a su brazo, me dejé llevar por las calles de su ciudad.

—Me encanta verte sonreír —soltó sin venir a cuento—. Se te forman unos hoyuelos únicos en las mejillas, eres preciosa.

—¡Venga ya! ¿En serio tú me estás diciendo algo tan dulce? ¿Dónde está ese Jason que no creía en el amor?

—Enamorado hasta las trancas —confesó de golpe.

Y mi corazón se paró. Todo iba demasiado rápido, su confesión, hablar del amor con tanta sinceridad.

—Digamos que una pequeña salvaje es la culpable de todas las cursiladas que diga a partir de ahora.

—¿Me estás echando la culpa?

—Totalmente.

Nos regalamos una mirada; nos pedíamos un beso a gritos, pero yo no quería hacerlo, no quería que fuera tan evidente, pero tampoco podía controlar a Jason.

Se paró de golpe y con un simple movimiento me obligó a ponerme delante de él, miró mis labios, posó una de sus manos en mi mejilla y acercó su cara a la mía. Sentí su calor, su aliento, y su aroma me invadió; el corazón me latía deprisa y creía estar flotando encima de una nube. Sus labios y los míos se juntaron y el frío que nos rodeaba empezó a ser secundario. No me cansaría jamás de esa sensación, no podría olvidarla nunca.

Nos apartamos y nos quedamos mirando como dos idiotas.

—Te parecerá bonito ser la responsable de que este viejo se comporte como un idiota adolescente.

—Idiota... —le contesté antes de volver a la calidez de sus labios.

Después pusimos rumbo a nuestro destino; me sorprendió ver que me llevaba hacia el metro. ¿En serio íbamos a entrar ahí? Yo no tenía ningún problema, pero me parecía de lo más raro.

Cogimos la línea cuatro en la estación Fulton y no me solté de su brazo en todo el trayecto. El vagón iba bastante lleno y yo no podía dejar de mirar a nuestro alrededor.

—¿A quién estás buscando? —bromeó—. Tina, relájate. Tienes un concepto distorsionado de la realidad.

—¿En serio? No quiero verme en ninguna de esas revistas de mierda. ¿Qué diría mi madre?

—Diría que su hija está preciosa —siguió bromeando—. No, en serio, relájate. Si vivo en esta ciudad es por la cantidad de gente que hay y porque es fácil pasar desapercibido, aunque hay excepciones. La gente es muy discreta, saben quién soy, pero no me molestan. Y ¿sabes qué te

digo? Que me importa una mierda desde hace mucho tiempo lo que pueda decir la prensa alcahueta. Ya lo sabes, *tiny* Tina.

¿Por qué siempre me daba argumentos tan sólidos? ¿Por qué tenía esa facilidad para desmontar mis paranoias mentales?

Estaba loca por él y debía admitir que tenía razón.

Salimos del vagón en la estación de la calle Catorce y desde allí caminamos diez minutos hasta llegar a un restaurante llamado Momofuku Noodle Bar. No había oído hablar de aquel sitio, pero estaba hasta arriba de gente.

Jason entró detrás de mí y, nada más cerrar la puerta, un tío enorme lo saludó desde detrás de la barra. Se acercó a nosotros y se dieron un fuerte abrazo, golpeándose la espalda como si fueran sacos de boxeo. Intercambiaron cuatro palabras y su amigo nos indicó que lo acompañáramos hasta una de las mesas del fondo y nos dejó un rato para mirar la carta.

—¿Qué me recomiendas que no sean opciones vegetarianas?

—El ramen de ternera está buenísimo, pero solo es apto para valientes con el picante. El de cerdo te gustará.

—¿Los has probado? —pregunté sorprendida.

—¡Claro! Me encanta comer, pero en mi rutina apenas como carne, ya lo sabes.

—Joder, con el vegetariano —dije en mi lengua materna.

—Oye, me vas a tener que enseñar tu idioma, quiero enterarme cuando me insultas.

Nos reímos y una sensación de comodidad me invadió. Éramos nosotros, aquellas dos personas que habían pausado sus vidas en Barcelona para ayudarse mutuamente.

—Se me acaba de caer un mito —lo piqué.

—Soy alguien preocupado por la cantidad de carne que se come en esta sociedad, es inhumano.

Inhumano era tenerlo delante y no devorarlo a todas horas. Le arrancarí­a toda la ropa y lo empotrarí­a contra la pared, le comerí­a la boca hasta dejarlo sin oxígeno. Le clavarí­a las uñas para pedirle que me hiciera gritar como una posesa del diablo mientras me follaba con locura.

—¿Tina? ¿Estás aquí? —preguntó.

Noté cómo la sangre me hervía en las mejillas y me delataba ante Jason.

—Vale. Eso sí que no podemos hacerlo en público, pequeña salvaje —contestó acercándose—, aunque me muera de ganas por hacer lo que estás pensando.

Por Dios, estaba cardíaca. ¿Aquello era normal? No parábamos de joder cada vez que nos veíamos, ¿cómo era posible seguir teniendo ganas de follar a todas horas? Qué locura...

Vinieron a tomarnos nota; primero pedí algo de beber, necesitaba algo fresco para rebajar la temperatura. Pedimos dos cervezas, una ensalada de pepino con aceite de chili y un bol de ramen para cada uno; el de cerdo para mí y, cómo no, el de alga wakame, pepino y setas shiitake para el *pseudovegetariano*.

—Debo decirte que mañana tengo que volar a Los Ángeles.

¡Zas!

—Pero vuelvo el sábado por la mañana. No sabía cuándo decírtelo y... creo que se me ha echado el tiempo un poco encima.

¡Zas! ¡Zas!

—¿En serio no me lo has podido decir antes?

—Sí, pero he estado intentando por todos los medios evitar ir y al final no me he podido escaquear.

—Entiendo...

—Son obligaciones.

—Ya...

—Oye, intentaré volver antes.

—¡No! Lo primero es el trabajo, es solo que me has pillado desprevenida. Entiendo que tienes compromisos y que eso supone ir de un lado para otro promocionando y esas cosas que hacéis vosotros.

—Te diría que vinieras, pero sé tú respuesta.

—Exacto, veo que me vas conociendo —bromeé.

—En serio, Tina, te llevaría conmigo.

—Jason... Cada uno tenemos unas responsabilidades, no perdamos la cabeza.

—Ese es el problema, que si no te tengo cerca, la pierdo.

—No, no me hagas chantaje emocional —advertí seria—. Yo tengo que trabajar y tú también; solo son dos días, ¿no?

—Sí.

Noté que se venía un poco abajo; debía animarlo.

—Eh, estaré aquí, ¿vale? Entiendo que has vivido momentos difíciles últimamente, pero debes continuar.

—Lo sé, pero me está costando más de lo que pensaba. A pesar de que llevábamos un tiempo mentalizándonos, hasta que no ha sucedido, no he sido consciente del todo.

—Es normal —lo consolé cogiéndole la mano por encima de la mesa—. Yo en tu situación estaría destrozada. Te admiro, de verdad.

—La procesión va por dentro.

—Llámame cuando me necesites.

—No dudes de que lo haré.

De nuevo esa mirada; el cielo en sus ojos. Le daría un beso en ese mismo instante.

Entonces decidí contarle la sensación que me acompañaba cada mañana en la productora.

Debía explicarle lo que sentía, decirle que pensaba que, por mucho que me lo negara, me había enchufado allí sin tener ningún tipo de experiencia.

—Debes despertar —contestó—. Tienes talento y cuando estuve en Barcelona vi cómo te pones límites. Vales mucho: eres inteligente, creativa, con olfato... Empieza a creértelo o echarás a perder tu carrera.

—Pero me has puesto a dedo, Jason, y cuando se enteren de que estamos...

—¿Qué? ¿Crees que van a decir que te puse yo ahí? Fue la junta la que decidió hacerlo. Yo solo les propuse tu nombre, les hablé de tu talento y de que habías sido tú la que me había animado a leer esa historia. Yo no soy el que tiene la última palabra en la productora.

—Ya, pero es muy raro que el que me propone para ocupar un puesto se acueste conmigo. Eso me deja a mí como una interesada.

—No lo entiendo...

—Que parece que me hayas propuesto para tener a tu rollete cerca.

—A ver, esa parte la entiendo, pero es todo muy enrevesado, Tina. Aquí no solemos pensar así si la gente demuestra lo que vale.

—Ya, pues en mi país no es así; allí ya puedes esforzarte como la que más que, como te enrolles con un superior, es lo único que van a tener en cuenta para juzgarte. Da igual lo mucho que trabajes, da igual los estudios que tengas, como seas un enchufado, te quedas con ese mote para toda tu vida.

—Eso es un problema, pero te digo que eso no va a suceder porque estás en ese puesto por petición de Lisa, fue ella la que se empeñó en que estuvieras en el equipo. No te voy a mentir, yo fui el primero en decir tu nombre, pero ella hizo todo lo demás.

Un camarero nos interrumpió dejando en la mesa lo que habíamos pedido. En parte quería continuar con aquella conversación, pero, por otro lado, algo me decía que lo dejara pasar, que disfrutara del momento. Y con el bol humeante que tenía delante lo haría seguro. Olía demasiado bien y tenía un hambre voraz.

—¿Qué tienes pensado hacer cuando llegue marzo? —preguntó antes de meterse unos fideos en la boca con la ayuda de los palillos.

La verdad es que no lo había pensado. Bueno, sí, quería volver a casa, pero mi situación había cambiado.

—No lo he pensado —contesté—. Lisa ha propuesto a la editorial que sea yo la traductora de su novela al castellano y al catalán.

—¡Eso está genial!

—La verdad es que sí —sonreí—. Pero no sé nada, no me han llamado todavía y no sé con qué condiciones voy a encontrarme.

—Bueno, entonces me guardo la pregunta para cuando sepas algo.

Su móvil empezó a sonar y tardó unos segundos en decidir si lo cogía o no. Al final atendió la llamada. Pensaba que se levantaría para hablar con más intimidad, pero se quedó allí, sin ocultarme nada.

Hablaba sobre un nuevo proyecto, lejos de la ciudad y de larga duración. Hice lo posible por intentar no escuchar mucho; a fin de cuentas, era su vida y no debía meterme donde no me llamaban.

Cuando colgó, me quedé algo desangelada. Una nueva oportunidad laboral en la ciudad me obligaría a quedarme más tiempo, pero si él se iba no tenía sentido estar lejos de todos y sola.

—Tengo firmados tres proyectos cinematográficos más.

—¡Qué bien! —intenté sonar alegre, pero lo mío no era actuar.

—Serán los últimos de mi carrera.

Sabía que estaba cansado, pero pensé que todavía tardaría un poco más en retirarse. Era demasiado pronto, ¿no?

—Ya sabes, hablamos sobre ello en Barcelona. Estoy agotado y necesito un tiempo de descanso. En principio son películas independientes que, con un poco de suerte, no me ocuparán más de seis meses.

¡Seis meses?! Me estaba poniendo nerviosa, pero debía controlar toda emoción, no tenía que adelantarme a los acontecimientos.

—Todavía no hay fecha de inicio, pero se calcula que será a mediados de marzo. Así podremos pasar un tiempo juntos, al menos hasta que acabe el plazo que os han dado para entregar el guion.

—¿Y qué pasará después? —pregunté sin pensarlo dos veces.

—Eso ya solo depende de ti.

Tenía razón. Debía sopesar mis opciones y mis deseos. Quería volver a casa y regresar luego a Nueva York para estar con Jason. Necesitaba mi ciudad, era una enamorada de Barcelona, pero quería mucho más a Jason.

—Ahora mismo estoy un poco agobiada —confesé—. Todo esto me ha venido de golpe y necesito tiempo para gestionarlo y pensar bien qué es lo que quiero hacer.

—Claro, cambiemos de tema —dijo mientras me guiñaba un ojo.

Empezamos a hablar sobre los libros que habíamos empezado a leer. Me explicó que estaba leyendo un nuevo manuscrito para la productora y que era probable que hicieran una nueva adaptación. Quería trabajar de lleno en captar nuevos proyectos.

Aproveché para preguntarle por su familia: su madre, su hermana y sus sobrinos. No hacía ni seis días que había fallecido su padre.

—Mi hermana es pura fortaleza. Era la que más preparada estaba para esto. Está siendo el mayor apoyo para mi madre. Y los niños... los niños están un poco desanimados, pero deben seguir siendo niños.

—Cuando hablas de ellos se te ilumina la cara.

—Los quiero con locura, han sido mi alegría, ya lo sabes. Es más, creo que lo sabes todo de mí.

—Eso no es verdad —contesté—. No sé cuáles son tu color y tu comida preferidos, a qué edad perdiste la virginidad...

—El blanco, el pastel de calabaza de mi madre, a los veintidós años.

—¿A los veintidós?

Los dos empezamos a reír. No me creía que hubiera tardado tanto en perder la virginidad.

—Tienes información muy privilegiada, *tiny*.

—Y ¿cómo fue?

—¿En serio quieres hablar de eso ahora? —preguntó enarcando una ceja.

Yo me limité a mordirme el labio inferior y a responder con un movimiento afirmativo de cabeza; la curiosidad me podía más.

—Digamos que desde pequeño me habían concienciado tanto para este tipo de vida que, de forma inconsciente, me aterraba que cualquiera pudiera filtrar información sobre mí a la prensa. Luego me di cuenta de que era una idiotez, pero ya tenía casi veinte años y... no había tenido casi tiempo ni para estar con una chica.

—¿Ni siquiera coquetear?

—Bueno, eso sí, pero siempre estaba alerta. Hasta que un día, apareció una chica y me enseñó que debía vivir mi propia vida, a mi manera.

Me parecía tan interesante lo que me estaba explicando que no me atreví a interrumpirlo.

—La fama y el qué dirán era algo con lo que tenía que lidiar, pero no debían condicionar mi vida.

—Qué afortunada esa chica.

—Es de las mujeres más importantes de mi vida. Me ha enseñado muchísimo, sobre todo a nivel personal. Hace tiempo que no la veo; desde que decidió terminar su carrera y dedicarse a su familia no he vuelto a saber nada de ella, aunque confieso que era de los pocos afortunados que conocía sus planes de futuro.

Todo aquello me sonaba demasiado. Él había vivido lo que estaba viviendo yo en ese momento. ¿Quién mejor que él para aconsejarme sobre cómo llevar todo aquello? Me lo imaginaba a esa edad y me enternecí.

—Y antes de que me lo preguntes, que veo que lo estás pensando, era bastante más mayor que yo. Ella acababa de divorciarse y yo era un crío repleto de inseguridades.

—¿Es posible que en aquella época hicieses una de las películas más acojonantes que se ha hecho en el cine?

—Eso depende mucho de a quién le preguntes. Unos consideran que todo lo que hago es basura y otros... no tanto —respondió con una sonrisa despreocupada.

Me quedaba mucho por aprender. Y me convencí de que si le tenía a mí lado sería todo más sencillo.

Acabamos de comer y, mientras tomábamos un café, me dijo que le gustaría pasear por Central Park y mostrarme sus esculturas.

Aunque las distancias eran largas, íbamos charlando, intercambiando miradas y alguna caricia; el tiempo pasaba volando. Cuando salimos del metro, los primeros copos de nieve empezaron a caer sobre la ciudad. El suelo no tardó en pintarse de blanco y en tornar mágico el ambiente.

Me aferré a su brazo para intentar luchar un poco contra el clima y caminamos con paso ligero hacia el parque. El cielo estaba totalmente encapotado y cada vez nevaba más, pero no tanto como para hacernos retroceder. Entramos en el parque, yo seguía sus pasos. No había paseado todavía por aquel lugar.

Llegamos a una plaza donde había dos esculturas enormes; una era la de Shakespeare.

Hice una reverencia y recité:

—«Ser o no ser, esa es la cuestión».

Jason imitó mi reverencia y le dedicó otras palabras:

—«Estamos hechos del mismo material de los sueños».

Me derretí. Ambos citamos al autor de bronce que habían plantado en aquella plaza y, sin esperarlo, Jason me rodeó entre sus brazos para besarme.

Un beso cálido bajo los estragos del invierno, el mejor antídoto para el frío. Sus labios, los míos, nuestras manos rozándose y los corazones bajo millones de capas de ropa palpitando sin cesar. Un contacto iniciado solo con nuestros labios que poco después dejó paso a nuestras lenguas. No quería que acabara nunca.

Él.

Yo.

La nieve.

Central Park y sus ilustres estatuas, testigos de algo de lo que ni yo misma era consciente. De algo que estaba implícito en nuestros gestos: el amor.

Al terminar nuestro beso nos miramos a los ojos y nos dedicamos una sonrisa. Seguimos paseando para toparnos con el poeta Robert Burns y el escritor Walter Scott, ambos escoceses. Continuamos el paseo, dejando a nuestra derecha al poeta americano Fitz-Greene Halleck. Entonces nos desviamos. Jason quería enseñarme una escultura en concreto.

Caminamos hasta llegar a un lago que, dadas las circunstancias, estaba helado. Al mirarlo, la sensación de frío aumentaba en el cuerpo. Bordeamos el estanque y ante nosotros apareció el monumento más bonito que había visto en mi vida: Alicia en el país de las maravillas.

—Es fantástico —balbuceé.

Me aferré a él con más ganas. Sin preocupaciones. No iba a pensar constantemente en lo que

podían decir, sino en vivir lo que estábamos creando entre los dos.

Un sueño del que no quería despertar jamás.

El País de las Maravillas

Desde que Jason y yo dimos rienda suelta a nuestra pasión, mi trabajo en el guion cojeó un poco los primeros días. Perdí la concentración, pero con la ayuda de Lisa entendí que debía centrarme en el trabajo. Si dejaba que aquello me influyera, sí que podrían señalarme como la enchufada de uno de los productores ejecutivos. Aunque ella tampoco estaba muy acertada, pues ambas nos encontrábamos borrachas de pasión, juntas logramos encontrar de nuevo el camino.

La editorial de Lisa se puso en contacto conmigo pocos días después de que ella me avisara. Las condiciones eran buenas, aunque no tenían nada que ver con las que me había ofrecido la productora. No iban a pagarme un apartamento, tampoco se harían cargo de los traslados y el sueldo era inferior, pero me ofrecían la posibilidad de trabajar a distancia, es decir, desde mi casa. Ni en sueños cobraría esos honorarios en mi país por traducir novelas, así que rechazar la oferta sería una estupidez por mi parte.

Me estaban dando la oportunidad de convertirme en traductora *freelance* de la compañía. La noticia me llegó el día antes de que Jason volviera de su escapada a Los Ángeles. Durante aquellos días, debido al trabajo y a la diferencia horaria, casi no hablamos, pero sí nos enviamos mensajes que me descubrieron la vena romántica de Jason. Me sorprendió ver aquella faceta, no me la esperaba.

Esa misma tarde hablé con mis padres y con Coral y escuché lo que pensaban y lo que me aconsejaban. Mis padres se pusieron muy contentos, me recordaron lo reticente que me había mostrado al recibir la propuesta de trabajo de Jason. Marcharme a Nueva York me había abierto las puertas.

Me dijeron lo mucho que me echaban de menos, que esa nueva oportunidad laboral me devolvería a casa y me daría la libertad y el desahogo económico que necesitaba. Además, de vez en cuando podría viajar a Nueva York.

Pero ¿realmente quería volver a casa?

En marzo se me acababa la estancia en Nueva York y no me quedaba más remedio que tomar una decisión. En mi mente apareció la posibilidad de alquilar un estudio, pero primero quería hablar con Jason, para ver si existía la posibilidad de volver a mi ciudad y tenerlo a él.

Ver a mis padres a través del ordenador me dejaba una sensación triste. La añoranza era un mal que me perseguía. Pero hablar con Coral me animó.

—Como una ola, tu amor llegó a mi vida... —canturreó a la Jurado.

—Estás loca.

—¡No, te estás volviendo muy rancia!

—Joder, esto te molaría un montón, Coral.

—Lo sé... Que sepas que mi plan de ir a Cuba en verano sigue en pie. Ahora sí que tengo vacaciones de verdad, no como antes.

—¿Cómo lo llevas?

—Muy bien. A ver, es estresante y la jefa es un poco rarita, pero me lo paso genial. Disfruto muchísimo. Ahora van a empezar a diseñar vestidos de novia y eso me motiva un montón.

—¿Y super-Nico?

Soltó un suspiro y una sonrisa que la delataron.

—Qué hombre... Por cierto, a ver si le envías algún mensaje a Eder, que está hecho un cromo el pobre.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté preocupada.

—Pues que te echa mucho de menos. Nena, está pillado por ti y tú pasas de su culo porque ya tienes uno en la otra punta del mundo. No, en serio, me preguntó por ti el otro día y le conté un poco tu vida.

—Entiendo, hablaré con él.

—No sé, Tina, tengo la sensación de que no nos vamos a ver en mucho tiempo y me alegro por ti, pero si te soy sincera, no lo llevo bien.

—Ni yo, te echo mucho de menos.

—Eso es que no nos veremos en marzo, ¿no?

Suspiré. Pero no por amor, sino por el dolor que me producía tener esa maldita sensación. Estaba dejando mis raíces para plantar otras en aquella ciudad, una que no me había visto nacer. ¿Qué se hacía en aquellas situaciones? ¿Qué era lo correcto?

—Coral, no lo sé. Quiero hablar con Jason y explicarle bien esta nueva propuesta laboral. Voy a intentar volver. Es más, lo necesito, pero también quiero estar con él.

Mi amiga me entendió, pero era inevitable sentirse mal. Habíamos estado siempre juntas, desde que éramos unas crías. Nunca habíamos estado tanto tiempo separadas. La respuesta a la propuesta estaba clara, pero todo lo demás debía meditarlo con calma y usando bien la cabeza. No quería tener que sacrificar mucho en aquel proceso.

Eran las ocho de la tarde cuando recibí la llamada de Jason y no tardé en descolgar.

—Ahora mismo voy a hacer la última presentación y vuelvo a casa —me dijo con voz cansada.

—Espero que te sea leve, noto que necesitas descansar.

—Explícame un poco qué te han dicho los de la editorial, que me tienes en ascuas.

Le expliqué todos los detalles, incluido que podía trabajar desde casa. Se hizo el silencio entre nosotros.

—Eso es muy bueno —contestó.

—Sí, eso creo. En marzo me quedo sin apartamento y estoy barajando opciones.

—Oye, no pienses en eso ahora, ¿vale? Mañana cuando llegue paso a recogerte y vamos a mi apartamento. No pienso dejarte salir de la cama en todo el fin de semana.

Me reí. Tenía razón, todavía quedaba tiempo para pensar en qué hacer. Lo que tenía claro es que iba a aceptar aquel trabajo; lo demás podía esperar.

Jason fue puntual. Cuando aterrizó me envió un mensaje para indicarme que en media hora me recogería.

Vi el coche parar justo delante de mí. La puerta de atrás se abrió y allí estaba él. Entré corriendo y me acomodé en sus brazos. Tenía unas ojeras enormes, pero seguía estando irresistible.

—¿Has dormido algo en el avión? —pregunté.

—A ratos. En cuanto llegue a casa, pienso beberme una cafetera entera; no quiero desperdiciar ni un minuto contigo.

Nos besamos después de tres días; era mucho mejor que en mi memoria.

El conductor nos dejó en la puerta. Nada más entrar, Jason tiró la maleta en el recibidor y estiró los brazos mientras gritaba «hogar, dulce hogar».

—¿Quieres que prepare esa cafetera? —le pregunté.

—Sí, pero prefiero que te vengas conmigo a la ducha —contestó agarrándome de la cintura.

No pude negarme. No podía oponerme ante tal oferta, lo estaba deseando.

Si conociera el secreto para parar el tiempo, lo haría en ese momento en el que el agua era testigo de lo mucho que nos deseábamos.

Yo fui la primera en salir de la ducha. Me puse uno de sus jerséis, uno de lana gris clarito, y me enfundé unos vaqueros desgastados. Me encantaba el olor de su ropa, el ambiente tan acogedor que desprendía su apartamento y el gran ventanal que mostraba parte de la ciudad. Aquello era un lujo que jamás pensé experimentar.

Decidí ir a la cocina a hacer café. Tardé un rato en encontrar todo, pero ya estaba al fuego cuando Jason se reunió conmigo.

—Me encanta lo que veo —soltó.

Se refería a verme allí, en su cocina, en su hogar y, supuse, en su vida.

Mientras se hacía el café, él fue a buscar su móvil. Yo me senté en un taburete de la cocina y cogí una manzana. Cuando le estaba dando el segundo mordisco, me plantó la pantalla delante de la cara. Era una foto nuestra: ya éramos noticia.

Me entraron los siete males. Alguien nos había hecho una foto durante nuestro paseo por Central

Park y ya empezaban a preguntarse quién era la desconocida que besaba a uno de los solteros de oro de Hollywood delante de la estatua de Shakespeare.

—Has tardado poco en estrenarte —soltó quitándole importancia.

—Qué vergüenza...

—Tina, más vale superar esta mierda cuanto antes.

—Yo no estoy preparada, no tan pronto.

—Nunca se está —confesó mientras dejaba el móvil en la encimera—, así que mejor no hacer caso. Lo único que debe importarte es lo que hay entre tú y yo, el resto da igual. No dejes que todo eso te influya, no creas nada de lo que digan. Prométeme que no va a influirnos.

—Te lo prometo.

Sus brazos volvieron a rodearme y no nos separamos hasta que la cafetera avisó de que el café ya estaba listo.

Él tomó uno solo y yo lo acompañé con bebida de soja. Jason se quejó de la espalda y yo me acerqué para masajearlo. Posé mis manos en sus hombros y apreté lo justo para no hacerle daño.

—Me acostumbraría muy rápido a esto, Tina.

—¿Sí?

Noté cómo se iba relajando; al frotarlo, mis manos fueron impregnándose de su olor.

Después nos fuimos al sofá; él tenía que echarle un ojo a diferentes manuscritos y guiones y yo cogí un libro de la enorme estantería: *La metamorfosis*, de Franz Kafka. Nos sumergimos en diferentes mundos sin dejar de acariciarnos.

Me metí de lleno en la lectura. Era una novela breve que siempre me había causado una sensación extraña. Cuando aparté la vista del libro, vi a Jason recostado, con las gafas puestas y dormido como un tronco; no me había dado cuenta de cuándo había cerrado los párpados.

Había viajado toda la noche y, a pesar de que me había dicho que había dormido algo, deduje que había sido poco y mal.

Cogí el cuaderno que descansaba en su pecho, le saqué las gafas con cuidado, alcancé la manta que había en la butaca y lo arrojé. Miré mi móvil; no eran ni las once de la mañana, así que decidí recostarme a su lado. Era tal el silencio, que notaba su respiración y el bombeo de su corazón. También yo caí en un profundo sueño.

Me desperté de golpe por la vibración y el sonido tenue de un teléfono. Giraba encima de la mesa de café y en la pantalla vi el nombre de su hermana. Lo sacudí con delicadeza para despertarlo y cuando abrió los ojos le señalé el móvil.

No tardó en cogerlo y preguntar qué pasaba. Decidí darle intimidad para que hablara. Sentí una presión en el vientre y fui al baño. Conocía mi cuerpo muy bien y sabía que una inoportuna regla

venía a joderme el fin de semana. Abrí el neceser que había dejado en el aseo y saqué una de las pastillas del blíster para evitar males mayores. Ya empezaba a sentirme mareada.

Me tomé la pastilla y volví al salón. Jason seguía sentado en el mismo sitio y en cuanto me vio, me agarró de las caderas y me obligó a ponerme encima de él. Colocó su cara en mi cuello y empezó a mordisquearme, iniciando algo que yo sabía que no iba a culminar. Él notó mi ausencia.

—¿Va todo bien?

—Me acaba de venir la regla y empiezo a estar echa una birria. Me he tomado una pastilla, pero tardará un poco en hacer su efecto.

—Mmm... *Tiny Tina*, el fin de semana con el que había soñado se nos ha ido al garete. Mi hermana me ha llamado pidiéndome un favor enorme.

Me temía lo peor; seguro que tenía que marcharse y yo me quedaría sola prácticamente todo el fin de semana.

—Eh, no pongas esa cara, no va a ser tan terrible hacer de niños hasta mañana por la mañana. Son buenos niños —informó con una sonrisa en la cara.

No podía creerlo. Me cagué de miedo al instante. Era demasiado pronto para meterme tan de lleno en su familia, quería tenerlo para mí sola. Sonaba egoísta, pero normalmente, conocer a la familia era un proceso gradual que surgía después de un tiempo saliendo juntos.

Aquello no iba a ir bien. Yo no tenía mano con los niños y, por lo que me había contado de ellos, ya tenían una edad en la que podían seguir una conversación e, incluso, ponerte en algún aprieto con sus razonamientos.

Miré el reloj, habíamos dormido más de dos horas y, si no hubiera sido por la regla, me habrían sentado bien. Intenté no seguir hablando, pero no era capaz de cambiar mi cara de preocupación y parecer indiferente. Empecé a plantearme irme a casa y trabajar un poco en el guion mientras él hacía de niño. Se lo dije con buenas palabras, pero me dio una respuesta que no me dejó alternativa:

—Ni de coña. No he estado tres días lejos de aquí, sin ti, solo, pensando en nuestro fin de semana, para que ahora te acojones por dos niños adorables. Créeme, no se comen a nadie.

Eso me lo decía él, que era su tío y que los quería con locura. No iba a hacerme cambiar de opinión, él no tenía una visión objetiva de esos niños y yo quería evitar a toda costa la inseguridad que me producían.

—Tiiina —canturreó—. No me puedo creer que dos niños te asusten de esta manera. Lo pasaremos bien, ya verás.

Me iba a dar algo. No estaba cómoda, quería irme a mi apartamento y que no viera la torpeza con la que trataba a los niños.

Porque se trataba de eso. Sabía lo mucho que le gustaban los niños a Jason, pero nunca habíamos hablado de lo poco que me gustaban a mí. Sus deseos por tener una familia en un futuro

no muy lejano empezaron a azotarme sin parar, dándome la razón en que era demasiado pronto para vivir algo así; ni siquiera habíamos abordado el tema del futuro.

Solo quería que la tierra me tragase.

—Te soy sincero —confesó—: no contaba con esto y preferiría que estuviéramos solos, no salir de la cama, cocinar y levantarnos a la hora que nos diera la gana. Ahora solo quiero estar contigo, no quiero nada más, pero soy el último recurso de mi hermana, te lo aseguro.

Yo también quería estar con él, pero enfrentarme a algo así me aterraba. ¿Qué pensaría de mi poca habilidad con los niños? Empecé a romperme la cabeza pensando en que podría ser un motivo claro para no tener un futuro juntos. Pero no lo exterioricé, no era el momento para hablar de ello.

Hice de tripas corazón. Solo sería un día de entre muchos que teníamos por delante.

Decidimos preparar algo de comer e intenté, con todas mis fuerzas, mostrarme animada. Entre hacer de canguro y tener la regla no estaba en plenas facultades.

Me indicó que cortara la cebolla fina y la dichosa me hizo llorar. Jason se rio de mí. Después añadimos espárragos trigueros, brócoli y escaldamos un par de tomates.

Nunca había cocinado tanto en mi vida. Tenía tanto que aprender...

Jason se movía con destreza y manejaba la sartén con una habilidad que ya quisieran muchos.

Aproveché mientras se hacía la comida para buscar en mi móvil la foto que nos habían hecho en Central Park y saber lo que decía la prensa. Solo se preguntaban quién era la misteriosa mujer que lo acompañaba y qué pensaría Amanda Ross de todo aquello. Prensa sensacionalista en todo su esplendor.

—¿Qué miras con tanto interés? —preguntó con la mosca detrás de la oreja.

—No lo he podido evitar, estaba leyendo lo que decían sobre mí en la prensa.

—No deberías hacerlo, es un consejo —dijo muy serio—. Sé que no va a ser fácil, para mí fue muy duro al principio, pero yo estaba solo y no tenía a nadie que me ayudara a gestionarlo. Es mejor no dar bombo a ese tipo de noticias. Si lees la basura que publican, quieras o no, te lo acabarás creyendo.

—Te prometo que no lo haré.

—Eso deseo —contestó mientras una sonrisilla de medio lado se dibujaba en su cara.

Me lo quedé mirando; joder, se me pasaban todos los males viéndolo. Estaba tan centrada en él que una leve vibración del móvil me hizo dar un bote. Era un mensaje de Coral. Lo abrí y sonreí al ver lo que me había enviado.

—Eso me gusta muchísimo más —anunció Jason captando mi atención.

Le enseñé la foto de Coral. Estaba abrazada a Nico tomando una cerveza en el bar de siempre, el que estaba cerca de donde vivíamos y cuyas paredes, si hablasen, contarían millones de anécdotas.

Le escribí: «Estáis guapísimos. Os echo mucho de menos :’(».

Su respuesta no tardó en llegar: «Y nosotros a ti. Iba a venir Eder, pero al final ha vuelto a Bilbao. Está un poco desanimado, ya sabes... ¿Qué estás haciendo?».

«Pues viendo cocinar a Jason. Esta tarde vienen sus sobrinos y estoy acojonada.»

«Madre mía, tú rodeada de niños. Suerte, loca mía. Te quiero.»

Tenía ganas de llorar. Mis emociones eran una montaña rusa y no las podía controlar. Jason no tardó en venir a mi lado y abrazarme.

—*Tiny*...

—La echo mucho de menos. Y encima, mírala, se la ve pletórica. Después de lo que ha vivido se merece estar con alguien que la quiera de verdad y que la respete.

—Tú también estás pletórica. Muéstraselo —soltó.

No podía creer que me estuviera pidiendo que le enviáramos una foto nuestra. Sabía lo que significaba aquel gesto por su parte; él no conocía a Coral de nada, pero iba a confiar en ella.

Puse la cámara en modo autofoto y, justo cuando presioné el disparador, me plantó un beso en la mejilla, dejando una estampa de lo más tierna en el móvil. Le dediqué una sonrisa y él me devolvió el gesto con un beso suave en los labios.

Colocó su cara en mi cuello y empezó a murmurar algo ininteligible; estaba canturreando: «*I've just kissed a girl named Martina. And suddenly I've found, how wonderful a sound can be!*». [2]

Las hormonas corrieron por todo mi cuerpo en ese instante. Su voz grave vibraba en mi cuello y una corriente electrizante me azotó desde los talones hasta la coronilla; eso era lo que me producía ese hombre. Lo que vino a continuación me dejó fuera de juego; mi vida era un bólido y no tenía intención de frenar. Era como lanzarse al vacío desde un helicóptero sin asegurarse antes de llevar paracaídas.

—Te quiero, Tina —confesó.

Me giré de golpe y lo abracé con fuerza, con ganas. Comenzamos a besarnos sin parar. Era la primera vez que alguien me confesaba que me quería; yo sentía lo mismo y quise decírselo. Si él se lanzaba al vacío por mí, yo también lo haría por él:

—Te quiero, Jason.

Volvimos a fundirnos en un abrazo que, de no ser porque se quemaba la comida, no habría terminado jamás.

Le envié la foto a Coral y ella me respondió con emoticonos ñoños. Parecía que vivíamos un momento mágico las dos, pero a muchos kilómetros de distancia.

«Sobreviviré a los niños. Ahora mismo estoy flotando, ya sabes... Yo también te quiero, Coral.»

Dejé el móvil en la encimera y Jason me pidió que pusiera la mesa, la comida no tardaría mucho. Entre viaje y viaje a la cocina, no pude evitar tocarlo, abrazarlo, besarlo... Me sentía como en un sueño, pero aquella vez era real. No se trataba de ninguna fantasía creada por mi

cabeza, debía empezar a creermelo todo lo que me estaba sucediendo y prepararme para el gran cambio que iba a experimentar mi vida.

Comimos entre miradas, caricias y sonrisas. Me preguntó por cómo había ido el trabajo y por la nueva oportunidad. Ya sabía los detalles más importantes y me dijo que no podía rechazarla. Entonces llegó el momento clave, el momento de decidir si me quedaba en Nueva York o volvía a casa.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. Y ahora... lo tengo aún menos claro. Me muero por volver a ver a mis padres y a Coral, pero es que no quiero irme de tu lado —confesé—. Estoy hecha un lío, quiero lo mejor para todos y...

—¿Qué plazo te han dado de entrega?

—Dos meses.

—Eso sería quedarte hasta mayo, en el caso de que quieras hacerlo.

—Sí, pero he estado mirando estudios en Brooklyn, incluso en lugares más baratos, y, no sé, me parece un poco absurdo pagar un alquiler cuando tengo mi propio piso en Barcelona.

—¿Por qué tienes que buscar piso?

—En marzo tengo que irme del estudio, la productora no seguirá pagando y yo no me lo puedo permitir.

—Eso ya lo sé, yo mismo me encargué de buscarlo. Pero no tienes por qué buscar apartamento teniendo este.

¿Perdón? ¿Me estaba pidiendo que me mudara con él? Aquello sí que me agobió. Una cosa era que nos quisiéramos con locura y otra muy distinta irme a vivir allí, a su lujoso apartamento. Ni de coña.

—No pongas esa cara de susto —soltó—. ¡Es lo más lógico!

—Esto está yendo muy rápido —murmuré.

—Sí, y si fuera por mí... —Empezó a hablar, pero se cortó.

¿Y si fuera por él qué? Aquel día estaba siendo agotador, esperaba no acabarlo con una camisa de fuerza puesta.

El timbre sonó y nos obligó a postergar aquella conversación. Debía tomar una decisión, eso estaba claro, pero necesitaba tiempo para meditar y hacer lo mejor para todos. La solución no era irme a vivir a su apartamento, aunque fuera de forma temporal. No era algo que me hiciera sentir cómoda, no quería sentirme una carga. En pocas palabras, me negaba a ser una mantenida.

Mientras él abría, yo recogí los platos y cubiertos de la comida. Empecé a fregar los cacharros hasta que el barullo de dos niños abrazando a su tío me obligó a dejar lo que estaba haciendo. Era una estampa familiar idílica.

Jason tenía a su sobrino de cinco años enganchado al cuello y a la niña de siete colgada de la

pierna. Me pidió que me acercara y entonces me topé con los enormes ojos de su hermana Molly, que me dedicaba una sonrisa perfecta.

—Os debo una —dijo mirándome—. De verdad que me sabe fatal, sé que acabas de llegar de Los Ángeles y si no fuera una urgencia, no te lo pediría.

—Tranquila, Molly, ya sabes que me encanta pasar tiempo con ellos.

—Ya, eso lo dices porque los ves a ratos. Cuando no te separas de ellos, como yo, te entran los siete males.

Los niños no me quitaban los ojos de encima. El pequeño era clavado a Jason y me entraron ganas de estrujarlo entre mis brazos. No, no me gustaban los críos, pero era tan adorable...

—Margo, Micah —dijo Molly—. Portaos bien, haced caso a todo lo que os digan el tío Jason y la tía Tina.

¡Ay, mi madre!

¿Tía Tina? Creí que perdía el control. No iba a saber manejar el volante de aquel bólido al que me había subido e iba a estamparme contra un muro en cualquier momento.

—A las siete, baño, a las ocho, cena y a las nueve, cama. Todo lo demás, anarquía pura, hermanito —le dijo Molly a Jason.

Se despidió de los niños y de su hermano y después me cogió de la mano.

—Gracias, Tina. Me alegra tanto que estés aquí...

Me dio un abrazo. Aquella familia se había propuesto acabar conmigo y lo iban a conseguir en poco tiempo.

Se marchó volando y nos quedamos los cuatro delante de la puerta. Los niños no soltaban a Jason, pero tampoco dejaban de mirarme. Yo estaba bloqueada.

—Vale, niños, el primero que llegue al sofá elige película.

Tan pronto acabó de pronunciar la frase, los dos salieron disparados hacia la meta que les había marcado su tío y empezaron a saltar como locos.

—¡Eh! Zapatillas fuera —ordenó con voz autoritaria.

Pensaba que iba a ser una tarde dura, pero me había equivocado. Le obedecieron sin rechistar. Me quedé asombrada, sin saber qué hacer. Por suerte, Jason tomó las riendas del asunto y yo, como una niña más, me limité a acatar sus órdenes.

Margo fue la afortunada que escogió película, así que Jason le dio el mando. Entró en Netflix y, con una habilidad increíble, la niña empezó a buscar. Micah protestó, pero Jason lo calmó diciéndole que él podría coger el mejor sitio del sofá. Margo se encargaría de hacer las palomitas.

—Pero es que seguro que pone algo de princesas...

—¡No, listo! Vamos a ver dragones —soltó la grandullona Margo.

Miré a la pantalla: *Cómo entrenar a tu dragón 2*. No tenía ni idea de qué trataba, pero los

niños decidían y no iba a llevarles la contraria.

—Coged las mochilas y llevadlas a vuestra habitación —ordenó Jason.

No replicaron. Entonces Jason se me acercó y me besó.

—Les has encantado —susurró en mi oído—. Margo es un poco más reticente, pero no es culpa tuya, es solo que... bueno, siempre ha mostrado cierta hostilidad hacia las mujeres que han estado conmigo.

—Vaya, gracias por tranquilizarme —ironicé—. Micah es precioso...

—Es entrañable. Tiene una sensibilidad única.

—Y es clavado a ti, se parece muchísimo.

—Sí, siempre me lo han dicho. Todo irá bien, ya lo verás, no estés nerviosa.

Me abracé a él y enterré mi cabeza en su pecho, pero aquella tranquilidad no tardó en ser interrumpida. Los niños volvieron a escena saltando de nuevo encima del sofá y tomando posición. Nos separamos y él le pidió a Margo que hiciera las palomitas. Decidí sentarme en una de las butacas, dejando que ellos ocuparan el sofá más grande.

—Tita, ven aquí —me llamó Micah señalándome un sitio libre.

Le sonreí y le hice caso. Aquel niño podía pedirme lo que quisiera. Pero entonces llegó Jason y los dos niños lo reclamaron a su lado, así que no nos quedó más remedio que apretujarnos los cuatro en el sofá.

Empezamos a ver la película. Yo intenté seguir el hilo, pero con la mano de Jason acariciándome la nuca por encima del sofá era imposible enterarse de algo. Mantuve la compostura, aunque me atreví a enterrar mi mano en su mata de pelo; di por perdido el argumento de la película.

Al rato, Jason hizo un gesto para llamar mi atención: Micah se había quedado dormido casi encima de mí. Para ser alguien a quien no le gustaban los niños, no lo estaba haciendo nada mal.

Pero la tarde aún no había terminado y no podía cantar victoria con tanta facilidad.

Aquello no había hecho más que empezar.

Después de la película se desató el caos. Jason empezó a jugar con ellos haciéndoles correr de un lado a otro. Yo solo tenía fuerzas para reírme y observar lo bien que se le daba distraer a sus sobrinos y cómo ellos lo miraban.

Cuando lo consideré oportuno y vio que estaban exhaustos, les sugirió que descansaran un rato. Los niños se pusieron en la pequeña mesa del salón a dibujar y Jason me pidió que le ayudara a preparar la merienda.

—No se te da nada mal —le dije.

—Me encantan; estos niños son mi devoción. No lo estás haciendo mal tú tampoco.

Se acercó para besarme, pero Margo nos interrumpió.

—Tío Jason, ¿nos pondrás manteca de cacahuete?

No dejaba de mirarme.

—¡Claro! Tina me ayudará a prepararlos. ¿Quieres uno tú también? —me preguntó.

Asentí con la cabeza. De forma inesperada, Margo tomó el control en la cocina con el fin de acaparar toda la atención de su tío. Decidí dejarlos solos e irme con Micah.

Aquel niño era pura ternura. Me senté a su lado y le pregunté qué estaba dibujando. Me miró y me dijo que era una sorpresa para mí. Tenía la nariz, la boca y los ojos de su tío. Podría pasar perfectamente por su hijo. Entonces fantaseé: pensé en su futuro, en lo mucho que Jason deseaba tener su propia familia, ser padre algún día... y me entraron dudas. Yo nunca me había planteado tener hijos, pero con Jason en la ecuación de mi vida las cosas cambiaban.

Necesitaba frenar.

Despacio, *tiny* Tina. Aquello acabaría conmigo, dejándome fuera de combate, y no quería.

Jason y Margo se unieron a nosotros; traían zumo natural y sándwiches de manteca de cacahuete. Los niños continuaron dibujando y nosotros buscamos nuestras manos por debajo de la mesa, acariciándonos y demostrándonos las ganas que teníamos de tocarnos.

—Esto es para ti —soltó Micah mientras me daba un pequeño trozo de papel.

Había dibujado una flor de color rojo; no era perfecta, pero era el regalo más bonito e inocente que me habían hecho en mi vida. Ese gesto evidenció que mi fobia a los niños se debía a no haber tratado con muchos. Y qué demonios, quería tener un niño como Micah, lo quería en mi vida.

Desde el momento en que los había conocido, todos me habían hecho sentir como una más de la familia.

Merendamos con los niños y seguimos jugando un rato más hasta que llegó la hora del baño. Jason demostró lo preparado que estaba para cuidar niños. Hizo todo lo posible para que Margo se suavizara conmigo, intentando que hablara y haciendo que formáramos equipo para ganarles en un juego que inventamos sobre la marcha. No fue mal, pero necesitábamos tiempo.

Les preparé la bañera y chapotearon mientras Jason preparaba la cena. Como supuse, Margo me puso alguna que otra traba, pero nada que no pudiera controlar.

Se pusieron el pijama y fueron volando a la cocina. Yo puse un poco de orden en el baño.

—Oh, Tina, tienes que oír el chiste de Margo.

La niña se mostró reticente. La distancia que había entre nosotras tenía nombre y apellidos.

—Margo, tú siempre serás mi pequeña guerrera. Te lo prometo —le susurró Jason dejando de amasar lo que parecía una pizza.

—¿Cómo se llama el champú que huele mal? —preguntó con una vocecilla adorable.

Hizo una pausa para que yo diera una respuesta y con una sonrisa le di a entender que no tenía ni idea.

—Cham-pupú —respondió.

Todos reímos. Micah le dijo que era un chiste muy malo e hicieron amago de empezar una

discusión, pero Jason cortó de raíz cualquier intento. Les ordenó que fueran recogiendo y que se fueran relajando para cenar.

Ni una palabra, parecían robots.

—¿Cómo narices te hacen tanto caso? Parece fácil lo que haces, pero, joder, los dos sabemos que no lo es.

—Son muchos años y siempre he tenido mano izquierda con los niños. Pero a esos dos de ahí —señaló con la mano llena de harina—, los tengo amaestrados.

—Se nota —respondí mirando sus fuertes brazos.

La mirada se me fue a sus labios, después a su pecho y...

—*Tiny*... tú eres indomable y eso me pone muy cachondo —dijo en voz baja.

Planté mis pequeñas manos en su cara y lo besé. Deseaba hacer el amor con él, más bien lo necesitaba, no veía el momento de ir a la cama y tener un momento de intimidad. Estaba loca por tenerlo entre mis piernas, pero íbamos a tardar en saciarnos.

Él continuó cocinando y yo coloqué los cubiertos y los platos en la mesa. La cena estaría en menos de quince minutos, según nos comunicó el chef.

Menudo cocinero...

Había hecho una pizza de verduras: brócoli, calabacín, albahaca y mozzarella.

¿Era posible enamorarse todavía más de alguien? Jason me había calado hasta los huesos; si él podía acostumbrarse a mí, yo podía hacerlo a él sin problema.

¿Eso era lo que me esperaba si me iba a vivir con él? ¿Sería buena idea meterse de lleno en su vida? Era reticente a todos los cambios que llamaban a mi puerta desde que volvíamos a estar juntos, pero tal vez todo eso era bueno. Él fue el primero en enseñarme que tenía alas y que debía aprender a volar y a luchar por mi carrera profesional, buscar mi sitio. Él fue quien, de manera desinteresada, me dio el empujón necesario para empezar a batir mis alas y alcanzar mi objetivo.

Los niños devoraron la cena, pero hasta que nosotros no terminamos, no se levantaron de la mesa.

—Id a cepillaros los dientes y esperadme en la cama, ahora iré a arroparos. Dadle un beso de buenas noches a Tina.

El pequeño vino directo a mí y me dio un abrazo. Era adorable. Y Margo... también acabó cediendo. Al final, todo estaba saliendo mejor de lo que yo había pensado.

El momento de intimidad estaba cerca y yo estaba ansiosa.

—Gracias, Tina. Este no era el fin de semana que tenía planeado.

Me cogió de la mano y empezó a acariciarme.

—Me lo he pasado bien, ha sido distinto.

—Eso seguro... Llevaba tres días pensando en diferentes formas de hacer el amor este fin de semana.

—Mmm, calla... —murmuré acercándome a él.

Pasó su brazo por detrás de mí para aferrarme a él y coló una mano por dentro de mi camiseta. Luego fue a asegurarse de que los niños se habían acostado.

Yo me quedé recogiendo y fregando los platos. Después me senté en el sofá y consulté Instagram, a ver si había algo nuevo. Cuando desbloqueé el teléfono vi que no había cerrado la página en la que hablaban de nosotros y la eliminé de inmediato. No debía darle importancia; tenía que centrarme en cosas como la que había vivido aquella tarde.

Me fui acurrucando cada vez más hasta quedarme totalmente dormida.

—Tina... —decía una vocecilla en la oscuridad.

Abrí un poco los ojos y vi que estaba en la cama. Jason dormía a mi derecha y al otro lado estaba Micah de pie.

—¿Qué te pasa, cielo? —pregunté.

—Me he asustado y no puedo dormir —dijo nervioso—. ¿Puedo dormir con vosotros?

Jason encendió la luz.

—Eh, colega, ¿qué pasa? —preguntó con voz ronca.

El niño repitió lo que me había dicho y con solo una mirada supe que Jason dejaba la decisión en mis manos.

Abrí el edredón y Micah se coló y se acomodó entre los dos. Jason apagó la luz. Su respiración débil, la sensación de tener que proteger de los monstruos del armario a una criatura tan inocente... Nunca pensé que me encontraría en aquella situación, pero allí estaba y debía confesar que no me incomodaba en absoluto tener a Micah allí.

Los tres nos quedamos dormidos en cuestión de minutos.

Por la mañana todo había cambiado. La inseguridad del día anterior se había esfumado de un plumazo.

Me desperté con Micah entre mis brazos y con el aroma del café colándose por la puerta de la habitación. El pequeño dormía profundamente y lo último que quería era romperle el sueño, así que decidí quedarme quieta y observarlo.

Mi imaginación voló: el sonido del mar en la orilla, el olor a sal y el graznido de las gaviotas, una cama enorme con sábanas blancas, Jason preparando el desayuno y un niño asustado que busca la seguridad de sus padres para poder dormir. Aquello hizo que mi corazón se acelerara y que algo desconocido se despertara en mi interior.

Jason apareció por la puerta y, sigiloso, se acercó hasta la cama.

—Buenos días, pequeños —dijo despertando a Micah—. El desayuno está en la mesa. Corre, ve a despertar a tu hermana.

El niño salió disparado y pudimos gozar de un ratito solos.

—Su madre vendrá a buscarlos pronto —me informó—. Espero que hayas descansado, porque no pienso soltarte hasta mañana, *tiny*.

Empezó a mordisquearme y a hacerme cosquillas, pero Margo y Micah aparecieron como un batallón para empezar una guerra de almohadas.

—¡Corred! ¡Está en desventaja! ¡Cosquillas sin piedad! —los animó Jason.

Me vi acorralada por los tres, y llena de amor. Yo me retorcí por las cosquillas, pero ellos no paraban; entonces me colé por debajo del edredón y salí por el otro lado para intentar atacar a Jason, que se deshizo rápido de mí cogiéndome en volandas y vociferando como un monstruo.

Después de aquello, costó mucho tranquilizarlos para que fueran a desayunar, pero lo conseguimos.

Para cuando Molly llegó, los niños estaban más que preparados para marcharse y sentí mucha pena, pero también necesitaba disfrutar de Jason a solas antes de que acabara el fin de semana y tuviera que enfrentarme al lunes.

Nos despedimos de ellos entre abrazos y, en cuanto se hizo el silencio, nos miramos y supimos lo que estábamos a punto de hacer: comernos la boca, agarrarnos. Jason me llevó de nuevo a la cama, no le importaba en absoluto que estuviera con la regla. Necesitaba hacerme el amor, así que nos desnudamos el uno al otro con ansia y besamos cada rincón de nuestro cuerpo. Las caricias nos excitaban; yo sentía cómo mi carne se humedecía cada vez más, pidiendo a gritos tenerle dentro de mí.

La sensación era inigualable. Cada encuentro superaba al anterior, cada vez nos conocíamos más y, para qué negarlo, también nos queríamos más. A medida que descubríamos nuestras manías, defectos y alguna que otra opinión opuesta, nos sentíamos más unidos e inquebrantables.

Volando en el cielo de sus ojos

Los miedos, con el paso del tiempo, se fueron haciendo más diminutos.

Jason me ayudaba a que creyera más en mí y, poco a poco, lo estaba consiguiendo. Sus viajes eran continuos y en el mes de marzo daría comienzo el rodaje de su penúltima película. Estaría fuera casi tres meses y acordamos que yo me iría un mes a Barcelona. Después volvería a Nueva York para estar cerca de él, ya que, a partir del segundo mes de rodaje, él libraría dos días a la semana.

Al final acepté quedarme en su apartamento. Antes de una de sus escapadas, me facilitó una copia de la llave para que, cuando volviera de madrugada, lo esperara desnuda en su cama. Pero mientras yo no terminara el guion, seguiría viviendo en el estudio, no quería ir tan rápido.

Después del fin de semana que pasamos con sus sobrinos le dije que tenía vértigo, le expliqué lo mucho que había cambiado mi vida en apenas unos meses y le pedí calma. Me entendió, pero no quiso que lo nuestro fuera despacio. Salíamos a cenar, íbamos al teatro, paseábamos por la ciudad y, a pesar de que me costaba un poco desconectar de lo que pudieran decir, él siempre conseguía que no hiciera caso.

Éramos una pareja normal y nos comportábamos como tal. Al fin y al cabo, es lo que hacen las personas que se quieren, ¿no? Nos lo merecíamos.

Dejamos atrás el frío enero, para adentrarnos en un febrero que no tenía pinta de darnos tregua respecto al clima. Jason se había marchado el primer fin de semana y me aseguró que el miércoles, día de mi veintinueve cumpleaños, volvería.

Me levanté aquel día con un montón de notificaciones en el móvil: Facebook, Instagram, WhatsApp. Lisa fue la primera en felicitarme y Jason me envió un mensaje especial: «*Tiny*, felicidades. Estar contigo no me ha mostrado las estrellas, me ha llevado a ellas. Nos vemos esta tarde. Te quiero. J».

Despertar así no tenía precio.

Lo único distinto aquella mañana era que cumplía años. Todo lo demás fue como siempre, hasta que llegué a la oficina. Todos mis compañeros estaban esperándome para desayunar y cantarme el cumpleaños feliz entre donuts y café. A los veinte minutos les pedí que nos pusiéramos manos a la obra, no me gustaba ser el centro de atención.

Qué poco me duró la tranquilidad...

Sobre las diez de la mañana un mensajero me reclamaba en la entrada de las oficinas. Era un

chico con un ramo de flores; no me lo podía creer. Rosas blancas y rojas y algunas orquídeas; era precioso y olía de maravilla. Lo cogí y firmé la entrega; estaba ansiosa por saber qué ponía en la nota:

«Solo imagina lo precioso que puede ser arriesgarse y que todo salga bien.» Esto lo dijo Benedetti, pero ahora también lo digo yo.

JASON

Firmada de su puño y letra. El corazón me iba a explotar y la gente me miraba sonriendo. A aquellas alturas todos debían de saber lo nuestro, pero no quería pensar en ello. Debía quedarme con lo bueno, eso era en lo que tenía que centrarme.

—¿Te parece bien que las ponga en un jarrón? —me preguntó la recepcionista.

—¡Claro! Gracias —contesté dándole el ramo y guardándome el sobrecito.

—Joder... ¡Qué envidia, nena! —soltó Lisa sonriendo—. Lo tienes loco perdido... —insinuó de tal forma que quedó entre nosotras dos.

Intenté apaciguar al personal, pero estaba todo el mundo revolucionado aquel día. Sobre todo mis tres compañeros, que no paraban de preguntarme y de mirarme de esa forma tan... ¿intimidatoria? No había hablado abiertamente con ellos de mi relación con Jason, ninguno de los dos lo hacía con nadie que no fuera de mucha confianza, pero solo había que consultar internet y ver las tres o cuatro fotos que ya nos habían robado.

Georgie me lo confirmó.

—No pensé que Jason fuera tan detallista —dijo sin pensar.

Al darse cuenta de que no habíamos hablado de eso nunca y de que su comentario estaba un poco fuera de lugar, abrió los ojos de golpe y se disculpó.

Les dije que todo era cierto, que teníamos una relación, pero que quería que quedara entre nosotros cuatro a pesar de que todo el mundo lo sabía. Para mí era muy importante evitar hablar del tema y crear rumores que pudieran hacerme daño. Porque sí, todo el mundo se preguntaba quién era, a qué me dedicaba y de dónde había salido. Era cuestión de tiempo que me viera en alguna situación incómoda.

Intenté pasar la mañana lo mejor que pude, pero estaba inquieta. Tenía muchas ganas de ver a Jason y de salir de allí, aunque ir con un ramo auestas me hacía ser un blanco fácil para la pregunta del millón: ¿Quién te las ha regalado? ¿Tu novio?

En cuanto llegué al apartamento puse el ramo en agua, comí algo rápido y me metí en el cuarto de baño para arreglarme. Tenía tiempo de sobra antes de que Jason viniera a recogerme, sobre las seis de la tarde, pero estaba ansiosa. Les saqué brillo a los *stilettos*, planché como tres veces la blusa color burdeos y cepillé otras tantas la falda negra de tubo. Me puse una crema mate en la

cara, la misma de siempre, un poco de máscara de pestañas y a volar con el secador, que con la tontería se me estaba echando el tiempo encima.

Llegó la hora y Jason me escribió un mensaje diciendo que estaría aparcado justo delante del edificio, en su propio coche. No mintió; esa vez subía al asiento del copiloto.

Nada más entrar nos fundimos en un beso que, de no haber estado en el coche, habría durado mucho más. Llevábamos sin vernos desde el sábado por la tarde, casi cinco días, y se notaba que nos habíamos echado de menos.

—¿Te han gustado las flores?

—¡Claro! Pero más me ha gustado la nota...

—Felicidades, Martina —dijo dándome otro beso.

Encendió el motor y no tardó en ponerse en marcha. Había comido poco y tenía bastante hambre, así que le pregunté a dónde me llevaba.

—Es una sorpresa —respondió.

Nos metimos de lleno en un atasco. El coche apenas avanzaba aunque, para qué negarlo, tampoco me importaba mucho. Jason era tranquilo al volante, no era el típico tío que conducía como un poseso y a toda velocidad, y eso me gustaba. No se comportaba de acuerdo a los roles que impone la sociedad: era alguien sensible que si tenía que llorar, lo hacía sin pudor. No era igual a ningún tío de los que había conocido. Era una de las cosas que me habían enamorado de él.

Era maravilloso; cada vez que se paraba el coche nos dedicábamos besos y caricias. Tantos días sin verlo, sin tocarlo, sin dormir con él... Cada separación era dolorosa, pero cada vez faltaba menos para que llegara el futuro que me había imaginado. Desde que le había expresado mi agobio por lo rápido que estaba marchando todo, él había evitado a toda costa hablar sobre qué sería de nosotros a largo plazo. Así que, por el momento, todo estaba montado en mi cabeza: viviríamos en Barcelona, pero alejados del bullicio. Desayunaríamos juntos y trabajaríamos desde casa; algún viaje nos separaría de vez en cuando, pero cada reencuentro haría que valiera la pena. Tendríamos un perro enorme al que le pondríamos un nombre chistoso y, con el tiempo, habría un niño con los ojos de su padre correteando por toda la casa.

Me pilló fantaseando.

—¿En qué piensas, *tiny* Tina?

—En nosotros —me sinceré.

Entonces con una mueca me indicó que le explicara lo que pasaba por mi cabeza.

—Tú, yo, una cama, el sonido del mar entrando por la ventana, sin quebraderos de cabeza y...

Me quedé bloqueada.

Iba a contárselo, a decirle lo mucho que deseaba que tuviéramos un hijo algún día. Pero yo misma me agobié, porque jamás me había planteado algo así y, siendo sincera, todavía no tenía la

estabilidad emocional ni económica para tener un niño. Primero debía volver a mi casa e intentar hacer todo aquello real.

—¿Y...?

Me mordí el labio inferior y le miré con tanta intensidad que le hice pensar en algo que, para qué mentir, también deseaba desde que se había marchado.

—Y que se nos peguen las sábanas por culpa de la humedad y el calor mientras hacemos el amor por la mañana.

—Sigue... —sugirió excitado.

—Que el único ruido, aparte del del mar, sea el de nuestros gemidos; sentirte dentro de mí una y otra vez, moviéndote con esa suavidad con la que solo tú sabes.

—Estoy muy excitado ahora mismo. Aún estoy a tiempo de dar la vuelta y llevarte a casa para follarte hasta dejarte sin voz.

Joder, la temperatura había subido muchísimo dentro del coche y yo tenía unas ganas tremendas de jugar.

Deslicé mi mano izquierda por su hombro, bajé y empecé a acariciarlo muy cerca de su entrepierna. Pero no íbamos a tener tanta suerte; los coches empezaron a moverse y apenas me dio tiempo a jugar un poco. Pasamos por debajo del puente de Brooklyn y justo después, a la derecha, había una entrada a un aparcamiento. Un chico le indicó dónde podía dejar el coche. Antes de bajar, me rodeó la cara con sus manos para darme un largo beso.

—Te he echado demasiado de menos. No sé si voy a ser capaz de estar un mes sin verte —confesó.

Salimos del coche y me ofreció su brazo para que lo agarrara. Caminamos hasta la entrada de un restaurante que estaba al borde del río, de ahí que se llamara The River Café. Un ambiente de luces tenues rodeado de verde, un enclave que nos daba una vista perfecta del puente iluminado y del *skyline* de la ciudad.

Nada más entrar por la puerta y sin decir nada, uno de los camareros nos llevó hacia una mesa al final de la sala. Estábamos al lado de la ventana y podíamos disfrutar de las vistas.

Jason me ayudó a quitarme el abrigo y a sentarme, como un auténtico caballero. Y, sin saber el motivo, me puse nerviosa como el primer día.

El camarero recogió nuestros abrigos y Jason se sentó a mi lado, muy cerca.

—Eres preciosa —me dijo con una voz aterciopelada que me puso el vello de punta.

Me acerqué a él. Su olor invadió mi nariz y mis labios sintieron la incipiente barba fruto de varios días sin afeitarse. Le di un beso en la mejilla. Y es que, para mí, todo él era perfecto: sus ojos, las arrugas que se le formaban alrededor cuando se reía, su manera tan natural de sonreír, su nariz bien perfilada y...

—Me estás intimidando, *tiny* Tina —susurró.

—Solo contemplo mi regalo de cumpleaños.

—Pues tu regalo está deseando meterse entre tus piernas —me dijo al oído.

Colé mi mano por debajo de la mesa y la coloqué, sin vacilar, en su entrepierna. No tardó en ponerse dura, y suspiró.

—Si sigues así, cuando llegemos a casa, voy a ser una auténtica bestia.

—Hoy quiero que lo seas.

—Tendría que haberte llevado a casa, joder, me haces perder la cabeza y quería hacerte el amor con calma...

Le sonreí, pero sin intención de apartar la mano. Un camarero empezó a traer platos sin ni siquiera enseñarnos la carta ni preguntarnos qué queríamos. Jason me comentó que íbamos a probar el menú degustación y que por un día iba a saltarse su dieta vegetariana. No solía hacerlo, pero disfrutaba comiendo y era una ocasión especial.

—Últimamente no te estás conformando con comer solo verdura... —comenté.

—Por lo visto voy a necesitar proteínas esta noche.

En cuanto probé aquellos platos, entendí el motivo por el cual Jason no quería renunciar a ellos. El sabor tenía el poder de hipnotizarte y no te dejaba centrarte en nada más. Jason se mostró de lo más atento y cariñoso conmigo.

—Me has cambiado la vida —soltó entre bocados—. Desde que estamos juntos no puedo pensar en otra cosa que no seas tú. Estoy impaciente por acabar con todos los compromisos que me quedan y poder estar contigo.

—¿Y qué pasará, Jason?

Sí, me aventuré a preguntar sobre el futuro, ya que ahora yo deseaba, cada vez más, hacer realidad mi sueño junto a él.

—No lo sé, pero lo único que tengo claro es que estaré a tu lado.

¿Podía ser más irresistible? Sí, y lo estaba consiguiendo: me acariciaba, me besaba el cuello y el hombro, me daba de comer con sus manos y me dedicaba los mejores halagos que jamás había oído.

Pero lo mejor llegó con el postre. El camarero trajo varios platos: uno con el puente de Brooklyn hecho de chocolate; otro, con diferentes dulces. El primero traía una vela encendida que soplé mientras todo el restaurante cantaba a coro el cumpleaños feliz; el tercero tenía una caja roja con el logo dorado de Cartier en la tapa. Un sudor frío me recorrió la espalda, no sabía qué iba a encontrar dentro. La palabra matrimonio me vino de golpe a la cabeza y me sorprendí al darme cuenta de lo mucho que lo deseaba.

Si Coral y mi familia pudieran verme en ese momento, no me reconocerían... ¡Ni yo misma lo hacía! ¿Qué era eso que sentía? El corazón me iba muy rápido y era incapaz de moverme para descubrir lo que se escondía en su interior. Jason tomó la iniciativa ante mi bloqueo.

—Tina, tranquila, te has puesto blanca —dijo mientras cogía la cajita y la abría delante de mí. Me deshinché. No sabía si por el alivio que sentía o por todo lo contrario. Aun así, lo que me mostraba era hermoso: un fino colgante de oro rosa con un diamante en el centro rodeado de ópalo también rosa.

Era precioso.

Y desmesurado... La joyería de esa marca era carísima, no merecía algo así.

—Te has quedado descolocada —insistió en un tono más serio—. ¿Estás bien?

—Es... es... Joder, ahora mismo no tengo palabras.

—¿Esperabas otra cosa?

¡Zas! Pillada con las manos en la masa. ¿Realmente lo esperaba? No, la verdad; de repente era yo la que estaba pisando el acelerador.

—Martina, mi pequeña, te voy conociendo cada día más —insinuó mientras sacaba el colgante de la cajita.

Se acercó y, retirándome el pelo a un lado, me abrochó el colgante. De pronto noté su respiración y dijo unas palabras que me dejaron noqueada:

—Estoy tan loco por ti que cogería un avión ahora mismo y me casaría contigo en Las Vegas —murmuró detrás de mi oreja.

La confesión me encantó y me agobió.

—Pero no quiero casarme así contigo, no —continuó—. Quiero ir despacio, disfrutar de ti y hacerlo con mimo. No soy alguien que tome decisiones impulsivamente, ya lo sabes.

—Lo sé.

—Y yo sé, por la mezcla de esperanza y susto en tu cara al ver la caja, que estabas esperando otra cosa. Lo siento...

—¡No! —contesté dándome la vuelta para mirarlo a la cara—. Todo es perfecto, es solo que...

—Estamos evitando una conversación que, por lo visto, empieza a pesarnos a los dos. Apenas hemos hablado de cómo lo haremos, ni dónde ni cuándo. Pero te prometo que haré lo posible para que lo nuestro funcione.

—Te quiero, Jason —dije con el corazón en la mano—. Eres un sueño, un anhelo que creía imposible, y míranos.

—Sí, míranos. Te quiero con locura, Martina. Contigo soy quien realmente quiero ser.

Nos dimos un beso cargado de deseo. Un apetito que debíamos saciar en otro lugar al que no tardamos ni media hora en llegar.

En cuanto entramos en el ascensor las palabras se acabaron entre nosotros. Éramos dos personas con el mismo objetivo: comerse el uno al otro. Ya en su apartamento, sacó la bestia de la que tanto había alardeado: me agarró de la cintura para levantarme del suelo, me llevó hasta la habitación y me soltó encima de la cama con brusquedad, lo que me puso todavía más cachonda.

Me despojó de los zapatos y sin ningún tipo de delicadeza me arrancó las medias. Estaba descontrolado y tenía que admitir que me gustaba verlo así: bruto y rudo.

La ropa empezó a desaparecer de mi cuerpo y del suyo. Me obligó a abrir las piernas y empezó a comerme con ansia. Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo, haciendo que me agitara. Su lengua se movía en mi sexo sin parar y yo no podía contener los gemidos; luego metió uno de sus dedos en mi vagina y no pude evitar arquear la espalda. Estaba tocando el cielo.

Su lengua y su dedo se acompañaban de tal manera que mi placer aumentaba sin medida, pero lo justo para no correrme. Era obvio que quería echar a volar y llegar a mi objetivo, pero primero quería planear un rato, sentir aquello más tiempo.

Al poco, uno de sus dedos viajó hacia un lugar inexplorado por nosotros, sobre todo por mí. Jamás había experimentado en esas fronteras de mi cuerpo, pero parecía que él iba a recorrer todos los lugares desconocidos. Jason tenía el poder de derretirme entre sus brazos y de deshacer todos mis miedos. Yo me dejaba llevar, porque tenía la certeza de que entre nosotros había amor.

Aproveché mi humedad para jugar con mi ano y, muy poco a poco, meter apenas la punta de su dedo. Seguía lamiéndome y jugando con sus dedos de forma alterna; yo estaba tan excitada que iba a perder la cordura. Estaba a punto de tomar las riendas y empotrarlo contra la cama, pero su lengua me lo impedía. No quería dejar de sentir cómo la movía en círculos y los espasmos que me producía.

Y me dejé.

Me dejé hacer lo que él quiso.

Solo con su boca y sus dedos exploradores, logré correrme con una intensidad que me hizo agarrarme al nórdico de la cama. Esperaba que aquel piso estuviera bien insonorizado, porque no pude contener los gemidos que su lengua me causaron.

Cuando recuperé el aliento, intenté tomar el control, pero él no me lo permitió. Aquella noche él quería hacerme subir al cielo; se colocó entre mis piernas y me penetró con la misma brusquedad con la que habíamos comenzado a hacer el amor.

Nuestros gemidos y movimientos se acompañaban a la perfección y pensé que en cualquier momento se correría, pero estaba siendo incansable.

—Vas a destrozarme, Jason...

—¡Chsss! Calla —ordenó sin dejar de embestirme.

Pasó un brazo por detrás de mi espalda y me levantó, quedándose de cuclillas y haciendo que la penetración fuera mucho más profunda. Los dos cambiamos a un ritmo mucho más relajado, pero más intenso. Nuestros cuerpos estaban totalmente pegados y, por la posición, podíamos besarnos sin parar.

—Te amo, Tina —susurró entre mis labios.

Aquel hombre había cambiado mi vida y mis objetivos para siempre. Ya nada volvería a ser lo

mismo.

Nunca más volvería a serlo.

Barcelona

Era feliz. Mi relación con Jason cada día iba mejor. Después de mi cumpleaños cada vez pasaba más tiempo en su piso, así que fui trasladándome casi sin percatarme. Las dos últimas semanas que tuve el estudio de Brooklyn disponible apenas pasé por allí. Jason me cedió un buen trozo de armario e hizo que me sintiera como en mi propia casa.

—¿Pero tú has visto esto? —pregunté retóricamente—. ¡Si tienes mucha más ropa que yo!

—Soy un tío presumido —bromeó.

El vestidor era una pasada, además de que todo estaba ordenado. Mis cosas apenas llenaron la mitad del hueco que me cedió, pero también era cierto que aún tenía en Barcelona toda mi vida; aquello solo era una tercera parte.

—En el fondo, siempre acabo poniéndome lo mismo. Ya ves que lo que más abunda son los trajes y solo me los pongo cuando es necesario. En mi día a día, ya sabes cómo voy.

—Sí, si pudieras, irías solo en pelotas y no saldrías de casa —aseguré.

—Exacto... —respondió con un toque de excitación.

Aquel día lo hicimos allí dentro. Y al siguiente en la cocina, mientras preparábamos la cena; y así en todos los rincones.

El tema de la prensa aprendí a sobrellevarlo, pero seguía informándome sobre lo que se decía de él y de mí, porque no nos escondíamos ni evitábamos las muestras de cariño en público, nos daba totalmente igual. A veces, ver mi cara en algunas páginas web y leer los comentarios de fans enloquecidas causaba un impacto negativo en mí, pero, a fin de cuentas, la que estaba viviendo un sueño era yo y no iba a dejar que nadie me lo arrebatara. Tenía un nuevo puesto como traductora en una importante editorial de Nueva York y estaba experimentando lo que era el amor, el de verdad.

La última semana de trabajo en la productora fue muy intenso. Un montón de sensaciones golpearon a todo el equipo. Por una parte, estábamos deseando terminar el guion y dejar que volara, pero, por otro, nos negábamos a despedirnos de él. No queríamos separarnos y prometimos que seguiríamos en contacto y que quedaríamos de vez en cuando para irnos de copas.

Pero es que justo la segunda semana de marzo yo me marchaba a Barcelona durante un mes y quería pasar el poco tiempo que me quedaba en Nueva York con un melencólico y barbudo Jason. A pesar de esa dejadez exigida por el guion, me seguía pareciendo el hombre más irresistible del mundo.

Quedamos en que, a mi vuelta de Barcelona, saldríamos los cuatro de copas a celebrar el galardón que, sin lugar a dudas, ganaría Lisa. El premio lo otorgarían a finales de marzo y yo no estaría en la ciudad, pero lo seguiría de cerca para felicitar a mi amiga desde el otro lado del charco. Lisa se había convertido en alguien muy especial, y no solo para mí. Jason le tenía un aprecio enorme por todo lo que nos había ayudado a dar nuestro brazo a torcer y a dejarnos de tonterías. Ella también estaba viviendo una época muy bonita con Ansel, incluso estaban buscando un lugar al que irse a vivir juntos, aunque con calma. No se trataba solo de encontrar un hogar, sino de mentalizarse para el cambio de vida.

El día que cogí el avión lloramos demasiado. Jason me repitió un millón de veces si había metido la llave del apartamento en la maleta, ya que cuando volviera, él seguiría rodando en Arizona. El fin de semana de mi vuelta él volaría a Nueva York para el reencuentro. Me recordaba a mi padre cuando me fui de viaje de fin de carrera; se lo dije y se quedó pensativo.

—Me parece muy bizarro que me acabes de comparar con tu padre —respondió.

—Eres igual de pesado —repliqué.

—Me preocupa el hecho de que cuando vuelvas, tengas problemas para entrar. Es solo eso. Te voy a echar mucho de menos, *tiny* Tina.

Delante de la puerta de embarque, nos abrazamos y besamos por última vez. Un beso que quería disfrutarlo bien, guardarlo en mi memoria e incluso en mi piel.

Me pasé parte del viaje sufriendo por lo mucho que ya lo echaba de menos, pero también pensaba en la gente que me esperaba en el aeropuerto de Barcelona: mis padres, Coral, Nico y Eder. Se habían puesto todos de acuerdo para ir a buscarme y tenía unas ganas terribles de abrazarlos. Pero me dolía dejar a Jason durante un mes.

Ambos nos convencimos de que sobreviviríamos, de que intentaríamos hablar por videollamada cada día, y lo que surgiera... Pero se me hacía un mundo tenerle lejos; me había ayudado a creer en mí, a ser consciente de que tenía talento y de que no debía cerrarme a vivir nuevas aventuras, sobre todo en el terreno laboral. Se había convertido en mi mundo.

En cuanto salí por la puerta de llegadas del aeropuerto del Prat, noté el cambio de clima y reconocí el olor de la ciudad que me había visto nacer. El corazón me iba a mil por hora y estaba deseando verlos a todos. No tardé en localizarlos: mi padre sostenía un ramo de flores enorme y mis amigos una botella de cava que descorcharon en cuanto me vieron aparecer. Me abalancé sobre mis padres llorando como una niña. Una niña que llevaba tres meses lejos de casa, viviendo un sueño al que, tarde o temprano, volvería. Lo difícil iba a ser explicarles mis planes de futuro; pero no era el momento ni el lugar para contarles que iba a pasarme todo ese año fuera. Acababa de llegar y no quería darles tal disgusto, porque sabía que no iba a ser una noticia fácil de procesar.

—¡Mi niña, estás preciosa! —dijo mi madre sin soltarme.

—¡Estás cañón, perra! —soltó Coral reclamando un abrazo.

En cuanto mis padres me soltaron, nos enganchamos como lapas y empezamos a llorar todavía más. Su olor, el calor de sus abrazos y su melena incontrolable eran reales, volvía a estar cerca de ella.

—Joder, te he necesitado tanto —confesó.

—Y yo; al principio pensé que iba a volverme loca —contesté.

—Y lo has hecho, guarrilla... —murmuró entre dientes para que solo yo la escuchara.

Luego les di un abrazo a Nico y a Eder, con quien tuve sentimientos encontrados. Nuestro abrazo fue verdadero, incluso fraternal. Noté que me había echado de menos y yo a él también. Era mi vasco favorito, con el que más me reía, pero sabía que en el fondo tenía unos sentimientos hacia mí que no eran correspondidos. Teníamos una conversación pendiente. Advertí que se había perfilado la barba e, incluso, me atreví a destacar que se había puesto más grandote...

Nico sujetaba la botella de cava abierta y mi padre repartió unos vasos de plástico para que brindáramos allí mismo.

—Por mi hija, que ha hecho un guion para una película de Hollywood y va a triunfar —soltó como brindis.

—Por vosotros, por ayudarme desde aquí y por animarme a que tomara una de las mejores decisiones de mi vida. Gracias a todos —brindé.

La gente nos miraba raro, pero no nos importaba en absoluto. Éramos así.

Después de aquello fuimos a comer los cinco a un restaurante del barrio. Yo fui con mis padres en el coche y ellos tres se fueron en el de Nico. Mi madre no tardó en preguntarme por Jason.

—Demasiado bien —confesé suspirando—. Estoy muy feliz de estar aquí, pero ya le echo mucho de menos.

—¿Te trata bien? ¿Te quiere?

—Sí, mamá. Ahora entiendo por qué no he podido enamorarme de otra persona. Creo que el destino hizo que reservara ese sentimiento solo para él.

—Madre mía, cielo, destilas azúcar por todos los poros —bromeó mi madre—. Si tú eres feliz, nosotros también.

Aquellas palabras eran un gran avance. Desde que mis padres supieron que volvía a verme con él después de lo mucho que había sufrido por nuestra primera aventura, eran reticentes a la relación. Pero todo había cambiado tanto que no les había quedado más remedio que admitir la realidad.

—¿Y él? ¿Está rodando ahora?

—Sí, se iba a Arizona unas horas después de que mi vuelo saliera. Lo que me recuerda que debería decirle que he llegado de una pieza.

Saqué el móvil y le escribí un mensaje por Skype en cuanto el dispositivo me lo permitió. Iba a

ser nuestra vía de comunicación durante aquel mes.

No tardó en contestar y en decirme lo mucho que me echaba de menos. Decía constantemente que solo le quedaban dos proyectos y que todo estaría hecho. Nuestra idea de futuro vería la luz; nuevos proyectos personales y profesionales.

La comida fue de lo más divertida y distendida y, a pesar de mi cansancio, fui capaz de explicarles cosas sobre la ciudad: la cantidad de luces, de ruido y de gente que había en aquella loca metrópoli. Sobre mi trabajo no pude hablar mucho, ya que había firmado un contrato de confidencialidad que no me permitía dar detalles. Me preguntaron por mi relación con Jason y la cara de Eder cambió, así que intenté zanjar el tema rápido. Coral no paraba de insistir en el tema, así que me vi obligada a hacerle un gesto para que se diera cuenta de que estaba empezando a ser incómodo.

Hacia las tres de la tarde, por fin llegué a mi piso. La sensación de hogar que tanto añoraba en Nueva York al fin volvió a mí. Saqué lo imprescindible de la maleta y me dispuse a darme una ducha. Calculé las nueve horas de diferencia que me separaban de Jason; en Arizona serían las siete de la mañana. Encendí el portátil, abrí la aplicación de Skype y probé suerte.

La tuve.

—Buenos días, *tiny* —saludó a través de la pantalla.

—Deberías estar aquí —contesté.

—Lo sé. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—He dormido a ratos, pero estoy destrozada porque mis padres y mis amigos se han empeñado en ir a comer fuera. Necesito dormir.

—Si te sirve de consuelo, yo casi no he descansado. Me he acostumbrado a tu cuerpecito a mi lado y ahora me cuesta horrores dormir.

—Tienes una pinta terrible. ¿Has pasado ya por maquillaje?

—Vaya, gracias por el cumplido —contestó con una sonrisa—. Todavía no.

Los dos empezamos a reír. Se le veía dejado y cansado. Era cierto que el guion le exigía ese aspecto, pero estaba horrible.

Apenas pudimos hablar, pronto lo reclamaron para prepararse para el rodaje y no sabíamos cuándo volveríamos a coincidir.

Mi primera semana en Barcelona la aproveché para ponerme al día con Coral, comer en casa de mis padres y retomar la rutina del piso. La tarde del jueves quedé con Eder y nada más vernos volvimos a darnos un abrazo.

—Dime que no te vas a ir otra vez —suplicó.

—Todavía no se lo he dicho a nadie, eres el primero al que le voy a contar mis planes de futuro.

—Vaya, no sé si sentirme importante o...

—Eder, eres alguien importante para mí, de verdad. Sé que tenemos que hablar; lo último que

quiero es hacerte daño, por eso quiero ser sincera contigo. Te quiero muchísimo, pero te considero un hermano al que explicarle todo lo que me pasa. Entre nosotros hay muchos sentimientos, pero tienen matices muy diferentes.

Lo cogí de la mano y él me la apretó. Me dedicó una sonrisa enmarcada en su frondosa y perfilada barba.

—Es cuestión de tiempo, Tina —confesó—. Te agradezco que seas tú la que haya sacado el tema, ya sabes que soy un poco...

—¿Tímido? Lo sé.

—Bueno y dime, ¿qué planes de futuro tenéis?

Me encantó que incluyera a Jason en la pregunta. Al fin me sentía en paz con él.

Le expliqué que dentro de tres semanas volvería a Nueva York, que trabajaría desde allí. Le dije que estaban invitados si querían venir de visita, ya que mi estancia se iba a alargar hasta octubre; lo había sugerido Jason.

En otoño, nos pondríamos a buscar residencia en Barcelona e intentaríamos vivir entre las dos ciudades.

—Pero la idea es estar aquí casi todo el tiempo, ¿no?

—Sí, además tenemos planes profesionales que me incluyen en su productora. Quiere que esté en el equipo de selección de proyectos y eso me obliga a viajar de vez en cuando, pero pasaré gran parte del año aquí.

—Me alegro mucho por ti, Tina. Te veo feliz y... tan cambiada.

—¡Tú sí que estás cambiado! ¿Qué has hecho con mi amigo?

Se empezó a reír y vi un pequeño destello en sus ojos.

—Me cuido un poco más.

—¿Un poco? Yo creo que vas cada día al gimnasio; y esa barba tan cuidada... Pareces un modelo de esos que se van a poner a talar un árbol en cualquier momento.

—Bueno, algo he hecho ya.

—¿Qué me dices? ¿Pero tú no eras un ingeniero modosito centrado en su trabajo?

—Hay que salir de la zona de confort de vez en cuando; eso me lo enseñaste tú.

Me explicó, aunque me costó que lo hiciera, que estaba conociendo a una chica, pero que iban muy despacio. Cuando íbamos por la tercera cerveza, incluso me reconoció que todavía no se habían acostado.

—Tío, ¿en serio?

—Ya sabes, no es fácil cuando tu cabeza está pensando en otra persona.

¡Zas!

La chispa que empezaba a experimentar por el alcohol se me bajó de golpe.

—Solo necesito tiempo, ya te lo he dicho. Pero también te digo que, si Jason se atreve a hacerte

daño, le va a faltar mundo para correr.

Lo entendí. Yo en su lugar estaría igual; lo estaba llevando mejor de lo que pensaba.

Cuando volví a mi piso fui directa al portátil para intentar comunicarme con Jason, pero no hubo manera. Nuestra comunicación era caótica. No había manera de coincidir. Él apenas tenía tiempo libre y cuando lo tenía, yo solía estar durmiendo. Había días en los que me iba a dormir tarde para poder hablar con él, pero se nos fue de las manos. Sabíamos que hasta que no volviéramos a Nueva York y nos viéramos no sería lo mismo.

No solo anduve de picos pardos por Barcelona, también estuve trabajando y arreglando el visado para pasar una larga temporada en Estados Unidos.

Una tarde, mientras estaba enfrascada en la traducción, recibí una llamada por Skype. Di un bote pensando que sería Jason, pero en cuanto vi el nombre de Lisa me vine abajo.

—Joder, yo también me alegro de verte —soltó.

—Perdóname, Lisa, es que pensaba que sería Jason y...

—¡Tranquila! ¿Cómo lo llevas?

—Pues trabajando en la traducción. ¿Y vosotros?

—¡Ya tenemos apartamento! ¿Y sabes qué?

—¿Ya lo habéis estrenado? —pregunté con una sonrisa.

—Buf, ayer fuimos con la decoradora y, en cuanto se largó, me empotró contra la pared y... madre mía, Tina.

—¿Puedes dejar de darme envidia? Me fui hace una semana de Nueva York y apenas he hablado con Jason. Así que imagínate cómo estoy.

—Piensa que ya queda menos —me consoló—. En cuanto llegues, tienes que venir, me muero por enseñártelo.

En ese preciso instante, Jason apareció como conectado. Me despedí de Lisa y lo llamé corriendo. Necesitaba verlo, saber si estaba bien...; en cuanto lo vi, supe que no.

Estaba más delgado que la última vez y con peor aspecto. Me dieron ganas de coger el primer vuelo a Arizona para estar con él.

—Estoy bien, es que hoy sí que he pasado por maquillaje antes de hablar contigo.

—Joder, pero estás mucho más delgado.

—Lo sé, me recuperaré, tranquila —dijo sonriendo—. ¿Cómo estás tú?

—Si hablara más a menudo contigo, mejor. Pero entiendo que es complicado.

—Lo sé, *tiny*... Me tienen absorbido.

—Yo sí que te voy a absorber en cuanto te vea.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó excitado—. Quiero saberlo...

—En cuanto entres por la puerta no te voy a dejar ni hablar. Creo que no vamos a dar ni dos pasos.

—Joder... Ya me estás poniendo cachondo.

—Le veo susceptible, señor Graves.

—Eres mi debilidad.

—¿Sí? ¿Hasta qué punto lo soy?

—Hasta el punto de que en veinte minutos tengo que salir del camerino para rodar una escena y sería capaz de correrme solo con verte en la pantalla.

Sin cortarme un pelo, me quité la sudadera y la camiseta para quedarme en sujetador delante del ordenador. Lo miré y vi cómo bajaba su mano izquierda hasta su entrepierna; yo hice lo mismo.

Con la otra mano me desabroché el sujetador y dejé mis pechos al descubierto.

—Daría lo que fuera por tocarte, joder.

—Lo harás.

Seguimos tocándonos hasta que ambos conseguimos lo que nos habíamos propuesto. Una sensación de liberación y de necesidad afloró de nuevo en mi cuerpo. Nos habíamos visto, pero no nos habíamos tocado. Nada tenía que ver aquello con estar cerca el uno del otro, pero debíamos conformarnos, no teníamos otra cosa.

—Me haces cometer locuras —confesó después de volver del lavabo—. Pero, joder, no sabes cuánto necesitaba esto. Es la primera vez que hago algo así.

—¿En serio?

—Sí. Eres única, Martina, que no te quepa ninguna duda. Contigo sé lo que es el amor.

Esas palabras tenían mucho más peso viniendo de él. Su percepción del amor había cambiado mucho en apenas un año y lo compartía conmigo; me hacía responsable de sus despistes y de las ilusiones que le provocaba el enamoramiento.

Un auténtico sueño.

Que no tardó en quebrarse en mil pedazos.

La fragilidad de un sueño

A las dos semanas de estar en Barcelona, una noticia lo puso todo patas arriba. Un suceso inesperado que, debido a su repercusión, cambiaría de forma drástica mi futuro.

Más bien, nuestro futuro.

Aunque me había visto forzada a privatizar mi cuenta de Instagram por mi relación con Jason, empecé a recibir mensajes privados con la misma pregunta: «¿Qué opinas de la exclusiva de Amanda Ross?».

Al principio decidí bloquear todos aquellos mensajes, ya que lo que hiciera ella con su vida no me interesaba. Lisa me aconsejó que hablara con Jason sin precipitarme y con la mente abierta y eso me llevó a investigar sobre lo que aquella mujer había podido decir.

Consulté las últimas noticias de Amanda y me topé con una foto de ella, radiante y estupenda, anunciando su embarazo. A medida que avanzaba la entrevista, se acercaba el momento de desvelar la identidad del padre de la criatura y no se cortó ni un pelo.

Aseguraba que iba a tener a su bebé ella sola, que era fruto de su antigua relación pero que no pretendía que él se hiciera cargo. Vamos, que no necesitó decir su nombre, porque era obvio de quién se trataba: Jason Graves.

Sentí una presión en el pecho que me impedía respirar. Calculé: si Amanda estaba de cinco meses, se había quedado embarazada en noviembre y, por lo que había hablado con Jason, no cabía la menor duda de que era muy posible que fuera cierto.

Aquello lo cambiaba todo.

Mi móvil empezó a sonar; era un número de teléfono que desconocía. Lo cogí sin pensar.

—*Tiny*... —respondió en cuanto descolgué el teléfono.

—¿Es cierto, Jason?

Se quedó mudo. No articulaba palabra, solo oía su respiración. No era buena señal.

—Esto me ha pillado por sorpresa —reconoció.

—Y a mí, obviamente.

—No dejes que esto, lo que puedan decir, nos influya.

—Amanda está diciendo que espera un hijo tuyo, ¿cómo quieres que no me influya?

—Joder...

Me bloqueé. La conversación dejó de tener sentido y apenas pude continuar hablando con él. Le pedí que me dejara pensar, necesitaba procesar la noticia y la manera en que nos afectaba.

—Llámame, por favor, sea la hora que sea. Si no lo cojo, te devolveré la llamada. Tina, te quiero, tú eres mi mundo y nada más importa.

Nos despedimos. Tenía una sensación nueva en mi cuerpo, no sabía cómo llamarlo ni cómo gestionarlo, pero al colgar me derrumbé. Empecé a llorar y no podía contenerme.

¿Cómo se suponía que debía actuar?

¿Cómo podía mantenerme impassible ante un suceso así?

¿Qué se hacía cuando la persona que más quieres espera un hijo con otra persona?

¿Era realmente ese hijo de Jason?

Las cuentas no fallaban. Pensar que no era suyo era muy rebuscado, todo apuntaba a que era de él. Todo estaba siendo demasiado perfecto entre nosotros, demasiado fácil como para ser cierto. Tarde o temprano tenía que complicarse todo. Nunca falla, siempre hay algo que te hace tropezar y no te deja vivir de forma plena las cosas buenas.

Aquel día estuve recluida en casa, pensando en la situación y en cómo me sentía por todo aquello. No podía dejar de pensar en ese bebé y en todo lo que suponía para mis planes de futuro con Jason.

Después de hablar con Jason, había apagado el móvil, el ordenador y me había tirado en la cama a asimilar todo lo que estaba ocurriendo. Se me pasaron las horas y me quedé traspuesta parte de la tarde hasta que el timbre sonó.

Miré por la mirilla y vi a Coral. Estaba preocupada por mí; me había estado llamando y se había encontrado con que mi móvil estaba apagado.

En cuanto vio mi cara, supo que algo no iba bien y no pude ocultarle la noticia. Se lo expliqué todo.

—¿¡Qué!?! No puede ser... —gritó—. Debe de ser una broma, joder.

Busqué la noticia en su móvil y la leyó por encima. Se quedó pasmada.

Yo me mantuve inmóvil en el sofá, con las piernas cruzadas y mi mano derecha jugueteando con el colgante que Jason me había regalado por mi cumpleaños. Me recordaba a nosotros, a las promesas que nos habíamos hecho, a nuestro futuro juntos, que parecía ideal y prometedor.

Tenía la sensación de que habíamos dibujado ese futuro en la orilla de la playa y una ola gigantesca lo había borrado. No podía pensar con claridad, era una situación compleja y sabía que no podía tomar una decisión precipitada. Pero me dolía.

—¿Has hablado con él?

—Lo justo. Creo que necesito tiempo para procesar todo esto.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que le ha pillado por sorpresa. ¿Qué harías tú en mi lugar, Coral?

—Intento ponerme en tu lugar y... joder, si Nico me dijera que ha dejado preñada a otra, me pillaría un mosqueo considerable.

—Me siento estúpida. Vuelvo a tener la misma sensación que al principio; todo esto se me hace enorme y no quiero volver a sufrir. Tengo la certeza de que no va a ser nada fácil. No conozco a esa chica, pero no veo buenas intenciones en todo esto.

—Necesitas tiempo, piensa bien las cosas, no te precipites. Si él te quiere, hará lo posible por resolver la situación.

—Por mucho que me quiera, ese niño es suyo. No era así como debía ser; uno de sus mayores deseos es ser padre y... joder, parezco una zorra, pero no es con ella con quien tenía que serlo. Se suponía que iba a ser yo la que cumpliera su sueño. Mierda, ¿por qué todo tiene que ser tan difícil?

Me eché a llorar de nuevo. Porque era eso, ese era el motivo de todo. Me jodía muchísimo que me arrebataran una de las cosas que más me ilusionaban de mi futuro, algo que jamás hubiese creído posible. Y ella acababa de estropearlo.

—Tina, habla con él. Llámale y dile lo que me estás diciendo a mí, sé sincera.

Decidí hacerle caso. Encendí el móvil y las notificaciones y las llamadas perdidas aparecieron como un torrente. Mensajes de Coral, de Lisa y de Jason entraban sin parar. Me encerré en mi habitación y lo llamé.

No tardó en descolgar.

—Estaba preocupado.

—Ya, lo siento. Necesitaba desconectar durante un rato.

—Tina, voy a ir a buscarte a Barcelona, no puedo hacer frente a todo esto solo.

—¿Qué? ¿Venir a buscarme? ¿No se supone que tienes trabajo?

—Estoy intentando que me den unos días para tratar de solucionar toda esta locura y te necesito a mi lado.

—¿Solucionar? ¿Cómo se soluciona algo así? Vas a tener un hijo, Jason.

—¡Joder, es prácticamente imposible que sea mío!

—¿Cómo que *prácticamente*? Ella está convencida de que sí.

—Ella puede pensar lo que quiera, pero a mí no me salen las cuentas y las veces que he estado con ella no... —Dejó de hablar.

Se quedó pensativo.

—No ¿qué? —pregunté alterada.

—Juraría que siempre usé condón.

—¿Jurarías? ¿No estás seguro del todo? Joder, ¿tan difícil es ponerse un condón?

—Tina, tranquilízate...

—¿Que me tranquilice? Yo también sé contar y te recuerdo que menos de dos meses después estabas conmigo y que en ningún momento usamos condón. Tal vez sea normal para ti no hacerlo.

—No, Tina, para. Contigo es distinto, sabía que tomabas pastillas.

—A lo mejor pensaste que ella también lo hacía.

—No, con ella no fue así.

—Jurarías que no fue así, pero no estás del todo seguro. Joder, me podrías haber pegado cualquier cosa.

Noté cómo la sangre hirviendo me subía a la cabeza; mi enfado no hacía más que aumentar.

—¡No sería capaz de hacerte algo así, joder!

—Pues lo estás haciendo. ¡Vas a tener un hijo! —Empecé a llorar y a gritar—. ¿Cómo se supone que debo reaccionar? Oh, no, tranquilo cariño, no pasa nada, preñaste a tu ex y ahora tienes que hacerte cargo; cuando nazca el niño, jugaremos con él a las casitas —ironicé.

—No seas cínica.

—¿Ya has hablado con ella? ¿Ya os habéis puesto de acuerdo en cómo le vais a llamar?

—Martina, por favor, para —suplicó.

—¿Que pare yo? Me has prometido un cuento de hadas y se acaba de ir a la mierda.

—Frena, joder, no me hagas esto —seguía suplicando—. ¡Ese niño no puede ser mío, maldita sea!

—No me merezco esto —dije tajante—. Pensaba que eras alguien responsable, con unas obligaciones y unos principios inquebrantables. También creí que habías terminado con ella para siempre y ahora... Tal vez te irían mucho mejor las cosas con ella que conmigo, yo no soy nadie.

—¿Qué mierdas estás diciendo? Lo eres todo para mí, Martina, tú eres mi mundo. No pienso volver a perderte.

—Y yo no estaba dispuesta a volver a sufrir, Jason. Y lo estoy haciendo.

—No, joder...

Noté por su voz que se estaba derrumbado, pero yo no podía continuar de aquella manera. Fui sincera.

—Creo que ahora tus prioridades han cambiado por completo —empecé a decir sin saber muy bien a dónde quería llegar—. Lo mejor será que soluciones lo que se te acaba de venir encima y pienses qué es lo que quieres. Yo tenía muy claro lo que quería, pero esto se lo ha cargado todo.

—Sé muy bien lo que quiero, Martina —contestó autoritario—. Esto nos está jodiendo bien.

—¿Y qué pensabas? ¿Que iba a hacer como si nada?

—Pensaba que usarías más la cabeza y que nuestra relación era más fuerte que toda esta mierda.

—¿Me estás exigiendo que use yo la cabeza? Deberías haberla usado tú cuando estuviste con ella.

—Creo que deberías relajarte, hablaremos más tarde.

—Sí, claro.

Colgué.

Cuando salí de la habitación, empecé a llorar como una cría de nuevo. Coral me abrazó e intenté sacar toda mi rabia a través de las lágrimas.

Aquel día fue un auténtico infierno. Coral se quedó a pasar la noche conmigo y después de contarle mi conversación con él se quedó más desconcertada.

Ella no dejaba de repetirme que me relajara, que intentaba ponerse en mi lugar y que me entendía, pero que debía mantener la calma. Yo seguía empeñada en que me parecía surrealista que Jason no supiera si era suyo o no. No era tan difícil ponerse un preservativo, ¿no?

—Nena, a veces las cosas no son tan sencillas —lo defendió Coral—. Pero te sugiero que te hagas un chequeo, por si las moscas...

Al día siguiente decidí seguir el último consejo de Coral y hacerle una visita al médico.

No paraba de recibir mensajes de Jason y empezaba a sentirme muy agobiada; incluso intenté convencerme de que estaba siendo cruel con él, pero es que no conseguía cambiar mi percepción. No dejaba de repetirme una y otra vez que iba a tener un hijo y que ese bebé no tenía la culpa de las estupideces y locuras que hubieran cometido sus padres.

Locuras. Estaba cansada de tantas locuras y aventuras que desembocaban en un mar de lágrimas. No podía soportarlo más.

Lo peor fue cuando mis padres vinieron al piso a verme. No pude ocultarles lo que estaba ocurriendo y mi madre estalló.

Empezó a soltar de todo por la boca, pero así era mi madre, el temperamento en persona. Yo era un poco como ella, pero también había heredado algo de la calma de mi padre, que fue el único que me dio una de las mejores respuestas a aquella situación.

—*Sweetie*, sabes que hagas lo que hagas, siempre te apoyaré, pero me veo en la obligación de aconsejarte, por algo eres mi hija. Creo que esta situación te afecta, es inevitable, pero no es tu problema. Tu madre tiene parte de razón en lo que dice: debe ser él quien solucione sus problemas, y tú debes mantenerte al margen.

Tenían razón, pero mi cabeza y mi corazón decían cosas totalmente opuestas. Quería estar con él, nos había costado lo nuestro decidir estar juntos y nunca había sentido el amor de forma tan real y profunda; no quería perderlo. Debía apoyarlo, pero no podía solucionarle aquello. Era él quien debía hacerse cargo y tomar las decisiones oportunas.

Aquella noche respondí a una de sus muchas llamadas y empecé a tener las cosas más claras.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—No lo sé, supongo que más calmada. ¿Has hablado con ella?

—Yo no, lo ha hecho mi agente por mí. Ha considerado que debo mantenerme alejado de ella por ahora. Le he pedido realizar una prueba de paternidad prenatal, pero se ha negado. Ha dicho

que no piensa hacer nada que ponga en peligro su embarazo, así que no nos queda más remedio que esperar.

—¿Esperar? ¿Cuánto tendremos que esperar? ¿Y si eres el padre, Jason?

—No lo sé, Tina. Estoy perdido y agobiado. Estoy en medio de un rodaje complicado y, para colmo, esto. No estoy centrado en absoluto.

—Pues debes tomar decisiones —solté con valentía—. Hay un niño en camino y si resulta que es tu hijo, tendrás que hacerte cargo.

—Lo sé. Y tengo la sensación de que te estoy perdiendo; es lo último que necesito.

—Necesito tiempo, Jason. He estado pensando y creo que lo mejor es que me quede más tiempo en Barcelona. Quiero estar contigo y te apoyo en todo lo que decidas, pero eres tú quién debe encontrar la solución a todo esto.

—Cogeré un vuelo a Barcelona el primer fin de semana que tenga libre.

—No —contesté—. Ahora mismo, prefiero estar sola.

—No me hagas esto, sin ti estoy hundido del todo.

—Creo que lo mejor será que soluciones los frentes que tienes abiertos primero. No me veo con fuerzas de soportar algo así.

—¿Me estás dejando? —preguntó roto.

—No, pero necesito estar alejada de todo eso. Te pido que me mantengas al margen, no quiero sufrir; confío en ti.

Hubo un silencio entre nosotros. Estábamos experimentando algo nuevo; seguíamos juntos, pero no me gustaba en absoluto el rumbo que había tomado la relación.

—Está bien. Veré qué puedo hacer. Intentaré solucionarlo lo más rápido posible. Te quiero, Tina, no lo olvides.

—Yo también te quiero, Jason.

El piso se quedó de nuevo en silencio.

Me sentía destrozada. Los nervios se habían alojado en mi estómago y apenas me dejaban comer algo decente. Además, tenía un sentimiento de culpabilidad, no entendía por qué.

Sentía que debía apoyarle y no dejarlo solo, pero se me hacía demasiado difícil. Aquella noticia nos había cambiado y, sin quererlo, mis sentimientos habían mutado. Me sentía dañada y engañada, incluso menospreciada.

Y la cosa no mejoró.

En absoluto.

Días después, los medios pusieron el foco en su historia e iniciaron una persecución; en un descuido monumental, los pillaron a ambos saliendo de un hotel de Arizona.

La tristeza que sentía días atrás se convirtió en ira. Aquello sí que no iba a tolerarlo. En nuestras conversaciones no dijo en ningún momento que había quedado con ella para intentar solucionar la situación, me lo había ocultado. Y eso sí que no era un descuido.

Me puse neurótica y miré el perfil de Instagram de Amanda; su última publicación era en Arizona, donde se la veía muy feliz mostrando una incipiente barriga con el siguiente mensaje: «Al final todo vuelve a su sitio ♥».

¡Y una mierda! Me puse histérica y llamé a Jason para maldecirlo y decirle que se podía ir a la mierda.

—¡Relájate, Tina! —me pidió—. He ido a verla para aclarar las cosas, para intentar que se haga la prueba antes de tener al bebé.

—¿Y no podías contármelo? ¿En serio? No, era mejor que me enterara por la prensa y que me cabreara más. ¿Acaso me estás poniendo a prueba? ¿Por qué has ido a un hotel con ella?

—¡Tina, por Dios, relájate!

—Creo que me estás tomando el pelo. Que me lo hayas ocultado solo ha empeorado las cosas, no lo soporto más.

—No te lo he dicho porque estoy intentando cortar rápidamente de raíz toda esta mierda y no quería ponerte más nerviosa, pero veo que me he equivocado. Mi agente me aconsejó que me mantuviera alejado, que no me acercara a ella y he caído en su puta trampa. La llamé y le dije que viniera a Arizona para hablar e intentar solucionar todo esto. Le pedí discreción absoluta y me la ha jugado.

»Créeme, Tina, en la vida te engañaría. Tú eres mi mundo, lo único que me da motivos para continuar e intentar zanjear todo esto cuanto antes. Me prometiste que nada de lo que dijeran iba a influirnos.

—Lo siento, Jason. Pero esto me sobrepasa.

Se hizo el silencio entre nosotros. Solo oía su respiración entrecortada y mi corazón bombear a mil por hora. Supuse que él tendría el mismo nudo que yo en la garganta.

—Sé que no puedo pedirte que te quedes ni que me esperes eternamente ni que te mantengas impasible ante todo lo que voy a tener que hacer y lo que van a decir, lo entiendo —confesó—. Pero si te marchas, se acabó. No tengo más fuerzas, me siento atado de pies y manos. No me estás ayudando en absoluto. Creo que no te mereces esto, Martina. Te he fallado.

¿Estábamos rompiendo de verdad? ¿Lo nuestro se acababa ahí? Aquello me hacía pensar que lo nuestro era imposible. Vivíamos en mundos muy distintos, él y yo no teníamos nada que ver. Le quería con todas mis fuerzas, pero me dolía demasiado como para seguir luchando. Tiré la toalla.

Ambos lo hicimos.

La presión desde que la noticia había salido a la luz no había hecho más que crecer y, a pesar de que llegué a aceptar que iba a tener un hijo con su ex, no podía tolerar que me ocultara algo tan

gordo. Se había reunido con ella en secreto y, en un acto de fe, le creí, pero no podía pasar por alto una traición así. Lo consideraba una deslealtad; no le habría costado nada contarme que iba a verse con la tipa que nos acababa de hacer un jaque mate.

—Jason, yo... —Hice una pausa para pensar bien una respuesta, pero no la encontré—. No puedo continuar con esto.

—Tina, por favor, no me dejes —volvió a suplicar.

—Lo siento...

La Habana

Dolor. Escozor. Punzadas en el corazón. Insomnio. Pérdida de concentración. Hormigueo en las piernas. Dificultad para salir de la cama. Incontinencia lacrimal.

No, no era el diagnóstico de un médico, sino el de mi madre cada tarde diciéndome que moviera el culo y me pusiera a trabajar en las traducciones que tenía pendientes. Y tenía razón, debía hacerlo si quería aprovechar la oportunidad que había conseguido en Nueva York.

Me refugié de nuevo en el trabajo para no pensar y para no perder tiempo en internet y hacerme más daño. Además, no me quedaba más remedio que espabilar si no quería tener a mi madre demasiado tiempo merodeando por allí, profiriendo continuos insultos hacia el tío que había vuelto a destrozarme.

Físicamente estaba como un roble, pero anímicamente estaba hecha polvo. Salía lo justo de casa, para ir a comprar o al médico. Este me aconsejó que saliera, que viajara y que intentara hacer algo de ejercicio.

Decidí salir cada tarde a caminar una hora como mínimo y retomé uno de mis propósitos del año: alimentarme mejor. Implanté otra rutina que me aconsejó el médico: mirarme al espejo por la mañana y decir una cualidad positiva de la persona que veía reflejada.

Cuando llegó abril y el sol ya invitaba a ir casi en tirantes por la ciudad, Coral y Nico, y Eder cuando se asomaba por Barcelona, no dejaban de insistir en salir a tomar cañas por las tardes. Yo me negaba, pero una tarde no tuve escapatoria: Eder vino a buscarme.

—Dúchate —ordenó tajante—. Nos vamos, no puedes seguir así —soltó en cuanto le dejé entrar en el piso.

—Tengo trabajo, de verdad —me excusé.

—El trabajo puede esperar, ¡vamos!

Resoplé e intenté convencerlo de que no era buena idea, pero era un vasco muy testarudo, así que no me quedó más remedio que obedecer y arrastrarme por las mismas calles de siempre para terminar en el bar de siempre tomando las cañas de siempre. Aquello me recordó cuál era mi vida antes de la loca aventura en la que me había embarcado y que había naufragado desastrosamente.

Y es que ¿qué podía esperar de una loca aventura?

De camino, me preguntó cómo estaba, pero no fui capaz de dar un argumento sólido.

—Te veo mejor, Tina, aunque sé que es algo difícil de curar...

—Sí, intento mantener una rutina diaria, pero rodearme de mucha gente me agobia. ¿Y tú cómo

estás? Hablemos de ti. ¿Qué tal con tu amiga especial?

—Hemos dejado de ser amigos especiales. No quería hacerle perder el tiempo y antes de que fuera a peor decidimos ser solo amigos.

—Vaya, lo lamento.

—No, la verdad es que me siento mejor. No quiero seguir engañándome a mí mismo ni engañarla a ella.

Frené en seco. Lo miré y, sin quererlo, me vine abajo. Eder era alguien noble, leal y con buen corazón. ¿Por qué no me podía enamorar de alguien como él? ¿Por qué el amor era tan enrevesado y nos hacía enamorarnos de las personas más complicadas?

Entonces, allí, en medio de la calle, me abrazó. Me dejé consolar porque sus abrazos me reconfortaban, sentía la ternura y el cariño con los que me trataba; pero también sabía el amor que sentía y no quería confundirlo, porque yo lo quería como a un hermano.

—Gracias, Eder. Nunca podré devolverte lo que estás haciendo por mí.

—No lo hago para obtener nada a cambio, lo hago porque quiero. Saldremos de esta, ya lo verás.

Me sonrió y vi la luz; necesitaba rodearme de ellos e intentar olvidar lo malo que me había sucedido, pensar en un nuevo objetivo en mi vida.

Llegamos al bar y la pareja nos esperaba tomando unas cañas en una de las mesas de la terraza. Coral empezó a contarnos que en su trabajo estaban empezando a coser los vestidos de novia que habían diseñado en invierno y que estaba muy ilusionada; desde que había empezado a trabajar para esa firma de moda, su vida había cambiado muchísimo. Nico seguía como siempre y Eder nos anunció que la empresa le había propuesto ocupar un puesto permanente en Barcelona. Todo eran muy buenas noticias, una lástima que yo no pudiera decir nada nuevo ni bueno, mi vida se había pausado.

—Chicos, creo que es el momento perfecto para que planifiquemos unas buenas vacaciones —sugirió Coral, mirándome de reojo—. ¿Nos vamos a Cuba?

—¿Qué te ha dado a ti con ir a Cuba? —pregunté.

—Sabrosura, mi amor —bromeó mi amiga—. Venga, va. En junio tengo una semana de vacaciones.

—Yo no tengo problema —informó Nico.

—Yo tampoco; es más, me iría muy bien irme de vacaciones —añadió Eder.

Yo no respondí. Si no tenía ganas ni de bajar a la calle, ¿cómo iba a tener ganas de irme a La Habana?

Cogí el móvil y empecé a navegar por Instagram; fue un error: Jason había publicado después de mucho tiempo sin hacerlo. Me sacudió por completo, y no para bien.

La foto era del desierto de Arizona y la acompañaba con una frase: «No puede ser que estemos

aquí para no poder ser. Cortázar».

Una corriente de *hijoputismo* me recorrió por dentro y decidí contestar a su mierda de publicación retomando el juego al que solíamos jugar. Busqué en Pinterest la mejor frase para hacer daño y escogí una de las fotos que me había hecho en Nueva York. Apenas tardé tres minutos en tener una respuesta en condiciones: «Entonces lloré por él y lloré por mí, y recé de todo corazón para no encontrarme con él nunca más en mis días. Gabriel García Márquez».

Me aseguré de que le daba a me gusta en la publicación y, tan pronto lo hizo, bloqueé a Jason Graves en todas mis redes sociales.

Se acabó. No iba a dejar que volviera a hacerme daño. Era la segunda vez que pasaba por lo mismo, con la diferencia de que en aquella ocasión no teníamos una fecha de caducidad, sino unos planes de futuro esperanzadores, lo que lo hacía más doloroso y me daba más razones para alejarme de él de forma definitiva.

—¿Cuándo decís que nos vamos de vacaciones? —pregunté.

Remonté un poquito gracias al impulso que me llevó a bloquear a Jason, pero de vez en cuando me venía abajo. Me dio por leer libros de superación, de ayuda espiritual y esas cosas. También decidí probar a ir al psicólogo como me había sugerido mi médico y, aunque tuve que visitar varios hasta sentirme cómoda, a la tercera fue la vencida. Pensaba en el día a día y, como bien me sugería la gente que me rodeaba, centré parte de mi atención en el trabajo.

Hablar con Lisa era una montaña rusa emocional. Tuve que pedirle que no me hablara de Jason, a pesar de que me moría por saber cómo lo llevaba, si el niño que esperaba su ex era finalmente de él o si todavía pensaba en el futuro que habíamos planeado, pero no era bueno para mí. Así que nos limitábamos a hablar de su nueva etapa, de lo contenta que estaba a pesar de no haber ganado el premio, de su próxima novela, del rodaje y de mi trabajo en la editorial, donde empezaba a acumular proyectos. El trabajo iba genial, a pesar del vacío que sentía en el pecho.

Coral, sin embargo, era un huracán arrollador. Se estaba encargando de planificar todo el viaje y a mí me sabía mal no poner más empeño, pero es que su intensidad me desbordaba mientras yo me limitaba a dar pequeños pasos hacia delante.

Pero ya era un avance.

Eder aceptó la vacante en Barcelona y yo le ayudé a buscar un estudio en nuestro barrio; estaba en malas condiciones, pero entre los cuatro adecentamos aquel agujero y lo convertimos en un hogar. Su nueva vida estaba a tres calles de mi piso, así que muchas tardes, después de salir del gimnasio, se venía a caminar conmigo en mi rutina espiritual. Lo único que hacíamos era caminar, hablar y reír, y empezaba a ser una de las mejores terapias.

—Me encanta tenerte cerca, Eder.

—Y a mí. Me encanta ver la persona en la que te estás convirtiendo.

—Cuánto hemos cambiado en poco tiempo; tú antes no llevabas barba y ahora eres una mata de pelo enorme enganchada a un tipejo.

Se empezó a reír, pero era verdad. Con el tiempo había cambiado mucho; seguía unas rutinas diarias de gimnasio e incluso había empezado a hacer alguna sesión fotográfica para marcas de ropa independiente. Era un auténtico reclamo hípster.

—Solo te faltan los tatuajes —sugerí.

—Ni loco —soltó—. Antes me afeitó la barba a que me toquen con una aguja.

—¡Vaya! ¿Les tienes miedo?

—Miedo es quedarse corto.

Empezamos a reír, pero recordé mis temores y no pude mantener la sonrisa en mi cara.

—Yo también tengo miedo —empecé a decir—. Tengo miedo de no deshacerme del todo de mis sentimientos, de seguir queriéndole como el primer día y de no ser capaz de olvidarlo. Me encantaría, pero sé que no volveré a amar.

—No digas eso, Tina. Solo necesitas tiempo, está todo muy reciente y ha pasado todo muy rápido. El mazazo llegó justo en el mejor momento.

—Ya...

—Pero, vamos, si me lo encuentro alguna vez, como ya te dije, le faltará mundo para correr.

Aquello me hizo sonreír y continuamos con el paseo, que se había convertido en una obligación para nosotros.

A medida que se acercaba la fecha de nuestra escapada a Cuba, me involucré más en la planificación del viaje. Eder y yo íbamos a ir con una pareja que no dejaba de comerse a besos y eso nos ponía un poco nerviosos. Hicimos un pacto: si se ponían insoportables, nos iríamos por nuestra cuenta.

Coral y Nico habían empezado su relación con una energía envidiable, incluso se plantearon irse a vivir juntos cuando Eder se mudó a Barcelona, pareció darles envidia.

El 11 de junio cogimos el avión; aquel viaje fue un antes y un después en mi vida. Embarcamos ilusionados, con ganas de patear La Habana y disfrutar a tope. Y así lo hicimos. Viví cosas que me llevaron a plantearme nuevas metas y la primera era ser sincera conmigo misma, vivir y respetarme siempre, ese fue mi nuevo mantra.

A primera hora de la mañana el metro nos había dejado en el aeropuerto y había dado comienzo un viaje de casi veinte horas, con su correspondiente escala en París y sus casi seis horas de espera, que terminó por la tarde en el aeropuerto José Martí de La Habana. Cogimos un taxi que

nos dejó en la puerta del hotel. Dejamos las maletas, fuimos a cenar algo, tomamos una copa y volvimos pronto a descansar para patear la ciudad al día siguiente.

Con el hotel, tiramos la casa por la ventana. Nos alojamos las cinco noches en el Hotel Nacional de Cuba, que nos costó un buen dinero, pero valió la pena. Coral no quería jugársela y nos dio argumentos razonables para gastar un poco más.

El primer día visitamos La Habana Vieja y también la parte nueva; fuimos al Museo de la Revolución, después caminamos hasta la plaza de la Catedral, patrimonio de la humanidad, y seguimos hasta la plaza de Armas, origen de la ciudad. Callejamos hasta arrastrar los pies, comimos en la calle, nos hicimos fotos y tomamos café. Coral estaba como loca con la cámara en la mano, no dejaba de tomar instantáneas, estaba realmente entusiasmada con que estuviéramos los cuatro juntos de vacaciones.

El segundo día fuimos al Capitolio, recorrimos el Malecón y visitamos el barrio del Vedado.

Para el tercer día decidimos hacer una excursión a Viñales y contratamos a un chófer particular para no tener que depender de los transportes turísticos e ir más a nuestro aire. En el valle de Viñales vimos cómo se fabrican los famosos puros habanos y Eder se hizo con unos pocos. Además, visitamos el pueblo, muy rural y con casitas de una sola planta, cada una de un color distinto. Todo el mundo iba en bici o en coches tirados por caballos. Aquello fue una auténtica desconexión, sobre todo porque apenas había acceso a internet, justo lo que necesitaba.

Pero lo mejor fueron las playas del este, en particular la playa Megano. Nos levantamos muy temprano y llamamos al mismo chófer, ya que nos salía mucho más económico y nos daba libertad de horarios y de movimiento. Nos recomendó varios bares para comer y nos sugirió que por la noche visitáramos uno de los clubs de jazz más antiguos y famosos de La Habana: La Zorra y el Cuervo.

Nada más llegar a la playa nos metimos como locos en el agua. Ese día Coral y Nico estaban más empalagosos que de costumbre, pero Eder y yo nos habíamos acostumbrado a tanto azúcar y habíamos adquirido el poder de ignorarlos.

Decidimos ir a caminar por la orilla mientras los tortolitos se comían el uno al otro.

—Menos mal que estás aquí —dijo—. No sé qué habría sido de mí con estos dos sin dejar de tocarse.

—Deberían irse al hotel y no salir de allí en todo el día.

Cuando regresamos, estaban haciéndose fotos y no nos quedó más remedio que pasar por el objetivo de Coral; estaba inmortalizando cada momento. Nico le quitó la cámara y empezó a fotografiarnos a las dos juntas: saltando en la orilla, abrazándonos y dándonos besos.

Luego comimos algo donde nos había dicho Alfonso, nuestro conductor, y volvimos al hotel para darnos una ducha, descansar un poco y prepararnos para salir de fiesta.

Pero la parejita decidió tener una tarde de pasión por las calles de La Habana y Eder y yo nos

quedamos solos el resto del día. Caminamos hasta La Habana Vieja para tomar una copa, cenar y bailar un poco en La Bodeguita del Medio, donde pude descubrir una faceta suya que desconocía: bailaba salsa muy bien.

—¿Desde cuándo bailas así? —le pregunté intentando coger aire después de nuestro baile.

—Cuando te fuiste a Nueva York, me aburría un poco y quise hacer algo que jamás pensé que haría.

—Vale, bailar salsa.

—Exacto. Si aprendí algo, fue gracias a mi compañera de baile.

—Ella fue la que...

—Sí. Pero, ya sabes, seguimos siendo compañeros de baile y muy buenos amigos.

¿Por qué no podría enamorarme de alguien como él? ¿Y por qué pensé en Jason justo en ese momento?

Joder, no podía seguir mirándolo a los ojos. Me estaba viniendo abajo y no quería estropear aquel momento entre nosotros. El pensamiento de que podría haber hecho ese viaje con Jason y que podría haber vivido lo mismo que estaba viviendo Coral con Nico se alojó de manera canalla en mi cabeza. Debía eliminarlo. Jason la había cagado mucho. Con el tiempo, me sorprendía que yo hubiese sido capaz de tolerar que tuviera un hijo con otra mujer. Entonces me acordé de que solo quedaba un mes para que fuera padre y yo...

Yo debía seguir con mi vida.

—Eh, ¿estás bien?

—Sí, la cabeza me juega malas pasadas todavía.

—¿Quieres que caminemos un rato para despejarnos?

—¡Claro!

Caminamos hasta el Malecón. La música, el mar y la gente formaban una estampa idílica. Eder me arrastró a dar cuatro pasos de baile al son de la guitarra que tocaba un grupo de gente que estaba por allí; era encantador. Aquello era Cuba en estado puro; estaba siendo uno de los mejores viajes que había hecho hasta el momento.

Nos quedamos los dos mirando al mar, apoyados en el borde del muro que nos separaba de él. El barullo de la gente y las olas era delicioso y tranquilizador.

Sentí la irremediable necesidad de abrazar a Eder. Él me acogió e intentó que me sintiera reconfortada porque sabía lo que aquel gesto significaba; me estaba volviendo a hundir.

Empecé a ser consciente de todo lo que había vivido en poco tiempo, de que el destino es caprichoso y te lleva por el camino más complicado, en el que no paras de enfrentarte a retos gigantescos.

La vía fácil habría sido quedarme en mi casa, no ir a Nueva York e intentar enamorarme de la persona que realmente había estado apoyándome siempre. Pero no, había tenido que meterme en

una aventura de la que había salido perdiendo; había tenido que enamorarme de alguien complicado y alejado de mi zona de confort. Pero lo peor era recordar lo bien que me sentía a su lado, lo que sentía cada vez que me abrazaba y que me besaba.

Nada sería lo mismo.

No volvería a ser aquella chica que tanto me gustaba.

Inesperadamente, en aquel momento de reflexión interna, Eder y yo juntamos nuestros labios. Un beso tierno, lento y con mucha carga emocional.

—Lo siento —dije separándome de él.

No podía creer lo que acababa de hacer. Sentí muchas cosas, pero todas eran recuerdos que no había creado con él. Él no se merecía que le hiciera daño, él no se merecía que usara sus besos para recordar a Jason. Él se merecía a alguien que lo quisiera de verdad, que yo le quisiera igual que amaba a Jason.

—No debería haberlo hecho —me disculpé.

—Tranquila, yo tampoco te lo he impedido.

—Me sabe fatal, yo...

—Martina, no pasa nada, está todo bien —susurró—. Olvidémonos de todo, somos dos personas que han necesitado besarse en este momento y... Joder, Martina, te besaría a todas horas, cada vez que cierro los ojos te veo y cada despertar en lo primero que pienso es en ti. Mentiría si te dijera que no me ha gustado y que no quiero volver a hacerlo. Cuando lo has hecho, he tocado el cielo.

Eder estaba abriéndome su corazón y a pesar de que eran cosas que ya sabía, solo por la manera en la que las decía, me dejó sin palabras.

—Ojalá pudiera olvidarlo todo. Empezar de nuevo y escogerte a ti —confesé—. Eres una de las mejores personas que he conocido en mi vida, Eder.

Volvimos a fundirnos en un abrazo.

—Tina, si me lo pides, esperaré lo que haga falta. Haría lo que fuera por volver a besarte.

Entonces no sé qué me impulsó a hacerlo de nuevo. Agarré su camiseta y volvimos a besarnos, pero esta vez fue más intensamente y con notas de intención.

Comprobé, para mi desgracia, que aquellos besos no sabían como yo quería. Esos labios no eran por los que mis piernas temblaban, esa lengua no era la que me hacía estremecer; tampoco el olor del perfume que se colaba por mi nariz era el de Jason.

Jason estaba presente en todos mis movimientos, no era capaz de eliminarlo de mi mente y tampoco podía evitar imaginar lo que estaría pensando en aquel momento, mientras yo me besaba con otro.

Nos separamos otra vez.

—No hace falta que hagas nada para volver a besarme, ya lo acabas de hacer —contesté—. No

puedo pedirte que me esperes, porque eso implica que en algún momento voy a enamorarme de ti y... no te lo puedo asegurar. No quiero crearte falsas esperanzas. Te pido que conozcas a más gente, que intentes olvidarme y, si me lo permites, que me dejes ayudarte.

»Sigo enamorada de él y creo que lo estaré durante mucho tiempo. Lo que viví en Nueva York fue único. Es la primera vez que hablo de todo esto con un amigo y no con un psicólogo, pero ha llegado el momento de que me haga a la idea de que tengo el corazón roto en mil pedazos y de que, por mucho que intente pegarlo, siempre dolerá, aunque el paso del tiempo lo haga más leve. Ojalá, Eder, ojalá pudiera enamorarme de ti, porque tengo millones de motivos para hacerlo, pero hay uno que me lo impide y es él.

—No se merece que lo quieras, no se merece que una persona como tú se enamore y sufra como lo estás haciendo.

—Lo sé, me atormento cada día por ello, pero necesito tiempo. Nadie puede evitar enamorarse de la persona equivocada. Ojalá pudiéramos, ¿verdad?

—Siempre estaré a tu lado, Tina. Nunca te dejaré sola y sé que algún día tu corazón volverá a ser el que era.

Nos dimos otro abrazo, nos prometimos amistad eterna y decidimos salir a quemar nuestra penúltima noche en Cuba.

Volvimos a casa con un millón de sensaciones nuevas en la maleta, sobre todo yo. Sentía que aquellos tres personajes no solo eran amigos, eran familia.

Le pedí a Coral que me pasara alguna de las fotos del viaje para colgarla en Instagram y publiqué una en la que salíamos ella y yo saltando en playa Megano con una cita de Kurt Cobain: «El auténtico amigo es el que sabe todo sobre ti y sigue siendo tu amigo. Cobain».

En cuanto Coral vio la publicación, la repostó en su cuenta y me estrujó entre sus brazos.

—¡Si es que cómo no te voy a querer! De verdad, chicos, gracias por la paciencia que habéis tenido —dijo mirándonos a Eder y a mí—. Soy consciente de que hemos estado un poco empalagosos...

—¿Un poco? —soltó Eder—. ¡Casi nos hacéis vomitar arcoíris!

Nos empezamos a reír y nos preparamos para enfrentar una escala de ocho horas con el cansancio placentero del viaje de vuelta.

Veinte horas más tarde entraba por la puerta de mi casa y su silencio, su oscuridad y su olor me recordaron todo lo malo que había vivido los últimos meses.

Eso debía acabar.

Cogí una pequeña caja de cartón e introduje en ella todo lo que me recordaba a Jason, incluido su regalo de cumpleaños. Metí también fotos y la llave de su apartamento. Debía de haberme

deshecho de todas esas cosas, desde el principio; tal vez no lo hice porque creía en los milagros, pero había dejado de hacerlo.

Al día siguiente, me acerqué a una central de UPS y envié el paquete a su dirección.

Si lo nuestro había terminado, tenía que deshacerme de todo lo que me recordara a él.

Necesito olvidarte

Un día de julio recibí un correo electrónico de una importante revista nacional. Querían hacerme una entrevista por el trabajo que había hecho en la productora estadounidense y por mi labor en la adaptación del guion de la novela de la emergente escritora Lisa Knox. No sabía si aceptar, pero Coral me dijo que era idiota si me negaba, así que me puse de acuerdo con ellos y concertamos una cita para la entrevista y una pequeña sesión de fotos.

Llegué a la redacción puntual y el periodista que se había puesto en contacto conmigo me esperaba en el mostrador de recepción. Días antes me había enviado un documento con las preguntas que me haría; me parecieron interesantes, correctas y con el enfoque profesional que esperaba. Ni rastro de preguntas personales a las que no iba a responder.

—Bienvenida, Martina, soy Alfonso Cerdán —se presentó extendiéndome la mano.

—Gracias —contesté estrechándosela.

—Siéntete en casa —me dijo mientras me indicaba con la mano que lo siguiera.

Me llevó a una sala muy espaciosa donde tendría lugar la entrevista y la posterior sesión de fotos; me dijo que sería breve, dada mi reticencia a las cámaras. Me ofreció café y lo acepté de buen gusto, a pesar de que estaba nerviosa.

—Tranquila. ¿Es la primera entrevista que haces?

—Sí, nunca pensé que haría algo así. Bueno, no pensé que haría muchas de las cosas que he hecho.

—Tu nombre nos llegó hace tiempo, pero por motivos que no tenían nada que ver con lo que vamos a tratar ahora. Cuando salió la ficha del rodaje de *Sombras enemigas* y volvimos a ver tu nombre y que habías sido la encargada de traducir la novela al español, di la brasa a mi jefa para que te entrevistáramos. Chica, tan joven y estás a punto de reventarlo todo.

—No creo que sea para tanto...

—Sí, créeme. En muy poco tiempo has hecho muchas cosas.

—Sí, la verdad es que sí...

Entonces comenzó la entrevista. Las preguntas fueron desde cómo me había colado en un proyecto tan prometedor, a lo que simplemente contesté que tenía algunos contactos, sin decir nombres, hasta mi vuelta a Barcelona. También hablamos de los proyectos que tenía entre manos y si volvería a colaborar en algún guion a nivel internacional o, incluso, nacional.

—Por el momento no tengo ninguna oferta cinematográfica y la verdad es que me gusta el

trabajo que hago ahora. Traducir novelas es lo que siempre he hecho y, a pesar de que escribir un guion ha sido una experiencia brutal, no sé si volveré a tener la oportunidad de hacerlo de nuevo.

—¿Te gustaría?

—La verdad es que sí. Es increíble la manera en la que desgranas una historia y la adaptas. Te metes de lleno y durante el proceso crees estar dentro de ese mundo. Además, te lleva a conectar afectivamente con tus compañeros, todo se vuelve más íntimo.

—Martina, te deseo mucho éxito. Estoy seguro de que esta película llegará lejos.

—Yo también lo creo.

—Yo daría por finalizada la entrevista. ¿Quieres que te haga alguna pregunta más o así te parece bien?

—Me parece perfecto tal y como está. Gracias, Alfonso.

La sesión de fotos fue rápida. Vino una chica a arreglarme un poco el pelo y a maquillarme para evitar brillos. El fotógrafo me indicó que me sentara en una silla y que me quedara quieta, que pensara en que era una joven promesa del mundo cinematográfico y literario; realmente, yo solo pensaba en que había perdido mucho más de lo que había ganado en todo aquel tiempo.

Alfonso me acompañó hasta la puerta y, como periodista que era, no pudo evitar hacerme la dichosa pregunta.

—Oye, no quiero meterme donde no me llaman, esto es de manera extraoficial, pero... Antes te he comentado que tu nombre nos llegó por otras vías. Sabemos que tuviste una relación con Jason Graves, productor de la compañía responsable de la película y, bueno, se han dicho muchas cosas los últimos meses, pero no se ha confirmado nada. Parece que se lo haya tragado la tierra y pensamos que tú podrías saber algo.

—Lo siento, pero no voy a responder.

—¿Pero seguís juntos a pesar de todo lo que ha pasado?

—Alfonso, hasta ahora me he llevado una muy buena impresión de la entrevista que me has hecho, no me gustaría que se estropeará con preguntas personales.

—Sí, claro, perdona... Gajes del oficio.

—Ya, claro.

Me despedí de él y me fui a casa con un sabor amargo en la boca. Tenía la sensación de que pensaban que Jason me había metido en el proyecto por motivos personales y... Joder, en el fondo había sido así, ¿no?

Entonces recordé la conversación que habíamos tenido sobre eso y volví a sentirme mal. Lo echaba mucho de menos y no había día que no me acordara de algunos de los momentos que vivimos juntos. Y ¿a qué se refería cuando dijo que se lo había tragado la tierra? ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo lo llevaría Amanda? Se suponía que ese mes daba a luz... Me obligué a parar, ya estaba volviendo a caer.

Debía mantenerme alejada de todo eso.

Comí con mis padres y noté el ambiente raro. Mi padre estaba un poco decaído y mi madre, de mala leche. Pregunté qué ocurría.

—Queríamos ir a visitar a tu abuela la semana que viene, pero tu madre no va a jubilarse hasta septiembre. Tenía pensado acabar de arreglar la planta de arriba de la casa; ya sabes que pasaremos temporadas largas allí para estar con la abuela, que empieza a estar un poco... —contó mi padre.

—¿Mayor? Lo sé, a ver si voy a verla.

—Ya sabes que le encantaría que fueras unos días. Te prepararía sus huevos de codorniz a la escocesa.

Recordé los días de vacaciones y el olor de la cocina de mi abuela. Siempre que íbamos a visitarla me cebaba sin medida, pero yo disfrutaba con ella. Llevaba demasiado tiempo sin ir a verla y volví a sentirme mal. No estaba siendo mi mejor día.

Cuando volví a casa, fui directa al portátil y me lie con la nueva traducción. El libro era un coñazo, no me motivaba la historia, no tenía ningún sentido, pero solo era trabajo.

Una llamada entrante por Skype me obligó a parar. Era Lisa.

Las dos empezamos a gritar de emoción en cuanto acepté la llamada.

—¡Te echo mucho de menos! Me hice tanto a la idea de que volverías...

—Ya, yo también te añoro. ¿Pasaréis algunos días en Barcelona?

—De momento tengo que terminar la nueva novela, la editorial me va a matar si no entrego a finales de verano.

—¿Y cómo lo llevas?

—Podría llevarlo mejor, pero es que Ansel me ha tenido muy distraída estos últimos meses.

—Ya veo...

—¿Tú cómo estás? —preguntó seria.

—Bien, hoy no estoy muy fina, pero es que he tenido una entrevista y al final me han preguntado cosas que no venían al caso.

—Te han preguntado por Jason —dijo con rotundidad.

Me limité a asentir con la cabeza y a esquivar el tema, pero Lisa no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—Tina, esto no lo sabe nadie, pero creo que debes saberlo —dijo captando toda mi atención—. Amanda dio a luz hace dos semanas.

—Ah, pues muy bien. Espero que todo haya ido bien —respondí en un intento de disimular que me afectaba.

—No es su hijo, Tina —soltó de golpe mi amiga.

—¡¿Qué?! No puede ser...

—Y tanto que puede ser —soltó indignada—. ¿Te has parado a pensar en cómo está Jason? ¿Sabes cómo ha estado todo este tiempo? Ha rechazado proyectos, incluso algunos que ya tenía firmados. Por lo que me comentan colegas de la productora, ni aparece por allí. Está hecho una mierda, Tina.

—Hemos hecho las cosas muy mal desde el principio. Somos muy distintos y que me ocultara que se había visto con ella me jodió muchísimo.

—Mira, Jason no es ningún santo, no voy a defender lo que hizo, pero he visto lo desesperado que está desde que decidiste apartarte. Se equivocó y hasta que no pasó un tiempo no fue consciente de la cagada. Me dijo que solo quería arreglarlo cuanto antes porque creía que te iba a perder.

—Y lo hizo. Lisa, entiendo que también es tu amigo, pero me ha hecho muchísimo daño.

—Lo sé, cielo. Me entristece veros así, de verdad. Cuando estabais juntos se os veía tan bien... y separados sois dos almas en pena. No me gusta veros así, porque os quiero mucho y... Joder, ¿por qué todo tiene que ser tan complicado?

—Ojalá lo supiera.

Mantuve la compostura hasta que me despedí de ella, pero en cuanto cortamos la videollamada me derrumbé.

Me sentía víctima de una manipulación, de la mala intención de alguien que quería vengarse. ¿Por qué quería hacerlo? Yo no tenía respuestas a esas preguntas porque Jason tampoco me había dado pistas para sacar conclusiones cuando me habló de ella.

Decidí subir a casa de mis padres a contarles la noticia; no podía gestionar mis emociones sola y necesitaba compañía para no cometer ninguna locura, o sea, desbloquearlo de mis redes sociales, intentar hablar con él, incluso subirme a un avión e ir a buscarlo. Necesitaba un poco de cordura después de saber que ese hijo no era suyo.

Mi madre seguía con la misma cantinela: que fuera suyo o no no restaba importancia al hecho de que me había ocultado que se había visto con ella. Por si fuera poco, añadió más leña al fuego:

—Nosotros no sabemos si solo hablaron, cielo... —soltó mi madre con un notable enfado—. No me fio de ese hombre y lo mejor que ha podido pasarte es apartarlo de tu vida. Has estado más tiempo sufriendo por él que otra cosa.

—Ya... —contesté con voz frágil.

—María, por favor... —rogó mi padre—. *Sweetie*, no quería llegar a decirte esto, pero debes pasar página ya.

—No puedo, no soy capaz de dejar de recordar las promesas, los proyectos de futuro... Me ha hecho sentir cosas que nadie más ha hecho.

—Tú tampoco has dejado que nadie lo haga —replicó mi madre—. Mira, cielo, tienes a un chico que no te deja ni a sol ni a sombra, que te quiere y que te cuidaría como nadie.

Hablaba de Eder. Yo misma sabía que con él tendría estabilidad, tranquilidad, un futuro asegurado... pero no le amaba. Cada vez que pensaba en el amor me aparecían los ojos celestiales de Jason, cada picor en mi interior me recordaba su manera de agarrarme entre sus brazos, de besarme y de hacerme viajar a las profundidades de la lujuria. Cada vez que me sentía sola en la cama, me acordaba de cómo me abrazaba y lo cómodo que resultaba acostarse sobre su pecho.

No podía soportarlo más; me sumergí en un mar de lágrimas del que no podía ni salir, me estaba ahogando en mi propio llanto. Puse a mi padre nervioso, porque nunca me había visto tan mal.

—*Sweetie...* —susurró mi padre mientras me abrazaba.

Entonces se le ocurrió cómo hacer que cogiera aire, que volviera a respirar.

—Creo que deberías darte un tiempo —sugirió sin soltarme—. ¿Por qué no te vas una temporada con la abuela y, a modo de distracción, acabas de arreglar la casa? Hay algunos muebles por montar, pero lo más complicado ya está hecho; arreglaron la cocina y el baño hace dos meses. ¿Qué te parece la idea?

En un primer momento me pareció una locura, pero con el paso de los días me llegó a parecer una buena opción. Se lo comenté a mi psicólogo y creyó que me podría ir bien. Incluso me animó a escribir una especie de diario para volcar todos mis pensamientos negativos e inquietudes, para poder hablar de lo ocurrido con normalidad con el paso del tiempo. Escribirlo primero me ayudaría a normalizarlo y a pasar página.

A principios de agosto me compré un billete de ida a Edimburgo para ir a pasar una temporada indefinida con mi abuela. Coral, Nico y sobre todo Eder no se hacían a la idea de que volviera a marcharme, pero aquella vez sin fecha de retorno. Fue mi padre el que se prestó a llevarme al aeropuerto, sin grandes despedidas y con mucha calma.

Justo antes de embarcar, me dio un consejo que, de forma inevitable, me acompañó gran parte de mi viaje:

—Nadie es indispensable en la vida de nadie. Toda persona tiene un tiempo limitado en tu vida y un papel especial en tu historia. Quien se va, que le vaya bien y quien llega, bienvenido sea. Sentimientos mueren, sentimientos nacen, amistades se acaban y otras empiezan. Tómate el tiempo que necesites, pero vuelve. Vuelve con la mente despejada y sin tormentos.

—Gracias, papá.

Cogí aquel avión. Miré muchas veces atrás, pensando en si hacía lo correcto, pero había dado tantas vueltas y mi alrededor me evocaba tantos recuerdos que necesitaba una válvula de escape: enfrentarme a un nuevo escenario, sentirme una desconocida en una aldea de menos de doscientos habitantes, hacer un viaje en el que volver a encontrarme.

Supe que había hecho lo correcto en cuanto el viento fresco de la tierra de mi padre me azotó en los brazos, obligándome a sacar una chaqueta de la maleta. Me subí al bus que me llevaría a mi destino y, a medida que se acercaba y cruzamos el Forth Road Bridge, pude experimentar la

nostalgia que me producía todo aquello. Entonces me di cuenta de que desde que había terminado la carrera apenas había ido a visitar a mi abuela, y me avergonzaba. Me aterraba que me soltara un sermón por estar tantos años sin ir, pero en cuanto me vio doblar la esquina de Cunninghame House, se llevó las manos a la boca. Estaba más mayor, pero era ella. Tiré de mi maleta todo lo rápido que pude y cuando estuve a su altura, nos dimos un abrazo enorme.

—Cariño, eres igual que tu madre —me saludó mi abuela.

Yo, como de costumbre, me eché a llorar. Era raro el día que no lo hacía y ver a mi abuela después de tres años era motivo suficiente.

Vi que la fachada estaba arreglada y las ventanas eran nuevas. Mi padre se había esmerado mucho en que la antigua casa en la que se había criado no sufriera los estragos del tiempo. Las puertas eran las de siempre, pero restauradas. La casa siempre había tenido dos plantas diferenciadas, pero la de arriba había estado inhabilitada hasta hacía un año.

Mi abuela me invitó a entrar en casa para tomar un té y descansar del viaje. Siempre que íbamos de vacaciones dormíamos abajo; a pesar de la renovación de puertas, suelos y ventanas, se respiraba el mismo ambiente. Olía a madera, a té y a la comida que estaba preparando la abuela.

—Me alegra tanto que hayas venido —comentó—. Tu padre ya me ha avisado y me he tomado la libertad de limpiar y arreglar un poco vuestro piso.

—Abuela, no hacía falta, para eso vengo yo.

—Oh, cielo, sé que tienes que trabajar. Además, yo solo he quitado el polvo para que puedas instalarte cuanto antes. No quiero molestarte con mis visitas.

—¿Tienes muchas visitas?

—Bueno, de vez en cuando tengo alguna, sí...

—Abuela... ¿te estás viendo con alguien? —pregunté con una sonrisa en la cara.

—No le digas nada a tu padre, pero sí.

—¡Mírala! Abuela, me encantas.

Volví a darle otro abrazo antes de subir para ver en qué se había convertido todo aquello. En cuanto entré al que iba a ser mi refugio, aluciné: suelos de madera, paredes de piedra al descubierto combinadas con otras de color blanco y un recibidor con una puerta a la izquierda y otra enfrente. La primera daba a una cocina diminuta pero con encanto; la otra, al salón. Había un montón de cajas apiladas al lado del sofá, justo a la derecha de la puerta. Dejé la maleta y fui directa a abrir las otras tres puertas que había en el salón. Dos eran habitaciones del mismo tamaño con una cama de matrimonio cada una y con el cabecero colgado en la pared de ladrillos. La tercera supuse que sería el baño. Aquello les tenía que haber costado un dineral. Era cierto que no era muy grande, pero tenía un encanto brutal.

Se acababa de convertir en mi lugar favorito para desconectar; no podía haber escogido mejor sitio para rehacer los pedazos en los que me había roto en los últimos meses.

Tenía ganas de ponerme a abrir cajas y hacer que todo estuviera en su sitio. Aquello ya era un buen comienzo.

Tardé una semana en vaciar todo lo que había dentro de las cajas; poner los libros por orden en la estantería del salón, colocar las alfombras que estaban enrolladas en una de las habitaciones, colgar las cortinas y los cuadros. Mis padres me dieron total libertad para organizar la que se suponía iba a ser su segunda residencia.

Compaginé aquello con la traducción de una novela que me llevaba de cabeza. Salía a pasear una hora al día; en Culross era mucho más placentero, ya que caminar por el borde del río Forth o ir hasta el bosque Devilla para rodearme de silencio y vegetación no era lo mismo que hacerlo por las calles de Barcelona. Seguí con mi propósito de comer de forma saludable y de no saltarme ninguna comida. Los miércoles aprovechaba para ir a comprar verduras y fruta fresca en un puesto que solían poner en la plaza del mercado.

A principios de septiembre, mi padre me envió un paquete con la correspondencia y, para mi sorpresa, con la revista para la que me habían entrevistado. Ya casi ni me acordaba, pero me sentí extraña viéndome en una revista tan conocida de mi país. Al final habían puesto la foto en la que salía de perfil, mirando hacia abajo y sentada en una silla de madera. Le habían dado un toque nostálgico poniéndola en blanco y negro.

Hablé con mis padres y me dijeron que habían recortado la entrevista y que la habían enviado a enmarcar.

—Por Dios, papá... ¡Qué vergüenza!

—¡Calla, tonta! Estamos muy orgullosos de ti. Me ha dicho la abuela que no paras, te va bien estar ahí, ¿verdad?

—Sí. He avanzado mucho trabajo y me encanta la casa. Creo que he ganado algunos kilos, pero toda la culpa es de la abuela, que no para de invitarme a comer.

—*Sweetie*, aprovecha, que siempre has sido muy canija.

—Y que quede entre tú y yo: la abuela es un torbellino.

Mi padre se empezó a reír a pleno pulmón. Le chivé que tenía un amigo especial del pueblo de al lado y le encantó saberlo.

—¿Se la ve feliz?

—Muchísimo.

—Pues eso es lo único que me importa. Tu abuela es una mujer de carácter y sé que no se iría con cualquiera. Hay que dejarla vivir, ya ha sufrido bastante.

—Sí, me hubiera encantado conocer más al abuelo.

—Se fue demasiado pronto, pero dejó cosas muy bonitas.

—He colgado todos sus cuadros, papá; creo que es el mejor homenaje que le podíamos hacer.

—Le habría encantado.

—¿Vendréis pronto?

—En octubre.

—Vaya, pensaba que mamá se jubilaba a principios de septiembre.

—Sí, el viernes es su último día, pero tenemos que solucionar un par de cosas que nos han surgido.

—¿Ha pasado algo?

—No, temas de papeleo. Además, creemos que necesitas estar un tiempo más sola.

—Estoy mejor. A ver, todavía tengo sentimientos que me cuesta mucho enterrar, pero sé que es cuestión de tiempo.

—Ya. ¿Y si él volviera a aparecer en tu vida?

—¿Qué dices? Eso no va a ocurrir, lo nuestro se acabó.

—A ver, yo solo digo que si una persona realmente te quiere, se traga su estúpido orgullo y te llama para arreglar las cosas, ¿no?

—Me estás confundiendo, ¿hay algo que deba saber?

—Es solo que tengo demasiado tiempo para pensar y no me ha gustado verte sufrir tanto. Sería capaz de hacer cualquier cosa por verte feliz.

—Estoy en ello, papá.

—Sigue así, *sweetie*. Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme, ¿vale? Sea la hora que sea.

—Joder, papá, me estás preocupando. ¿Seguro que estáis bien?

—De fábula, pero estamos preocupados por ti, ya sabes cómo somos. Es solo eso: preocupación de padres.

—Estad tranquilos, la abuela ya me está cebando.

Aquella llamada me dejó desconcertada. Noté a mi padre un poco raro y más nervioso. Lo achaqué a que estaba deseando venir a Culross y el papeleo de la jubilación de mi madre no llegaba.

Entonces llegó el día en el que me encontré cara a cara con mi dolor y entendí muchas cosas.

I Need My Girl [3]

Aquel día mi vida dio un giro de ciento ochenta grados y reaccioné reclusándome en casa y cerrándole la puerta en la cara.

Todos los tormentos de los que había empezado a deshacerme volvieron en forma de huracán, rompiendo mi cordura en pedazos.

¿Qué narices hacía él allí y cómo sabía dónde estaba? Lisa no tenía mi dirección, nadie que tuviéramos en común sabía dónde estaba. Mis amigos tampoco sabían la dirección exacta. Los únicos que podían haberle dicho dónde me encontraba eran mis padres, pero eso no era posible. Mi madre no podía ni verlo, así que la descarté. Tenía que ser cosa de mi padre y no tardé ni un minuto en llamarlo.

—Era esto a lo que te referías con que te llamara fuera la hora que fuera, ¿no?

—Explícate.

—Le acabo de cerrar la puerta en las narices a Jason, papá. ¿Cómo se te ocurre darle la dirección? ¿Decías que querías verme mejor y no se te ocurre otra cosa que enviarme al lobo?

—*Sweetie*, yo no le he dado la dirección.

—¿Entonces quién? Nadie más la sabe.

—Sí.

—No se me ocurre quién; solo la sabéis tú y mamá.

—Ya.

¡Zas!

—No puede ser... ¿Ha sido cosa de mamá?

—Sí, y le acabas de hacer lo mismo que le hizo tu madre en cuanto lo vio en el portal de casa. Hazme caso: es mejor perder el orgullo por la persona que quieres, que perder a la persona por soberbia.

—Pero ¿qué narices he hecho yo para que cuando vuelvo a remontar me pongáis la zancadilla?

—Hija, habla con él. Escucha lo que tiene que decirte y luego decide. Creo que después de lo que ha pasado se merece...

—Merecer, merecer... —me burlé—. ¿Y yo me merecía lo que me hizo?

—Por supuesto que no. Pero él se ha tragado su orgullo para ir a buscarte; creo que deberías hacer lo mismo.

—No sé.

—Mira, no conozco a nadie más testarudo que tu madre. Si ella ha sido capaz de hablar con él, ¿no puedes hacerlo tú también?

—Necesito respirar, aunque sea unos minutos. Ya te diré algo.

Y colgué.

Fui directa a la puerta de entrada y apoyé la oreja. No oía nada, así que fui hasta el baño, me subí a la taza y me asomé un poco por la ventana. Jason estaba sentado en la escalera con la cabeza entre las manos. El corazón me iba a mil por hora y apenas podía respirar. Estaba sufriendo un ataque de pánico.

La última vez que lo había visto nos habíamos comido a besos en el aeropuerto para despedirnos. En ese momento, el escenario era totalmente distinto. No pensaba que volvería a verlo, y mucho menos allí.

Levantó la cabeza y se incorporó para acercarse otra vez a la puerta. Tocó con los nudillos y apoyó la frente en la madera vieja. Entonces pude ver su cara de nuevo, con una barba escasa y el pelo mucho más corto que la última vez. Estaba más delgado, pero seguía igual de guapo.

Giró la cabeza hacia la ventana donde yo me encontraba y casi me mato por impedir que me viera. Me quedé sentada en la tapa del váter y empecé a llorar.

¿Qué debía hacer?

Estaba en mi puerta, la única vía de escape.

No estaba preparada psicológicamente para mantener una conversación con él. Ni siquiera me lo había planteado en todo aquel tiempo.

Decidí que era demasiado pronto.

No iba a salir, ya se cansaría de estar allí fuera. Pero me había olvidado del factor abuela entrañable. En cuanto oí que abría su puerta para ver qué pasaba, me asomé por la ventana de la cocina.

—Joven, ¿estás esperando a mi nieta? —preguntó.

—Sí, pero se ha encerrado ahí dentro y no quiere verme.

—Vaya, por un momento pensaba que venías a buscarme a mí.

No pude evitar reírme. Mi abuela era única, espontánea y con un gran desparpajo. Entre todos iban a forzarme a hacer algo para lo que no estaba preparada. Porque no lo estaba, ¿no?

—Si no hubiera conocido a su nieta antes, me habría enamorado de usted sin dudar.

—Ay, joven, si me hubieras conocido con tu edad, te aseguro que estarías llamando a mi puerta como un loco.

—Pues entonces puedo decir que su nieta se parece a usted en eso.

—Empieza a hacer frío, te he traído una taza de té.

—Se lo agradezco muchísimo, porque no pienso moverme de aquí hasta que salga.

—Chico, pierdes el tiempo —zanjó mi abuela.

Entonces sentí que el corazón se me rompía todavía más. La idea de tener a Jason tan cerca, con la intención de hablar conmigo, y de que, por la contestación de mi abuela, se marchara, me aterró. Una ráfaga de valentía se asomó a mi pecho.

Mi abuela se adelantó.

—Hoy no saldrá, pero mañana tal vez se asome a la ventana. Pasado es probable que abra un poquito la puerta, lo justo para ver que sigues ahí. Y algún día, más pronto que tarde, se pondrá delante de ti. Se parece mucho a su madre.

—Ya lo he notado. Ambas han hecho lo mismo nada más verme —contestó.

Jason volvió a mirar a la puerta y a las ventanas, decidido a tomarse la taza de té y marcharse.

No dejé de observarlo hasta que lo vi desaparecer calle abajo.

Aquella noche cené sola en casa; no podía concentrarme en nada. Decidí no hablar con nadie sobre lo que acababa de pasar; era algo que debía hacer sola, eran mi vida y mis decisiones. Coral, que estaba en pleno cénit del amor, lo veía todo de color de rosa. Eder me habría dicho que lo enviara a pastar con las vacas, que en Culross había muchas. Lisa lo defendería a muerte y seguro que tenía un superargumento para que le diera una oportunidad. Y mis padres se habían alineado con él.

Estaba sola, como debía ser.

A la mañana siguiente, a una hora temprana, volvió a llamar a la puerta. Fui corriendo, pero no le abrí. Él sabía que me encontraba al otro lado y aprovechó para hablar.

—Tina, me enviaste un paquete a casa y he venido a devolvértelo. Bueno, en verdad he venido a buscarte, pero de momento te devuelvo lo que es tuyo. Por favor, necesito hablar contigo.

No contesté.

Esperé a que se marchara; me dio una tregua al mediodía. Abrí la puerta y cogí la caja que, para mi sorpresa, estaba igual que cuando la envié. Ni la había abierto.

Aproveché para tomar el aire y sentarme en el mismo escalón que él.

A quién quería engañar, me moría por volver a abrazarlo, a besarlo... pero sabía que no era tan sencillo; el dolor que todavía sentía estaba demasiado presente. Mi padre lo llamaba orgullo, pero para mí era dolor.

Mi abuela salió de su casa y en cuanto me vio, me sonrió.

—No me habías dicho que era tan guapo...

—Abuela, qué peligro tienes.

—Cariño, ¿cuánto tiempo vas a hacerle esperar?

—No lo sé, el que haga falta.

—No seas boba, el día que menos te lo esperas, la vida te arrebatara en segundos lo que más quieres. Y eso sí que no tiene vuelta atrás.

¡Zas!

Mi propia abuela acababa de darme una lección, pero de esas que escocían. Tenía toda la razón, yo misma ya sabía que en algún momento abriría la puerta para verlo cara a cara.

Pero era demasiado pronto.

Aquella tarde volvió a aparecer e hizo lo mismo que por la mañana: tocó con los nudillos y me llamó para captar mi atención.

—Veo que has recogido el paquete —dijo—. Esta vez te traigo algo que no he hecho yo. No quiero que pienses que lo estoy usando a modo de chantaje, pero ellos me han pedido que te lo dé y... ya me conoces, no sé decirles que no.

Oí que dejaba algo apoyado en la puerta. Siguió hablando.

—Martina, necesito hablar contigo, explicarte todo lo que ha pasado y por qué estoy aquí. He cometido errores, lo sé, y espero que me perdones. No estoy preparado para vivir sin ti.

Y con el corazón en trozos más pequeños que el día anterior, dejé que se marchara por el mismo camino.

Abrí para coger lo que me había dejado aquella vez: un sobre blanco enorme. Lo abrí en la pequeña mesa de la cocina y no pude evitar empezar a llorar al ver que eran dos dibujos: uno de Micah y otro de Margo. El pequeño nos había dibujado a los cuatro y había puesto nuestros nombres encima de nuestras cabezas; sobre la mía ponía «Tita Tina». Pero el que más me sorprendió fue el de Margo: había dibujado un corazón y dentro de él había escrito que me echaba de menos, que no quería seguir viendo a su tío triste y que ella sabía que si yo volvía con él, él volvería a sonreír.

Fue un golpe bajo. Estaba usando a los niños para romper el muro que yo había interpuesto entre los dos y no me parecía justo.

Al día siguiente se lo diría.

Porque aquello se lo tenía que decir.

Me levanté temprano para darme una ducha y desayunar con calma antes de que Jason volviera a aparecer.

Esperé en la cocina, muy cerca de la puerta, su llegada. En cuanto oí sus nudillos golpear la madera vieja, cogí la chaqueta y abrí de golpe. De nuevo nuestros ojos se encontraban, esa mirada celeste que tanto recordaba al fin se materializaba. Su mirada aún me lo decía todo.

Él avanzó hacia mí y yo cerré la puerta de golpe tras de mí y me puse la chaqueta.

—Daremos un paseo, no quiero hablar aquí.

—De acuerdo —contestó.

Bajé las escaleras yo primero, intentando coger aire y mostrarme implacable. No articulamos palabra hasta que nos adentramos por el camino que llevaba hasta la iglesia de West Kirk.

—Me has chantajeado con los niños, no mientas —le dije.

—No, yo solo te lo he dado porque lo hicieron para ti. Ellos me dieron el sobre cerrado que te dejé ayer y no me hacía gracia, me daba miedo lo que podría haber puesto Margo.

—Ya.

—Entiendo que, si te hubiera puesto algo horrible, me lo habrías tirado a la cara, como casi hace tu madre...

—¿Qué?

—Sí, pensaba que tú eras testaruda, pero tu madre ha sido todo un reto.

—Aún no sé ni cómo llegaste a convencerla para que te diera la dirección.

—No me has dejado explicártelo.

Frené en seco y vi cómo me miraba. Parecía que no hubiera roto un plato en su puñetera vida, esos ojos me pedían a gritos que me lo comiera, que lo empujara contra el pasto e hiciéramos el amor como solo él y yo sabíamos.

Pero no.

Yo ya no tenía la misma sensación y me pesaba más el dolor que el deseo.

—Pues empieza.

—Lo primero, siento todo lo que te hice, Martina —confesó—. Jamás quise hacerte daño, no tenía intención de perderte y jamás te habría engañado. Perdí el control, lo admito. Cuando saltó la noticia, tenía millones de frentes abiertos y el rodaje me impedía solucionar las cosas de forma rápida. Desde el día que aquella mentira salió a la luz, tuve la sensación de que tú y yo perdimos nuestro objetivo y enloquecí. Todo el mundo me sugirió que no me acercara a ella y aun así lo hice, caí en su trampa.

—Joder, Jason, unas veces tan desconfiado y otras...

—Sí, soy un imbécil. La cuestión es que la llamé por teléfono para intentar convencerla de que se hiciera la prueba antes de que naciera el niño y me dijo que vendría a Arizona a hablar conmigo en privado para mover el papeleo. Me engañó, trajo la documentación y me contó lo que quería oír, pero su intención era conseguir un titular y poner distancia entre tú y yo. Como es lógico, después de nuestra última llamada, todo se complicó. Mi agente me puso contra las cuerdas: Amanda me había tendido una trampa y, además, me iba a arrastrar hasta el final del embarazo antes de demostrar que ese hijo no era mío; y te perdí. Lo iba a dejar todo. Logré acabar la película y en cuanto llegué a casa, hablé con mi hermana para explicarle la situación. Creo que nunca, desde que nací, me había insultado tantas veces seguidas. Iba a ir a buscarte, porque de repente vi que me habías eliminado por completo de tu vida y enloquecí todavía más. Te seguía a través de los perfiles de tus amigos y te veía bien, pero yo seguía decidido a ir en tu busca.

—Eso suena a sociópata.

—He estado muy loco y perdido. Créeme, sociópata es poco para cómo estaba en realidad.

Llegamos a la iglesia y nos sentamos en uno de los bancos que había fuera, aprovechando el sol de la mañana.

—Luego vi que te ibas a Cuba y que estabas muy bien acompañada. Me temí lo peor y, como un puto egoísta de mierda, me cabreeé una barbaridad. Mandé a la mierda a mi agente, rompí el contrato de la última película que iba a rodar y no salí de casa en mucho tiempo.

—¿Y qué pasó? ¿Qué te hizo salir de casa?

—A Amanda se le adelantó el parto y fue un alivio para mí. Saber que ese hijo no era mío me dio una alegría tremenda y me demostró qué tipo de persona era ella. El tiempo que estuvimos juntos me había estado engañando con otro. Y no la culpo, mi cabeza ya solo podía pensar en una mujer. Cuando Lisa me preguntó cómo estaba, me hundí; ella nos había unido una vez y sabía que seguía hablando. Le pregunté por ti y me dio esperanza, aunque yo ya tenía claro que iba a ir a verte, tenía que devolverte lo que me habías enviado.

Yo lo escuchaba. Entendí, por la forma en la que explicaba todo, que no lo había pasado nada bien.

—Necesitaba deshacerme de las cosas que me recordaban a ti, necesitaba pasar página.

—Lo entiendo, pero yo te las devuelvo porque son tuyas.

—¿La llave de tu apartamento también? —pregunté.

—¿Está dentro de la caja? ¿Me enviaste la llave de casa por mensajería?

—¿Qué querías que hiciera? No quería nada tuyo.

—Pues es tuya y lo será siempre.

—Bueno, eso es cosa tuya. Si quieres que la enmarque y le ponga un pie de foto que diga «Esta es la llave del apartamento del señor Graves», lo haré.

Se quedó mirándome fijamente, con una media sonrisa. Sabía que el comentario le había molestado, pero no iba a ponerle en bandeja mi rendición; es más, todavía no me había convencido como para olvidar todo el dolor.

—Haré como si no hubieras dicho eso —añadió—. Tu madre y tú sois huesos duros de roer...

—¿Ves? Eso me interesa mucho. ¿Qué hiciste para convencer a mi madre?

—A finales de agosto decidí ir a buscarte. Ya había cerrado todos los asuntos legales con Amanda y no había ningún cabo suelto. Es más, Molly se quedó solucionándome algunas cosas para que yo no perdiera más tiempo.

»Llegué a Barcelona y lo primero que hice fue ir a buscarte. Me acordaba de tu dirección, así que fui sin pensármelo dos veces, hecho un manojo de nervios, pero allí estaba. El primer día me colé en el edificio y me tiré como tres horas aporreando tu puerta, hasta que salió tu vecino y, como pude, entendí que me decía que no estabas. Al día siguiente decidí esperar en la puerta de la calle.

—Uy, ¿te arriesgaste a que alguien te reconociera? Qué valiente...

Guardó silencio y tomó aire. Lo estaba poniendo nervioso, justo lo que quería.

—Entonces apareció tu madre y fui corriendo a saludarla, pero en cuanto me vio, se metió en el portal y me cerró la puerta en las narices.

—En eso he salido a mi madre.

—No lo jures.

Me reí.

—Empiezo a pensar que te gusta verme sufrir.

—Un poquito, pero continúa, que se pone interesante.

—No fue nada fácil. Lo intenté día sí y día también, pero es que ni pestañeaba. Incluso llegué a plantearme muy seriamente dejarlo, porque me podía traer problemas, pero el día que decidí que sería el último, me derrumbé delante de ella.

»Le pedí de rodillas y llorando como un crío que me escuchara, que me ayudara a recuperarte, que lo que más quería en este mundo era estar contigo. Ese día me miró de reojo y no me cerró la puerta; murmuró una hora y un lugar, en el que me presenté puntual y con todo lo que creía que debía enseñarles para que me creyeran.

Necesitaba procesar lo que acababa de escuchar; se había arrodillado frente a mi madre, desesperado, suplicándole que lo ayudara a recuperarme. Motivos de peso le tuvo que dar a mi madre para que esta cediera y lo ayudara.

—¿Qué le dijiste? ¿Qué le enseñaste?

—Todo a su debido tiempo. Creo que he hablado mucho hoy y necesito agua.

—Pues yo creo que llevo demasiado tiempo esperando explicaciones.

Me levanté y me puse a andar. Tomé el mismo camino por el que habíamos llegado hasta allí y él me siguió.

—Tina, te lo estoy explicando, no te cierres en banda.

—Claro que lo harás. Vamos hasta el Biscuit Café, a ver si se te espabila la lengua.

Por un momento pensó que nuestra conversación había terminado ahí, pero yo me moría por saber lo que venía a continuación.

Quince minutos más tarde, y sin haber retomado la historia, entramos en la cafetería más famosa de Culross, donde hacían unos pasteles buenísimos.

—Dos cafés con soja y un agua para el caballero, no se vaya a atragantar de tanto hablar —le dije a la camarera que, con una sonrisa, nos atendió—. Greta, ¿hoy tenéis tarta de zanahoria?

—Justamente hoy sí —respondió.

—Pues ponme un trocito.

—¿Usted quiere?

—No, gracias, no vaya a ser que la tarta me impida seguir hablando.

Greta, la camarera, se alejó riendo. Iba muy a menudo a aquella cafetería, así que acabé

conociendo a la gente. Un día le había explicado que mi estancia en Culross se debía a una ruptura y supuse que al verme entrar con él supo que se trataba del sujeto en cuestión.

No tardó en traernos lo que le habíamos pedido y en sembrar la ironía en la mesa.

—Los cafés, la tarta para la señorita y, sobre todo, el agua para el caballero. Recuerde, hay que tomarla poco a poco para no atragantarse.

No pude evitar reírme. Hacía tiempo que no lo hacía de aquella manera, tan despreocupada. La cara de Jason era un poema.

—Me encanta la forma en la que te ríes, incluso sabiendo que lo haces de mí.

Tosí para recomponerme un poco e intentar encauzar el tema. Quería saber cómo había convencido a mi madre.

—Continúa —indiqué con la boca llena.

—Me reuní con tus padres en el lugar que me había dicho tu madre, muy cerca de donde vivís. Tu padre se mostró muy receptivo, le debo un favor enorme; con tu madre fue mucho más complicado. Les enseñé la prueba de paternidad y les expliqué lo mismo que te he explicado antes. Me disculpé un millón de veces y, si fuera necesario, lo haría otra vez. Les dije que te quiero con locura, que eres tú la persona con la que quiero compartir el resto de mi vida en Barcelona.

En ese momento un trozo de tarta se me atragantó. ¿En Barcelona? ¿Les explicó nuestros planes de futuro?

—Vaya, ahora la que necesita agua eres tú —dijo acercándose la botella.

La bromita me reventó en la cara, era el momento de ponerse seria.

—¿Y así fue como te dio la dirección?

—No.

—¿Ni con esas fuiste capaz de convencerla? Joder con mi madre...

—Aquí es donde entró en juego tu padre.

—Sí, ya se encargó de allanarte el terreno conmigo.

—Te digo que a tu padre le debo la vida, sé que me defendió delante de tu madre y que gracias a él y a mi último argumento ella acabó cediendo.

—Vale, ¿y qué argumento es?

—No es el mejor sitio para explicarlo.

—Ay, mi madre, ¿qué le hiciste?

—¡Nada! Solo que para esto último necesito tiempo y cambiar de sitio.

—Joder, y yo que pensaba que ya había pasado el tiempo suficiente.

—Sí, mucho tiempo perdido sin ti a mi lado...

—Ahora no me vengas cantando a Kasabian. ¿Te has propuesto ablandarme o qué?

—Claro, si no, ¿cómo querías que lo hiciera?

Sonrió; eso sí que me hacía bajar la guardia. No podía resistir mucho más las ganas de abrazarlo, de darle un beso o, simplemente, de tocarlo.

Vi que no iba a explicarme el final y le pregunté por su familia. Cuando me fui de Nueva York, su madre seguía afectada por la pérdida de su padre, su hermana estaba inmersa en proyectos muy importantes y los niños... los echaba de menos.

—Mi madre mejor, pero cuando se enteró de que no ibas a volver le afectó mucho.

—Solo me ha visto un par de veces.

—Ya, pero me ha visto feliz a tu lado y para ella es suficiente. Molly está enloquecida, creo que la hostia que me dio cuando le dije que te había perdido llevaba parte del estrés que tiene.

—¿En serio?

—Creo que no nos peleábamos desde que éramos unos críos, pero sí. Me dio la bofetada más fuerte que jamás me han dado.

—Tengo la sensación de que la gente ha hecho las cosas por mí. Yo me he limitado a estar sentada, a intentar no pensar en nada y avanzar. Sin embargo, la gente que me rodea ha intentado ponerme las cosas fáciles.

—¿Y lo han conseguido?

—Me han ayudado, sí, pero la procesión va por dentro. ¿Y los niños?

—Son niños. Son conscientes de las cosas, pero siempre tiran adelante sin hacer preguntas. Aunque Micah ha preguntado mucho por ti y, sorprendentemente, Margo también. Al final la convenciste, le gustas mucho.

—Gracias por traerme sus dibujos.

—¿Qué dibujó Margo?

—Hasta que no me lo expliques todo no pienso decírtelo.

—Puede esperar entonces. ¿Y el trabajo? ¿Lo llevas bien?

—De maravilla, es lo único que funciona ahora mismo. He hecho varias traducciones y se han sorprendido de mi eficacia. No tenía mucho que hacer, así que adelanté trabajo.

—Los has mal acostumbrado. Ahora tendrás distracciones y no irás tan rápido.

—¿Distracciones? ¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Porque soy un engreído y si convencí a tu madre, sé que te convenceré a ti.

—No cantes victoria tan pronto.

Volvió a sonreír y... ¿a quién quería engañar? Mi corazón lo había perdonado en el momento que llamó por primera vez a la puerta, aunque mi cabeza me decía que debía ir con calma, que no había prisa, que debíamos aclarar las cosas antes de lanzarnos de nuevo a la aventura.

Seguimos charlando sobre el trabajo, me explicó que había estado parado todo este tiempo y que en breve tendría que retomar proyectos. La productora funcionaba y a él le iba bien, pero había frenado proyectos que debían comenzar pronto.

—Entonces, ¿pararon el rodaje solo por ti?

—Sí, pero les convencí para que contrataran a otro en mi lugar; les presenté a un colega, hizo una audición y me libré.

—Eso está muy bien.

—Sí, aunque ahora me han propuesto hacer teatro y me lo estoy pensando mucho. Es algo que siempre he hecho, pero todo depende de si lo que tengo planeado sale bien o no.

—¿Vas a explicarme de una vez el final de la historia? —pregunté antes de terminarme el café.

—Vale, ¿nos vamos?

Me levanté de golpe, dejé diez libras encima de la mesa y salí disparada de la cafetería despidiéndome de Greta. Jason me seguía desconcertado, pero ahora era su turno. Quería que me explicara cómo había convencido a mi madre.

Jason se hospedaba en Dunfermline y había alquilado un coche para aquellos días. Al ver mi cara de incertidumbre, me dijo que solo nos llevaría dos horas, que pararíamos de camino a comer algo y que después me contaría el final, que no podía hacerlo en cualquier sitio.

—¿Quieres que lo lleve yo? —pregunté riéndome.

—¿Ahora que le he pillado el truco a esto? No —contestó riendo—. Es jodido, pero aprendo rápido.

—Madre mía, vamos a morir...

—Confía, *tiny* Tina.

Mi corazón dio un triple salto mortal hacia atrás y se estrelló contra el suelo. Me quedé petrificada y sin saber cómo reaccionar, había usado el diminutivo con el que me llamaba cuando estábamos juntos. Pero la verdad era que nos seguíamos queriendo con las mismas ganas o, incluso, por mi parte, todavía más. Estar tan cerca y no poder catarlo era un acto de autocontrol enorme.

—¿Subes?

Me subí al asiento del copiloto y encendió el coche. *Where are you now?*, de Royal Blood, empezó a sonar. Sabía que lo había puesto de manera intencionada. Le pregunté por el grupo y me dijo que escuchar la lista de canciones que le había hecho en su Spotify le había ayudado a superar la distancia entre nosotros; él había añadido unas cuantas canciones que le recordaban a mí.

Qué romántico... Lástima que se estropeará todo tanto. ¿Por qué hay gente que se empeña en hacer daño a los demás? ¿Qué intenciones tenía Amanda para hacernos lo que nos hizo? No pude evitar preguntárselo.

—Cuando tuvimos los resultados, le pedí una explicación. Durante todo el embarazo me mantuve al margen de ella, Molly fue la que medió entre nosotros —explicaba mientras conducía.

Lo escuchaba con atención.

—Después de mandarla varias veces a la mierda, lógicamente mi agente se hartó de mí y me dejó tirado. No la culpo, aguantó demasiado. Cuando se supo que no era mío, Molly me sugirió que denunciara a Amanda, que hiciera público que ese hijo no era mío y que la dejara quedar mal ante la prensa, pero yo no soy así. Lo único que le pedí fue que me dijera por qué lo había hecho y qué intenciones tenía, aunque eran evidentes. Además le hice prometer que nos dejaría en paz y que no volvería a nuestras vidas.

—¿Y qué dijo?

—Que lo hizo solo para jodernos. Le dio rabia verme enamorado de ti, verme como nunca me había visto nadie. Cuando lo dejamos la primera vez fue porque teníamos objetivos muy distintos, pero a mi vuelta de Barcelona, ella me convenció de que debíamos estar juntos. Y mientras, se tiraba a su representante, el mismo que la dejó preñada y que ahora no quiere saber nada de ese pobre niño.

—Joder, qué enrevesado todo.

—Así que me prometió que nos dejaría tranquilos. Hecho la vista atrás y, si mi padre estuviera vivo, se habría sentido avergonzado por todas las cosas que he hecho. Me imagino su discurso y me pongo nervioso.

—Jason, no es culpa tuya lo que ha sucedido, sino suya y está claro que no supimos gestionarlo —confesé—. La distancia nos afectó y las malas decisiones acabaron con todo.

—Entonces... ¿ya me has perdonado?

—No flipes.

If I Say, de Mumford & Sons, empezó a sonar. No era un grupo que yo escuchara a menudo, así que me paré a escuchar la letra. Era una de esas canciones que había añadido él a la lista que yo le había hecho antes de irme a Barcelona.

*And if I say I love you,
well, then I love you*^[4]

Se me pusieron los pelos de punta. Él cantaba y... maldito sea, qué bien se le daba conquistarme. Tuve que hacer un ejercicio de contención para no pedirle que parara el coche y enredarme con sus labios y su lengua. Me moría por devorarlo y dejarlo sin aliento.

Demasiado tiempo sin vernos.

Demasiado amor contenido que no había hecho más que crecer.

Logré contenerme, en el fondo sabía que merecería la pena.

Condujo dirección Stirling y al cabo de una hora aparcó en un pueblo llamado Callander.

Comimos algo por allí; a diferencia de Culross, estaba mucho más habitado y equipado, pero sin perder el encanto de los pueblos escoceses.

No tardamos mucho en volver al coche y continuar hacia el norte. Seguíamos escuchando música y hablando de cosas que no tenían que ver con nosotros. No había manera, el detalle final de la historia tendría que esperar un poco más.

Media hora más tarde aparcó cerca del lago Earn, en un aparcamiento habilitado en el castillo de Edinample. Bajamos del coche y me pidió que lo siguiera. Obedecí sin dejar de pensar en

Caminamos y llegamos hasta un salto de agua enorme, era precioso. Me adelanté a él y fui hasta el borde del pequeño lago que se formaba bajo la cascada. Me agaché para meter un dedo en el agua, estaba congelada. Me levanté y me di la vuelta para decirle que me explicara de una vez lo que había ocurrido. Al verlo, no pude evitar llevarme las manos a la boca.

Estaba con una rodilla hincada en el suelo y con una cajita roja abierta delante de mí. Todo mi cuerpo temblaba y mi corazón ya no se conformaba con dar saltos mortales; aquello me había pillado por sorpresa.

—Martina, quiero casarme contigo —soltó—. Pero quiero hacerlo bien, despacio, disfrutando el momento. A tu lado no tengo prisa porque tienes el poder de hacer que el tiempo no me importe. Te amo desde lo más profundo de mi corazón.

Me acerqué hasta él y vi el anillo. Era un solitario con varios diamantes pequeños y otro más grande en el centro. No era capaz de articular palabra.

—Por Dios, di algo —murmuró.

—Joder, todo esto me ha pillado por sorpresa y...

—Martina, *tiny* Tina, mi amor, mi dulce esperanza, dame una respuesta.

Y no pude contenerme más. Me lancé a él para probar de nuevo esos labios que llevaban tentándome todo el día. Me agarró con el brazo que tenía libre y se puso de pie, levantándome a mí también. Lo rodeé con mis piernas y él me atrajo más hacia él, sin dejar de besarnos. No podíamos dejar de hacerlo.

—Yo también te quiero, Jason —contesté entre besos—. Claro que quiero casarme contigo.

Sonrió. Nos mantuvimos abrazados un rato, hasta que las nubes empezaron a avisar de que iba a caer un buen chaparrón.

Cuando nos separamos, me colocó el anillo y, para mi sorpresa, encajaba a la perfección.

Miramos al cielo y unas gotas nos cayeron encima, anunciando la inminente lluvia, así que pusimos rumbo al coche, cogidos de la mano y robándonos algún que otro beso por el camino. A los dos minutos empezó a llover con fuerza, calándonos hasta los huesos. Nos metimos en el coche corriendo y nos enzarzamos de nuevo en una maraña de besos y caricias. Necesitaba tenerlo ya, sentirlo de nuevo, mi cuerpo tenía hambre de él.

Las chaquetas empapadas nos estorbaban y nuestras manos se colaban por debajo de los jerséis

que se habían librado un poco de la lluvia. La calefacción del coche empezó a funcionar y la música sonaba. Todo nos daba igual, lo único que queríamos era sentirnos el uno al otro, sin importar lo que sucediera a nuestro alrededor. Estábamos solos en aquel lugar y la lluvia caía con fuerza, impidiendo que se nos viera desde fuera.

Lo arrastré como pude hacia la parte de atrás de aquel coche pequeño e incómodo que no nos impedía tenernos el uno al otro. La atmósfera que creamos en el coche fue única, incluso la música se correspondía con nuestro estado de ánimo. Vamos, que las canciones que sonaban nos invitaban a hacer el amor.

No podíamos esperar, nos necesitábamos en ese instante. No queríamos parar y conducir hasta casa, no podíamos soportar la espera.

La bestia que llevaba dentro decidió desabrocharle el botón y bajarle la cremallera del vaquero que, por culpa de la lluvia, estaba bastante mojado. Entonces metí la mano por dentro de su calzoncillo y rodeé su pene. Soltó un leve gemido.

—¿Cómo cojones querías que me olvidara de ti, haciéndome estas cosas? —soltó.

—Calla y hazme el amor —contesté.

Epílogo

Nos habíamos prometido muchas cosas en el pasado, tal vez demasiadas para lo poco que nos conocíamos. Palabras que habían salido en forma de petición sin conocer a fondo los problemas que nos iban a ocasionar. Quizá, de haber sabido lo que me iba a ocurrir, no hubiera viajado a Nueva York, pero no me arrepiento en absoluto de la aventura que me llevó hasta sus labios.

Y no solo hasta su boca, sino hasta las profundidades de su corazón, y a él del mío. Jamás había amado ni sufrido tanto en mi vida. Y es que en todas las historias de amor verdadero que había leído de autores ilustres siempre había notas de tragedia y de drama. No podemos evitarlo, los seres humanos tenemos tendencia a complicarnos la vida, a anteponer el orgullo y a huir de lo que nos hace daño.

Cuando me paraba a pensar y recordaba nuestra historia, me daba vértigo. Tantas idas y venidas se podían resumir en que, desde que nos habíamos conocido, no habíamos dejado de buscarnos, de intentar estar siempre cerca el uno del otro.

Desde que vino a buscarme a Culross, apenas nos separamos. Todo lo que vino después fue tal y como me prometió. La última promesa sí que la cumplimos: hicimos las cosas bien, despacio y disfrutando del momento. Cabe decir que estuvimos casi tres días sin salir de casa y que, cuando pienso en ello, solo siento vergüenza por lo que mi abuela debió de escuchar en la planta de abajo. Pero es que todo nos importaba un comino; estábamos cansados de pensar en el resto y no en nosotros, de dejar que los demás se metieran entre nosotros y que eso creara inseguridades en nuestra relación. Eso se había acabado.

Una semana después de que me pidiera que me casara con él, volvimos a casa. Durante esa semana recorrimos una parte de Escocia en su coche de alquiler, subiendo montañas, durmiendo en hoteles rústicos, haciendo el amor sin parar, visitando pueblos entrañables para volver a la habitación a retozar y así sucesivamente.

Cuando llegamos a Barcelona nos dimos cuenta de que Jason necesitaba un sitio donde instalarse y meter parte de sus cosas. En mi piso solo había sitio para las mías y durante un tiempo hicimos lo que pudimos. Yo estaba muy limitada económicamente y no quería depender de Jason ni dejar que él se hiciera cargo de todo. Para eso sí que me podía más el orgullo.

Hice números, tasé mi piso y con lo que debía de hipoteca no me salían las cuentas. No era una buena opción. Lo consulté con mi padre.

—¿Y por qué no lo alquilas? Ponlo a un precio que cubra tu hipoteca y un poco más.

—Sigo sin poder permitirme un piso más grande en Barcelona.

—Cariño, Jason tiene dinero, te lo ha dicho muchas veces.

—No voy a consentir ser una mantenida.

—*Sweetie*, ¡tienes trabajo! Tú pagas tus propias facturas, pero también tienes que entender que necesitáis un piso más grande.

—Joder, si piensas traer todo su vestidor a Barcelona, vamos a necesitar un palacio. No sé qué hacer.

—Piénsalo.

Entonces encontré el piso perfecto: cerca de casa de mis padres, con el espacio perfecto para los dos y con ese toque moderno que tanto buscábamos. Cuando fuimos a verlo, solo con ver mi cara, él supo que no tendría ojos para ninguno más.

Lo difícil fue enterarse de lo que costaba y ver que ni de coña podía permitírmelo.

—Te ha encantado, solo he tenido que verte la cara —me dijo mientras tomábamos un café cerca del piso de mis sueños.

—Es mucho dinero, no puedo permitirme una hipoteca de más de setecientos mil euros. He hecho números y es imposible; tengo dinero ahorrado, pero ni de coña tanto.

—*Tiny*... relájate. Algo podremos hacer.

—Estoy histérica.

—Lo sé, pero recuerda que tenemos que disfrutar del proceso, ir con calma...

—No, necesito traducir una novela a la semana para poder permitirme ese piso.

—No va a hacer falta —soltó de golpe.

—¿Qué?

—Sé que te vas a cabrear mucho conmigo, pero déjame hacerte una propuesta, ¿vale?

—¿Qué has hecho?

—Tu padre me dijo que te habías enamorado de ese piso, que lo tenía todo y que era perfecto. ¿Te acuerdas de que el otro día estuve casi toda la mañana arreglando papeles? —Asentí a modo de respuesta y con los ojos bien abiertos—. Bien, pues fui a comprar el piso.

—¿Qué? ¿Cómo? Pero...

—Calma, fiero, que no ha sido tan fácil. Como todavía sigo siendo extranjero, no podía comprarlo yo, así que recurrí a la única persona que sabía que podía ayudarme.

—Mi padre.

—Exacto. Yo solo he puesto el capital, el piso está a nombre de tu padre.

—Madre mía... os voy a matar. Pero el dinero sigue siendo tuyo y yo no puedo pagar la mitad.

—También he pensado en eso. A pesar de que no lo entiendo, sé que es algo que te molesta y te propongo lo siguiente: abrirás una cuenta en el banco en la que irás metiendo el dinero que

consideres oportuno, la cantidad que quieras y en el momento que quieras. Es decir, es como si yo te hubiera prestado la mitad de lo que ha valido el piso.

—Vamos, que además de ser mi futuro marido también eres mi banco.

—Sí, más o menos.

Me puse a llorar como una idiota. Pero es que mi padre y él formaban un buen equipo cuando se trataba de hacerme feliz. Mi madre, con el tiempo, fue aceptando a Jason.

Ella tenía debilidad por los hombres sentimentales que lloraban con sinceridad y abrían su corazón sin miedo a verse expuestos.

No tardamos en mudarnos y en comprar muebles, lo que hizo que mi deuda con Jason aumentara todavía más. Pero aquella solución me había dado la paz que necesitaba; me obligué a mí misma a meter cada mes una cantidad para poder devolverle el dinero.

Alquilé mi piso rápido, ya que lo puse a un precio razonable; era una locura lo que estaba sufriendo mi ciudad a nivel urbanístico. Coral y Nico lo sufrieron muchísimo y al final decidieron hipotecarse y quedarse por el barrio con una cuota considerable al mes durante muchos años. Era injusto.

El día que Jason y Eder se conocieron yo estaba de los nervios. No sabía cómo iban a reaccionar ninguno de los dos, pero no les quedaba más remedio que aceptarse. Cuando estuvimos instalados, invité a mis padres y a mis amigos a cenar. Todos fliparon al ver nuestra nueva casa. Vi que Eder no estaba bien y aproveché un momento que nos quedamos solos en la cocina para hablar con él.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Estaré bien, tranquila —respondió sin convencerme.

—Oye, siempre estaré aquí. Eres un hermano para mí y no me gusta verte así.

—Escuece, Tina —confesó—. Me encantaría ser yo el que te hace tan feliz, pero no me queda más remedio que aceptarlo. Necesito tiempo.

—Lo sé, si necesitas que me aleje, dímelo.

—Nunca; me duele más dejar de verte que no ser yo el que esté contigo todas las mañanas. Lo superaré. Me quedo con el brillo de tus ojos, que son los que realmente me dicen que eres feliz.

Le di un abrazo. Sabía que para él aquello no era fácil. Solo necesitaba tiempo, todos lo necesitamos para poner las cosas en su lugar.

Desde que Jason y yo vivíamos juntos, todo se había vuelto más fácil. Muchas veces me pedía que leyera algún manuscrito y que le diera mi opinión sobre si merecía la pena o no adaptarlo; hasta que llegó el día en el que me recordó uno de los planes que nos habíamos hecho durante mi estancia en Nueva York: puso un contrato encima de la mesa en el que requería mis servicios en el equipo de selección de proyectos, tal y como me había propuesto en su momento.

—Ya tengo trabajo —le dije.

—¿Y? Has estado haciendo este trabajo sin cobrar, no es justo. Además, así podrás pagar mejor tu parte de la hipoteca que te empeñas en pagar —me recordó.

—Ya, pero si acepto esta oferta tendré que viajar más a menudo a Nueva York.

—Martina, estaríamos más tiempo juntos, verías más a Margo y a Micah, a Lisa...

—Ya, pero me había hecho a la idea de que cuando nos casáramos en septiembre, íbamos a echar raíces aquí... Tú ya me entiendes.

Vamos, que quería quedarme embarazada. Era algo que le había comentado de refilón un día y solo con ver el brillo en su celestial mirada supe que era algo que deseaba. Pero no quiso precipitarse; aunque me aseguró que por él nos pondríamos manos a la obra en ese mismo momento, sabía que yo necesitaba más tiempo. Acordamos que sería mi decisión, él llevaba toda la vida preparado para ser padre y no le importaba esperar un poco más.

Después de pensármelo y meditar la oferta con calma, la acepté. Tenía razón en que ya estaba haciendo ese trabajo y después del éxito que estaba teniendo la película en la que había participado como guionista, la productora me tenía un considerable respeto. No solo sería la mujer de uno de los jefes, sino alguien que trabajaba y que analizaba cada proyecto al detalle. Además, con lo que iba a ganar, me sentía más aliviada a la hora de cumplir mi objetivo. Aunque fuera imposible de alcanzar.

Cuando Jason logró la nacionalidad por la vía diplomática, pusimos en marcha los preparativos de la boda.

Fue en septiembre, el mismo día que me había pedido matrimonio el año anterior. Fue el día más bonito de mi vida. Jason me sugirió celebrar una boda íntima en la casa donde vivimos nuestra loca aventura. Allí cabríamos todos sin problema y sería un homenaje al lugar donde realmente nos enamoramos.

No seguimos ninguna tradición, solo hicimos lo que queríamos hacer: reunirnos con nuestros familiares y amigos más íntimos. Fue un día para tener cerca a las personas que queríamos en nuestras vidas; por supuesto, también vinieron del otro lado del charco: su madre, su hermana y su cuñado con los niños, Lisa y Ansel, Georgie y Tim y los dos mejores amigos de Jason.

Por mi parte, fueron mis padres y mi abuela, Coral, Nico y un resplandeciente Eder acompañado de una chica preciosa.

Cuando empecé a buscar vestido, Coral me dio mi primer regalo: ella iba a encargarse de hacérmelo. Me llevó al estudio donde trabajaba para que viera los diseños desde el principio y yo me dejé hacer. Me confesó que cuando le conté que iba a casarme con Jason le había venido la inspiración.

—Este tiene que ser el tuyo —me dijo mientras me enseñaba uno de los bocetos.

Era un vestido muy sencillo y eso lo hacía perfecto. De tirantes, con un escote en pico poco pronunciado por delante y con un escote en uve por detrás que acababa en la cintura de blonda; la falda era lisa, con muy poquita cola.

Las dos estábamos como locas por empezar las pruebas, pero lo primero era tomar las medidas. Sin duda, era el mejor regalo que me podía hacer. No todo el mundo podía tener un vestido diseñado por su mejor amiga, me sentía muy afortunada.

Lo más complicado fue el papeleo, pero teníamos que hacerlo. Jason estaba más tranquilo:

—Todo saldrá perfecto, ya lo verás —decía siempre que me veía al borde de un ataque de nervios.

Al principio me ponía mucho más nerviosa, pero luego conseguía tranquilizarme.

Todavía recuerdo los nervios con los que me desperté aquella mañana de septiembre, el momento en el que me peinaron y me maquillaron y cuando me puse el vestido que me había diseñado Coral. Momentos que se recuerdan de por vida. También cuando Eder me trajo el ramo de lavanda y trigo secos y me dedicó unas palabras de su puño y letra con las que no pude evitar emocionarme. Y, por supuesto, el regalo de ver a mis padres tan emocionados e ilusionados.

Pero lo que jamás olvidaré es cuando vi a Jason esperándome bajo un arco de flores, rodeado de nuestros familiares y seres queridos.

Fue uno de esos momentos en los que me gustaría congelar el tiempo, uno de esos instantes que él decía que había que disfrutar, saborear despacio, porque el tiempo no iba a detenerse por nadie. La música, la comida, las risas, las conversaciones y los bailes hicieron que el día más bonito de nuestras vidas se esfumara sin darnos cuenta.

Pero antes de finalizar el día yo tenía un regalo para el que ya era mi marido.

Fui a buscar la cajita que tenía preparada, todo el mundo estaba expectante. Se la entregué a Jason, que, emocionado, le quitó el lazo para abrirla. En cuanto vio lo que contenía y leyó la nota, puso la cara que supe que pondría, con ese brillo que reflejaban sus ojos cada vez que hablábamos del tema.

Estaba embarazada.

En seis meses iba a ser padre.

Íbamos a tener un hijo, juntos.

Se levantó del asiento y vino directo a mí para abrazarme.

Empezamos a besarnos entre aplausos y vítores; a pesar de que estábamos rodeados, era nuestro momento y solo nuestro.

—¿Cómo ha sido? Pensaba que...

—Calla —dije—. Dejé las pastillas hace cuatro meses; pensé que tardaríamos un poco más, pero ya está aquí.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Me hice la prueba hace dos semanas. ¿Recuerdas los vómitos y todas esas cosas? Pues no eran los nervios por la boda; era culpa de lo que crece dentro de mí y que saldrá dentro de seis meses; espero que tenga tus ojos.

—Eres y serás mi felicidad, *tiny* Tina. Me hiciste creer en el amor, me volviste loco y me llevaste a hacer cosas que jamás había hecho. Te amo, Martina.

—Por la nueva loca aventura que está a punto de llegar.

Agradecimientos

Esta historia empezó de la nada, sin expectativa alguna. En un momento en el que me debatía sobre si merecía la pena el sacrificio que estaba haciendo para dar vida a todas las historias que surgían en mi cabeza. Y agradezco de todo corazón a todas esas personas que, durante el proceso creativo, me han ido empujando a llevarlo a cabo: a Merce (Dulce Merce), por ser la primera en animarme a que no escondiera esta historia, y a mi hermano de letras, Enrique Vidal, que siempre está ahí para subirme la moral.

A Irene, Erika, Silvia, María y Gina, porque me alegra que el destino haya cruzado nuestras vidas, porque sería muy aburrido sin vosotras.

A mis compañeras de laboratorio, por haber devorado mis anteriores novelas en un soplo y animarme cada día.

A mis padres, por entender mis ausencias y por su incansable apoyo. Gracias por estar orgullosos de mí, es el mejor regalo.

A mis suegros, por ser los mejores representantes manchegos y mimarme tanto cada vez que estoy con vosotros.

A Pablo Álvarez y a todo el equipo de Editabundo, que desde el primer día contaron conmigo y creyeron en mí. Ellos son parte responsable de que no tire la toalla y siga escribiendo.

A Aranzazu Sumalla, mi editora, por el cariño que me transmitió desde el primer día y por permitirme entrar en una de las mayores editoriales a nivel nacional. A Bárbara Fernández y Raquel Muñoz, por darle brillo a la historia.

A mis niños: Adri, Fran y Óscar, amigos que, para mí, son familia.

A todos los lectores y lectoras que me han apoyado desde el principio, donde hemos ido evolucionando novela a novela y que se han acabado convirtiendo en amigos.

Y, por último, la persona que va echando cada día más leña al fuego. La que lo ve todo; lo bueno y lo malo del proceso de ser escritora y, aun así, me anima a que siga haciendo esto a pesar de que nos roba tiempo de pareja y de que tiene que lidiar con la frustración y la euforia de forma diaria. Gracias por todo, Gaba, te quiero.

Una novela romántica ambientada entre Barcelona y el mundo del cine de Los Ángeles.



Martina está en paro y necesita trabajar, así que cuando su mejor amiga le ofrece la posibilidad de hacer de chica para todo en el rodaje de una película en Barcelona, acepta inmediatamente. Allí conocerá al famosísimo actor Jason Graves, que está pasando por uno de los peores momentos de su carrera. Martina siente una atracción irresistible por Jason, ¿cómo no? Es uno de los actores más fascinantes del momento, a pesar de sus sombras. Pero ¿es posible que Jason sienta también algo por ella? ¿O son imaginaciones suyas?

Todos tenemos sueños, pero a veces hemos de perseguirlos lejos de nuestro hogar. Martina se lanzará a una aventura para hacer realidad una de sus fantasías, sin pensar en las posibles consecuencias.

Una aventura fortuita que, a pesar de tener fecha de caducidad, embarcará a Martina y Jason en un viaje durante el cual deberán buscarse, encontrarse, romperse y recomponerse juntos.

¿Quién puede desafiar a los sentimientos?

¿Quién puede engañarse y convencerse de que lo que se siente no es cierto?

Lisa Suñé nació en Barcelona en 1990. Se especializó en microbiología y encaminó su carrera hacia el ámbito científico, donde ha tenido la oportunidad de colaborar con importantes empresas farmacéuticas.

Su pasión por la lectura la empujó, desde pequeña, a desarrollar su creatividad. A base de estudiar y trabajar, consiguió compaginar los microorganismos con la escritura. Es autora de la trilogía «Generación», *El deseo de Perséfone* y *Jaque mate*; esta última fue una auténtica revolución de ventas y crítica en plataformas de autopublicación.

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2020, Lisa Suñé

Autora representada por Editabundo, Agencia Literaria, S. L.

www.editabundo.com

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Estudio Santa Rita

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17664-85-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] *Ready to Start*, canción de Arcade Fire.

[2] «Acabo de besar a una chica llamada Martina. Y de repente he descubierto lo maravilloso que puede ser un sonido.» Fragmento adaptado de la canción «Maria» del musical *West Side Story*.

[3] *I Need My Girl*, canción de The National.

[4] «Y si te digo que te amo, bueno, entonces te amo.»

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Loca aventura hacia sus labios

Del café a la locura

El último día

Dejar ir

Nueva York

Ready to Start

El País de las Maravillas

Volando en el cielo de sus ojos

Barcelona

La fragilidad de un sueño

La Habana

Necesito olvidarte

I Need My Girl

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lisa Suñé

Créditos

Notas